Felipe de Luis Manero

Aprieta



AdN

Felipe de Luis Manero

Aprieta

AdN

«El mundo es basura, pero me gusta estar vivo».
Ilegales

Aún están a tiempo. Ninguno de ellos lo sabe, pero aún pueden dar marcha atrás, volver a casa, meterse en la cama y dejar que todo siga igual. Porque no ha pasado nada, ni aquí ni allí. Pero ellos no lo saben, ellos creen que el humo ya ha invadido sus almas, y tal vez sea así, pero aún están a tiempo.

No es habitual que la vida brinde segundas oportunidades, pero aquí tienen la suya: disponen de un margen de maniobra, podrían empezar y luego parar, portarse mal —solo un poco mal— y después detenerse, porque incluso dentro de un rato, todavía estarán a tiempo. Pero ellos ni siquiera lo pueden imaginar, y el alud es tan grande y está tan cerca que va a ser imposible que no los arrolle. Y será tan real como cruel, porque en realidad siempre ha estado en sus manos. Pero nadie se lo puede gritar, no hay nadie que les avise, es inútil. Aún están a tiempo, pero ellos no lo saben.

Se nos fue (I)

El asiento trasero del coche se mueve rítmicamente. Desde fuera, bajo la luna aún resistente entre los estertores de una madrugada de diciembre, no se percibe nada. Solo los cristales empañados, helados, duros e impenetrables para la vista. El chico que antes conducía y ahora está en el asiento de atrás —diecinueve años recién cumplidos, alto, una siniestra cicatriz en la frente— no siente el frío y, con los calzoncillos y los pantalones por las rodillas, empuja y empuja.

Delante están otros dos jóvenes, tal vez un año menores que el otro, ateridos de frío, aunque exaltados por la última raya de *speed* que se han metido justo antes de hacer subir al coche a la chica rumana. En realidad, no saben si es rumana o no, casi no han cruzado palabra con ella. Recorrían con lentitud los senderos de la Casa de Campo, el conductor bajó su ventanilla al distinguir una silueta fantasmal que parecía pertenecer a una mujer y preguntó. ¿Cuánto? Treinta euros, contestó una voz uniforme, sin emoción, con acento extranjero. Y entonces el chico de la cicatriz emitió un gruñido en señal de aprobación y el que estaba sentado detrás abrió la puerta y le indicó que subiera. La chica era joven, aunque mayor que ellos, escuálida, casi sin pecho y de piel translúcida. Vestía altas botas negras y una minifalda de cuero del mismo color arrugada, posiblemente por el trajín de toda la noche. Todos dieron por hecho que era rumana, pero ninguno lo preguntó. El conductor, con una erección inmediata, una de esas reacciones que solo se tienen cuando lo anhelado durante horas —toda esa noche— está a punto de materializarse, se alejó unos metros y aparcó el coche en una

especie de claro intercalado entre árboles y matorrales. Después, nervioso y con gestos violentos, como movido por un instinto animal, se abalanzó sobre el asiento de atrás, apartando al adolescente de pelo cortado a cepillo y dos aros grandes en las orejas. Voy yo primero, dijo. Y el otro solo se encogió de hombros y le cedió su asiento, maniobrando para colocarse en el lugar del conductor. No estaba excitado, el de los aros, al menos no en ese momento. El de la cicatriz sí, cada vez más, siempre pasaba lo mismo: era como si cada noche, cada momento, cada instante, fuera presa de una sed insaciable, eterna, una sed espuria que nunca se iba a calmar. Y los otros dos sabían cómo se ponía si no se cumplían sus directrices. Sabían que a lo mejor se llevaban una patada en las costillas, o un bofetón en la cara, o un puñetazo en la espalda. Era mejor tenerlo contento, sin duda.

En la vieja radio del coche suena una cinta de los Ilegales. O de Rage Against the Machine. O puede que sea una sesión de música *techno.* O tal vez sea una maqueta de un grupo punk de los 90, desconocido entonces y desconocido ahora. Da igual. Es ruido y distorsión, y a ninguno de los tres parece incomodarle. Quizá sí a la chica, pero eso no importa ahora.

Ya ha pasado un rato. Los dos de delante solo escuchan el estridente sonido que hace el muelle del asiento trasero. Y entonces uno de ellos, el que antes estaba detrás, siente el agrio sabor de la anfetamina recorriendo su garganta, da un respingo y gira violentamente la cabeza hacia atrás. Me estoy rayando, vámonos de aquí, dice. El mayor de los tres, brazos flexionados flanqueando la cabeza de la chica, fuertes y espaciadas embestidas, lo mira durante un segundo y protesta. Te esperas hasta que me corra, coño. Y sigue moviéndose durante unos instantes, hasta que de pronto se detiene en seco, baja la cabeza y suspira profundamente. La chica se sube las medias y las bragas con un movimiento rápido y comprueba con alivio que ahí afuera están llegando las primeras motas de claridad. Parece que todo ha terminado. Pero entonces el que acaba de correrse le agarra la mano con fuerza. ¿Qué haces?

Faltan dos. No, no, treinta completo uno, no todos, responde la chica con un tono bajo, aunque vagamente similar al del reproche. No le ha gustado esta reacción, al de la cicatriz; agarra el frágil y venoso cuello de la joven con las dos manos y se acerca a su oído: Te vas a portar bien, cojones, o te reventamos aquí mismo y no se entera ni Dios. Y luego saca una navaja del calcetín y la acerca al rostro de la chica. Y sus pupilas, las de ella, se dilatan por el miedo, y su cerebro se activa, y las bragas y las medias vuelven a su sitio, y acepta la situación porque sabe que a esa hora solo está su compañera africana de la que no sabe ni el nombre, y lo más probable es que ni eso, porque había más coches pululando por ahí y las negras —lo ha aprendido en estos tres años de oficio— siempre tienen clientes.

Hay un zumbido persistente, monótono, que para durante unos segundos y luego vuelve a reanudarse, que todos parecen haber decidido ignorar.

Los de delante se miran entre sí con preocupación: saben que ese tío es capaz de usar la navaja, saben que es una mala bestia, saben que no está bien de la cabeza. Igual no hace falta, está bien así, que se marche, dice el tercero, el que está en el asiento del copiloto, el de la tez morena con aspecto de latino que no ha abierto la boca hasta ahora. Y su amigo, su colega, su compañero o lo que sea, aún con la navaja en la mano, contesta furioso: Que no, hostia, que nos la follamos los tres y punto. Y le indica con la cabeza al de los aros que lo sustituya, y el otro lo hace sin rechistar. El corazón le bombea con fuerza —el brillo de la hoja de la navaja ha rebajado su borrachera en un segundo—, pero su miembro está flácido. Está nervioso y sabe que la chica también lo está. Nota el ligero temblor de su rostro, el movimiento casi imperceptible de sus mejillas, la carne trémula de sus muslos. Siente una náusea cuando su piel entra en contacto con el preservativo, no es capaz de ponérselo. Entonces yergue la cabeza, mira a los de delante e inclina su cuerpo de tal manera que ninguno de los dos pueda ver lo que realmente pasa: no existe penetración, solo un roce entre los dos sexos. El chico se mueve y empieza a jadear fuerte. Espera terminar pronto,

desea que todo se acabe pronto. Pero en ese momento el de la cicatriz vuelve a hablar. Venga, coño, ponle la polla en la boca, que te la chupe, haz algo, ¿o es que eres maricón?, le grita al de la piel morena y mirada huidiza. Y este maniobra hasta llegar atrás y ponerse de rodillas de tal forma que su entrepierna quede a la altura de la cara de la chica. Mira al de los aros fugazmente, luego baja la cabeza, avergonzado. Su pene tampoco está duro. La chica, que lleva tiempo ya con los ojos cerrados, entreabre la boca y siente el tacto de un miembro sin circuncidar, sus labios se mueven tan solo unos centímetros; desde fuera parece que está durmiendo.

El que hasta ahora se suponía estaba penetrando a la chica resopla como tratando de hacer ver que ha alcanzado el orgasmo e intenta reincorporarse, pero un impacto seco en la espalda lo detiene. El chico de la cicatriz le ha propinado un golpe con la parte inferior de la mano. Qué cojones haces, estate quieto, que ahora viene lo mejor. Y el otro obedece y permanece en la misma posición, su pene todavía flojo, sin tensión, sus piernas ahora temblando, sus tripas amenazando con salir por cualquiera de sus orificios.

Continúa el zumbido. Es como si algo vibrase. Zum, zum, zum. Nadie le presta atención, aunque todos son conscientes de su presencia.

El de la cicatriz, con el miembro duro en la mano, se desliza con dificultad —ahora sí advierte el latigazo de dolor en la rodilla— hasta la parte de atrás. Agarra la mano de la chica y la coloca en su pene. La chica comienza a masturbarle de forma mecánica, como por inercia. Venga, agárrala del cuello, le ordena ahora al de los aros. Y este, dubitativo e inseguro, rodea con sus manos el cuello de la chica sin ejercer presión. ¡Aprieta, coño, aprieta! ¡Que eso les gusta! Y el chico cierra los ojos y aprieta y siente los huesos y los nervios y las venas de ella en sus dedos, y se estremece y nota un hormigueo incómodo en las manos, y finalmente las aparta y se echa a un lado, los brazos colgando, exánimes, la mirada vidriosa de los muertos. Quita de ahí, puta nenaza, le grita el otro mientras le abofetea la cara. El sonido reverbera en las ventanillas y se queda flotando en el

aire. El de la cicatriz se lanza al cuello de la chica y hunde su laringe con los dedos pulgares. Algo ha cambiado en su expresión, en sus ojos, algo siniestro e inenarrable, algo profundo, como enquistado en su interior desde hace mucho tiempo.

Y la chica percibe de inmediato esa nueva energía y abre los ojos y advierte en el fondo de la mirada del chico, muy lejos y como flotando, una nube densa y negra. Y decide pelear porque sabe que tiene que hacerlo, es su única opción, e introduce sus uñas en la piel del brazo del otro y siente la sangre recorriendo sus cutículas, las uñas postizas de color escarlata partidas y desparramadas por el suelo del coche, el olor a látex impregnándolo todo.

También mueve las piernas, la chica. Miedo. Los tacones cortan el aire. Uno de ellos traspasa la carne. Sangre. El de la cicatriz se mira el muslo y jadea. Rabia. Responde con un puñetazo en el pómulo derecho. Después otro en la oreja. Un tercero en la nariz. Silencio. Ella menea la cabeza como un animal herido. Y abre la boca. Sus dientes atrapan dos dedos. Más sangre y jirones de piel. Sabor a hierro. Calor.

Me cago en su puta madre, dice el chico de la cicatriz. Casi me arranca los putos dedos. Y luego el alarido cavernoso, como salido del mismo infierno. Y después el ruido sordo de su mano golpeando el rostro de ella, que está a punto de convertirse en una masa deforme y sanguinolenta.

Ahora la cinta se ha parado y solo se escucha un sollozo leve y constante que sale de la boca de la chica, como un quejido monótono. Eso y el tenaz zumbido y el resuello del chico de la cicatriz, agotado por el esfuerzo. Ella ya no se mueve, ni siquiera es capaz de abrir los ojos. Todo lo que puede ver son imprecisas formas de colores vagando por un inmenso manto de oscuridad.

Silencio hueco en el coche. ¿Está muerta? Eso lo pregunta el de los aros cuando sale de su ensimismamiento. Se ha quedado petrificado después de apartarse de la chica y recibir la bofetada del otro, absorto, como si estuviera en otro mundo, incapaz de mover un solo músculo. No, todavía vive, llevémosla a un hospital. Eso

responde el chico latino con rictus de terror. Su semblante está lívido. Una polla, nos ha visto la cara, el coche, todo… Esto tenemos que acabarlo. La voz del chico de la cicatriz suena extrañamente serena, como si lo que acaba de decir fuera fruto de una profunda reflexión.

Ella llora, y algo parecido a un «no, por favor» sale de su tumefacta boca. Y entonces, seguramente porque la mente retiene los detalles más insignificantes en los peores momentos, el chico moreno repara en el lunar que tiene la chica en la barbilla. Y ahora son sus manos las que se tiran al cuello, y la navaja del otro se pierde en sus intestinos, y la mirada de ella es primero acuosa y luego vacía, y el sonido del cuerpo al caer sobre la tierra húmeda y dura es lo que permanecerá en el aire, un ruido como de escombros impactando contra el suelo, un ruido muy feo, sucio, un sonido breve, muy breve, como el de todas las cosas malas que perduran por siempre.

Y el zumbido, siempre el zumbido. Como una señal de alerta, como un anuncio del inminente peligro que ahora los acucia. Como para tomar conciencia de que todo aquello ha sido real.

Primera parte. Los chavales

1. Daniel (*aka* el Dos Frentes)

Es la una de la tarde de un lunes y Daniel atraviesa la puerta herrumbrosa del gimnasio Elástiko. Es un antiguo garaje que, desde fuera, debido a la inmensa y macilenta fachada de chapa, parece un taller mecánico de cuarta categoría. Solo los guantes de boxeo pintados a modo de grafiti moderno dan algún indicio verdadero de lo que se puede encontrar dentro. Una intensa ráfaga de sudor y podredumbre sacude con fuerza su rostro. A veces, cuando pasa un par de días sin ir, se le olvida ese desagradable hedor al que es imposible acostumbrarse. Bernardo, el dueño, está detrás de una ridícula mesa de madera con un cuaderno y un bolígrafo. Allí apunta qué socios han pagado su cuota mensual y cuáles están todavía a deber. Daniel suele preguntarse cómo puede sobrevivir aquel negocio, si la mayoría de los que allí acuden son parados, o borrachuzos que se pasan el rato de cháchara con Bernardo. Algunos ni siquiera llevan indumentaria deportiva. Es verdad que también van algunos tíos fuertes y que saben pegar bien, normalmente extranjeros que trabajan en la noche como porteros de algún garito, matones de alguna banda o, las más de las veces, como ambas cosas. Imagina que ellos sí que pagarán los treinta euros de turno a Bernardo, aunque no está muy seguro.

—¿Qué hay, Dos Frentes? —le pregunta el dueño con voz ronca cuando le ve entrar.

—¿Qué hay de qué? —grita Daniel al tiempo que suelta su bolsa de deporte y se abalanza sobre Bernardo para quedarse pegado a él, su ombligo a la altura de la cara achatada del otro.

Bernardo parece turbado por la reacción del chico. Arquea las cejas, retrocede, mira hacia arriba —sufre enanismo— y balbucea una explicación:

—Solo es una forma de hablar, tranquilo.

—Ya lo sé, estaba de coña. ¿Cómo crees que te voy a pegar a ti? —responde Daniel con un tono que intenta ser tranquilizador de forma infructuosa.

Lo cierto es que no permite a nadie más que a este pigmeo musculado que le llame Dos Frentes. Al menos a la cara. Por detrás sabe que todos lo hacen, conoce perfectamente cuál es su apodo, pero aquí, en Valdeyeros, es un signo de jerarquía que a uno le llamen por su nombre real y no por el mote. Bernardo le dio curro durante algún tiempo y siempre le ha parecido simpático, sobre todo por el rollo de ser enano y tal. Desde niño le habían hecho gracia los enanos, los asociaba a fiesta, diversión y desfase, mucho más después de ver *El Lobo de Wall Street.* Pero últimamente sentía una especie de repulsión hacia el dueño del gimnasio; le pasaba con alguna gente. Le caían bien y, de repente, le producían asco y rabia. Era como si una inesperada ola de odio se apoderara de su ser, y entonces, su mirada amistosa se volvía de nuevo gélida, igual que el resto de su cara, y aquellos a los que algún día trató de forma cordial se convertían, como por ensalmo, en enemigos con los que normalmente descargaba su ira de manera violenta. Y le estaba empezando a dar por culo que el enano ese de los cojones le llamase Dos Frentes. Es que no se lo permitía ni a su padre. Algún día a lo mejor se le cruzaba un cable y le reventaba la cabeza. Sí, eso es justo lo que pasaría: le daría una ensalada de hostias a ese capullo el día menos pensado, en su propio gimnasio, a los pies del *ring,* y a ver si alguien tenía huevos de defenderlo. Puto Bernardo.

Movido por ese acceso de furia, se ha saltado la rutina de pesas y ha ido directo a golpear el saco. Uno-dos, uno-dos, uno-dos. A veces intercala una patada con el empeine de su pie descalzo. El izquierdo: es zurdo de pierna y diestro de mano, atributo no muy común que considera que le confiere un halo especial, un símbolo de fortaleza o

tal vez de inteligencia, pero algo que le hace sobresalir ante los demás y, sobre todo, diferenciarse de su padre, un zurdo completo. Lo calma el restallar de sus golpes contra el pesado saco. Es capaz de concentrarse en ese sonido, en ese instante, y apartar de la cabeza cualquier inoportuno pensamiento, normalmente relacionado con su padre, su hermana, la pasta o el último jaleo callejero en el que se haya metido. Mueve las manos de forma armoniosa, danza sobre la lona del *ring,* las gotas de sudor resbalan con delicadeza por sus músculos tersos. Es un espectáculo hermoso, siempre que el adversario sea un saco y no alguien de carne y hueso.

Cuando ha pasado un tiempo prudencial después del desafortunado saludo, Bernardo se acerca de nuevo a Daniel, que ahora hace ejercicios con las mancuernas.

—Sabes que aquí siempre tendrás un sitio para enseñar a los chicos, ¿no? Lo hacías bien, a ti te hacían caso.

—Nah, era solo que me tenían miedo. Para entrenar a chavalines hay que tener mucha paciencia, y ya sabes que yo no gasto de eso —responde el Dos Frentes después de terminar su última serie; su voz está quebrada por el esfuerzo, ahora parece más dócil. Luego añade, mirándole fijamente a la cara—: Pero gracias, puede que tenga que volver en un futuro, nunca se sabe.

Bernardo le pagaba quinientos euros al mes por impartir clases por las tardes.

Daniel ideó un híbrido que mezclaba boxeo, *kickboxing, muay thai* y *krav maga* (el sistema de lucha utilizado por las fuerzas de seguridad israelíes). Al principio solo entrenaba a niños y chicos del instituto, pero durante unos meses amplió sus clases al público adulto y al femenino. En especial le interesaba este último: él se lo vendía a ellas como una serie de útiles enseñanzas para la defensa personal que seguro algún día tendrían que emplear en un barrio tan peligroso como este.

Pero pronto esas clases derivaron en una sucesión de intentos de acercamiento sexual por parte del profesor hacia sus alumnas. Sin importarle la edad, Daniel aprovechaba cualquier ocasión para

magrear a las chicas, sobarlas, restregarse contra su sexo, su culo o sus pechos. A las que más le atraían les pedía que se quedasen con él a solas después de clase para mejorar alguna técnica. Se encerraba con ellas en el baño y les decía que le habían gustado desde el primer día, que él se había dado cuenta de que esa atracción era recíproca y que no estaban haciendo nada malo. Al fin y al cabo, él no era mucho mayor que ellas.

«Si nos hubiéramos conocido fuera de aquí —les decía—, habría pasado lo mismo». Las primeras veces ellas se dejaban hacer: el impacto inicial las sumía en un profundo *shock;* normalmente estaban demasiado asustadas como para reaccionar, aunque había veces en las que incluso el profesor de la cicatriz en la frente lograba convencerlas de que todo aquello era normal. Cuando alguna de ellas comenzaba a sentirse violentada con la situación, simplemente dejaba de ir a clase. No hubo consecuencias hasta que un día a Daniel se le fue el asunto de las manos e intentó llegar hasta el final con una chica de quince años. Ella no opuso resistencia en el momento, presa del miedo, pero después se lo dijo a su padre, un ecuatoriano fornido. Este apareció hecho una furia en el gimnasio y, sin mediar palabra, atacó directamente a Daniel. El primer golpe en la mandíbula le pilló desprevenido, pero lo encajó sin llegar a caer. Después de comprobar con la mano que el puñetazo no le había hecho sangre y de proyectar una sonrisa abyecta, Daniel le dio una paliza al padre de la chica. Primero lo tiró al suelo con un barrido y después empezó a propinarle patadas, al principio en el torso y después en la cara. Le partió la nariz y le reventó cuatro costillas. Apenas tuvo que utilizar los puños. Cuando terminó, lanzó un salivazo sobre el cuerpo exánime del hombre y gritó: «¡Sudaca de mierda, la próxima vez que te me acerques, al que le partiré el culo en dos es a ti!».

Ninguno de los que presenciaron la escena dijo nada, tampoco Bernardo. Nunca hablaron de eso, pero Daniel dejó el trabajo unas semanas después. De todas formas, ganaba más dinero trapicheando con la droga de su padre un par de fines de semana al

mes que trabajando como profesor en el gimnasio y, además, Bernardo no se podía permitir darle de alta en la Seguridad Social. Sin embargo, no le gustaba especialmente colaborar en el negocio familiar: consideraba a su padre un yonqui reconvertido en camello de medio pelo, la escala más baja, sin duda, en la pirámide de los traficantes. Pero eso iba a cambiar pronto: él estaba generando su propia red de contactos dentro del barrio y, en un breve período de tiempo —no más de dos años, según sus cálculos—, podría dejar la madriguera donde vivían e independizarse. Lo único que le daba pena de marcharse de su casa era dejar sola a Clara, su hermana pequeña. Pero ya se las ingeniaría de algún modo para llevarla con él.

Antes de irse del gimnasio, se cruza con Miguel, el dueño nigeriano de la nueva peluquería. Su nombre real es Michael Ekundaya Uchebo, pero en la calle se le conoce simplemente como Michael. Y aquí, en Valdeyeros, como no son mucho de idiomas, su apodo oficial —y nada original— es Miguel, el negro. Daniel no tiene en alta estima a la mafia nigeriana. Ha escuchado las típicas historias acerca de las estafas realizadas mediante el envío masivo de correos electrónicos y también ha oído hablar de las dudosas prácticas de magia negra que en ocasiones utilizan para atemorizar a sus víctimas. Le parecen técnicas penosas. Sin embargo, Miguel es una mole de espaldas anchas y músculos imponentes, y siempre viste con elegancia. En opinión del Dos Frentes, las rastas le restan bastante credibilidad, pero, por lo que dicen, va en serio. Algún día se tendrá que dejar caer por la peluquería, se presentará y le ofrecerá sus servicios. No le gusta el olor de los negros, ese aroma intenso y acre que él asegura procede de su sudor y de su piel. No le gustan los negros, en definitiva, pero sabe que para crecer en la calle hay que dejar de lado determinados escrúpulos.

Sale al asfalto frío y duro, y el sol de diciembre le ciega por un momento. Se para y espera a que la efímera sensación de calidez se apodere de su rostro. Disfruta durante unos instantes. Después observa los edificios de ladrillo, los toldos verdes, las cuerdas llenas

de ropa tendida en las ventanas y nota cómo esa melancolía extraña se introduce de nuevo en su cuerpo, ese tipo de melancolía que se agarrota en tu pecho, que se te adhiere al alma, ese tipo de melancolía que te convierte en un hombre peligroso porque jamás dejarás de perseguir el antídoto que la aplaque. Y no existe, no hay solución para esa melancolía.

2. Nelson

Ha deseado que el avión se estrellara hasta en cinco ocasiones. La primera ha sido al despegar de Cali, cuando notaba en su estómago el cosquilleo de la ascensión. Era la primera vez que volaba, y no le hubiera importado que también fuese la última, que su vida se extinguiera allí, cerca de las nubes, cerca de los muertitos y las estrellas esas que él nunca ve, cerca de ese Dios compasivo y solícito con otra gente, no con él, abandonado a su ira casi desde el principio. Tal vez sí exista ese Dios y sea precisamente al final cuando imparta justicia, llevando a los afortunados al infierno y a los desgraciados al paraíso, compensando de alguna manera lo vivido en la tierra, equilibrando la balanza en el otro mundo, de tal manera que los que hayan tenido más facilidades en esta vida penen en la eternidad, y los que —como él— hayan sufrido indecibles males en su propia piel puedan por fin disfrutar en otro lugar, con otra figura quizá, incluso con otra identidad, siendo un ser diferente al anterior, alejado para siempre, en su caso, de ese niño frágil, enteco, de mirada marrón y triste, como el otoño, que nunca ha dejado de ser.

A su lado iba su mamá, Camila, cuyas espaciadas sonrisas sujetas con alfileres no podían ocultar su perpetuo rictus de intranquilidad, siempre alerta, como si en cualquier momento pudiera ocurrir algo malo. Aunque se suponía que ese hombre español les había costeado los pasajes precisamente para que dejen de ocurrir cosas malas, para que los dos puedan empezar una nueva vida en Madrid, una etapa que, ya de por sí, comienza con una importante deuda de tres mil euros —el coste de los billetes de avión—, un dinero que ni en diez años habrían conseguido en Colombia.

Nelson no sabía, ni siquiera podía imaginar, que su madre, mientras miraba por la pequeña ventanilla del avión desde el asiento que daba al pasillo, también pensaba en Dios. O en la Virgen María o en algún santo de esos que veneraba su comadre Mucha. A todos ellos Camila les solía pedir que las cosas mejorasen, que su hijo pudiera llevar una vida normal, como cualquier chiquito de diecisiete años con sus novias, sus amigos, sus estudios. Más o menos eso es lo que le prometió ese hombre español, obeso y de sonrisa macabra, cuando ella acabó de lamerle la pija. «Vas a ganar mucho más dinero que aquí, vas a vivir en un lugar mejor, lejos de esta miseria. Y los hombres serán como yo: tipos limpios y bien vestidos. Y que pagan bien. Nosotros nos encargamos de vuestros billetes, considéralo un regalo, un anticipo. Ya tendrás tiempo de pagármelos». Y después se encendió un cigarro y exhaló el humo de manera pausada y con la mirada perdida, deleitándose en ese momento. «Y ahora tráeme una cerveza o algo frío, ¿quieres? Estoy cansado». Era el inequívoco tono que el jefe utiliza con su nueva empleada.

Camila estaba acostumbrada a mitigar el deseo de la carne ajena, a satisfacer las necesidades más primitivas de otros, a mantener el asco y el desprecio guardados en lo más profundo de su cuerpo para que casi no se notaran. Había pasado tanto tiempo desde aquella primera vez que era incapaz de recordar cuántos años tenía. ¿Catorce? ¿Quince? Pero esa sensación, la sensación de desprenderse de su piel, de su carne, la sensación de dejar casi de existir durante el tiempo que tardara en venirse el desconocido, esa sensación era indeleble. Y no la había olvidado porque jamás la había dejado de experimentar. De hecho, la había convertido en su aliada, había perfeccionado esa capacidad para ausentarse cuando su cliente disponía libremente de su cuerpo. Ella se marchaba de allí, se iba lejos, a otro lugar, e imaginaba historias, cuentos en los que la niña jamás era la víctima, sino la heroína, una niña que derrotaba a ogros, dragones y malvados hechiceros y después ascendía por una ladera verde y suave, y sus pies descalzos disfrutaban de la hierba

mojada y la primavera ofrecía a la niña un bonito y mullido manto de flores donde acostarse y la niña era tan feliz que no imaginaba siquiera una emoción diferente al júbilo. La que se quedaba en ese catre era una mujer desconocida, de mirada ausente, una hembra distante y fría que estaba dispuesta a todo con tal de sobrevivir.

No conocía más vida que esa y no sabía hacer más nada, así que cuando nació Nelson, su actividad continuó de la misma manera. Vivían en Siloé, uno de los barrios más pobres de Cali, en una choza con techos de uralita. La vivienda estaba pegada a otras similares, y enfrente, separada por un angosto camino hecho con tablones viejos de madera, había una hilera idéntica de construcciones de piedra viejas y sin terminar, paredes desconchadas y salientes putrefactos que servían de terraza para que las viejas tomaran el aire y los niños jugaran.

Nelson y su mamá nunca se refirieron al tema, ni siquiera ahora. «Nos vamos a España, este hombre me ofrece un trabajo mejor», le informó Camila a su hijo hacía unas semanas. Y Nelson simplemente asintió y siguió inmerso en la lectura de ese viejo libro que un día robó de la escuela. Había partes que no comprendía, pero le gustaba leer y volver a leer *Pedro Páramo.* Le atraía sobre todo aquella vida secreta que llevaban los muertos, sus voces pastosas por la tierra, escuchándose aún en las madrugadas, sus ligeras pisadas sintiéndose desde la cama, el crujir de la madera cuando intentaban acomodarse en el cajón mortuorio. Aunque a la vez también le asustaba que la realidad pudiera ser así, que cuando uno muriese se quedase deambulando en el mismo lugar de antes, con los mismos pensamientos y quizá también con el dolor aún impregnado en su etérea piel.

Desde que era bien chiquito, Nelson supo que le gustaban los hombres. Era muy extraño, teniendo en cuenta que la mayoría de los varones con los que trataba a diario eran los que se acostaban con su madre. Pero para él eso no eran hombres, no eran personas, ni siquiera eran seres reales. No existían. O sí, existían en otro mundo, estaban muertos, eran como aquellos espectros que

aparecían en el libro, ánimas oscuras atrapadas en el subsuelo. No podían hablarle, ni tocarle, ni olerle. Él era más poderoso que ellos. Al menos eso creyó en un principio. Y lo volvió a creer cuando conoció al doctor Maximiano. «Se me va a cuidar, mijo, y me va a prometer que nos veremos antes de que me muera», le dijo hacía unos pocos días, la última vez que se vieron, cuando el proyecto del viaje a España ya había tomado forma. También le dio un beso en la boca que le había sabido a una mezcla de flores y tabaco, como todos, pero en el que había algo amargo y cruel, un sabor que se le instaló de inmediato en la garganta y que aún puede sentir cuando evoca aquel momento.

Tal vez sea por lo que tuvo con el doctor por lo que aún le siguen gustando los hombres a Nelson. Pero ahora no valía la pena pensar en eso. Miró a su madre, sus *jeans* apretados y con ribetes verdes, sus botas de tacón, su rostro maquillado en exceso seguramente para disimular sin suerte sus inmensas ojeras, también su pecho abultado embutido en un minúsculo top violeta que amenazaba con reventar los grilletes de tela, los dos senos aparentando ser más grandes de lo que en realidad son. La miró y pensó que si el avión se estrellaba, ella también moriría e iría a un sitio distinto, sus vidas se separarían. Ese Dios justiciero no permitiría que esa especie rara de demonio, de perversa bruja con piel tostada y ojos verdes, se instalara también en el paraíso.

Esa fue la última vez que deseó que el avión se estrellase, justo cinco minutos antes de aterrizar en Barajas.

3. Carlos

Carlos aún no ha conseguido llorar por la muerte de su madre. Un cáncer fulminante había acabado con ella en cuestión de semanas. Hace unos días, en el tanatorio, estuvo a punto de hacerlo cuando entró en esa sala refrigerada donde estaba Cristina, dentro del ataúd, con una suerte de túnica blanca sobre el cuerpo, con la melena rubia y bien peinada, aunque sin brillo, y con un semblante neutro pero forzado, como si fuera una expresión trabajada, de actriz que apretase los labios e intentase estar totalmente quieta, sin transmitir ningún tipo de emoción.

Una actriz que se esforzaba, pero a la que no le terminaba de salir esa escena.

El hombre de la funeraria, el mismo que le había abordado de manera abrupta en la puerta de la habitación del hospital cuando se acababa de confirmar la noticia, fue el que le ofreció la posibilidad de despedirse a solas de su madre antes de que empezase a llegar la gente. Dijo que podían pasar los más cercanos, y entonces Toni, la pareja de Cristina durante los dos últimos años, negó con la cabeza y le hizo a Carlos un gesto con las palmas de las manos abiertas, como de retirada, como de querer hacerse a un lado. Carlos no se llevaba mal con él, pero tampoco intentó convencerlo. Lo cierto es que prefería entrar solo, aunque eso era imposible. Con ellos también estaba doña Luisa, la madre de Cristina, aún convaleciente de una operación de cadera. Madre e hija, de hecho, coincidieron en tiempo en el mismo hospital, pero una salió viva y en silla de ruedas y la otra muerta y transportada en camilla y sin mucho cuidado por dos celadores cansados y antipáticos.

Carlos le había dicho a su abuela que no hacía falta que viniera, que se quedara tranquila en casa con la cuidadora, pero ella se empeñó en venir. El chico ni siquiera estaba seguro de que la anciana fuera consciente de la gravedad de la situación. Ya antes de romperse la cadera, la demencia senil había empezado a motear su mente de manera paulatina pero evidente: a veces se olvidaba de lo que había hecho una hora antes, de lo que había comido, hasta del nombre del conserje del edificio. Después, una mala caída en la calle le había quebrado la cadera y, tras pasar por el quirófano, su deterioro fue en aumento. La operación, desde el punto de vista eminentemente físico, había salido bien, pero la que subió de la sala de reanimación era una persona muy diferente a la doña Luisa de siempre. Los exabruptos que soltó para referirse a las enfermeras que la atendieron no eran propios de ella, aunque su agrio carácter sí. Esas zorras no tienen ni idea, que me manden a una profesional, decía. Esas malditas enfermeras no tienen ni punto de comparación con las del Ruber, y aquel medicucho… Le habrán regalado la plaza los socialistas, decía. Profería incoherencias y evocaba etapas pretéritas, cuando ella tenía un seguro sanitario privado. Se pasaba las noches llamando a sus padres ya muertos hacía muchos años o a alguna hermana también fallecida. Se creía que era una niña pequeña y que tenía que ir al colegio, o que era una jovenzuela y estaba siendo cortejada por algún apuesto muchacho.

La demencia parecía haberla arrasado, pero la operación se había resuelto con normalidad, por lo que la paciente debía marcharse a casa. Sería suficiente con que acudiese al complejo hospitalario para realizar las sesiones de rehabilitación. Carlos intentó que se quedara algún tiempo más en el hospital, pero la decisión de los profesionales era firme. Un día, con la mirada extraviada y el corazón en la boca, el nieto había bajado corriendo las escaleras que separaban el quinto —allí estaba su madre— del segundo piso —donde se encontraba su abuela— para gritarle a un médico: «¡Mi madre se está muriendo tres plantas más arriba y mi abuela ha enloquecido en este hospital! ¿No pueden dejarla aquí un tiempo o

algo? Yo no puedo con todo». El médico levantó la mirada de su carpeta y la posó sobre el rostro aquilino del chico, después le puso una mano en el hombro y le dijo con el tono más paternalista que jamás había escuchado: «Lo siento mucho, chaval, de verdad, pero esto no es una residencia, tu abuela tiene que marcharse a casa. Habla con Servicios Sociales». Y siguió caminando tranquilo por el pasillo, ante la atónita mirada del chico.

Así que, en el tanatorio, en la sala fría en la que estaba su madre muerta, Carlos entró empujando la silla de ruedas en la que iba su abuela. El tipo de la funeraria, pese a que era humanamente imposible que hubiera podido pegar ojo, mantenía un aspecto impecable; se marchó con discreción y los dejó allí solos, a los tres. Carlos miraba la tez lívida de su madre, los pómulos ligeramente violáceos, y de pronto tomó conciencia de la pérdida. El llanto ascendía desde su garganta hasta sus ojos cuando su abuela dijo: «Cris, levántate ya de ahí, que nos tenemos que ir a lo del piso, que aquí hace mucho frío y tú estás casi en cueros». Y entonces un hedor desagradable inundó la sala: su abuela demenciada se había cagado delante de su madre muerta. Avergonzado, Carlos se secó las pocas lágrimas que pudieran haber brotado y se fue deprisa hacia el cuarto de baño. No tenía ni idea de cómo, pero debía cambiar el pañal a su abuela antes de que llegase la gente.

Se encerró en el lavabo de señoras y, sin levantar a su abuela de la silla, comenzó a quitarle los zapatos y bajarle las medias. Sintió asco cuando llegó a su faja beis y, sobre todo, a aquellas bragas blancas enormes y ya sucias, con restos pegajosos de heces. Estaba sudando a chorros y tenía náuseas. No pudo hacer más, estaba bloqueado y, de nuevo, a punto de llorar, aunque esta vez de impotencia. Recompuso los ropajes de su abuela y salió al corredor del tanatorio, se montó en el ascensor y pidió un taxi en recepción. Se cruzó con el hombre de la funeraria, al que, sin saber muy bien por qué, trataba como una especie de superior. «Mi abuela se encuentra mal, tengo que llevarla a casa, volveré pronto», le dijo. El empleado le miró con una mezcla de compasión y enojo y

respondió: «Pero la gente está a punto de llegar y, además, me tienes que decir si preferís incineración o inhumación». Carlos resopló de puro agobio y farfulló: «Espere un poco, por favor, espere un poco». Y montó a duras penas a su abuela en el coche con la ayuda del conductor, la llevó a casa y le explicó a la cuidadora: «Se ha hecho caca, cámbiala y, si eso, ya vengo yo luego a recogerla». Carmen, la única cuidadora de la empresa de ayuda domiciliaria que había pasado la severa criba de su abuela, asintió con la cabeza y fue a la habitación de doña Luisa. Volvió con un fajo de billetes de cincuenta euros y se lo entregó. «Toma esto para los gastos. Los muertos salen más caros que los vivos, ya verás. Lo he sacado del sobre que me dio tu abuela para el día a día, pero ya haremos cuentas. ¡Hay que ver, Señor, lo duro que es cuando vienen todas las desgracias juntas!». Hizo especial énfasis en esta última frase, mirando hacia arriba como si fuera una beata, en un tono un tanto afectado.

Ahora Carlos está sentado en un banco de la calle junto a su novia, Elena. Fuman un porro que se pasan cada poco tiempo y se mantienen en silencio. Ambos son alumnos del IES Ramón Gómez de la Serna. Elena cursa primero de bachillerato; Carlos, la FP Básica de Mantenimiento de Vehículos. Los dos han faltado a clase esta mañana.

—¿Irás a entrenar esta tarde? —pregunta Elena mientras exhala el humo del canuto.

—No lo sé —responde Carlos—. Ahora mismo no sé nada.

4

Al otro lado de la puerta, se escuchan voces, risas, algún golpe en la mesa, todo ello con el desagradable rumor de la televisión de fondo. Tiene que ser su padre haciendo algún chanchullo en casa, invitando a cervezas o kalimotxo a los compradores, compadreando con ellos, tirando a la basura la poca dignidad que aún atesora. Le ha dicho mil veces que no le mola ni un pelo que venda la mercancía en casa, al menos cuando él está en ella.

Se estira en la cama, se despereza y mira su móvil. Un mensaje de la tía que se tiró la otra noche, otro de un conocido del barrio que quiere mandanga: ¿tiene algo para pasar esta tarde? Son las doce del mediodía, su hermana está en el centro de educación especial, una especie de colegio para retrasados. A veces no le gusta referirse a Clara con ese término, pero es la realidad. Duerme con ella en la única cama del diminuto piso en el que viven, un bajo interior que da directamente a un patio vecinal, como de pueblo. En ese bloque arrabalero viven rumanos, la familia china que regenta el establecimiento de al lado y algunas viejas decrépitas que se morirán un día de estos.

Solo hay dos estancias: la de los hermanos y el salón con una pequeña cocina incorporada y un sofá cama. Allí duerme y hace vida su padre, de nombre Teodoro, pero al que todos conocen como el Ciego porque siempre va colocado y, además, tiene los ojos achinados como finas rodajas de limón. Nadie sabe cuál de los dos atributos motivó originalmente el mote, Daniel tampoco. Pero no le importa lo más mínimo. Profesa por su padre un desprecio profundo, espeso y pringoso, enquistado en el pecho, imposible de despegar.

Se incorpora de la cama y, sin vestirse —solo lleva un bóxer apretado—, abre la puerta y entra al salón. En la mesa circular, tres chicos jóvenes acompañan a su padre; seguro que van al Gómez de la Serna. Odia a esos imbéciles que se creen alguien solo porque van a pillar costo a la zona chunga del barrio. Él dejó los estudios hace unos años y está convencido de que toda esa peña que sigue yendo al instituto está abocada al más estrepitoso de los fracasos: serán obreros, limpiadores, repartidores de *pizza,* peones del sistema, la última mierda. ¿De qué coño sirve estudiar en un lugar como este?

Los tres chicos se callan cuando lo ven entrar. El padre rompe el silencio:

—¡Las doce! Buena hora para levantarse. ¡Cómo vive el marqués! Algunos llevamos ya horas trabajando. —Y se ríe de forma exagerada.

—No me toques la polla, Ciego, que no me apetece tenerla ahora —rezonga Daniel mientras abre la nevera para coger un brik de zumo.

Y entonces ocurre: alguien se ha reído después de la broma de su padre. Ha sido una risa tenue, incómoda, quizá forzada al no saber qué hacer en esa situación. Pero Daniel cree que uno de esos chicos se está mofando de él, piensa que uno de esos chicos cree estar por encima, que esa risa ha sido una muestra de superioridad, una provocación, una invitación al duelo.

Y se da la vuelta, y mira a los tres y advierte un vestigio de sonrisa en el del centro, el que va con una gorra negra. Y se dirige a la mesa, lo agarra del cuello por detrás y con la otra mano le da un golpe seco en la nuca. El eco reverbera en las paredes en medio de un silencio siniestro, ese tipo de silencio que acompaña a la violencia. Y lo levanta por las axilas con los dos brazos y, todavía detrás de él, le da un puñetazo en la espalda, moviendo su mano de arriba abajo, como si fuera un martillo. Luego una patada en el muslo izquierdo. El chico se da la vuelta con los brazos protegiendo su cara, ni siquiera intenta defenderse; los demás no hacen nada. En la televisión alguien habla de un crimen de violencia de género: una

mujer dice que las medidas preventivas volvieron a fallar, que la víctima ya había puesto varias denuncias contra el agresor, que la situación es insostenible.

El Dos Frentes está furioso, como un perro de caza, sí, como un perro salvaje al que alguien está intentando robar la comida. Se sabe invencible, nadie puede pararle. Mira fugazmente a los otros dos chicos, sus caras le suenan. Uno de ellos tiene el rostro huesudo y alargado y lleva dos pendientes de aro, uno en cada oreja. Su expresión no denota miedo, tan solo desidia. El otro lleva el pelo a modo de caparazón, le llega hasta las orejas. En su mirada sí que advierte el pánico. Su padre, encorvado como un buitre y ataviado con esa camiseta de tirantes blanca y roñosa, se ha levantado para interceder:

—¡Estate quieto, coño! Que estos chicos son buena gente, solo han venido a por porros y a echarse unas risas.

Daniel obvia la intervención del Ciego y, con el brazo derecho y de un solo zarpazo, arrasa con lo que hay en la mesa. Latas de cerveza, carteras, paquetes de tabaco, dos móviles. Todo se va al suelo.

—¡A tomar por culo todos de aquí, ya! —vocifera.

Y los tres chavales salen sin decir ni pío, en fila india y a paso rápido. El Ciego mira entonces a Daniel buscando un poco de indulgencia, como si en realidad el adolescente travieso fuera él, como si fuera el hijo que tuviera que disculparse ante su tiránico padre.

—Tú también; te vistes y te vas —le dice Daniel con mirada acerada.

—Eres el puto diablo. A ti se te va la olla —responde su padre.

Y Teodoro coge lo primero que pilla unas bermudas y una sudadera, tal vez también unas chanclas, aunque fuera sea invierno y haga frío, baja la cabeza y sale a toda prisa detrás de los chicos: «¡Esperadme, que pillamos algo en el chino y seguimos en la calle!».

***

Ese incidente tuvo lugar a finales de diciembre. Ahora, pasadas las Navidades, Daniel ocupa las tardes en intentar impresionar a Miguel, el nigeriano, en el gimnasio. Le pega al saco cuando sabe que el negro está cerca, se esmera en que sus golpes sean fuertes y precisos, cuida la técnica. Luego levanta dos mancuernas de veinticuatro kilos cada una en un banco de *press,* con el respaldo inclinado, colocado justo enfrente del otro. No emite sonido alguno: no gruñe, no grita, no bufa, como hacen otros. Quiere demostrarle que lo hace sin esfuerzo. Después le pide a Bernardo algún contrincante para subirse al ring y echar guantes. No se pone casco ni protección alguna y destroza a su oponente, que obviamente esperaba una pelea más tranquila. A veces se siente ridículo, como si estuviera tratando de conquistar a una chica.

Una tarde, ya en el vestuario, Miguel por fin reacciona:

—Una de dos: o tú ser marica o tú quieres euros. Diez en peluquería, hoy. Y vemos si tú eres marica o no.

Tiene mucho acento y no se expresa del todo bien en castellano, pero Daniel lo entiende perfectamente. El negro mantiene una sonrisa jovial en la cara mientras dice la frase, aunque luego recoge su bolsa y desde el umbral de la puerta insiste con el semblante más serio:

—Diez en peluquería hoy, única oportunidad.

A Daniel le hubiera gustado soltar alguna frase ingeniosa, demostrarle al nigeriano que él no se amilana ante nada, ni siquiera ante un grupo de negros musculados, pero solo acierta a decir cuando Miguel ya ha salido del vestuario:

—Vale, pero maricón no soy, eso seguro. —Y luego en voz baja, cuando sabe perfectamente que no le puede oír, añade—: Nos ha salido gracioso el puto negro de los cojones.

***

La peluquería está cerrada, como de costumbre. Daniel tiene serias dudas de que alguien se haya cortado el pelo allí desde que ese

viejo local fuera reformado y presentado al público como peluquería de caballeros. Detrás del cristal hay unas rejas metálicas en cuyos intersticios se adivinan una luz tenue, algunas siluetas, voces graves y risas. Se siente estúpido al llamar con los nudillos al cristal.

—¿Quién es? —pregunta una voz masculina, posiblemente no sea la de Miguel.

Daniel duda unos segundos y luego responde:

—Soy el Dos Frentes, el del gimnasio, me dijo Miguel que viniera.

No suele referirse a sí mismo como Dos Frentes; de hecho, odia ese apodo, por eso se siente extraño e inseguro cuando las rejas se abren emitiendo un chirrido y un negro fornido y de sonrisa reluciente y mellada le invita a pasar. Su cara está llena de pequeños hoyuelos, como costras que semejan diminutos cráteres, conformando entre todas un enorme planeta oscuro y desconocido.

El estruendo de la música de tambores le deja aturdido por un momento. En el pasillo de la entrada hay varias mujeres africanas, de muslos robustos y caras anchas, bailando y gritándose cosas en su idioma. Algunas están sentadas en los sillones de escay negro que en teoría son para los clientes. Cuando Daniel atraviesa el pasillo, escucha sus voces y sus risas: «¡Qué guapo, el español! ¡Ven a la cama, tú probar mujer negra, mucho mejor que española!», exclaman. Daniel intuye que se trata de prostitutas y no puede evitar que se alce entre sus piernas una inmediata y rotunda erección. Pero no se detiene y sigue a su guía hacia el final del pasillo. Detrás de unas cortinas violetas, baja un tramo de escaleras que da a una especie de sótano. Más abajo, las escaleras continúan hacia otro tipo de sala, quién sabe con qué utilidad.

En esa primera habitación, la del primer piso del sótano, hay algunas mesas de madera de formica y un par de tipos —negros, claro— manejando pequeñas balanzas, bolsas marrones o blancas, papeles y dinero. Al fondo, un minúsculo despacho con una puerta desvencijada y entreabierta. Cara Cráter entra y le indica a Daniel que espere fuera. Es Miguel el que está dentro y el que mantiene una breve conversación con el hombre que ha ejercido de anfitrión.

Este último abre la puerta por completo y le hace un gesto con la cabeza para que entre.

Miguel está sentado en una silla de plástico, detrás de una mesa idéntica de las de afuera. Encima de la mesa hay varios paquetes precintados de modo casero con un papel marrón, un pequeño cuchillo que posiblemente sea para abrir esos paquetes y manipular su contenido, y varios fajos de billetes que irán a parar a esos sobres blancos y vacíos que ahora mismo Miguel tiene ante sí. La verdad es que Daniel esperaba algo más de *glamour* por parte del jefe de la banda, no un cuchitril de esas características. Aunque, un momento, espera. Pero qué cojones. Eso de ahí es una pistola. Está en el extremo inferior derecho de la atestada mesa, como si fuera un objeto accesorio. Daniel no ha reparado en ella hasta ahora. Nunca ha visto una de esas de cerca. No tiene ni idea de si es una Colt o una Beretta: no ha leído ninguna novela policíaca, no ha visto ninguna serie del género, sencillamente sabe que eso de ahí es una pipa, y esa información le basta para acelerarle un poco el pulso, para agitarle el pecho, para que sienta una mezcla de miedo y excitación. Con eso se puede matar.

El otro hombre le acerca otra silla de plástico y Daniel se sienta. Miguel, vestido con camisa azul marino de seda y pantalones oscuros de pinza —las putas rastas le quitan fiereza y seriedad al tío, alguien se lo tendría que decir algún día—, se ríe y toma la palabra.

—Entonces, ¿tú ser marica o tú quieres euros?

—Quiero dinero y no soy marica. Si quieres, te lo demuestro con alguna de las de arriba.

Miguel mueve ostensiblemente la mano hacia el otro tipo, que se marcha y cierra la puerta. Ahora ya no se ríe.

—Las bromas aquí las hago yo, tú hablar demasiado. Y esto —señala con la cabeza los paquetes, los fajos, los sobres— no es un juego para niños. ¿Tú entiendes o tú ser niño todavía?

Daniel asiente y opta por el silencio como única respuesta.

—Te he visto pegar en gimnasio —prosigue el nigeriano—. Lo haces bien, eres fuerte. Necesito alguien que conozca bien barrio,

alguien que venda para mí y que eche a los latinos.

Cuando dice esto último, Miguel hace un gesto con las dos manos, como si retirase algo en el aire. Daniel lo está comprendiendo todo. El negro lo va a mandar a vender droga a zonas hasta entonces controladas por las bandas latinas. Como eso no les hará ni pizca de gracia a esos tíos, le tocará partirles la cara para dejarles claro que hay un nuevo *sheriff* en la ciudad. Es el trabajo sucio, pero por algo se empieza. Además, imagina que le pondrán gente a su cargo. Es imposible que ese tío se piense que él solo puede dar de hostias a varias decenas de guachupinos.

Ambos se mantienen callados unos segundos y es el negro el que continúa con su discurso.

—Si tú haces lo que yo mando, tú ganas euros. Si tú me jodes, yo te mato —dice al tiempo que acaricia la pistola con la mano derecha.

—Sí, puedo hacerlo —responde de modo lacónico Daniel.

Y lo dice porque en verdad piensa que sí, que puede hacerlo, eso y mucho más, y vuelve a mirar la pistola y se dice a sí mismo que algún día será él quien la acaricie, que pronto será él quien la utilice, y el agujero negro que tiene dentro asciende por su tórax y llega hasta la garganta, y cree que si no hace algo rápido para taparlo se terminará ahogando de pura tristeza, rabia o lo que sea, y mira a los ojos al negro y le trata de decir todo eso con la mirada, pero no tiene claro que el otro sea capaz de comprenderlo.

Miguel entonces le vuelve a lanzar una sonrisa expansiva y grita:

—¡De puta madre! Ahora tú subes y disfrutas de fiesta.

5

El Red Flower, a primera vista, parecía un pequeño hotel ubicado a un lado de una de las autopistas principales de salida y entrada de la ciudad. Se trataba de un edificio achaparrado, de color salmón y con unos bonitos balcones balaustrados que indicaban la presencia de varias habitaciones o estancias. Estaba rodeado por una gran verja y en la entrada había una especie de bedel o botones, bien arreglado, aunque sin uniforme. A Nelson le sorprendió su aspecto: tenía la cabeza rapada, estaba embutido en una camisa negra que en lugar de botones parecía tener músculos y calzaba unos zapatos del mismo color, bruñidos, impolutos. En la mano sostenía una chaqueta de cuero, también negra, que se había quitado ante la insistencia de aquel pertinaz sol invernal.

Nelson y Camila iban montados en una amplia furgoneta de color blanco, concretamente en los asientos traseros. Delante de ellos, en la fila de en medio, había tres mujeres más: una latina, de piel muy morena, pero de otro país diferente a Colombia, tal vez de Ecuador o del Perú, y dos mujeres europeas, muy delgadas ambas, una rubia y otra morena. El conductor no era el tipo al que había visto en Cali, sino un hombre joven de mirada pálida y cuello ancho que, al igual que el tipo de la entrada y las chicas del coche, parecía provenir de Europa del Este. También tenía el cráneo afeitado, como el hombre de la entrada, aunque, a diferencia de este, no había ninguna sombra gris en su cabeza, sino únicamente el cuero cabelludo perfectamente rasurado. En el aeropuerto de Barajas portaba un cartel con el nombre del hotel escrito en rotulador. Casi no abrió la boca ni movió la cabeza durante el trayecto. El asiento del copiloto

estaba vacío, así que ni siquiera tenía que molestarse en mirar hacia su derecha. Realmente nadie habló en ese viaje. Nelson miraba por la ventanilla y veía pasar a gran velocidad bloques grises, fábricas, muchos coches, y pensó que Madrid no era tan bonito como le había dicho el doctor Maximiano, sino tan solo un montón de cemento, ruido y desorden.

El hombre de la entrada intercambió alguna palabra con el conductor y permitió el acceso del vehículo al aparcamiento. Era mediodía, había muy pocos coches más. El conductor bajó de la furgoneta y abrió las puertas traseras, indicando a todos los ocupantes que bajaran. Después los guio hacia la entrada del local, una puerta visiblemente pesada, metálica y dorada, adornada con efigies que representaban bellos rostros femeninos, demasiado ostentosa en cualquier caso para tratarse de la entrada de un simple hotel.

Dentro se hizo la oscuridad.

El primer impacto casi noqueó a Nelson. Estaban en una sala enorme, eso lo sabía, pero tardó un poco en que sus ojos se acostumbrasen a la negrura y advirtieran una barra cuadrada situada en el centro. Olía a desinfectante, a perfume de mujer intenso y barato, a humo de tabaco y también al tufo que había en su casa cuando su madre había tenido visita. Nelson lo llamaba olor a pija sucia. Una vaharada resultante de la mezcla de esos hedores le dio un fuerte golpe en la cara y en la boca del estómago, hasta el punto de tener que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar allí mismo.

Entonces se encendieron las luces y apareció el hombre gordo, el que había ido a su casa. Su pelo engominado y peinado hacia atrás, como formado por surcos separados entre sí que terminaban en tirabuzón, no podía esconder dos prominentes entradas que coronaban una frente ancha y sudorosa. Tenía un pañuelo en la mano con el que se limpiaba sin cesar las gotas de sudor que resbalaban por su rostro, y parecía estar más agotado físicamente que agobiado o estresado. Vestía una camisa de rayas rojas y blancas y tenía dos enormes manchas en las axilas. Era un hombre

realmente desagradable, ese tal señor Mondero. Se lo parecía a Nelson y a su madre, se lo parecía a las demás mujeres, se lo parecía incluso a varios de los trabajadores del local, pero, de una forma extraña y desconcertante, encajaba perfectamente en ese lugar.

—Buenos días, señoritas y demás invitados —cuando dijo esto, miró de manera fugaz y despectiva a Nelson—, sean bienvenidas. Voy a ser breve en mi explicación; si alguna no entiende algo, que le pregunte después a Stefan, que sabe hablar casi cualquier idioma de este planeta —señaló entonces al conductor—. A ver, todas sois ya mayorcitas y sabéis a lo que venís aquí. Vais a hacer lo que hacíais en vuestros países, pero con unas condiciones mucho mejores. Cada una tendrá su propia habitación, en la que dormirá y vivirá. Cada una se pondrá su horario de trabajo, siendo cuatro horas diarias el mínimo. De momento, nos debéis el dinero del viaje y alguna cosilla más, así que yo os aconsejaría empezar trabajando duro. Esto es un hotel residencial, no un prostíbulo, entendedlo bien por si algún día os pregunta algún policía, aunque los de la zona ya están enterados.

Nelson miró a su madre: mantenía un rictus de tensión, no se le aflojaban las facciones de la cara. Las demás mujeres sujetaban con el cuello una expresión neutra, imposible de descifrar, como si no entendieran una sola palabra de lo que estaban oyendo, o peor, como si lo entendieran todo perfectamente y les importase un carajo. Era el sombrío gesto de quien ya no tiene nada que perder, del que no puede verse sorprendido por nada. El señor Mondero encendió un cigarro y continuó hablando:

—Lo que quiero dejar claro es que aquí nadie está por obligación. Podéis salir del local, por supuesto, pero siempre con el permiso de uno de mis hombres. No podéis ofrecer vuestros servicios fuera de aquí, a menos que nosotros os lo pidamos. No seáis avariciosas, aquí hay dinero de sobra para todas, y, por favor, no me la intentéis jugar, más que nada porque no me gusta cabrearme, me viene fatal para el corazón, y al final los errores de algunas los terminái s pagando todas.

Mondero miró en derredor y suspiró de hastío, como si ese discurso lo hubiera pronunciado ya cientos de veces. Aún no había terminado.

—¿Repartición de las ganancias? Muy simple: mitad para vosotras, mitad para el local. Recordad que no pagáis alojamiento, yo creo que incluso somos demasiado generosos. La forma de trabajar también es sencilla y estoy convencido de que más estimulante que la que utilizabais en vuestros países. Mirad, esto consiste en que los tíos suelten la máxima guita posible. Vosotras estaréis aquí, en la pista, bailando al son de la música, como si esto fuera una puta discoteca normal. Seréis actrices: dejaréis que flirteen con vosotras, que os seduzcan, que se piensen que están ligando de verdad. Empezad pidiendo que os inviten a un par de copas antes de subir a las habitaciones. Cuando vayáis a subir, recordad que antes debéis ir al guardarropa y pedir un juego de sábanas limpias, que también costea el cliente, claro. Después, arriba, el pago por adelantado y ni un minuto más de lo estipulado. Si alguno se pone un poco pesado, tocáis el botoncito rojo y alguno de mis chavales le dejará claro que él no es ningún Romeo y esto no es una puta historia de amor. Os digo una cosa: en las noches de mayor afluencia, hasta podréis elegir con quién acostaros. ¡Esto es la hostia, no me jodáis! No somos chulos, somos una jodida ONG.

Camila se giró hacia Nelson y le lanzó una sonrisa de tranquilidad. Si todo aquello era de verdad como contaba el señor Mondero —parecía querer decirle—, iban a ganar en calidad de vida. Ahora estaba más serena, aunque aún conservaba algún resto de desazón en su mirada. El señor Mondero avanzó hacia ellos, aunque frenó de súbito, como si hubiese recordado una última advertencia o indicación:

—No quiero que esto se alargue, pero sí me gustaría tratar un último tema. ¿Podréis algún día marcharos de aquí, independizaros? Por supuesto, pero, en primer lugar, no creo que queráis: aquí viviréis bien y ganaréis mucho dinero. Pero si aun así tomáis la decisión de dejarlo, deberéis hablar conmigo directamente para

llegar a un acuerdo. En todo caso, ahora nos debéis dinero, así que esa posibilidad queda muy muy lejos. Ahora, subid a vuestras habitaciones y descansad. Esta noche empezáis a trabajar.

Tras el monólogo, Stefan indicó a las mujeres que lo siguieran por un pasillo al final del cual se atisbaba un ascensor. A pesar de la referencia de Mondero al poliglotismo del conductor, ninguna mujer se atrevió a formular ninguna pregunta y Stefan tampoco parecía muy dispuesto a entablar ningún tipo de charla. Camila y Nelson empezaron a andar en último lugar del pelotón, pero la voz del señor Mondero les interrumpió: «Vosotros, venid un momento conmigo». Nelson y Camila se dirigieron a unos taburetes que estaban junto a la barra.

El señor Mondero estaba sentado en uno de ellos. Aplastó la colilla en un cenicero de cristal —Nelson se fijó, con horror, en sus uñas cuadradas y amarillentas— y dijo con la mirada clavada en Camila:

—He dado por descontado que sabrías que él no puede vivir aquí. Esto es solo para mujeres. Nada de hijos, ni de maridos, ni de familiares.

—Pero entonces, ¿qué haremos? Le dije que vendríamos juntos, no puedo dejarle solo —respondió Camila con tono lastimero.

—Tranquila, todo tiene solución. El chico tendrá que alquilarse un piso o algo, que lógicamente tendrás que pagar tú. Tienes dos opciones: o trabajas aquí día y noche hasta que no sientas las piernas de tanto abrirlas, o te buscas otro empleo que puedas compaginar con este.

Camila se quedó pensativa, dudando, mientras su hijo se abstrajo hasta situarse a mil años luz de allí. Nelson se hallaba de nuevo en Comala, buscando a su padre, un tal Pedro Páramo, deambulando en la frontera que separa a los muertos de los vivos, intentando descubrir si es que realmente ambos pueden convivir. El señor Mondero le sacó de forma abrupta de su ensoñación:

—Te diré lo que haréis. Olvida lo de las horas extras aquí, de momento. Llama a este número y di que vas de parte de Mondero,

que acabas de llegar al Red Flower. Es una empresa de servicios domésticos: trabajarás unas horas al día limpiando la mierda de los demás, cuidando niños o viejos, no sé. Te pagarán poco, pero te harán un contrato, y eso, créeme, es una suerte. Tanto para ti como para mí.

Mondero le tendió una tarjeta sucia y desvaída y agregó:

—Intenta que tu chico lleve una vida normal: apúntale al colegio, a un módulo o algo así. Cuando vayas a las oficinas, explícales la situación, ellos te ayudarán a buscar piso. —Dirigió su mirada a Nelson, dio una fuerte palmada y alzó la voz—: ¡Y tú, espabila! Con lo poco que va a ganar tu madre, tendrás que vivir en un barrio difícil, ¿entiendes? Si sigues en Babia, terminarán dándote por culo.

—¿Qué barrio es ese, señor? —preguntó Nelson, fingiendo interés.

—Valdeyeros. —Miró a Nelson y luego soltó una carcajada antes de añadir—: Pero no te acojones tan pronto. Yo me crie allí y no me ha ido tan mal, ¿no?

Nelson se peinó con la mano derecha su flequillo negro azabache y liso que caía con cierta gracia sobre su frente. No sintió miedo, ni tristeza, ni pena: no sintió absolutamente nada.

6

Las Navidades han sido muy duras. Primero llegó toda la avalancha de información y la posterior vorágine de trámites burocráticos que Carlos debía realizar tras la muerte de su madre. Tampoco se podía obviar, por supuesto, el frágil estado de salud de su abuela, que no contaba con familiar más cercano que su nieto para hacerse cargo de sus cuidados. Y después el despido de Carmen, que llevaba no se sabe cuánto tiempo sacándose un sobresueldo cercano a los cuatrocientos euros mensuales a costa de la ingenuidad de su abuela. Carmen convenció a doña Luisa de que había que sacar dinero en metálico para los gastos diarios y, aprovechándose del caos que supusieron la repentina enfermedad de Cristina y el notable deterioro en las facultades mentales de su empleadora, se procuraba alegremente varios billetes de cincuenta euros una o dos veces por semana.

Al principio, Carlos no dudó de la palabra de la mujer: pensó que tenía cierto sentido que hubiese una especie de hucha con dinero en metálico que la cuidadora pudiera utilizar para comprar pañales, productos de limpieza y aseo o medicinas. De ahí salió, por ejemplo, el dinero que le dio la cuidadora antes del velatorio de su madre. Pero una tarde, Carlos llegó a casa un poco más temprano de lo habitual y se topó de frente con la realidad. Cuando entró, no escuchó nada: ni las imprecaciones de su abuela, ni la cándida voz de Carmen, solo el silencio. Entonces supuso que su abuela se habría quedado dormida y se acercó sigilosamente a su cuarto. Asomó la cabeza por el vano de la puerta y vio cómo Carmen cogía dos billetes de cincuenta de un sobre blanco y ajado. Su abuela,

efectivamente, dormía: roncaba con la boca abierta y boqueaba como un pez cansado.

Podría haberle dicho algo, montarle un pollo, darle cuatro gritos y ponerla de patitas en la calle en ese mismo instante. Pero no lo hizo. Sencillamente carecía de la rabia necesaria para defender a su abuela, no la consideraba algo suyo, no existía en su interior ese tipo de amor que desemboca en un incontrolable instinto de protección. La verdad es que se estaba quedando sin fuerzas, la situación le sobrepasaba. ¿Por qué tenía él que cuidar de una vieja medio loca, que ocuparse de su dinero y de sus papeles, de limpiarla cuando iba al baño o ducharla cuando no venía la cuidadora? ¿Por qué no podía simplemente estar con Elena, ir a clase, entrenar y fumarse unos porros de vez en cuando? ¿Por qué no había podido llorar desde que murió su madre? ¿Acaso tampoco la quería a ella?

El despido de Carmen se zanjó con una llamada telefónica a la empresa de servicios domésticos. Carlos les contó lo que había visto y la cuidadora ya no volvió a su casa. Resultaba curioso: su abuela siempre echando pestes de los extranjeros y al final terminó siendo una señora de Albacete la que le había estado sisando durante estos meses.

¿Cuánto le había robado? Carlos no tenía ni idea. Doña Luisa era titular de varias cuentas y tarjetas bancarias, pero él no tenía acceso al dinero. No conocía las claves y en la oficina ya le habían dicho que era únicamente la titular la que podía proporcionárselas. Pero su abuela guardaba silencio cuando Carlos le preguntaba. La herencia que le había dejado su madre, por otro lado, resultaba casi inexistente: mil quinientos euros en el banco y ni una sola propiedad a su nombre. La situación era complicada.

La trabajadora social le dijo que podía pedir una pensión de orfandad, pero ya le había advertido que no iba a tratarse de una gran cantidad, doscientos o trescientos euros mensuales a lo sumo. «Es un caso complejo; tendrías que conseguir inhabilitar a tu abuela para tener acceso a su patrimonio, y eso no es tan sencillo. Además, si luego quieres vender la casa o algo, deberías justificarlo ante el

juez. ¿Mi consejo? Pide una residencia para ella y tú búscate un trabajo, de momento», le dijo la mujer mientras manipulaba su teléfono móvil, como si astillar la juventud de alguien fuera parte de su rutina, como si todo aquello le importase tan poco que esa otra persona, el chico delgado y de mirada oscura y cansada al que la desesperación provocada por esas palabras corroía por dentro, el chavalito de los pendientes al que los quejidos de su abuela impedían dormir por las noches, como si ese pobre chico, en definitiva, no mereciera siquiera que le hablasen mirándole a los ojos.

***

Sí, las Navidades han sido duras porque fue en Navidades cuando pensó en hacerlo por primera vez. Ocurrió en Nochevieja. Por la mañana había salido a comprar algo de jamón, langostinos, cava y mucha cerveza. Y también había encargado medio cordero asado, es lo que siempre se cenaba en su casa esa noche. Lo pagó todo con la tarjeta de su abuela de El Corte Inglés, uno de los pocos sitios donde podía hacer uso del dinero de doña Luisa. Ella había sido clienta de toda la vida, conocía a los vendedores, a los que Carlos no tardó en convencer de que todas las compras iban a ser en beneficio de la anciana. Y normalmente así era en realidad. Pocos caprichos se había dado Carlos desde que murió su madre, aparte de esos pantalones vaqueros ajustados que tan bien le quedaban y por los que tuvo que porfiar como nunca, asegurando a la dependienta que ese iba a ser el regalo de Reyes de su abuela, que lo sabía desde hacía meses.

Durante la cena casi no hablaron. Su abuela, despeinada y con el pelo completamente blanco —hacía meses que no iba a la peluquería—, miraba la televisión ensimismada e iba lanzando muecas de extrañeza al aire a medida que las imágenes se iban sucediendo. No se estaba enterando de nada, parecía sacada de otro planeta. En ese momento, Carlos sintió pena, una pena

verdadera por esa mujer demenciada y por él mismo, su inocente nieto obligado a cuidarla. Pero esa pena duró poco. Antes de las uvas, Carlos llevó al baño a su abuela, la acostó y le dio la medicación. Ella vestía ese camisón rosa ya desvaído por la cantidad de lavados a los que había sido sometido durante las últimas semanas. Él estaba arreglado para salir, Elena se pasaría por su casa a tomar las uvas y luego se irían de fiesta.

De repente, el semblante de la anciana cambió radicalmente. Ahora su rostro reflejaba desprecio hacia su nieto. «¿Serás capaz de irte de fiesta ahora y dejarme sola? Qué sinvergüenza. Con mi dinero no vas a salir, eso seguro. Dame mis tarjetas ahora mismo». Era como si de repente hubiera recuperado la lucidez, como si todo lo ocurrido en las últimas semanas hubiese sido una farsa.

Carlos sintió una gran pelota de rabia naciendo en lo más hondo de su tripa. La inesperada reacción de su abuela le causó tal conmoción que, al principio, las palabras se arrejuntaron en una espesa masa gris que se negaba a salir por la boca. Después fue a la sala de estar, rebuscó en un cajón y regresó al dormitorio de su abuela con las tarjetas. Miró a la anciana con repugnancia y se las tiró al cuerpo. Y haciendo un verdadero esfuerzo por que las lágrimas que se asomaban a sus ojos no emprendieran su camino natural, gritó:

—¡Aquí tienes tus tarjetas! ¿No te das puta cuenta de que no puedo ni utilizarlas, que en el banco no me lo permiten y que tú no me das el puto pin? Y con la otra solo compro comida y las cosas que necesitas. ¡Eres una vieja, una puta vieja! ¡A ver si te enteras de que el que te está cuidando soy yo, coño!

La voz de Carlos era rasgada, estridente, provenía de lo más profundo de sus entrañas y no tanto de las cuerdas vocales. Y pensó en hacerlo, claro que lo pensó. Pensó en agarrarla de los hombros y zarandearla violentamente. Pensó en asir un puñado de pelo de su cabeza y tirar fuerte hasta arrancárselo de raíz. Pensó en darle un par de hostias en la cara, en demostrarle a esa vieja maloliente quién mandaba ahora en casa, quién tenía la fuerza física, quién

debía ser obedecido. Podía también tirarla al suelo de un solo empujón, dejarle claro que ahora mismo ella, la altiva y poderosa doña Luisa, estaba a su merced, dependía única y exclusivamente de él.

Pero en lugar de eso se fue a la sala de estar a esperar a Elena, tomó las uvas con el mejor ánimo posible y echó un último vistazo a su abuela antes de marcharse. Parecía dormir profundamente, pero sabía que al cabo de cinco o seis horas se despertaría y gritaría su nombre. Tendría entonces que acudir a su llamada, comprobar el estado del pañal, asearla, ducharla con sumo cuidado, darle la medicación de la mañana, sentarla en el comedor, preparar el desayuno y dárselo. Aunque estuviera borracho y algo colocado, tendría que hacer todo eso y después lo más seguro es que no pudiera encerrarse en su habitación y dormir, porque se trataba de un día festivo y la cuidadora descansaba. Y en ese momento, casi vencido por el cansancio e indefenso ante la resaca que ya se aproximaba, volvería a pensarlo. Pensaría en hacer daño a su abuela, en golpearla. Pero no lo haría. Él no es así. No puedo hacerlo, se repetiría, no puedo hacerlo.

Segunda parte. La (mala) suerte

1

Estaría bien saber por qué suceden las cosas. Saber por qué suceden unas cosas y no otras. Y por qué las cosas que suceden a veces tienen una incidencia brutal en una vida, o en dos, o en tres, o incluso en más, y por qué esas mismas cosas, pequeñeces en su mayoría, se desvanecen en el aire como polvo fino en otras ocasiones, sin dejar rastro ni consecuencia alguna en la existencia de nadie. ¿Es solo una cuestión de azar?

Resulta muy extraño. Hay veces en que esas cosas pasan y lo que parece inevitablemente abocado a una colisión, a un violento choque entre varios universos, a una sacudida brusca en las apacibles vidas de varias personas, todo ello queda reducido al final a meras partículas separadas, materias dispuestas en diferentes compartimentos, cercanos unos de otros, pero siempre independientes. Como esas dos bolas de billar que danzan sobre el tapete durante toda la partida sin llegar jamás a tocarse, ni se rozan siquiera, solo se ven de cerca, a milímetros, se huelen casi, al ladito la una de la otra, pero a la vez lejísimos, y en cada lanzamiento con el taco crees que se tocarán, que chocarán, es imposible que no lo hagan, pero sí, terminan embocadas en agujeros diferentes, ajenas la una a la otra para siempre.

Sin embargo, en ocasiones es al contrario, y un simple toque con el taco, acaso el primero, el que se hace solo por hacer y sin pensarlo demasiado, logra que todas las bolas se muevan, que todas choquen entre sí, que se produzca el estallido, como una bomba, ¡pum!, que todas cambien su trayectoria. Es entonces cuando esas cosas que pasan, que suceden, que se dan, esas mismas cosas

diminutas y nimias que a la ingenua vista de cualquier mortal no significan nada, adquieren un brillo singular, una forma determinada, acaso un aroma especial, y entonces emerge la capacidad, eso es, la capacidad para lograr que varios caminos de muy distinto origen confluyan en algún punto, la capacidad para conseguir que esas aguas dulces provenientes de tan distintos y extraños ríos terminen uniéndose, entrelazándose y formando parte del mismo mar, escupidas todas ellas por sus diferentes estuarios.

Sí, porque siempre son las pequeñas cosas las que desencadenan las tragedias, y estaría bien saber por qué suceden. Tal vez eso sería lo justo. O no, mejor no, mejor solo asumir esas cosas, aceptarlas, adaptarnos a esa nueva realidad que no podemos cambiar. Es simple: las cosas pasan porque tienen que pasar. No importan las razones, ni los motivos: es una pérdida de tiempo divagar sobre las otras alternativas, los otros caminos que nunca conoceremos, ninguna explicación será capaz de colocarnos en el punto de partida. Solo cuentan los hechos, solo lo que ha pasado.

2

Julia no se encuentra bien, ha pasado mala noche. Lleva una semana soportando estoicamente esa condenada lumbalgia que le amarga la vida cada dos o tres meses. Normalmente, sobrevive a estas crisis a base de ibuprofeno y reposo total cuando está en casa. El médico siempre le dice que lo mejor para superar la lumbalgia es hacer ejercicio físico, pero ella nunca le hace caso. Qué sabrá él, si ese dolor le es ajeno. Nunca ha faltado a trabajar por algo así, pero esta noche ha sido diferente. Las punzadas de dolor, algo así como latigazos, le subían por los muslos hasta la parte baja de la espalda. No, hoy no podrá ir a trabajar: ni siquiera puede levantarse de la cama.

Sabe que tenía que ir a una nueva casa, a cuidar de una anciana que ha quedado averiada después de una operación de cadera, como les pasa a tantas. La señora había dejado dicho, cuando estaba mejor de la cabeza, que solo quería españolas, nada de extranjeras. Pero ella no irá hoy y posiblemente sea su nueva compañera la que ocupe su lugar. No recuerda su nombre, pero sí su procedencia: es una mujer colombiana, de unos cuarenta años, que siempre va a trabajar demasiado arreglada, como si fuera a salir de noche o algo así.

En los últimos años han contratado a varias mujeres de ese estilo, demasiado exuberantes para ir a limpiar un piso o cuidar a una viejecita. No hablan demasiado —algunas son rumanas, o rusas, o ucranianas que no entienden ni papa de español— y apestan siempre a perfume. A Julia no le huele bien todo aquello, le parece extraño y sospechoso. Siendo sinceros, esas mujeres parecen

pilinguis, señoritas de compañía, pero ella no dice ni pío. Le quedan un par de años para jubilarse y no quiere líos. Llama a las oficinas y dice que está enferma y que no podrá ir a trabajar. Ahora tendrá que hacer un esfuerzo para levantarse, vestirse e ir al centro de salud. Necesita que el médico le dé la baja. Escuchará el mismo sermón de siempre: debería usted caminar, apuntarse a natación, hacer algo de deporte. Y ella asentirá y se marchará a casa, a tumbarse en la cama. Allí meditará sobre qué hacer hoy para comer: escalopines o filetes rusos. Tendrán que ser los filetes, ya que se le ha olvidado descongelar los escalopines.

***

Cuatro servicios por noche. Eso era lo que se había propuesto Camila en un principio, pero se ha dado cuenta de que no es tan sencillo. Una hora en la sala de baile no equivale necesariamente a un servicio. De hecho, ha habido alguna noche en la que ha estado allí abajo cinco horas haciendo el ganso (moviéndose erráticamente de un extremo a otro de la sala, bailando sin ganas, fingiendo ser una mujer con verdaderos deseos de flirtear) y únicamente ha convencido a un hombre para subir a la habitación. No tardó en percatarse del principal motivo: a veces, sobre todo los días entre semana, hay más mujeres que hombres, esto es, más oferta que demanda. Y a ella no le apetece ponerse a pelear por ningún ejecutivo de segunda, calvo y grueso, con tres o cuatro de sus compañeras. Prefiere esperar sentada en la barra a que algún potencial cliente se acerque.

Observa a las demás chicas y siente una inesperada inyección de autoestima: algunas parecen esqueletos de tan delgadas que están y otras, en cambio, semejan hipopótamos, justamente por lo contrario. Y muchas son feas, tienen caras vulgares y poco agradables a la vista. Ella, aun con sus cuarenta y dos años, puede decir que tiene las carnes en su sitio, el vientre, si no totalmente plano, sí con ausencia de cinturón adiposo alguno, las piernas,

largas y estilizadas, y los pechos grandes, aún firmes y, sobre todo, naturales. Se mira al espejo, incluso recién despertada, y ve a una mujer atractiva, con una mirada esmeralda y sugerente y con unos labios que resultan salaces de una forma sutil y elegante.

No, ella no va a ir detrás de los hombres, sabe que hasta en este oficio hay clases y clases, y se está dando cuenta de que ella pertenece a una superior. Lo malo de seleccionar los servicios es que al principio se gana menos. «Pero a la larga es mejor, tendrás unos cuantos clientes de confianza, hombres limpios que te traten bien y con los que no sea un suplicio acostarse. Y no pagarán por media hora, con el tiempo querrán estar contigo dos, tres horas, incluso la noche entera. Ahí es cuando empiezas a ganar dinero de verdad», le había dicho Regina, una paraguaya muy resuelta que llevaba cinco años en el local. Había dejado a sus tres hijos en su país, viviendo con su madre, pero no tenía pensado volver. Ganaba lo suficiente como para mandarles dinero y llevar una vida holgada: se compraba ropa cara, iba al gimnasio a diario, había aprendido a sacarle partido a la vida que le había tocado vivir. «No, mi niña, yo ya no me voy a poner a trabajar de cajera ni de limpiadora, yo solo me voy a dedicar a coger, cada vez menos, claro, hasta que algún día encuentre un marido con el suficiente dinero como para sacarme de esto. Pero entiéndeme: si eres lista y no buscas problemas, aquí se vive bien». Eso se lo dijo la otra noche mientras hacían tiempo en la barra, mojito en mano, hasta que los hombres salieran de la oficina e improvisaran una excusa que muchas de sus esposas ya ni se molestaban en escuchar.

Lo que proponía Regina sonaba chévere, pero la realidad de Camila ahora era distinta: necesitaba ingresos de manera urgente para pagar lo que le debía al señor Mondero y también para costear el alquiler del estudio donde vivía Nelson. Era un piso minúsculo situado en la undécima planta de uno de esos bloques enormes que se alzan cerca del polígono de Valdeyeros, entre naves industriales y establecimientos de comida rápida. Lo que iba a ganar en la empresa de servicios domésticos iba a estar destinado de manera

casi íntegra al alquiler. Será algo temporal, hasta que me asiente en el club y pueda permitirme hacer como Regina, pensó Camila la noche antes de su primer día de trabajo como cuidadora.

Pero cuando llegó a la casa de doña Luisa, casi se vino abajo. En un primer momento, iba a cuidar de dos bebitos de unos meses, pero una de las empleadas se puso enferma a última hora y le tocó a ella hacerse cargo de la anciana. La vivienda estaba en una zona más viva y menos gris que en la que vivía su hijo. Era un espacio residencial relativamente nuevo similar a esas urbanizaciones que tan habitualmente se ven en las afueras de las ciudades: bloques de pisos construidos en los últimos treinta años, equipados con agradables zonas comunes (jardín, piscina, gimnasio), bien comunicados con el centro urbano gracias al transporte público y lo suficientemente lejos del epicentro de aquellos problemáticos barrios a los que en realidad pertenecían, tanto como para que los vecinos —familias con niños en su mayoría— pudieran vivir tranquilos y ajenos a las olas de delincuencia que frecuentemente se desataban a unos kilómetros de allí. Camila no lo sabía, pero realmente esas bonitas casas ajardinadas estaban a solo siete minutos en coche del piso de su hijo y pertenecían al mismo distrito: Valdeyeros.

De cualquier modo, esa alegría indescriptible que se le metió en el cuerpo a Camila después de respirar el olor a hierba recién regada y bañada por el combativo sol de enero se evaporó en un instante tras cruzar el umbral de la puerta del piso de doña Luisa. Todo estaba hecho un desastre: el fregadero hasta arriba de platos y cacharros sucios, prendas de ropa tiradas de cualquier forma en los muebles, el suelo de parqué de madera cubierto de polvo y mucho más cercano al gris que al marrón original… y el olor. Un olor como a viejo y a meados y a mierda y a carne podrida. Un olor nauseabundo que se hacía más intenso a medida que se acercaba a la habitación de la anciana. Un olor a muerto porque solo algo sin vida podía oler así. Un olor, en su opinión, bastante más desagradable que el del club.

Desde el salón, Camila vio la puerta entreabierta del cuarto de doña Luisa e intuyó la presencia de la vieja, su cuerpo blando e hinchado tendido en la cama, su piel arrugada y seca impregnada de sudor y Dios sabe qué más. Se quedó parada y pensó en largarse de allí. Haría más horas en el club, se acostaría con cuantos orangutanes hiciera falta, pero eso era demasiado para ella. O a lo mejor podía encontrar un lugar más barato para Nelson. Se sentía en deuda con él por todo lo que le había hecho pasar, pero un sacrificio de esa índole le parecía totalmente exagerado: cuidar de viejos por la mañana y dejarse penetrar por extraños por la noche no era precisamente la vida que imaginaba llevar cuando por fin lograra marcharse de Colombia.

De pronto, se escuchó la voz desorientada de la anciana. «¿Carlos? ¿Eres tú? ¿Quién anda ahí? Llevo mucho tiempo en la cama y me he hecho pis, ¿alguien me ayuda?». Eran palabras lanzadas al viento por alguien que tiene miedo y que se sabe indefenso. Ahora sí que no había vuelta atrás, la vieja había advertido su presencia, tenía que ir en su ayuda. Si se le ocurría marcharse y dejar el trabajo así, podía tener problemas con el señor Mondero. Porque no todas las chicas del Red Flower eran como Regina. A las que menos caja hacían, por ejemplo, las mandaban a hacer la calle. También decían que las que causaban problemas eran obsequiadas con un tratamiento completo por parte de Stefan y los demás matones. No, a Mondero no le gustaría que la chica nueva rechazase un empleo decente que él mismo le había proporcionado. Además, Camila sospechaba que ese gordo debía de tener algo que ver con esa empresa de servicios domésticos: podía ser su dueño, su socio o algo por el estilo. Sea como fuere, esfumarse de allí no era una opción, al menos no por el momento.

Así que Camila templó sus nervios y se encaminó hacia la habitación. Doña Luisa había conseguido romper el pañal con sus manos y ahora estaba pataleando como un bebé para terminar de quitárselo. La cama estaba completamente deshecha, las sábanas roídas y manchadas de orín, la colcha beis arrumbada en un rincón

del cuarto. En ella, a modo de cubo de basura, alguien había arrojado varios pañales y bragas usados, trozos de papel higiénico, tubos de crema ya gastados y hasta restos de comida. La coordinadora le había avisado de que, tras el despido de una señora que llevaba mucho tiempo cuidando a doña Luisa, ninguna empleada había acudido a la casa durante unos días. Pero Camila no se esperaba algo semejante: todo era mugre y podredumbre.

La anciana se cubrió medio rostro con la sábana cuando vio a su nueva cuidadora acercarse a la cama. Sus ojos grises, como vacíos, miraban a Camila con más temor que curiosidad. La mujer avanzó lentamente hacia el lecho y solo cuando pudo haberse repuesto de la impresión que en su interior había producido tal cúmulo de imágenes, le dijo a la vieja:

—Soy Camila, su nueva cuidadora, espéreme un tantico, que voy a cambiarme de ropa.

Y mientras se dirigía al cuarto de baño del pasillo, le pareció escuchar una voz de mujer, pero diferente a la anterior, una voz autoritaria y más grave:

—Sal inmediatamente de mi casa, extranjera.

3

Justo al comienzo de la partida, cuando las bolas empezaban a moverse sobre el tapete verde, a Teodoro, el Ciego, le volvieron las ganas de tener sexo. Y eso le convertía en un hombre vulnerable. De una manera distinta a como lo había sido en los últimos años, pero vulnerable, al fin y al cabo. Había sido una época dilatada y convulsa de la que apenas recordaba nada. A los yonquis de verdad solo les importan dos cosas en este mundo: la próxima dosis de jaco y la pasta para conseguirla. Su universo se reduce a eso, no existe nada ni nadie más. Y Teo había sido un yonqui durante mucho tiempo.

No recuerda que en el mismo instante en que nacía su hijo, Daniel, él estaba encerrado en el baño del hospital, pinchándose en el muslo izquierdo. Tampoco se acuerda del momento en el que el médico le dijo a la Charo que la niña venía mal, pero que había que seguir adelante, que ya era tarde para tomar otra decisión. Ni siquiera de las doce horas de parto, ni de cuando una enfermera muy joven y con los ojos llorosos le puso a Clara entre los brazos, mientras negaba con la cabeza señalando hacia la puerta del quirófano. Tampoco del velatorio, ni del entierro, ni de la pelea que tuvo en el cementerio con el hermano de la Charo, ni de Daniel llorando porque no podría hablar más con mamá —que eso era lo que más le apenaba, no volver a escuchar su voz antes de dormir y no tanto no volver a verla—, ni de los niños creciendo en casa de sus padres mientras él seguía buscando venas que perforar en su raquítico cuerpo, ni de las tardes en las que él se empeñaba en recogerlos del colegio y se presentaba allí, medio ido, colocado, y Clara venía corriendo hacia él, pero Daniel no, Daniel se

avergonzaba y fingía no conocerle, Daniel con su cicatriz partiendo su frente en dos, Daniel con aquella rabia inmensa inundando su mirada, Daniel con la cara constreñida, Daniel el que nunca quiso ser su hijo.

No recuerda nada de eso. O bueno, algo sí: hay *flashes,* imágenes inconexas, fotografías aisladas de aquellos momentos que a veces irrumpen en su mente. Pero él es rápido y las aleja, les da un empujón o una patada, se mete una raya o se fuma un porro, y las manda bien lejos. Ha dejado la heroína, pero de vez en cuando le da a la coca y a la marihuana. No puede quitarse uno todo de golpe, eso es inhumano.

***

El Ciego se ha levantado hoy con una erección importante. Ha meado, se ha fumado un par de cigarros, se ha tomado un café cargado y aquello no bajaba. ¿Cuánto hace que no echa un polvo en condiciones? ¿Tres años, cuatro? No está seguro de cuánto, pero desde luego ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Lo cierto es que ha estado muy ocupado desintoxicándose, visitando a sus padres moribundos para conseguir algo de *cash,* enganchándose otra vez, convenciendo a la asistente social de que podía ocuparse de Clara, haciendo todo el papeleo para que la niña fuese a un colegio especial y que a él no le costase casi nada, desintoxicándose de nuevo; además, claro, estaba su nuevo negocio. Le había costado un buen puñado de horas ganarse la confianza de los chavales y los drogatas del barrio, pero sin duda había merecido la pena. Como camello de andar por casa no se vivía mal: ganabas un sueldecillo decente y nunca tenías encima demasiado material, por lo que las posibilidades de ir al trullo se rebajaban notablemente. Con eso, algún currillo de vez en cuando y las ayudas del Estado, Teodoro iba tirando. Así que no, no había tenido tiempo ni ganas para darle una alegría al cuerpo. Algún revolcón esporádico y lamentable con alguna asquerosa borracha,

algún magreo furtivo con alguna compradora que necesitaba que le fiase, y poco más.

Ha pasado mucho tiempo, vaya que sí. Por eso ha decidido que esta tarde se va a dar un capricho. Qué cojones, todo el día aguantando al descerebrado de su hijo y soportando la enfermedad de su hija. Se lo merece.

Se toma su tiempo en ducharse, en afeitarse, incluso se quita algunos pelos de la nariz y las orejas con la pinza de Clara. Se frota el cabello a conciencia, se enjabona la herramienta con esmero; la de hoy tiene que ser una gran noche. Se pone unos pantalones chinos color caqui que hace años no utiliza, la camisa de cuadros rojos y blancos de las grandes citas y un jersey azul marino de cuello que sus padres le regalaron en algún cumpleaños. Se calza unas botas marrones imitación de las Timberland que aún pueden dar el pego. Se mira al espejo: no está tan mal. Es cierto que a donde piensa ir lo de verdad relevante es la cartera y no tanto el aspecto, pero siente que esta noche podría conquistar a cualquier mujer si se lo propusiera. Pero la de abajo pide guerra inmediata, no hay tiempo para preámbulos.

No está siendo un invierno especialmente desabrido, pero esta tarde llueve y hace frío. Se monta en su viejo Opel Vectra, un coche que en algún momento fue rojo y que ahora posee una tonalidad desvaída, sucia, que se acerca al rosa palo. Escoge una cinta de la colección que hay en la guantera. En una pegatina gris por el paso del tiempo se puede leer escrito a bolígrafo: Guns N' Roses. *Apettite for Destruction*. Empiezan a sonar los primeros acordes del *Welcome to the Jungle.* Le gusta, pero su canción preferida es la segunda*, It's So Easy.*

Se mira, durante el tiempo en el que un semáforo tarda en ponerse en verde, en el espejo retrovisor delantero. Se ha peinado hacia atrás, pero intentando dotar a su pelo de un aire canalla, odiaría parecer un pijo. De todas formas, con el pendiente en forma de cruz que pende de su oreja izquierda sería imposible que lo pareciese. Las entradas han ganado terreno al cabello, pero muchos

hombres de cincuenta años pagarían un dineral —de hecho, algunos lo están haciendo— por disponer de una melena así, ondulada y entrecana, agitanada, con un aroma quinqui del que le sería muy complicado desprenderse. Sus ojos azules achinados, felinos, conservan un brillo salvaje singular, ese tipo de brillo capaz de enamorar a una mujer, ese tipo de brillo que inspira rebeldía, combatividad, seguridad. Hace veinte años ese brillo era evidente, pero ahora hay que escarbar hasta el fondo de sus ojos para encontrarlo.

El Ciego se enciende un cigarro y rebusca con su mano derecha en una pequeña bolsita que tiene en el bolsillo. Saca con el meñique un poco de farlopa y se la pasa por las encías. La potente voz de Axl Rose le eleva, acelera su pulso, ahora mismo se siente de puta madre. Piensa que la vida bien podría ser solo esto: estar aquí conduciendo bajo la lluvia, escuchando música, fumando, yendo en busca de una cueva caliente, acogedora, estrecha, la cueva que está entre las piernas de su próxima amante, esa desconocida que le ha hecho volver a sentirse vivo. Y desea que este instante no se acabe nunca, que nunca llegue al Red Flower, que sea eterna esta sensación de estar a punto de conseguir algo que desea con vehemencia, porque sabe que cuando lo consiga, en el momento justo de llegar a donde él quiere, todo volverá a irse a la mierda.

***

Hace mucho que no se pasa por aquí, pero parece que las cosas no han cambiado demasiado. Aparca entre coches mucho mejores que el suyo: Mercedes, Audi, BMW. Hombres de bien, aburridos y de vidas grises, que se conforman con rejuvenecer un par de veces al mes pagando por follarse a una muchachita extranjera cuarenta años menor que ellos.

No conoce al portero, un gorila enorme de Europa del Este con la cabeza rapada que no puede evitar dedicarle una sonrisa de

desprecio después de mirarle de arriba abajo durante unos segundos.

—Bienvenido, caballero, la entrada es treinta euros con una consumición —le dice de modo disuasorio, pensando que ese tipejo con pinta de macarra tal vez se dé media vuelta al enterarse de que tiene que soltar la pasta nada más entrar.

El Ciego ignora el tono y saca de su cartera un billete de veinte y otro de diez. Le da, por último, al portero un billete extra de cinco euros.

—Toma, para que te tomes luego unas cañas.

Eso no entraba en sus planes, pero la actitud de ese mostrenco le ha movido a tomarse venganza. El portero, confuso y aturdido, acepta el dinero y farfulla un casi ininteligible:

—Gracias, señor.

Bien. El Ciego, 1; Hijos de puta con aires de superioridad, 0.

A pesar de que la pista de baile se encuentra aún semivacía, la atmósfera está cargada de feromonas. Los tipos con traje que se contonean de forma pesada cerca de la barra y sostienen elegantes copas de balón miran a las chicas con una avidez que puede llegar a resultar desagradable. ¿Parecerá Teodoro uno de esos salidos con aspecto de puercos? Prefiere no pensarlo demasiado y se pide un ron con Coca-Cola. Ese es su cubata de toda la vida, y no las mierdas esnobs que sirven ahora con pepino, florecitas y no sé cuántas guarradas más acompañando a la ginebra y la tónica.

Se sienta al fondo, en una suerte de pequeño sofá de terciopelo gastado rojo que tiene una mesa baja delante para apoyar los vasos. Busca en su bolsillo con ansiedad y saca la cajetilla de tabaco. Se dispone a encender un cigarro cuando uno de los gorilas que vigilan lo que sucede en la sala le lanza una mirada reprobatoria: no se puede fumar. Hace tanto que no sale a un garito normal —si es que a esto se le puede llamar normal— que lo había olvidado. Levanta las manos declarándose inocente y guarda el pitillo. El gorila asiente desde lejos, satisfecho de la autoridad que transmite sin necesidad de moverse ni de abrir la boca.

De repente, está acompañado por dos mujeres. Una de ellas es mulata y está entrada en carnes, la otra es rubia y muy delgada, seguramente sea rusa o algo así.

—Hola, mi amor, ¿nos invitas a una copita a las dos? —le pregunta la mulata antes de producir con la boca una especie de ronroneo muy cerca de su oído. La rubia, mientras, ha empezado a acariciar la entrepierna del Ciego con movimientos rítmicos y muy lentos.

—Sí, tomaos lo que queráis —contesta el Ciego, presa de una calentura incontrolable.

Casi no conversan, solo se tocan y se ríen. Teodoro palpa muslos, pechos, culos. Está a punto de correrse. De hecho, piensa seriamente en esa posibilidad, en terminar en ese instante y ahorrarse el dinero que viene después. Pero logra contener esa pulsión, piensa en Simeone, en el Atleti, en coches de Fórmula Uno, en cualquier cosa que no tenga tetas. Pasado un rato, van a pagar las sábanas y suben a la habitación, esto le va a salir al final por un ojo de la cara. ¿Por qué ha tenido que venir con tanto dinero en la cartera?

Cuando entran en el cuarto, los rostros de las dos mujeres cambian completamente. Ya no ríen, ahora ordenan: lo primero, el dinero; lo segundo, una ducha para higienizar sus partes. Después de dejar los doscientos euros en la mesita de noche, el Ciego se desnuda y camina hacia el baño. Allí ya está la mulata, sin ropa, sentada sobre el bidé, recibiendo un chorro de agua tibia en sus genitales. La otra está en el plato de ducha, indicándole que entre. Cuando lo hace, ella se llena las manos de jabón y comienza a lavar el pene de Teodoro de forma mecánica y un poco agresiva, nada que ver con las cuidadosas caricias de hace unos minutos en la sala de abajo.

Al Ciego le cuesta recuperar la erección. Estos prolegómenos le han devuelto a la dura realidad: está pagando por tener sexo, a esas mujeres no les atrae lo más mínimo. La rubia es la que porfía en colocar el preservativo en su flácido miembro. Lo intenta con

movimientos bruscos y no lo consigue. Mira desde abajo a la cara del Ciego y pregunta: «¿Qué pasa, no te gustamos?». Y escupe en su propia mano y empieza a masturbarle. Ahora Teodoro busca la boca de la mulata e intenta darle un beso. Ella gira la cara para ofrecerle su cuello y le coloca la mano en sus pechos. Poco a poco, su herramienta recobra el vigor.

Alcanza el orgasmo rápido, ni siquiera ha habido penetración. Su tiempo de inactividad sexual le ha pasado factura. Y, por una parte, consciente como era de que no podría aguantar demasiado, quería acabar pronto para poder reponerse y tener la posibilidad de obtener un mayor rédito del desembolso realizado. Pero ellas le dicen que no: en cuanto el cliente se corre, la fiesta se acaba, son las normas.

Teodoro intenta replicar algo, quejarse. Había pagado por una hora y no han pasado más de quince minutos. Pero ahora una poderosa descarga de tristeza recorre su cuerpo y lo único que quiere hacer es volver a casa. No tenía que haber ido al Red Flower: una paja hubiese sido suficiente. Se siente vacío, todo cuanto le rodea en ese momento le parece fútil. Finalmente se resigna, acepta la derrota y se viste. Sale de la habitación y sigue a las dos mujeres, que caminan con prisa hacia el ascensor.

Y entonces las dos bolas, que hasta ese momento han estado en extremos opuestos del tapete, se encuentran. El Ciego la ve acercándose desde lejos: es una mujer de estatura media tirando a alta, morena, ataviada con un sencillo vestido vaporoso blanco que deja a la vista una piel de color marrón intenso, como el de las hojas que han caído de los árboles hace unos meses, como el de la madera nueva y reluciente, una piel que Teodoro intuye suave y a la vez eléctrica. La mujer ha debido de salir de otra habitación. Camina unos pasos por delante de un hombre gordo y trajeado con una repulsiva cara de satisfacción.

Cuando están separados tan solo unos centímetros, Teodoro no puede evitar que su mirada se clave en esos ojos verdes y profundos, como si dentro guardasen algún tipo de lección, una enseñanza valiosa a la que solo unos pocos pudieran tener acceso.

Por supuesto, el gordo que acaba de acostarse con ella no es uno de ellos.

Los labios de la mujer son finos y están pintados de granate. El Ciego baja un poco la mirada para encontrarse con unos pechos turgentes, unas caderas finas, como de muñeca de porcelana o de princesa árabe de cuento, y unas piernas de categoría. Pero nada de eso es lo que más llama su atención: es el conjunto, el todo, es esa sensación tan cojonuda que transmite su modo de caminar, el movimiento sereno de su pelo acariciando los hombros desnudos, es como si lo único verdadero de aquel sitio anegado por el cinismo fuera ella. Desde luego, para él lo es. Se declara fiel devoto de una nueva religión, la que tiene por profeta a esa mujer —quienquiera que sea ella—, desde este preciso momento.

Sus miradas coinciden durante un fugaz instante y entonces la mujer, entre divertida y avergonzada, esboza una tenue sonrisa y baja los ojos hacia el suelo. Después, cada grupo coge un ascensor y sus caminos se separan.

Cuando sale del club, el gorila de afuera le dedica una mirada desdeñosa. El Ciego ni siquiera repara en ella. Sería la hostia que las cosas que le gustan durasen un poco más.

4

Podría habérselo preguntado y su decisión habría sido diferente. Era una pregunta común, normal, una pregunta que había formulado cientos de veces en ese mismo despacho: ¿te gusta leer? Y ese chico taciturno y como alelado le habría respondido que sobre todo le gusta leer *Pedro Páramo,* que había leído ese libro lo menos unas veinte veces, que algunas palabras no las entendía al principio, pero que ya iba encontrándoles su significado, que se ha aprendido sus diálogos, que cuando le agarra la tristeza lo único que le insufla algo de esperanza es ese viejo librito. Bueno, tal vez no sea esperanza, sino una especie de extraño bienestar, como una pena controlada que no llega a convertirse en angustia. Podría haberlo hecho, pero no lo hizo.

La orientadora educativa del IES Gómez de la Serna tenía cincuenta y cinco años y estaba de vuelta de todo. Tras media vida en el mismo puesto, se había convertido en una profesional descreída, aséptica, mecánica. Ya no le quedaban fuerzas para luchar por los chicos: habían sido demasiados desengaños, demasiadas negativas por parte de las instituciones a sus propuestas para arropar a los alumnos de un centro tan complicado como este, demasiadas noches en vela rumiando sobre el incierto futuro al que se ven abocados esos jóvenes faltos de recursos, provenientes de familias desestructuradas, protagonistas prematuros en muchos casos de historias de crímenes y violencia. No, nadie le había agradecido nunca sus esfuerzos y ya se había cansado de pelear. Ahora únicamente cumpliría con los trámites burocráticos, se

centraría en redactar informes, dejaría de preocuparse por ellos; eso es lo que hacen todos allí.

Así que cuando vio llegar a Nelson, ni siquiera se molestó en preguntarle qué le había traído a España. Le bastó con saber que su madre era empleada doméstica y que no conoció a su padre. Una historia típica. Después le pasó dos cuestionarios, uno de matemáticas y otro de lengua, para poder sopesar su nivel académico. En Colombia había asistido a la escuela, pero no tenía ningún documento que lo acreditase. Las pruebas fueron un horror, Nelson casi no respondió a ninguna pregunta. La orientadora lo tuvo claro: ese chaval era carne de FP Básica, no tenía nivel ni para meterle en la ESO.

La Básica era considerada por todos los docentes como una suerte de estercolero al que tirar a todos los chicos que se encaminaban con paso firme y veloz al fracaso académico. Allí aprenderían un oficio y después dejarían de estudiar. Ella porfió en su momento por que mejorasen las condiciones de esos chicos, por convencer a todos de que no eran casos perdidos, de que merecía la pena prestarles atención y proporcionarles herramientas que les permitieran continuar con su formación. Pero ya se ha cansado de nadar a contracorriente. ¿Un chico extranjero que bien podía no haber pisado un aula en su vida? A la FP Básica, de cabeza.

Aunque si hubiera sabido lo del libro… Muy pocos alumnos del instituto habían leído *Pedro Páramo,* incluso se atrevería a decir que se podrían contar con los dedos de una mano los que conocían la existencia del clásico de Juan Rulfo. Si solo le hubiera hecho esa pregunta, entonces su informe para el equipo directivo sería muy distinto. Habría mirado a Nelson con otros ojos, habría hallado en él vestigios de una sensibilidad especial, tal vez incluso se hubiera ilusionado de nuevo. Y desde luego que no habría aconsejado su ingreso en la FP Básica de Mantenimiento de Vehículos.

Pero la mujer no tenía tal información y, cuando Nelson entregó los cuestionarios casi vacíos, se limitó a preguntarle:

—¿Te gustan los coches?

Y él, con aire ausente y encogiéndose de hombros, respondió:

—Sí, no sé…, lo normal.

Ambos se despidieron con un frío apretón de manos. La orientadora educativa del IES Gómez de la Serna no volvería a saber nada más de aquel chiquito de aspecto frágil y flequillo oscuro.

***

Cuando Nelson se dio cuenta de que el chico de los aros tomaba el mismo autobús que él, se puso tan nervioso que casi echa a correr. Ese día fingió que alguien le llamaba al móvil y se quedó en la parada esperando a que llegase el siguiente. Llevaba un par de semanas yendo a clase y apenas había abierto la boca. Todos esos muchachos —únicamente había una chica— simples y rudos que no tenían mayor ambición que la de trabajar en un taller mecánico, lanzando en todo momento groserías por la boca… Desde luego, ese no era su mundo.

Repitió esa estrategia un par de veces más, pero a la tercera se obligó a sí mismo a montar en el autobús. Acostumbrado a la compañía del doctor Maximiano, era estúpido andar escondiéndose por un chiquito de su misma edad. El nuevo se había sentado al fondo, en el extremo de una hilera de varios asientos, al lado de la ventanilla. Nelson caminó hacia el centro del vehículo, con la mirada gacha. Pensaba que, si se mantenía así durante todo el trayecto, seguramente evitaría cualquier tipo de interacción. Pero de pronto, movido por un súbito e inesperado latigazo de valor, levantó la cabeza y dirigió sus ojos hacia el fondo. Cuando advirtió por fin su presencia, el otro chico alzó las cejas y ladeó la cabeza señalando el asiento libre a su lado, invitando a Nelson a sentarse en él. El joven colombiano esbozó una sonrisa tensa y caminó con lentitud y torpeza hasta allí. El autobús dio un frenazo y él estuvo a punto de tropezar antes de llegar a su destino. A duras penas, logró aplacar el temblor de piernas cuando se sentó.

Se presentaron, hablaron un poco de las clases. Nelson le contó que agarraba ese mismo bus para ir a buscar a su madre a la salida del trabajo. Camila había empezado a cuidar a una viejita con la cabeza más para allá que para acá. Cuando salía de trabajar, madre e hijo solían quedar para comer en el VIPS, donde cocinaban unas arepas que les hacían regresar por unos minutos a Colombia.

Los dos chicos se bajaban en la misma parada, qué coincidencia. Tras unos segundos caminando en silencio, fue Carlos el que reanudó la conversación:

—Así que te molan los coches y eso…

—No tanto… Bueno, sí, lo normal… La orientadora me hizo unas pruebas y me aconsejó meterme aquí.

—Esa es una gilipollas. —De pronto su cara se tensó y su tono se volvió agresivo—. Se supone que tiene que ayudarte y tal, pero vas a su despacho y ni te mira. A mí me colocó también en esta mierda de la Básica con la idea de que me ponga a currar y me pire de allí lo antes posible. Y me imagino que es eso lo que haré.

En cada cruce, ambos confirmaban que seguían el mismo camino. Nelson se estaba poniendo nervioso: podía parecer que le estaba siguiendo o algo raro, así que se apresuró a decir la dirección de la casa donde trabajaba su madre para salir de dudas.

—No jodas, esa es mi casa. Tu madre es la cuidadora de mi abuela. Puta casualidad, macho.

Llegaron al portal. Carlos sacó las llaves de su bolsillo y se dispuso a abrir. El cielo llevaba encapotado todo el día, y justo ahora había comenzado a llover. Una gota resbaló traviesa por la oreja de Carlos, descendió por su lóbulo y, después de pasar por su pendiente de aro, se multiplicó en pequeñas gotas que se perdieron por su cuello. Es la última imagen que vio Nelson antes de desmayarse y caer redondo en plena calle.

5

Puta resaca del demonio. El Dos Frentes siente dos cosas al despertarse: la asquerosa humedad de la almohada provocada por su propia saliva y el martilleo incesante dentro de su cabeza. Es como si su frente —o sus dos frentes— tuviera vida propia y latiese con fuerza para demostrarlo. Hay una tercera cosa de la que Daniel se percata pasados unos segundos: en sus dedos hay restos de sangre seca; se palpa la cara: tiene el labio un poco hinchado, le duele, también la mandíbula.

Con esfuerzo, Daniel mira el móvil tan solo para saber qué hora es: las dos de la tarde. No escucha nada, lo que posiblemente signifique que sea un día entre semana y no haya nadie en casa. El Ciego estará por ahí, de ronda comercial, y su hermana, en el colegio.

¿Se dará cuenta Clara de lo que sucede en su casa, de cómo son realmente los dos únicos miembros de su familia? Daniel y su padre entran y salen a horas intempestivas, beben alcohol y se drogan en el salón, llevan una vida caótica y poco adecuada para una chica de trece años con discapacidad. Pero ella no parece extrañarse por nada, Daniel piensa que eso es lo que ha visto durante toda su vida y que ya lo ha interiorizado como algo común. Para ella, la realidad es esa. Así que no es extraño que ella esté viendo los dibujos animados y riendo a gritos mientras uno de ellos, Daniel o su padre, se está fumando un canuto o esnifando por la nariz cualquier tipo de sustancia ilegal. O que se ponga a hacer los deberes, esas tareas para niños pequeños y lerdos que le mandan, mientras cualquiera de los dos prepara en bolsitas la mercancía que posteriormente va a

vender. O que les llame mientras todavía duermen la mona con esa voz punzante, sincopada, tratando de decir sus nombres mediante molestas onomatopeyas —¡Papapapapa! ¡Dadadani, Dadadani!—, esa voz grave, de subnormal, que a Daniel se le clava en el oído como un cuchillo.

Cada cierto tiempo, les visita alguien de Servicios Sociales y les dice que esto no puede seguir así, que se terminarán llevando a la niña interna a un lugar seguro y salubre. Entonces Teodoro se disculpa y promete que las cosas van a cambiar, que ya está haciendo alguna chapucilla para los vecinos, que es cuestión de tiempo que encuentre un trabajo estable y se vayan a vivir a otro sitio. Daniel a veces le secunda y asegura, muy serio, que dentro de poco comenzará a trabajar como entrenador personal en un importante gimnasio. Como no tienen recursos para llevarse a Clara de manera inmediata, los de Servicios Sociales terminan haciendo como si se lo creyeran y se largan hasta la próxima vez. De momento, solo se pueden permitir que una especie de ruta escolar recoja y traiga a Clara del centro educativo al que acude de lunes a viernes.

Daniel se queda sentado en la cama y enciende un cigarrillo. Recuerda que ayer por la tarde estaba en casa aburrido, haciendo tiempo hasta ir al Absenta. Desde que curra con Miguel, el nigeriano, en ese garito comienzan la mayoría de sus noches. Allí recoge parte del material que debe vender, y en ocasiones también aporta el porcentaje estipulado de sus ganancias. El Absenta es un local tranquilo en el que suelen pinchar hip hop, *reggae,* música mestiza. Nunca hay demasiada gente y no se montan jaleos que atraigan a la policía.

A eso de las nueve, cuando su hermana ya dormía, el Dos Frentes quiso ir al coche a escuchar música y fumarse unos porros. Le jode reconocerlo, pero le gustan casi todas las cintas que hay en el Opel Vectra de su padre. Es un coche viejo, destartalado, en el que cambiar de marcha suena como si estuvieras arrastrando un montón de muebles por el parqué de madera o como si hurgaras

directamente en las entrañas de una bestia. Pero tiene buena música, la que su padre ha escuchado siempre: Extremoduro, La Polla Records, Ilegales, Leño, Barricada, toda esa mierda que alguien denominó alguna vez *rock* urbano. En el coche también hay música en inglés: Faith No More, Joy Division, Mötley Crüe, Nirvana, Guns N' Roses..., incluso alguna sesión de música electrónica de cualquiera de las salas de moda de la época. Al Dos Frentes le gustaba todo ese ruido en general, pero prefería las canciones en castellano. Se ponía pone a escuchar atentamente la letra y a veces sentía cosas en el estómago.

Ahora le pasaba con un tema guapísimo de los Ilegales que se llama *Juventud, egolatría.* No podía parar de recitar una parte de su estribillo para sus adentros: «Mientras intento una verdad mejor, nada puede joderme».

Sí, ayer quería escuchar esa puta canción y no pudo porque el desgraciado de su padre se había llevado el coche. Últimamente pasaba con demasiada frecuencia. No sabía qué se traía el Ciego entre manos, debía de haber conocido a un nuevo cliente lejos de la zona o algo así. Pero andaba despistado, ayer hasta se dejó el teléfono móvil en casa. Y ahí empezó todo.

Cuando las desconchadas paredes de su casa comenzaron a oprimir a Daniel y a empujarlo hacia la calle, sonó el teléfono de su padre. Era un tal Carlos Gómez de la Serna, que preguntaba en un mensaje: «¿Traes tú la tónica para el botellón??». Y el Dos Frentes, como el niño que ya no era, quiso seguir el juego a modo de travesura y respondió: «Sí, pero es mejor que te pases por mi casa. En media hora akí».

Al rato sonó el telefonillo y el Dos Frentes abrió sin pronunciar palabra para mantener el efecto sorpresa. Quienquiera que fuese esperaba encontrarse a su padre y no a él. Cuando abrió la puerta del cochambroso piso, la sorpresa también se la llevó él: conocía de algo a ese chaval de cara angulosa, cadavérica, que esta vez iba acompañado por otro chico de rasgos latinos. Tardó unos segundos en darse cuenta: ese tío era uno de los que estaban alternando con

el Ciego en su casa la mañana esa de Navidad en la que perdió los papeles y los echó a la calle a base de hostias; pero a este no le pegó, fue a otro: este salió a la calle con una expresión vacía que no denotaba temor ni emoción alguna, como si nada le importase ya. La recordaba perfectamente porque era la expresión que ahora mismo tenía frente a él. Al latino no lo había visto nunca.

—La hostia puta: ¿qué haces tú por aquí? ¿Tu amigo no tuvo bastante la última vez? ¿O es que el que ahora quiere pillar eres tú? —preguntó el Dos Frentes, dirigiéndose al chico que creía conocer. Su tono era más divertido que amenazante.

—Perdona, tío, debí haberlo preguntado antes. Pensaba que el Ciego estaba por aquí, solo. —El chico, aún desde el umbral de la puerta, levantó las manos y se dispuso a dar media vuelta—. No queremos problemas, nos vamos y ya está.

—No, hombre, no hace falta. Ya que estáis aquí, entrad. ¿Qué queréis? ¿Porros? ¿Zarpa? —dijo Daniel mientras tomaba asiento en el sofá.

Los dos jóvenes entraron en la casa de manera titubeante; delante, el que ya conocía la estancia, y detrás, el latino, que no podía borrar el gesto de preocupación que se había apoderado de su rostro desde el mismo instante en que se abrió la puerta.

—El Ciego no está y se ha dejado el móvil en casa, es un desastre. Deberías buscar otro camello. —Daniel estaba obviando deliberadamente al chico latino—. Estaba aburrido y vi tu mensaje. Por cierto, lo de utilizar palabras en clave me ha hecho gracia; como si la pasma no tuviera nada mejor que hacer que ir a por unos muertos de hambre que van a pillar costo en el barrio. La poli no va a interceptar nuestras conversaciones, socio. Eso solo pasa en las películas.

Carlos no se esmeró demasiado en dibujar una sonrisa breve y gris. Daniel se dio cuenta de que no iba a obtener respuesta y prosiguió:

—Vi tu nombre, así que si el Ciego no estaba muy colocado cuando apuntó tu contacto, debes de ser Carlos, el del Gómez de la

Serna.

—Sí, y mi colega es Nelson, que va conmigo a clase. Queríamos algo para fumar y estar en plan tranqui, bebiendo unas cerves y eso. —Carlos señaló la bolsa con un par de litronas que llevaba en la mano.

El chico de los aros en las orejas mantenía una serenidad sorprendente en sus gestos y en su modo de hablar. No, no era serenidad, sino indolencia, una indolencia que también se podía atisbar —muy al fondo, un poco más allá del miedo— a través de los ojos del otro, que aún no había articulado palabra. No sabría decir por qué, pero esa indiferencia atrajo a Daniel. Tal vez por eso los invitó a entrar.

—Un plan un poco coñazo, ¿no? Tengo por ahí unas nuevas pastillas que me han pasado esta semana. Llevan éxtasis y un puntito de ácido; es algo así como tomarte una rula y un cuarto de tripi a la vez. El subidón es la hostia, aunque el bajón es jodidillo, pero bueno, luego tengo benzos para cuando toque sobar. Cuestan veinte pavos cada una, os las dejo a quince y además os invito a los porros.

Carlos dirigió su mirada hacia Nelson, que le devolvió un ligero encogimiento de hombros que posiblemente quería decir: «Decide tú».

—No tenemos mucha pasta encima, no queríamos echarla larga, solo fumarnos unos canutos y tal —terminó diciendo Carlos.

—Me cago en la puta, vaya clientes de mierda que tiene el Ciego. Dadme lo que tengáis y ya me ocupo yo de todo, pero aquí no se va a casa ni Dios hasta que yo lo diga. Hoy se sale y lo haremos a mi manera —sentenció Daniel con un tono rimbombante que, sin embargo, dejaba entrever su intención autoritaria. Aquello era una orden.

Se pusieron a beber cerveza y a fumar canutos; luego el Dos Frentes sacó *whisky* con Red Bull y les empezó a hablar de fútbol. Él era del Real Madrid «porque siempre gana» y por llevar la contraria a su padre, que era del Atleti. Lo estaban pasando bastante bien, o

eso le parecía al anfitrión, que estaba exaltado y no paraba de gesticular. Los otros dos tenían un aire ausente.

La música de los móviles sonaba a todo volumen hasta que de pronto se escuchó un sonido extraño que provenía de la habitación cerrada que estaba al lado del baño. Era como un quejido, un sollozo rasgado, un lamento profundo de algo que podía ser una persona o quizá un animal, no estaba claro del todo.

El Dos Frentes, no obstante, interpretó el sonido al instante y, haciendo callar a los otros dos con un chistido violento, entró en la habitación con rapidez. Clara se había despertado y se movía con inquietud en la cama. Daniel le acarició el pelo con delicadeza y le susurró al oído: «Ya está, ya está, son solo unos amigos, vuelve a dormir tranquila». Pero ella se señaló la entrepierna. «Tengo muchas ganas de pis», dijo. Y Daniel le preguntó si no se podía aguantar hasta la mañana.

«Nononono puedo, me duele, tengo pis», insistió de nuevo Clara. Así que el Dos Frentes suspiró y le tendió la mano.

6

A Carlos aquella imagen le impresionó. La niña iba vestida con un ajado pijama azul de algodón que tenía esparcidas varias imágenes de Mickey Mouse. Era morena, no muy alta, y se desplazaba con dificultad asida del brazo del chico de la cicatriz. Su rostro pálido contrastaba con una mirada de un azul turquesa intenso, casi deslumbrante. Los ojos estaban más separados de lo normal, la nariz era chata y la boca grande y oblicua no se cerraba en ningún momento. Carlos bajó la mirada cuando la pareja pasó a su lado. El chico latino fue incapaz de esconder una mueca de horror.

El Dos Frentes entró con la niña en el baño y todo quedó en silencio. Solo se escuchaba el sonido de la meada y el ruido de los cubitos de hielo resbalando en los vasos de plástico. La niña volvió a su habitación y el Dos Frentes le dio un trago largo a su vaso.

—Es mi hermana y sí, es retrasada. A quien se le ocurra hacer un puto comentario sobre ella, le reviento la cabeza. ¿Estamos?

Dios. Ese cabrón daba miedo. Carlos y Nelson asintieron sin dejar de mirar al suelo. Un silencio espeso inundó de nuevo la sala hasta que el Dos Frentes volvió a intervenir:

—¿Qué queréis? Una pareja de yonquis arrastrados no iba a engendrar a dos ingenieros. Su puta madre: bastante que estamos vivos.

Y entonces el tarado de la cicatriz soltó una carcajada abrupta y miró a los otros dos con una expectación siniestra. Carlos dio una calada a un canuto y, tras un instante de vacilación, empezó a reír de manera progresiva. El chico colombiano se limitó a esbozar una

sonrisa de circunstancias, preparada para ser borrada en cualquier momento.

Después salieron a la calle y el estupor volvió a invadirle. Seguía sin entender cómo había terminado saliendo de fiesta un miércoles de principios de febrero con Nelson y el Dos Frentes. El chico colombiano le había propuesto tomar algo por la tarde y, aunque no lo conocía demasiado, Carlos había accedido para lograr aplacar esos golpetazos de ansiedad que aporreaban su pecho. No habían hablado desde el día en que ambos coincidieron en el autobús y se dieron cuenta de que la cuidadora de su abuela era la madre del colombiano.

A partir de ese momento, Carlos había empezado a prestarla más atención. Era una mujer madura pero muy atractiva, diferente a las otras cuidadoras, tan mayores, rechonchas y alejadas por completo de cualquier rasgo o gesto que pudieran remitir vagamente a la sensualidad. Iba siempre maquillada, a veces demasiado para su gusto, y solía vestir con ropa ceñida y llamativa. Normalmente era simpática y extrovertida, mucho más que su hijo, con el que parecía difícil entablar una conversación. Pero a veces, en los ojos o en la expresión de la cara de la mujer, Carlos advertía un pequeño poso de tristeza, de pesadumbre, como si de pronto volviera a ser consciente de que llevaba a cuestas una carga pesada e invisible de la que en ocasiones parecía olvidarse.

Así que, de pronto, Carlos se vio aquella tarde bebiendo unas litronas con un chico al que apenas conocía. No hablaron demasiado y ninguno de los dos se refirió al extraño desmayo de Nelson de unos días antes. El chico se había desplomado al lado de su portal y únicamente reaccionó cuando el perro de un vecino comenzó a olisquearle el rostro. Carlos pensó entonces que su compañero tenía una especie de conexión con los animales o algo parecido. Fue una ida de olla que atribuyó a la ingesta masiva de marihuana de los últimos tiempos.

Le gustaba fumar con Elena. Se pasaban las horas sentados en un banco del parque, comiendo pipas y bebiendo cerveza y fumando

porros y viendo a la gente hacer sus mierdas. Ella hablaba poco, pero decía cosas que te hacían pensar. «Fíjate en los ojos de los mendigos, ahí está la verdad del mundo». O: «Las mujeres siempre vamos con prisa; desde que asomamos la cabeza por el coño materno tenemos prisa por demostrar algo, pero nunca llegamos a saber qué es». Y después se pasaba un buen rato callada.

El problema es que las cosas en el plano sexual no fluían. Al principio parecía que los dos se atraían y excitaban, como cualquier pareja, pero cuando llegaba la hora de la verdad, todo se iba a la mierda. Y Carlos se estaba cansando de esperar. Desde que se tuvo que hacer cargo de su abuela, sentía dentro de él una inquietud enfermiza, un nerviosismo desconocido hasta entonces que, como un caballo desbocado, recorría todo su cuerpo hasta provocarle una necesidad extrema de algo que todavía no había logrado identificar, tal vez solo fuera una forma de descargar, de liberarse, de hacer saltar todo por los aires. Quizá —pensaba Carlos—, si lograse follar con Elena, me sentiría mejor y se me apagaría este fuego tan cabrón que me quema por dentro.

El fuego seguía ahí cuando entraron en el Absenta. Era un garito de negros sin demasiado ambiente. Carlos se percató del modo en que el Dos Frentes se movía por el local: pululaba con total libertad por la barra, el baño y el piso de abajo, que parecía estar cerrado al público. Obviamente, se traía algo entre manos con esos tipos, pero él no iba a hacer ninguna objeción al respecto.

Nelson no se separaba de su lado, parecía impactado. El muchacho colombiano miraba a todos lados con preocupación y todos sus gestos eran temblorosos, como si tuviera miedo de importunar a alguien en todo momento. Pero él estaba demasiado pedo como para preocuparse por algo. Parecía estar flotando cuando el Dos Frentes le metió una pastilla en la boca y le ofreció una copa recién servida de algo que parecía ron mezclado con un refresco de color cetrino que Carlos no se molestó en identificar.

—Te quejarás, hoy el menda os está invitando a todo, mucho mejor que el Ciego, no me jodas —le gritó Daniel al oído, logrando

que su voz cabalgase sobre la música.

Y entonces Carlos sonrió y lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Luego miró a Nelson y lo agarró de la cabeza con las dos manos. «Eres un tío de puta madre, joder, tenemos que vernos más». Y sintió que su cara estaba ardiendo y su piel también. Su boca era pastosa y su corazón palpitaba con fuerza. Pero no era como cuando escuchaba la voz de su abuela llamándole a gritos en plena noche. A veces, cuando Carlos no respondía, doña Luisa optaba por dar golpes a la pared con el bastón. Sonaba algo así como pom, pom, pom, golpes secos, contundentes, golpes que le taladraban la cabeza y se clavaban dentro de su piel, como agujas diminutas.

Pero ahora no, ahora era diferente, ahora su corazón caminaba a toda velocidad porque sencillamente se encontraba en la gloria. Y cerró los ojos y sintió la música —los graves, las voces rapeando en inglés, los coros cantados por sugerentes voces femeninas— fluir por sus venas, colarse en sus manos hasta producirle un cosquilleo placentero en la misma punta de los dedos. Cuando los abrió, tenía una tela brumosa ante sí constelada de luces de muchos y brillantes colores, una visión parecida a la que uno tiene en la piscina tras las gafas acuáticas cuando saca la cabeza a la superficie para respirar.

Había pocas mujeres, pero Carlos focalizó su visión distorsionada en una negra de mediana edad. Tenía el pelo repleto de trenzas y unas nalgas absolutamente descomunales, como de otro planeta. Y Carlos sonrió porque estaba notando su entrepierna crecer. Le habían dicho que normalmente a los tíos no se les ponía dura cuando tomaban ese tipo de drogas —para Carlos era la primera vez—, pero estaba claro que él era una excepción.

Se acercó a ella y, cuando estuvo a tan solo unos centímetros de su cara, se limitó a sonreírle y ofrecerle un cigarro. Ella lo aceptó y acto seguido lo agarró de la mano con una ternura algo brusca y precipitada, y de una vez lo arrastró al cuarto de baño.

Justo cuando sus labios estaban a punto de rozarse con los de ella, Carlos experimentó una sensación que, a sus ojos, solo podía significar la más absoluta y pura felicidad. Es algo parecido al placer,

pero no es placer, todavía no. Es la antesala del placer, lo que viene justo antes, la maravillosa señal que te indica que lo bueno está a punto de llegar. Es como cuando estás suspendido en el pico más alto de una montaña rusa y escuchas ese clic previo al descenso. Es algo de puta madre que llevaba mucho tiempo sin sentir.

En ese momento no sabía que, dentro de unas horas, cuando los gritos y golpetazos en la pared de su abuela lo despertasen, se levantaría como un resorte y la molería a palos. Estaría sumido en un sueño profundo, molesto, ese tipo de sueño que uno no puede disfrutar, sino tan solo soportar, y de repente sentiría una detonación, un impacto potente y hueco, como un estallido aislado en su pecho al que luego sucedería un silencio brutal, desconocido para él hasta entonces, un silencio salpicado por pequeños ruidos, voces lejanas que vendrán de la noche anterior. Se despertaría sobresaltado y con la angustia amenazando con salir por su boca. Un relámpago de rabia ancestral o de furia acumulada, qué más da, recorrería su cuerpo y le guiaría hacia la habitación contigua. Entonces miraría a esa mujer anciana y arrugada, y gritaría: «¡Ahora sí que te la has ganado, vieja de mierda!». Y la golpearía con su mano derecha, primero abierta y luego en forma de puño. Empezaría por los muslos, seguiría por la espalda y terminaría hundiendo la mano en la flácida tripa de la mujer. «Como se te ocurra decir algo de esto a alguien, te juro que te mato, ¿me has entendido o no?», diría después. Y se respondería él mismo: «No, claro que no, tú no entiendes nada, puta asquerosa». Y habría más: arrancaría a tirones el pañal de la anciana y después se lo restregaría por el rostro. Dos lágrimas brotarían de los cansados ojos de doña Luisa. Bastantes más de los ojos de su nieto, que, sentado de nuevo en su cama y con las piernas encogidas y la cabeza muy cerca de las rodillas, se arañaría sus propios brazos hasta hacerse sangre. Y con un llanto incontrolable volvería a la habitación de su abuela y le pediría perdón. La besaría en las mejillas, limpiaría los restos de orín impregnados en su piel, la ayudaría a ducharse antes de que llegase la cuidadora.

Todo eso Carlos no lo sabía aún. Ahora su lengua jugaba con la de una mujer desconocida y sus manos se perdían debajo de su falda vaquera. No recordaba si llevaba condones encima.

7

Nelson vio a su nuevo amigo meterse en el baño con aquella mujer voluptuosa y sintió una punzada de celos intensa, profunda, como nunca la había sentido. Se quedó solo en la pista, medio mareado, las rodillas a punto de quebrarse, la mirada extraviada.

El colombiano seguía sin entender por qué estaba tan interesado en un chico como Carlos. Era demasiado joven y alocado, lo opuesto al doctor Maximiano. Tampoco el muchacho de su clase era especialmente guapo. Su cara era alargada y su barbilla, puntiaguda. Unas finas y alargadas cejas coronaban dos ojos oscuros que parecían no tener curiosidad por nada de lo que les ofrecía el mundo. Su rostro desprendía una inequívoca sensación de fragilidad, pero al mismo tiempo su nariz aguileña le confería un aire de rebeldía ante esa misma fragilidad. Su cara era como un vaso de cristal que a cada rato parece a punto de romperse, pero que siempre resiste. Por lo demás, su constitución le recordaba a la de los pandilleros que poblaban su barrio, muchachos de piernas y brazos delgados, pero a la vez ágiles y fuertes, chicos que desde bien jóvenes aspiraban pegamento y se metían en peleas. Nelson los odiaba porque los había sufrido. «Ven p'acá, mamasita», le gritaban. «No te haremos daño, reinona», le decían entre risas antes de abalanzarse sobre él y darle una buena golpiza.

No, Carlos no era su tipo, solo era un niño sin futuro, atolondrado, con la cabeza llena de pájaros que vuelan sin rumbo y, desorientados, chocan entre ellos; un joven del montón que jugaba al fútbol y que seguramente estaba emparejado con la chica del instituto con la que lo había visto charlar; un muchacho con la

cabeza rapada y la mirada rara, como de una calma tensa, inquieta, una mirada que quizá le recordaba a la suya propia; y, a pesar de todo eso, a Nelson le gustaba. No había explicación, pero eso no es tan raro, a veces pasa. Si la vida siempre trajera razones y motivos para todo, entonces seguramente no habría canciones, ni películas, ni acaso novelas como esta.

Esa tarde a Nelson le había costado un mundo mandarle el mensaje a Carlos en el que le proponía quedar. Habían pasado unas semanas desde que se produjo el encuentro en el autobús y Carlos no se había puesto en contacto con él. Por una parte, suponía un alivio. El asunto del desmayo había sido vergonzoso. Es verdad que ese día no había desayunado, pero Nelson estaba seguro de que ese no había sido el problema. Lo que pasó es que el corazón le iba demasiado deprisa, como descontrolado, las palabras se escondían en su garganta, no eran capaces de salir por la boca, y empezó a sentir un sudor frío en el cuello y en la frente. Pero el muchacho de su clase aceptó y ahora, varias horas después de todo aquello, Nelson estaba sufriendo un castigo para el que tal vez no estaba preparado: saber que el chico que le gustaba estaba chingando con otra persona a solo unos metros de él.

El tiempo que pasó Carlos con la mujer negra en el baño se le hizo eterno. Pudieron ser cinco minutos o media hora, él no podía saberlo. Pero sí recuerda que, antes de que salieran, el chico de la cicatriz irrumpió como un rayo y le preguntó, gritando:

—¿Dónde cojones está Carlos?

—Se metió en el baño con una chica, no sé qué harán —respondió Nelson con voz temblorosa. Muy en el fondo, esperaba que esa información provocara el enfado del otro, que Carlos se estuviera restregando con quien no debía, que fuera sacado a golpes del baño por esa bestia.

—¡No me jodas! Esa tía cobra, y el *flipao* se habrá creído que ha ligado —gritó Daniel antes de prorrumpir en una carcajada estridente.

Poco después, Carlos salió del baño con una sonrisa bobalicona. La mujer iba a su lado cogida de su brazo, que soltó justo en el momento de pasar por la zona donde estaban Nelson y el muchacho de la cicatriz. A este último le dedicó un guiño y le sacó la lengua.

—¡Romeo! A esa se la conquista con unos cuantos billetes y tú estás tieso —le dijo Daniel, a modo de bienvenida.

—No sé de qué me hablas, tío, solo han sido unos besos, yo tengo piba, ¿eh? —replicó Carlos.

—Lo que tú digas, socio, pero a esa no se la metes sin pasar por caja. Vámonos a otro lado, aquí me conoce demasiada gente —sentenció Daniel.

El chico de la cicatriz parecía la reencarnación de la pura maldad. Tenía el pelo medio largo, ondulado, dividido en dos partes iguales por una raya que parecía confluir con el inicio de esa tétrica e ineludible cicatriz que, a su vez, partía su frente en dos. La cicatriz se apoderaba de toda su cara, de todo su cuerpo, de todo su ser: era semejante a un rayo, ya que trazaba una línea vertical que comenzaba justo al lado del cuero cabelludo y, aproximadamente en el medio de la frente, se desviaba diagonalmente hacia arriba para luego volver a bajar en vertical hasta casi el entrecejo; Nelson pensó, nada más verla, que también podía ser una *N* al revés, algo que no hizo sino incrementar su inquietud: aquello solo podía ser una suerte de signo maldito.

Debajo de la cicatriz, dos ojos de un azul impetuoso como el del mar cuando está bravo le avisaban a uno de que ese chico no era como los demás. Y después, su sonrisa, una sonrisa abyecta, inhumana, la sonrisa que seguramente portará la parca cuando, guadaña en mano, venga a llevarse a los vivos al otro mundo.

Era imposible no mirar esa marca, imposible.

—Dile a tu colega que deje de mirarme la cicatriz con esos ojos de acojonado, que no muerde ni nada. —Dijo Daniel al principio de la noche; sonreía con desprecio mientras señalaba la herida. Luego clavó su mirada en la de Nelson—. Y dile también que en su vida se le ocurra llamarme Dos Frentes, porque si lo hace me cabrearía de

verdad y tendría que darle de hostias. Daniel, de momento, está bien; Dani es solo para los colegas.

Después de salir del primer local, Nelson empezó a ver decenas de flechas de colores volando por el cielo: eran rojas, verdes y amarillas. Les preguntó a los otros dos si todavía estaban en Navidad. Carlos y Daniel se miraron unos segundos y después se echaron a reír. Esas luces eran las de los semáforos, pero Nelson creía estar levitando sobre un mundo mágico de destellos infinitos que señalaban el camino a seguir.

Estuvieron en un sitio donde ponían música latina, de eso cree estar seguro. Había hombres de brazos anchos y camisetas apretadas bailando con chiquitas de piel atezada ataviadas con ropa ceñida. Cuando la canción llegaba a su fin, algunas de esas mujeres se iban a un lado de la sala, a sentarse y a mirar, coquetas, hacia el extremo opuesto, donde se posicionaban los hombres. En otro lugar situado en el medio, se sentaban las parejas ya establecidas. Era una suerte de liturgia del cortejo muy popular allá, Nelson lo había visto en algunas ocasiones.

Y después de un rato, no sabría decir cuánto, se armó la bronca. Ya la primera vez que Daniel sacó a bailar a una jovencita menuda y de pelo castaño recogido en una cola de caballo, el ambiente se tensó de una manera tangible: el murmullo incesante y cada vez más alto, como un zumbido de un grupo de insectos que se acerca, que venía desde el fondo femenino; las miradas aceradas y los gestos de indignación del fondo masculino; y la rabia que hacía espesar el aire, convirtiéndolo en una masa gris y molesta. Repitió la maniobra unas dos veces más, el desquiciado de la cicatriz. Sin duda, intentaba prender la mecha para hacer que todo estallara.

Y lo logró cuando dio un paso más y sacó a bailar a una de las chicas emparejadas. Aunque, a decir verdad, lo que hizo fue intentar arrastrarla a la fuerza a la pista de baile. La imagen que Nelson conserva en la cabeza es cómica: Daniel tirando del brazo izquierdo de la chica y su novio sujetándola por el derecho. La joven no era especialmente bella, al menos no en los recuerdos de Nelson, pero sí

una de las más explosivas del local. Tenía unos pechos exagerados que parecían un par de cabezas de algún tipo de animal, los labios, hinchados y de color escarlata, el trasero al menos del mismo tamaño que el de la negra que había entrado con Carlos al servicio un rato antes.

La pelea en sí fue rápida, o esa al menos es la sensación que le quedó a Nelson. Fueron varios los que se tiraron a por el extraño usurpador de mujeres, liderados todos por el novio de la joven explosiva. Nelson no supo cómo lo hizo, pero Daniel salió airoso de lo que parecía una encerrona letal. Se escucharon gritos e insultos, algún aullido de dolor, vasos de cristal y botellines de refresco volaron por los aires y, de repente, el suelo se llenó de sangre y el silencio inundó el local. Fue entonces cuando la silueta de Daniel emergió de entre la muchedumbre. Tenía algo resplandeciente en la mano, algo que también estaba manchado de sangre: podía ser una navaja o un simple trozo de cristal. Pero con eso había herido a uno de ellos.

—¡Vamos, coño, salid echando hostias de aquí!

Después de eso, cuando hubieron terminado de correr, ya lejos de aquel sitio, los tres se separaron y se fueron a sus casas. Daniel se marchó caminando, Carlos enfiló hacia una parada de autobús y Nelson —tan solo lo hizo por no tomar el mismo camino que el chico de la cicatriz— optó por coger el metro. Ya había amanecido hacía rato y el sol se escondía, perezoso, detrás de un montón de nubes. La gente normal comenzaba a poblar la ciudad y los miraba como apestados. Aunque a Nelson esas miradas no le hacían daño. El sabor amargo de la droga en la boca, los dedos pegajosos y delgados, los ojos húmedos y llenos de colores, la euforia al palpar el cigarro que se fumaría al llegar a casa. Esos infelices nunca podrían sentirse tan vivos como lo estaba él en ese momento.

Ahora son las cuatro de la tarde y Nelson aún no se ha levantado de la cama.

Mira su móvil y comprueba de nuevo que no tiene ningún mensaje de Carlos. Decide escribirle él: «Cómo estás? Mucha

resaca?». La respuesta llega a los pocos minutos: «Uf! Jodido. Puto infierno». El sexo de Nelson no necesita ningún estímulo más para activarse. Ya no aguanta más: se masturba frenéticamente pensando en Carlos. Cuando termina, siente un extraño e inoportuno remordimiento al acordarse del doctor Maximiano.

8. El doctor Maximiano

Algunos rayos del sol se filtran por las cortinas granates de la habitación dibujando sombras abstractas en el suelo de linóleo. No es un hotel de lujo, al contrario: es un alojamiento de baja calidad, asequible económicamente y lo bastante alejado del centro de Cali como para considerarse un lugar discreto, idóneo para aventuras extraconyugales. Ellos llevan encontrándose aquí casi un año. Se ven dos jueves de cada mes, siempre a la misma hora: las cuatro de la tarde. Pasan el resto del día y parte de la noche juntos, pero nunca duermen aquí.

Hará un par de años desde que se conocieron. El prestigioso ginecólogo Luis Hernández Maximiano Toruba fue uno de los precursores del programa de higiene y cuidado para las prostitutas de Siloé. Aunque pareciera completamente inverosímil, muchas de esas mujeres no utilizaban preservativo en sus relaciones sexuales, por lo que los embarazos no deseados y las enfermedades venéreas se producían con asiduidad.

La mamá de Nelson rehuía esas revisiones con una virulencia inusitada. «Los hombres de la ciudad se la pasan viniendo aquí, metiéndonos sus asquerosas pijas, utilizándonos, pasando por encima de nosotras. Para ellos no somos personas, somos trozos de carne pobre con la que creen que pueden hacer lo que quieran a cambio de unos miserables pesos. Y ahora se inventan esto, ¿para qué? ¿Para limpiar sus conciencias? ¿Para hacerse ver en los periódicos como hombres honestos? Ellos son los que nos hacen sentir como basura, que no le engañen, mijo. Pero a Dios no se le puede engañar, eso es lo que ellos no saben». Esos discursos,

Nelson los escuchaba a menudo, aunque él prefería mantenerse en silencio.

Un día se presentó en la puerta de la choza un hombre maduro que sobrepasaba con holgura los cincuenta años. Era alto, bien parecido, vestía traje y su señorial bigote entrecano parecía estar sacado de otra época. Fumaba muy seguido, aunque con una parsimonia en todos sus gestos que transmitía elegancia. Sus manos eran grandes, los dedos anchos, su expresión a medio camino entre la gentileza y la altivez. Camila se sobresaltó al verlo e intentó cerrar la puerta al tiempo que vociferaba: «¡Váyase de aquí, por favor, no estoy interesada en hacerme ningún chequeo!». Y el hombre sostuvo la puerta con su mano izquierda, evitando que se cerrara, y se quedó allí, parado y con una cálida sonrisa dibujándose debajo del bigote. Eso es lo que más le llamó la atención a Nelson del médico, la serenidad con la que plantó cara a su madre. Todo en ese hombre era seguridad.

«Disculpe, señora, solo será un minuto, pero estamos en la obligación de prestar ayuda a todas las mujeres». Y entonces entró con decisión en la choza y revisó a su madre en esa misma salita, delante de Nelson. Los ojos del hombre se detuvieron durante unos segundos en el rostro de Nelson. Escrutó al chico con una mezcla de curiosidad y suficiencia. Luego alzó las cejas fugazmente y lanzó otra sonrisa agradable. Camila, mientras, yacía en el sofá en silencio, con el rostro constreñido, como si estuviera aguantando la respiración en todo aquel proceso. «Todo está bien, señora, pero no deje de protegerse todo lo que pueda», sentenció al cabo de unos minutos el doctor mientras se despojaba de sus guantes.

Esa misma tarde, Nelson salió de la casa al escuchar el motor de un auto. Su madre estaba encerrada en la habitación con un campesino rudo que apestaba a sudor. A los mandos del Mercedes negro de afuera aguardaba el doctor Maximiano, con la mirada más cansada que hacía unas horas y el cigarro aún pegado a sus dedos. Con una leve inclinación de cabeza, invitó a Nelson a subir al coche. En su rostro, una ternura magnética había sustituido por completo a

la arrogancia de la mañana. Esa tarde la pasaron recorriendo la ciudad en el coche, en silencio. Sus manos se rozaban a veces, el humo embadurnando sus caras, la cumbia sonando en la radio, el mundo detenido, quieto.

Ahora los dos están desnudos, tumbados en la cama, despiertos. La vieja manta marrón y la fea y polvorienta colcha beis están retiradas, a los pies de la cama. El doctor Maximiano tiene el torso surcado por varios caminos de vello negro y gris. Su piel es atezada y presenta señales que recuerdan su edad: las arrugas de sus manos, algunas estrías en sus brazos, los pliegues de carne que sobresalen en su abdomen, la tripa dibujando una especie de loma. Está fumando un cigarrillo de marihuana.

A su lado, Nelson observa con atención las volutas que se forman en el techo cada vez que el doctor exhala el humo del cigarrillo. Su cuerpo es enjuto, frágil, los huesos marcándose en sus costillas, sus brazos finos, de papel, como de niño enfermo. Llevan así ya un rato, en silencio, pasándose el cigarrillo y solo incorporándose cuando tienen que echar la ceniza en un improvisado cenicero de papel. No han tenido sexo, nunca lo tienen. A lo sumo, se besan en la boca, y se acarician y se abrazan. El doctor Maximiano, sin dejar de mirar hacia arriba, comienza a hablar:

—En la casa donde yo vivo hay un gato. Se llama Pipo, el nombre se lo puso mi hija pequeña. Es muy tranquilo, uno casi no se entera de que está ahí. Tiene el pelo mullido y de color marrón oscuro con manchas negras. Es bonito, aunque en mi opinión podría serlo más. El caso es que el gato se la pasa tumbado en cualquier sillón, dormitando o pasando el rato sin más. Así todo el día, excepto cuando por la noche, a eso de las nueve y media, se coloca a observar la calle en el gran ventanal del salón. En realidad, lo que está buscando es poder mirar a un gato de la calle, un gato negro y de ojos verdes que normalmente deambula en la acera de abajo, entre los coches aparcados, a esa misma hora. Me parece increíble que Pipo, el gato de mi casa, tenga noción del tiempo y sea capaz

de acercarse hasta la ventana en el momento exacto en el que el otro gato está en la calle.

»Es muy raro lo que le voy a decir, pero creo que Pipo mira al otro gato con envidia: envidia de la vida que él nunca podrá llevar. Bueno, no sé si es exactamente envidia; cuando me fijo en los ojos del gato de mi casa, veo tristeza, una nostalgia extraña, la nostalgia que uno siente por lo que no ha vivido. Ni siquiera sé si los gatos pueden sentir esas cosas, ni si esa nostalgia existe, pero yo le juro que tengo esa sensación. Y como que le entiendo. Para el gato de la calle, cada día es nuevo y cada día también puede ser el último. Tiene que buscarse la manera de comer, de descansar en un lugar seguro y de que ningún auto lo atropelle. De alguna manera, ese gato está improvisando constantemente, no le serviría de nada hacer planes. Que yo no sé si los gatos tienen la capacidad de razonar ni mucho menos de planear algo, pero a ese gato no le serviría de nada porque en cualquier momento podría encontrar la muerte de la forma más inesperada. En cambio, el gato de mi casa tiene la seguridad de un plato de comida, un cobijo seguro, un lugar donde incluso encuentra afecto. Y a él le gusta y yo creo que en general lo prefiere, pero unos minutos al día cambiaría todas sus certezas por las aventuras del otro.

»Le cuento todo esto porque cada vez que veo a Pipo mirando con esa tristeza rara al gato de la calle, me acuerdo de usted. Usted, mijo, es el gato de la calle, ese mismo es. No le va a funcionar planear nada, ni fantasear, ni imaginar las cosas que solo Dios sabe llega a imaginar cuando lee ese libro. Usted debe vivir cada día de manera diferente, debe intentar mantenerse vivo, debe permanecer con fuerzas hasta que se presente la oportunidad. Y cuando esa ocasión llegue, usted tiene que aprovecharla, tiene que lanzarse a ella como el gato se abalanza sobre el alimento que se encuentra de repente en la calle.

Nelson mira al doctor Maximiano de hito en hito, no ha apartado la mirada del rostro de su compañero de cama en ningún momento desde que este comenzó a hablar. Ahora pregunta:

—¿Pero de qué ocasión me está hablando? ¿La oportunidad de qué?

—Pues de dejar de perder de una vez y de empezar a ganar. La oportunidad de que las cosas cambien para usted, de que esta vida que lleva ahorita se termine. Pero hasta que llegue ese momento, usted debe resistir, mantenerse con vida, eso es todo. Olvide los planes, céntrese en sobrevivir cada momento, porque yo estoy seguro de que esa oportunidad a usted le va a llegar, usted va a saber reconocerla. Y cuando eso suceda, láncese, aférrese a ella, no la suelte por nada de este mundo.

Nelson se queda pensativo durante unos segundos y después besa la boca del doctor Maximiano. Este abre ligeramente los labios y acepta la lengua húmeda que poco a poco se va abriendo paso, pero detiene la mano que ha conseguido fugazmente acariciar su sexo. Nelson siempre quiere más, pero Maximiano nunca se lo permite: solo se acuestan desnudos en la cama, hablan, fuman, se dan algún beso, se acarician la cara. Qué raro es todo. Y, aun así, piensa Nelson, esta es la única forma que tengo de sobrevivir: seguir viéndolo.

Tercera parte. La partida

1

A veces, las peores cosas empiezan de la manera más tonta. Durante unas cuantas semanas, Carlos trató de recordar dónde había escuchado esa frase. Las palabras flotaban en su mente de manera nítida, pero no había ninguna voz que le ayudase en esa tarea. Aunque, a decir verdad, cuando Daniel lanzó esa mirada torva tan suya al teléfono móvil de Carlos aquella asfixiante tarde del mes de junio, la frase aún no se había instalado en su pensamiento.

—Entonces, ¿os gusta esta mierda? —La voz del Dos Frentes se impuso por un momento al tema de Bad Bunny que escupía el reproductor del móvil de Carlos—. No sé qué coño le veis a esa música.

El Dos Frentes estaba borracho.

—Eh…, no sé, las canciones están guapas. Hablan de tías, de salir, de ganar dinero y comprarse cosas caras. Yo qué sé…, es música para estar de fiesta, tampoco le doy muchas vueltas. —Carlos sabía que estaba otorgando a Daniel la posibilidad de debatir; por eso quiso zanjar la conversación—: Pero si quieres, pongo otra y listo.

Eran las cinco de la tarde y los tres estaban en el estudio de Nelson. El chico colombiano estaba sentado en una silla alta que había traído de la pequeña cocina americana que formaba parte de ese mismo espacio, mientras que Carlos y el Dos Frentes compartían el estrecho sofá que estaba enfrente del diminuto televisor. La vieja persiana blanca era incapaz de frenar el persistente calor que, además de colarse por la pequeña ventana del salón, se introducía sin piedad por todas las paredes del piso. Evidentemente, allí no

había aire acondicionado. El Dos Frentes obvió la proposición de Carlos y siguió a lo suyo:

—Todo lo que dicen esos tíos suena falso. O sea, ellos no han vivido nada de eso, ni saben lo que es la calle, ni han estado jodidos de pasta, ¿me entiendes? Y la música no te transmite nada. ¿Para ponerte hasta el culo y follarte a una tía? Pues a lo mejor, pero esa no es la función de las canciones.

—¿Y cuál se supone que es la función de las canciones? —Carlos hizo la pregunta con cierta desgana, casi por obligación, pues se había dado cuenta de que Daniel se estaba preparando para iniciar una de sus cansinas peroratas de quinqui de barrio con ínfulas de gánster americano.

—Las canciones tienen que contarte una historia, tienen que decirte algo que te haga sentir alguna movida aquí —se golpeó en el pecho— o aquí —bajó la mano hasta su ombligo—, donde sea, pero tienes que sentir algo. Pueden ser ganas de reventarte la cabeza contra la pared, o pueden ser ganas de pincharle al primer gilipollas que veas por la calle, o pueden ser también cosas que no puedes explicar, ¿sabes? Te sientes raro porque hay un tío que se siente así y te lo está contando. Te dice: «Eh, cabrón, estoy muy jodido, tengo un agujero en el pecho que no sé cómo cojones llenar y al final voy a terminar haciendo alguna locura». Eso es lo que hacía Robe, el de Extremo, o Jorge, el de Ilegales. Y lo siguen haciendo cada vez que me meto en el coche del Ciego a escuchar sus mierdas.

Sí, era oficial: el Dos Frentes estaba muy borracho.

Carlos se levantó del sofá y se acomodó en un puf que Camila le había comprado a Nelson cuando alquilaron el piso. En el sofá, Daniel y él estaban demasiado juntos, sus piernas casi se rozaban y ahora la cosa se podía poner tensa.

—Es que yo tampoco le he dado nunca tanta importancia a la música. —El deseo de Carlos de terminar esa charla hacía más ruido que las canciones que habían iniciado el debate—. Supongo que para mí es algo secundario.

El Dos Frentes no iba a parar.

—Porque, además, esos tíos no son españoles. O sea, ¿ahora va a venir un palurdo de fuera a decirme cómo tengo que tratar a una tía o lo que tengo que hacer para ganar dinero? ¿Y yo encima voy a ir a su mierda de concierto a ver cómo todas esas zorras se pelean por comerle el rabo? Ni de coña.

El rostro de Nelson se tensó.

—A ver, que a mí me da igual, ¿eh? Que yo no tengo problema con la peña de fuera. Por ejemplo, lo de la madre de este lo entiendo —el Dos Frentes dejó la lata de cerveza vacía en la mesita blanca que tenía a escasos centímetros de él y señaló con un levantamiento de cejas a Nelson—. Su madre es una mujer que viene de Ecuador o de Perú…

—De Colombia —corrigió Nelson en un susurro.

—Sí, de donde cojones sea —Daniel movió la cabeza a un lado, entornó los ojos, frunció la boca y sacudió las manos, conformando un gesto de desprecio—. Pero viene de fuera, ese es el tema, y lo que hace es limpiar la mierda a vejestorios que están a punto de palmar. Pues bueno, me parece bien que ese curro lo haga alguien de fuera. No vas a venir a mi país a elegir trabajo, eso fijo. Harás lo que nadie quiere hacer y punto.

Daniel eructó, emitió un hipido y comenzó a liarse un canuto. Carlos fingió estar concentrado en la pantalla de su móvil. Nelson sostuvo su barbilla con la mano izquierda y fijó su mirada en un punto indeterminado de la pared. Ninguno de los dos impidió que el Dos Frentes continuara con su monólogo.

—Putos guachupinos… Ahora hasta quieren hacer música, no me jodas. Antes sus canciones solo se escuchaban en los puticlubs. Eso es lo único que saben hacer: música para irse de putas.

A Carlos lo violentaba el silencio de Nelson y también el suyo propio. Que ninguno de los dos le dijese nada al tarado de la cicatriz solo hacía aún más palpable la humillación. De hecho, Carlos pudo ver, por un momento, a la propia humillación, convertida en una enorme y mugrienta bola de polvo, recorrer la habitación. Porque era una tremenda falta de respeto que el Dos Frentes estuviera

soltando por la boca toda aquella mierda en la casa del colombiano. Muy bien, Daniel le había conseguido un trabajo en el gimnasio por el que se suponía debía estarle agradecido. Y, de acuerdo, lo más seguro para todos cuando ese chalado montaba alguno de sus numeritos era dejarle hacer y esperar a que se calmara. Pero, coño, que el matón principal de una banda mafiosa —de barrio, pero mafiosa— de africanos se pusiese a despotricar sobre los extranjeros era demasiado. Lo más razonable era callarse, pero una corriente extraña y caliente, parecida a la lava, ascendió por su abdomen y terminó inundando su boca. Carlos no debía hablar, pero lo hizo:

—Pero, tío, si tú… —titubeos, boca pastosa, mirada al suelo—, tú trabajas para unos africanos. Qué más da que la gente sea de fuera. O sea, que gilipollas hay en todos sitios, vamos…

Eso es todo lo que pudo decir Carlos, que solo consiguió que su voz dejara de temblar en la última frase. Desde luego, no era suficiente para compensar el agravio recibido por Nelson, pero hasta ahí pudo llegar. Porque la reacción del Dos Frentes le cortó bruscamente, aunque en realidad no tenía mucho más que añadir. El chico de la cicatriz lanzó el papelillo en el que estaba mezclando tabaco y costo al suelo y dio un fuerte manotazo a la mesa. Nelson cerró los ojos y, de manera instintiva, se tapó la cara con los brazos. Carlos dibujó en su rostro una mueca muy rara y metió los labios para dentro, como si se estuviera aguantando la risa.

—¡Me voy a cagar en Dios y en vuestra puta madre! —eso no era un grito, era un rugido—. Primero, yo no trabajo para nadie, eso que os quede puto claro. Y segundo, ese nigeriano es un tío con cojones que quiere hacer algo grande, que tiene ambición, que tiene objetivos. Y yo le ayudo porque pienso ganar dinero, largarme de aquí con mi hermana y ser alguien en el futuro. ¿Y vosotros qué hacéis, a qué coño aspiráis? —Daniel hizo una pequeña pausa para coger oxígeno, sacó un cigarro de una cajetilla que había en la mesa y que no era suya, miró un poco más tranquilo a Nelson y Carlos, y continuó—: Un indio que se toca los huevos mientras su madre se pasa el día cuidando de viejos asquerosos y un pringao que tiene

que andar mendigando trabajo por ahí porque su abuela loca y moribunda no le da dinero. Y los dos estudiando una mierda que no os interesa y que no os va a servir de nada. Así que menos lecciones, coño.

Carlos se levantó a coger una cerveza de la nevera y Nelson, nervioso, le siguió sin saber muy bien qué hacer. El Dos Frentes se puso de pie, tiró la ceniza del cigarro al suelo del piso y después, con dificultad, caminó hacia el baño. Los otros dos le escucharon mear —ya no había música en ningún móvil— y se miraron con cierto alivio. Ambos esperaban que ese paréntesis fuese definitivo y que a Daniel, como le pasaba otras veces, se le hubiera olvidado por completo el motivo de la bronca cuando regresara al salón. Pero no fue así.

—Y, sobre todo, no voy a aguantar que seas tú el que me viene con mierdas —esto lo dijo el Dos Frentes dirigiéndose a Carlos cuando todos volvieron a sus posiciones iniciales en el salón—. Me dijiste que ibas mal de pasta y lo que hice fue darte trabajo en el gimnasio. Te he dejado el curro que hacía yo, ¿entiendes? Es un favor de la hostia. —Daniel parecía ahora más dolido que enfadado. Ese tío era completamente imprevisible.

—Ya, joder, si yo te estoy muy agradecido, en serio. —Carlos se tranquilizó al comprobar que ya no era ira lo que flotaba en los ojos del chico de la cicatriz—. Si yo no me refería a eso, solo decía que…

Daniel volvió a interrumpirle.

—Sí, sí, que ya lo entiendo, joder. —Ahora trataba de liarse de nuevo el canuto, cuyos restos habían sido recogidos del suelo previamente por Nelson—. Pero antes os lo preguntaba en serio: ¿qué queréis hacer con vuestra vida? Me parece una buena pregunta. A lo mejor yo me he equivocado antes y tenéis algo en mente que yo desconozco. Empieza tú, indio: ¿cuál es tu meta?

—Eh…, pues no lo sé bien… —Nelson no esperaba tener que intervenir—. Terminar los estudios, supongo que buscar un trabajo… y así, no más, lo normal que quiere la gente. Me gustaría vivir mejor que como vivía allá.

—Y que tu madre deje de trabajar limpiando el culo a la abuela de este, ¿no? ¿O es que te parece bien lo que hace?

Otra vez la violencia infectando el aire.

—Sí, claro, que mi madre trabaje en algo más… digno. Eso me gustaría —mintió Nelson.

—¿Y tú, qué, socio? ¿Quieres pasarte toda la vida aguantando al enano de Bernardo? —Daniel sonrió, ahora parecía divertirle la situación.

—Tampoco es tan mal tío, y te deja dar las clases a tu aire —repuso Carlos, con el semblante sereno—. Pero lo del gimnasio es temporal, lo que yo quiero de verdad es que mi abuela se muera. Mi principal plan es ese: aguantar hasta que muera y después vender la casa e imagino que pirarme de aquí.

—¿Cuántos años tiene tu abuela?

—Setenta y nueve.

—No jodas: esos viejos pueden durar un montón. Imagina que palma a los noventa, que no sería algo tan raro. ¿Vas a estar diez años, o los que sean, ocupándote de ella y sin poder tocar el dinero de sus tarjetas?

Carlos volvió a sentir cómo una mano huesuda y fría estrujaba su pecho. Su mirada se perdió en la nada y deseó con todas sus fuerzas salir de allí corriendo. Pero se quedó quieto y en silencio.

—¿Y si la matamos?

La voz de Daniel vino desde muy lejos y fue paulatinamente ganando consistencia hasta llegar al cerebro de Carlos, como las voces del mundo real que interrumpen nuestros sueños.

—Pero ¿qué dices? Vas muy pedo —dijo Carlos sin volver aún a ubicar su mirada.

El Dos Frentes estaba concentrado en lamer el papel para terminar de liar de una vez el porro, aunque sus esfuerzos no daban resultados.

—Lo digo en serio, nos la cargamos y después nos repartimos el dinero que saques de la casa.

—Eso es imposible. Nos pillarían —dijo Carlos con tono ausente antes de volver en sí— y, además, no tiene sentido que lo hagamos los tres. En todo caso, lo haría yo solo y me quedaría con todo el dinero.

Si Daniel se sorprendió por la inesperada osadía de Carlos, lo disimuló muy bien.

—No puedes hacerlo solo. Ni siquiera puedes estar en tu casa cuando lo hagamos. Serías el principal sospechoso: el nieto macarra que mata a su pobrecita abuela con alzhéimer para vender la casa. No, esto tenemos que planearlo bien. —Daniel frunció el ceño y se quedó en silencio durante unos instantes—. Ya sé: indio, ¿tu madre tiene las llaves de la casa de este?

—Sí… —¿Era terror o ilusión lo que brillaba en los ojos de Nelson?—, creo que las tiene, sí.

—También manda huevos que esa peña pueda entrar en las casas. Luego se quejarán de que les roban… Bah, da igual, si tu madre tiene las llaves, será tu madre quien lo haga.

—¿Que haga el qué? ¿Matarla? —preguntó Nelson con un hilo de voz.

El cerebro de Daniel se movía a una velocidad endiablada.

—A ver, que no va a estrangularla ni nada de eso. La vieja toma pastillas, ¿no? Pues ese día tu madre le dará unas pastillas un poco más fuertes de lo normal que le sentarán realmente mal y la llevarán al otro barrio. Del material me encargo yo.

Pudieron pasar cinco segundos o treinta minutos en silencio. Ninguno de los tres podía saberlo. Después, las miradas incrédulas chocando entre sí, y las risas, primero ahogadas y luego ruidosas, y el hormigueo incómodo en las manos, y el temblor incontrolable de las piernas, y la sensación inenarrable de que algo muy dentro de ellos había cambiado para siempre.

—Cabronazo, por un momento me lo he creído.

Y fue justo ahí, después de decir eso, cuando las palabras llegaron volando, decididas, como si formasen parte de una bandada de pájaros, a la cabeza de Carlos: a veces, las peores cosas

empiezan de la manera más tonta. ¿Dónde había escuchado esa frase?

2

Lleva tanto tiempo sin coger a alguien de la mano que los dedos del hombre no aciertan a entrelazarse de manera correcta con los de la mujer. Están metidos en la bañera, el agua tibia y con poca espuma, él sentado con las piernas abiertas, ella de espaldas ligeramente reclinada sobre el cuerpo de él. No están del todo cómodos en esa posición, pero aún no han desarrollado la confianza suficiente como para reírse, decirlo abiertamente, salir de la bañera y volver a la cama.

Pero el hombre siente que esa complicidad podría llegar a darse, que dentro de no mucho podrá mostrarse tal y como es realmente, un tipo que tuvo que dejar sus sueños tirados por el camino para seguir viviendo y que ahora, tanto tiempo después, está dispuesto a recuperarlos.

Y de repente, ahí está otra vez la puta alarma del móvil para hacerle bajar a la tierra con una sacudida violenta que casi llega a provocarle náuseas.

—Quiero verte fuera de aquí, ir al cine o a un concierto, tomar unas cervezas, hacer algo normal. No soporto más este lugar —dice él cuando ambos se incorporan y empiezan a secar sus cuerpos con las toallas.

—Usted sabe que eso es imposible, papi, ya se lo he dicho muchas veces —contesta ella, sin volver la cara hacia él.

—No me hables así, no me trates como a los otros, por favor, llámame por mi nombre.

—Está bien. —Ahora sí se da la vuelta y clava sus ojos en los del hombre—: Eso es imposible, Teodoro. Yo trabajo aquí y usted es un

cliente. Sí, es verdad que es un cliente especial, para mí es un suplicio estar con algunos hombres y con usted es diferente, pero nos seguiremos viendo aquí siempre y cuando usted siga pagando. En este momento es todo lo que le puedo dar.

Y el hombre se viste sin abrir la boca y sale de la habitación dando un portazo. Baja corriendo por las escaleras y se enciende un cigarrillo nada más llegar a la planta principal. Cuando lo ve, el gorila de abajo niega con la cabeza de forma severa desde el otro extremo de la sala y él le enseña el dedo corazón como única respuesta. El matón sale corriendo detrás de ese cincuentón con pintas de mangante, pero algo le frena cuando llega al umbral de la puerta. Es una de las chicas: rubia con raíces oscuras, pelo corto, delgada, ojos fríos y negros bañados en lágrimas. Cuando se chocan, ella levanta la cabeza hacia él durante un par de segundos y emite un mensaje mudo que el fornido hombre capta de manera inmediata. Entonces él mira a un lado y a otro, la abraza fugazmente y le susurra algo en otro idioma. Fuera, una luna redonda y brillante observa en silencio todo lo que sucede en esa noche de verano. Tal vez esté pensando que, aunque no lo parezca, nunca dejan de pasar cosas.

3

Lleva fijándose en esas marcas varias semanas. Al principio, Camila creyó que esas señales en la piel de doña Luisa se producían de manera natural. Una compañera de la empresa de servicios domésticos le dijo una vez que el cuerpo de los ancianos inválidos sufre verdaderos estragos a causa de estar tantas horas tendido en la cama. Y la verdad es que la viejita pasaba mucho tiempo acostada, de modo que la cuidadora colombiana no se sobresaltó la primera vez que reparó en esos pequeños moretones desperdigados por sus brazos.

Pero las manchas violáceas se fueron extendiendo a otras partes del cuerpo —pecho, abdomen, espalda, muslos—, ganaron tamaño y en algunas ocasiones cambiaron de color hasta convertirse en unos fragmentos de carne de un amarillo muy oscuro, como si estuvieran aquejadas de algún tipo de infección.

Ahí Camila sí se preocupó y le volvió a sacar el asunto a su compañera, la misma mujer a la que sustituyó el primer día que fue a casa de doña Luisa. Ella le comentó que lo que suelen aparecer en el cuerpo de los ancianos que no se mueven durante largos períodos de tiempo son una especie de líneas en la piel llamadas estrías, algo así como las rayas que aparecen en el vientre de las embarazadas o de algunas personas que engordan y adelgazan varios kilos en un corto espacio de tiempo. Pero ¿moretones? Eso era algo más extraño.

—¿Cardenales en los brazos? Esos no son cosa del colchón, esos los hacen las personas —y la mujer, que se llamaba Julia y era tan rechoncha y con las piernas tan cortas que parecía un muñeco de

nieve cuando caminaba, arrugó la frente y abrió los ojos de manera exagerada después de hablar, como esperando una respuesta.

No la obtuvo. Camila únicamente asintió y se quedó en silencio, así que la mujer insistió.

—En este trabajo se ven cosas muy feas, ¿sabes? Se llega a preguntar una cómo las personas somos capaces de llegar a esos extremos. ¿Vas a denunciarlo?

—Oh, no, no. No se trata de ninguna de las mujeres que cuido acá. —Camila enseñó las palmas de las manos como para demostrar su inocencia—. Es una amiga de mi mamá que ha ingresado en una residencia de viejitos allá en Colombia, usted sabe cómo son esos lugares…

La mujer gruesa intentó dibujar un gesto de alivio en su ojeroso rostro, pero fue incapaz de borrar la sombra de suspicacia que se adivinaba detrás de su mirada.

—Sí, sí, mandar a un padre o a una madre a esos sitios es como mandarlo al matadero. Y con todo lo que sale en la televisión y la gente sigue ingresándolos allí. Cada día me doy más cuenta de que los viejos no sirven para nada. A mí me queda poco para serlo, y Dios quiera que no me vea en una situación así.

***

Camila va cada día a cuidar a la anciana muerta de miedo. Porque lo que ahora ve cada mañana cuando la desnuda y comienza a enjabonar su flácido cuerpo no son solo moretones. También ha visto gruesas ampollas en la yema de los inflados dedos de sus manos (¿serán quemaduras?), marcas de arañazos en el cuello y la espalda, y hasta las inconfundibles heridas de varios mordiscos en sus brazos. Y lo que siente cuando observa todo eso y el agua recorre los pliegues de la vieja, la tripa cada vez más hinchada, el vello níveo y débil surgiendo en la cara interna de sus muslos, lo que siente cuando mira los ojos grises, diminutos y ausentes, como los

de un niño triste, es un profundo desgarro interior, como si alguien le partiera el alma a machetazos.

Camila no sabe si lo que ha desarrollado hacia esa vieja es amor, ese es un sentimiento que siempre le ha sido extraño, no puede identificarlo con precisión. Pero está segura de que la paz que experimenta cada mañana, cuando está cuidándola, es absolutamente nueva para ella, una sensación desconocida y hermosa.

Porque Camila está haciendo algo que jamás había hecho: cuidar de alguien. No pudo hacerlo con sus papás ni con nadie de su familia porque, desde que era chiquita, se tuvo que concentrar en cuidar de ella misma. Tampoco lo hizo con su hijo, Nelson, que desde bien temprano se despegó de ella a causa de la sordidez con la que convivían a diario.

Pero con doña Luisa es distinto. Camila nota que la anciana, de algún modo, depende de ella. De que cada mañana agarre sus axilas y guíe sus torpes y lentos pasos hacia el cuarto de baño. De que la lave, le prepare el desayuno, le introduzca en la boca los medicamentos. De que la limpie y cambie su pañal cada vez que es necesario. De que le ponga en el móvil aquellas canciones antiguas con las que había confeccionado una lista gracias a la ayuda de Julia, aquellas canciones como *Campanera* o *Cocidito madrileño* que a ella le parecían tan viejas que hasta sonaban cómicas, pero que activaban un invisible resorte en la anciana, que movía los labios intentando seguir la letra y proyectaba una sonrisa luminosa, prístina, única. La semana pasada, Camila levantó a doña Luisa de su butaca, sostuvo su pesado cuerpo por la espalda con la mano derecha y con la izquierda agarró la mano derecha de la anciana, y las dos hicieron algo parecido a bailar durante unos minutos eternos que a Camila le parecieron los únicos de toda su vida en los que había hecho algo auténtico, algo por lo que mereciera la pena estar aquí, en el mundo. Parecía mentira que tan solo unas horas antes hubiera estado aguantando las embestidas de un banquero gordo y baboso.

Es por todo ello que, cuando Camila deja de secar con la inmensa toalla rosa el cuerpo de doña Luisa, detiene su dedo en una de esas terribles manchas y le lanza la pregunta, en realidad no quiere escuchar ninguna respuesta.

—¿Quién le ha hecho esto, viejita? ¿Ha sido su nieto?

Y la vieja aprieta los labios, como cuando no quiere comer, y observa fijamente el rostro de Camila. No mueve la cabeza, no dice nada.

4. Doña Luisa

Odia a ese crío, lo odia, no puede evitarlo. Por eso no le gusta tener que pasar la tarde con él, porque cada vez que lo mira siente rabia y desprecio, y eso no es natural. Forma parte de su familia, es sangre de su sangre y, además, solo es un niño, pero no puede dejar de culparle de todos los males que ahora se ciernen sobre ella. De la obligada venta del único hogar en el que ha sido feliz en toda su vida, de la inminente mudanza hacia un lugar impersonal y sin clase, de que su hija se haya puesto a trabajar como dependienta en una tienda de prendas de imitación regentada por esos despreciables asiáticos. De todo eso lo culpa desde el momento justo en el que nació.

Es una tarde soleada de abril y Luisa está compartiendo banco con dos cuidadoras extranjeras y gritonas. Sus chillidos estridentes hacia los niños que tienen a su cargo se escuchan en todo el parque. Hay también varias madres abnegadas, posiblemente primerizas, que vigilan de cerca a sus hijos cual veteranas centinelas. Luisa ha distinguido al menos a tres mujeres de su edad, ufanas abuelitas que se desviven por complacer a esos pequeños tiranos. Porque al final es lo que son, unos dictadores que, desde su aparente ingenuidad, controlan la vida de todas las personas que gravitan a su alrededor. La de ella, por ejemplo: Luisa preferiría estar ahora con sus amigas, sentadas en cualquier terraza del barrio, criticando el atuendo hortera y la impresentable manera de caminar de alguna de esas mujeres vulgares que se creen poderosas solo por haber alquilado un diminuto piso en el distrito de Salamanca. Ella se va a

mudar en los próximos meses, pero sus amigas no lo saben y aún se puede permitir ese tipo de lujos.

La muerte de su marido había hecho que todo se tambaleara. Un infarto de miocardio lo sorprendió en plena calle y reveló el estado real de sus finanzas: estaban completamente arruinados. Luisa se derrumbó. Nunca se había hecho cargo de la casa, ni de su hija, Cristina, ni de los recibos. Siempre había alguien que se ocupaba de esas tareas tan tediosas e insignificantes.

El impacto fue tremendo: se vio obligada a cerrar la empresa, despidió al servicio doméstico, vendió joyas y obras de arte que había estado acumulando sin control durante todo ese tiempo. En mitad de todo ese proceso, Luisa fue arrollada por la depresión y tuvo que ser ingresada en un centro psiquiátrico durante un par de meses.

Por aquel entonces, su hija llevaba una vida bastante *hippie:* pintaba, escribía poemas de corte surrealista y trasnochaba casi a diario. Aunque no había terminado sus estudios, nunca tuvo que preocuparse por el dinero. Mientras vivió y pudo, su padre le proporcionó un sueldo por un puesto de trabajo creado *ad hoc* para ella, con unas funciones abstractas y un horario hiperflexible. Tras su muerte, inocua emocionalmente para ella —al igual que para su madre—, Cristina no había vuelto a trabajar. Y fue entonces cuando apareció por casa ese chico repeinado y de mirada dócil, de buena familia, con la cabeza amueblada.

—Deberíais casaros, tú ya no tienes edad para estar zascandileando por ahí y él tiene dinero, y eso es justo lo que necesitamos ahora. Si seguimos así, vamos a tener que vender el piso.

Pero eso a Cristina no le importaba. «Solo nos estamos conociendo, lo estamos pasando bien, nada más. Yo no lo quiero, y lo último que voy a hacer es atarme a él». Y a veces, cuando Luisa insistía más de la cuenta, su hija terminaba por revolverse. «A ver si te enteras de que yo no soy como tú: no me voy a casar con nadie por el dinero. Si tenemos que vender el piso, lo vendemos y punto».

Pero la relación se dilató en el tiempo y Luisa se obsesionó con el asunto. Su hija tenía que casarse con ese hombre y solo había un modo: que tuvieran un hijo. Cuando Cristina estaba fuera de casa, su madre se metía en su cuarto para rebuscar preservativos en los cajones. Cuando encontraba alguno, hacía una mínima abertura en la funda, lo sacaba con mucho cuidado y realizaba un pequeño agujero en la parte superior antes de volver a introducirlo en el envoltorio. Si lo que encontraba era un blíster de pastillas anticonceptivas, lo cogía directamente y se deshacía de él en la primera papelera con la que se topase en la calle. Había enloquecido por completo.

Y el milagro se produjo en forma de concepción. Cristina no le dijo nada a su madre, pero a los pocos meses su aspecto no dejaba lugar a dudas. Una tarde, Luisa recibió a su hija con flores, globos y una gran tarta de chocolate. De la pared colgaba una enorme pancarta plagada de dibujitos de caritas sonrientes en la que se podía leer: «¡Felicidades!». Cristina miró en primer lugar a su madre con perplejidad y luego explotó en una sonora carcajada. «No lo entiendes, ¿verdad? El hijo no es de Alonso, él y yo ya no estamos juntos. Te dije que no lo quería, para mí nunca fue nada serio».

Unos meses después nació Carlos, un bebé delgado y de mandíbula picuda cuya procedencia nunca fue aclarada por Cristina. Ella solamente relató de manera somera que no fue algo planeado, pero que ahora estaba feliz de poder ser madre, sentía que le había llegado el momento. Del padre nunca dijo nada concreto.

Y ahora, unos años después de todo eso, Luisa está en un parque de la calle Juan Bravo cuidando de ese niño mientras Cristina trabaja en una tienda de ropa de los chinos. Hay un barullo en el arenero. Un niño llora ruidosamente y su madre increpa con excesiva dureza al supuesto causante del llanto. Luisa se levanta del banco cuando se da cuenta de que el niño que está recibiendo la bronca es Carlos. Al acercarse, ve a una mujer de unos treinta años con los ojos fuera de sus órbitas y varios mechones de pelo pegados a su frente.

—¿Es usted su abuela? Pues a ver si está más atenta. Le acaba de dar un empujón fuerte a mi hijo, le ha hecho mucho daño. —Y después dirige su mirada de nuevo hacia Carlos para seguir con la riña pública—: ¡Y tú eres muy malo! Nadie va a querer jugar contigo si te comportas así.

Luisa baja la cabeza y murmura:

—Disculpe, ya me ocupo yo de él.

Se siente humillada, una cualquiera acaba de pasar por encima de ella en su barrio, en su casa. Aprieta con fuerza la mano del niño y lo arrastra fuera del parque. Después, se frena en una esquina poco concurrida, se agacha hasta quedar a la altura de Carlos, mete su mano por la espalda del niño y comienza a pellizcarle la piel. Aprieta la magra carne con los dedos índice y pulgar hasta que siente cómo el niño se retuerce de dolor. Luego se incorpora, agarra el brazo de Carlos con fuerza y comienza a caminar hacia su casa.

5

Cada vez va menos a la peluquería. Allí ya casi no hay nada que hacer. En la planta principal, la actividad diaria es la propia de un negocio así: hay varias mujeres que lavan y cortan el pelo a los clientes que se dejan caer por allí, en su mayoría muchachos jóvenes que buscan un corte moderno y, sobre todo, barato. Casi todas las trabajadoras son nigerianas, aunque también hay una española —una peluquera de verdad que ha aceptado mirar hacia otro lado cuando ocurren cosas extrañas con tal de tener un empleo— y un par de mujeres de Europa del Este. Al tratarse de una peluquería de caballeros, Miguel decidió contratar también a un estilista camerunés, que se pasa por allí unos tres días a la semana. Los cortes no suelen ser gran cosa, a no ser que te toque el camerunés o la española. Pero de momento nadie se ha quejado al respecto.

En el barrio se ha corrido la voz, además, de que, si conciertas una cita a última hora de la tarde los miércoles y los viernes, tendrás la posibilidad de recibir un masaje con final feliz en el sótano. Así que algunos hombres mayores se han hecho fieles clientes de la peluquería de Miguel por este motivo. Pero la policía sabe que allí no hay mucho más que rascar, el negro ha hecho los deberes: tiene todos los papeles del comercio en regla y se pueden contar con los dedos de una mano las veces en las que se produce algún movimiento de droga en el local.

De modo que el Dos Frentes se ve obligado a desplazarse de Valdeyeros con frecuencia. En estos primeros días del verano, por ejemplo, está yendo mucho a un pequeño piso que la banda del

nigeriano ha alquilado cerca de la estación de metro de Oporto. Es un bajo diáfano, sin apenas muebles, que tiene instalado en el techo un ventilador cuya potencia es mínima. La sala de estar está decorada como si fuese la consulta de un hechicero africano: el aire apesta a incienso y a otras sustancias que Daniel no sabe —ni quiere— distinguir, en el suelo hay varios cojines viejos de diferentes colores donde se supone deberían sentarse los hipotéticos clientes del mago y sobre una mesita de centro añosa descansan varias estatuillas que en teoría representan a dioses ancestrales, pero que en realidad han sido compradas al azar en la tienda asiática más cercana. La idea es poder demostrar ante el madero de turno que aquel lugar no es el centro de operaciones de un grupo de narcotraficantes. Timar a la gente haciéndoles creer que solucionarás sus problemas gracias a rituales mágicos está mal, pero almacenar y distribuir varios kilos de cocaína está bastante peor.

Daniel suele recoger los paquetes en ese piso y después los transporta hacia otro lugar o se los queda para vender el material entre sus cada vez más numerosos clientes. Es increíble: a la peña le encanta la farlopa. El Dos Frentes estaba acostumbrado a vender su producto por la noche, en garitos de mala muerte. ¿Los compradores? Chavales sin mucha pasta que se pulían sus sueldos de mierda en coca o macarras trasnochados y con un poco más de dinero que se resistían a retirarse de la noche e incorporarse a la vida adulta. Pero ahora el negocio se ha expandido de forma salvaje: desde ejecutivos con buenos puestos que se ponen a diario hasta madres de familia que se reservan una noche a la semana para olvidarse de su marido y de sus hijos y volver a ser por unas horas las zorras cachondas y sedientas de acción que un día fueron.

Ha conocido a un conductor que le facilita mucho esta tarea: se trata de un antiguo camello que ahora trabaja como taxista para grandes empresas. Mediante una aplicación de móvil, los empleados de L'Oréal, Iberia o Vodafone piden los taxis, que lógicamente costean sus empresas. El tipo escudriña al pasajero por el retrovisor y, si atisba en su aspecto la más mínima señal que indique que

alguna vez ha consumido polvo blanco, le cuenta alguna batallita en la que aparezca la farlopa como elemento central, y entonces casi siempre el cliente termina cayendo y preguntándole si sabe de alguien que pueda pasarle un par de gramos. Y ese alguien es, desde hace unos meses, el puto Dos Frentes, que en muchas ocasiones pasa por encima del taxista y le da su número de móvil al nuevo cliente para que la próxima vez le llame directamente y así ahorrarse la comisión que se lleva el conductor.

Ahora Daniel tiene dos teléfonos: el suyo y uno de prepago a nombre de un pakistaní que en realidad no existe. Se supone que las cosas le están yendo bien: cada vez le encargan funciones de mayor responsabilidad y parece que Miguel está contento con él. Aunque sobre esto último alberga ciertas dudas. El nigeriano con rastas —Daniel cree que, aunque no sea por una cuestión estética, debería quitarse esas putas cuerdas del pelo si no quiere morirse del calor un día de estos— le transmite sensaciones encontradas. A veces le trata de un modo afectuoso y cercano, casi como si Daniel fuera un sobrino a quien acaba de conocer y con el que quiere recuperar el tiempo perdido, pero en otras ocasiones se muestra seco y distante, con una sombra de desconfianza caminando sigilosamente por sus ojos. Hace poco coincidieron en el piso de Oporto, el negro se quedó mirando a Daniel fijamente durante unos segundos y después le dijo:

—He oído que el Ciego es tu padre.

—Sí, eso dicen —respondió con sorna Daniel, tratando de echar un poco de calor sobre el gélido rictus de Miguel.

—Pues ten cuidado, no me gusta ese hombre, nos puede joder.

—Nah, tranquilo, solo trapichea con porros en el barrio, no está con nadie, es inofensivo.

—Los tontos son peligrosos, chico. Hacen cosas sin pensar, son tontos, los tontos joden todo. Tú controlas al Ciego y yo tranquilo.

Daniel sostuvo la mirada al negro durante unos instantes, después se colgó al hombro la mochila con la droga y se encaminó a la puerta. Era extraño, pero un pinchazo agudo en el estómago le

informó de que algo no iba bien en su interior. No debería haber dejado que el puto rastafari hablase así del Ciego, no delante de él. No es que de repente hubiesen brotado de su pecho tallos de amor y admiración hacia el Ciego. No, para Daniel ese tipo seguía siendo un parásito, alguien molesto con el que de momento le había tocado convivir. Pero eso no lo sabía Miguel. A ojos del negro, el Ciego era su padre y haberse quedado callado mientras el otro le insultaba podía significar una muestra de sumisión y debilidad que Daniel no acostumbraba a regalar. Su rostro debía de revelar esa rara angustia, porque Miguel le espetó justo antes de que saliera hacia la calle:

—Nosotros somos ahora tu familia, ¿tú entiendes? No tienes a nadie más, tú solo tienes a nosotros. Somos tu nueva familia, Dos Frentes.

Y Daniel fabricó con indolencia una sonrisa aún más fría que la expresión del otro y salió de aquel piso sin pronunciar palabra.

***

Los días posteriores los pasó Daniel rumiando una preocupación desconocida hasta entonces para él. Había estado toda la vida con los pies sumergidos en el cemento del presente, realizando verdaderos esfuerzos para no regresar al pasado y para no proyectarse en un futuro que sabía incierto. Pero ahora era diferente: cuando entró a formar parte de la banda del nigeriano, el Dos Frentes no pudo evitar que su mente erigiera planes tan altos y ambiciosos como los rascacielos de Benidorm (los únicos que él conocía). En realidad, esos edificios se habían empezado a construir el día que vio al negro entrar por primera vez en el gimnasio. Joder, Daniel había generado grandes expectativas en torno a su futuro, y esa suele ser la antesala de la más profunda infelicidad.

De un día para otro, el Dos Frentes se vio viviendo en otra casa, en otro barrio, en otra vida. Creía que no le iba a costar acumular el dinero y el poder suficientes como para erigirse en líder de una banda, de una de las que dan golpes grandes, de las que trafican

con cocaína pero también hacen butrones, de las que controlan prostíbulos, negocios para blanquear dinero y hasta organizaciones políticas. ¿Atracar a niñatos en barrios pijos o a las viejas que salen del mercado? Eso se iba a acabar muy pronto.

Pero la actitud de Miguel le ha hecho cambiar de opinión. Todo ese rollo de la familia atufaba a secta, sí, pero también desprendía cierto olor a podrido, un hedor desagradable e inquietante, una especie de aviso. Sí, era parecido al olor que flotaba en el aire justo antes de que estallase una buena bronca, olor a miedo y a ganas de hacer daño.

Y ahora ese olor le indicaba que el negro podía jugársela. ¿Por qué razón? Quizá porque Daniel no fuese un negro como ellos o tal vez porque cada vez tenía mayor peso en la banda. En ocasiones, había sentido la envidia en la mirada de los matones de Miguel. En la de varios de aquellos hombres, pero no en la de todos. El tipo de los hoyuelos en la cara, por ejemplo, le solía mirar de una manera desconcertante, con una media sonrisa que nunca llegaba a ser completa, como si supiera que dentro de muy poco iba a suceder algo realmente gracioso que de algún modo le permitiría por fin exhibir todos esos dientes amarillentos y separados entre sí en una carcajada sincera y estridente. Y para ese cabrón, algo realmente gracioso bien podía ser que le volaran los sesos al entrometido chico de la cicatriz.

Por lo tanto, no estaba tan claro que el Dos Frentes pudiese hacerse rico con los nigerianos. Eso podía torcerse en cualquier momento. Y ya que había empezado a hacer planes de futuro, igual no estaba de más que manejase varias opciones, además de la de escalar en la banda de Miguel. Y ahí es donde entraba en juego el asunto de la abuela de Carlos.

A Daniel se le había olvidado por completo esa conversación en la casa del indio, pero Carlos se la recordó el otro día. El Dos Frentes se había presentado por sorpresa en el gimnasio sobre las nueve de la noche, la hora en la que Carlos acaba su jornada como monitor de deportes de contacto de algunos chavalitos. Es verano y en

Valdeyeros la mayoría de la gente no tiene dinero para irse de vacaciones, así que tener a los críos entretenidos por las tardes no es una mala opción para aquellos padres que tienen que seguir currando o que simplemente quieren tener un rato libre para tomarse unas latas de cerveza en la calle.

Daniel intercambió unas palabras con Bernardo —al que cada día soporta menos— mientras Carlos se duchaba. Si tuviera la pasta suficiente, a lo mejor compraba el Elástiko y mandaba al enano a tomar por culo de allí. Sí, esa podía ser otra alternativa.

Cuando su colega salió, ambos se fueron al parque de la Fuente del Loro a fumarse unos canutos. La nostalgia invadió de nuevo el musculado pecho del Dos Frentes. Desde que conocía a Carlos y al indio, los tres solían quedar allí básicamente porque estaba cerca del gimnasio y de su chabolo, ya que las casas de los otros dos quedaban un poco más apartadas. Pero a Daniel le había hecho ilusión regresar a los sucios bancos de madera ajada en los que se sentaba cuando era un crío de cinco o seis años. En su momento, era un parque atestado de chavales como él, que poco a poco dejaron de ir por la cada vez más frecuente aparición en el suelo de jeringuillas que utilizaban yonquis como su padre para inyectarse sus chutes. El Ciego lo dejaba en los columpios y se iba a colocar con su pandilla de drogatas zarrapastrosos. Había días en los que su padre iba tan colgado que se olvidaba de él en el parque, y Daniel, el niño aquel de la mirada desafiante y la cicatriz en la frente que daba tan mal rollo que hasta los tíos más chungos del barrio se cruzaban de acera cuando lo divisaban desde lejos, se iba caminando hasta su casa a las once de la noche, dando toques a su pelota deshinchada como si tal cosa.

Ahora, tropecientos años después, su compañero de banco era un muchacho más o menos de su edad —nunca le había preguntado por ello— que lucía en su semblante una fotografía indescifrable. Ese chaval podía estar tan ido como lo estuvo su padre tiempo atrás en este mismo banco, o a lo mejor simplemente estaba meditando qué

cenar esa noche. Era imposible saberlo y eso generaba rechazo y atracción a partes iguales en el Dos Frentes.

En cualquier caso, cuando Daniel escudriñó más en profundidad al chico, comprobó que ese día Carlos tenía peor aspecto que en ocasiones anteriores: sus ojeras parecían grises bolsas de té, su frente estaba surcada de arrugas y su barbilla estaba contraída, como intentando sujetar un objetivo invisible. Podría ser solamente cansancio debido al trabajo en el gimnasio, aunque Daniel descartó con rapidez esta posibilidad. Sabía que Carlos no tenía ni zorra de deportes de contacto y que sus clases eran más una compilación de sencillos juegos para niños que una verdadera introducción a la práctica deportiva. Tenía que ser otra cosa, algo que no se veía, pero que estaba corroyéndole por dentro, como si un centenar de diminutos insectos estuvieran devorando sus entrañas.

Estuvieron fumando en silencio, hasta que Carlos, con la mirada siguiendo atentamente el itinerario que realizaban unas disciplinadas hormigas en la arena, habló:

—Pues igual no es ninguna gilipollez lo que dijiste el otro día en casa de Nelson.

—¿El qué? ¿Lo del trap ese de mierda que os gusta?

—No, lo de mi abuela… —Carlos pronunció estas palabras en un susurro, como si estuvieran corriendo el riesgo de que alguien los oyera, aunque el parque estaba completamente desierto.

Daniel enarcó las cejas y miró a Carlos con verdadera extrañeza, como si este hubiese perdido la cabeza. Después plantó su mirada en el cielo, algo que solía hacer cuando pensaba, y al cabo de unos segundos exhaló una gran masa de aire, como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Ah…, ya, joder, no me acordaba. A ver, yo estaba pedo y tal, pero lo que dije no iba de coña. Es un buen plan. Y yo lo decía más que nada por ti, que andas amargado todo el día por tener que estar con la vieja. Que yo no comprendo cómo no puedes sacar dinero de su cuenta, socio. Eso no puede ser ni legal. O sea, ¿tú cuidándola y la pasta muerta de risa en el banco? Es que tu única salida es que la

palme y que sea lo antes posible. ¿En cuánto podrías vender ese piso?

—No sé…, no piloto mucho sobre eso… ¿Doscientos mil? ¿Trescientos mil?

El Dos Frentes dio un par de largas caladas al porro y después se acarició con los dedos el mentón, con la mirada aún en las alturas.

—No es tanto. Tendríamos que dividirlo en dos y dejar al indio fuera. O le damos una mierda y le decimos que el piso se ha vendido mal.

—Pero es su madre la que se supone que lo haría…

—Ya, joder, pero el que ha pensado el plan —Daniel se colocó el dedo índice en la sien— soy yo. Y el que va a conseguir el veneno también. El indio y su madre se van a conformar con poco, vienen de vivir en la miseria. ¿Has hablado con él del tema?

—Solo por encima, dice que va a ser jodido convencer a su madre, que le ha cogido cariño a mi abuela.

—Es que son la polla esos indios. En sus países se crían como animales, no están acostumbrados al trato humano y por eso se cuelgan de la primera persona que encuentran cuando llegan aquí. Esa es mi teoría. Y eso mismo le está pasando al chaval este contigo, que a veces parece que se cree tu puta novia o algo así.

Y Carlos al principio asintió, dándole la razón a Daniel, aunque luego se puso de parte del indio. Volvió a sacar todo ese rollo de que Nelson no era mal chaval, que aquí no tenía prácticamente amigos salvo ellos dos (¿el indio amigo suyo? Ni de coña) y mierdas condescendientes de ese estilo. Eso es lo que escama al Dos Frentes de Carlos: siempre llega el momento en el que parece hacer equilibrios para no quedar mal con nadie, se mantiene caminando en el alambre sin llegar jamás a caerse, es como si pretendiese alcanzar la otra orilla del río sin mojarse. Y Daniel sabía que eso no es posible: en la vida, en esa vida perra que ellos llevan, siempre terminas mojándote.

***

De todos modos, todo ese plan de cargarse a la vieja no tendrá ningún sentido si los negros le meten un tiro entre ceja y ceja o lo cosen a hostias hasta reventarlo. Y Daniel lleva unas horas ponderando esas dos posibilidades porque Cara Cráter le ha citado en la peluquería esta misma tarde, y eso es raro de cojones porque allí no se cuece nada desde hace semanas. Por un lado, el Dos Frentes cree que justo por ese motivo no sería inteligente matar a un tío allí: Miguel lleva semanas intentando limpiar la peluquería de casi cualquier tipo de actividad ilegal, por si algún día aparece la pasma, y convertir a un chaval en fiambre dentro de esas cuatro paredes no contribuiría demasiado a esa limpieza. Aunque, por otra parte, ahora que el de las rastas ha conseguido desviar la atención de los maderos, este podría ser el momento ideal para deshacerse de un tío en el local sin levantar sospechas.

El Dos Frentes esnifa de una tacada tres largas rayas de coca pintadas con mimo sobre su cartera. Se ha montado en el coche del Ciego para volver a escuchar esa canción: «Mientras intento una verdad mejor, nada puede joderme». Levanta la cabeza y se mira en el retrovisor interior. Se limpia con el dedo los restos de farlopa que aún bailan en los aledaños de sus orificios nasales y se lo lleva a la boca. Nada puede joderme, se dice. Nada.

6

La primera vez que lo vio fue hace unas semanas, cuando el Dos Frentes le preguntó si su madre tenía las llaves de la casa de Carlos. Era un gato atigrado, con el pelaje de color marrón claro y las rayas negras. Su cuerpo era enjuto, aunque fibroso. Parecía poder moverse con mucha agilidad, si bien la expresión de su rostro afilado —Nelson no sabía si un gato podía o no tener una expresión determinada o si todas las expresiones felinas eran idénticas— denotaba una fuerza que desde luego no iba acorde con su tamaño. En realidad, el origen de todo estaba en sus ojos. Eran dorados y refulgían como el filo de un cuchillo en lo más hondo de la oscuridad. Y decían cosas, esos ojos no paraban de hablar. Aunque no utilizaban palabras, Nelson era capaz de entenderlo todo.

El felino estaba sentado sobre sus patas traseras y mantenía la cabeza erguida, en una pose tan señorial como la del doctor Maximiano cuando se presentó aquel día en la choza de Siloé. Y sus ojos de oro estaban clavados en los de Nelson. Sus ojos decían cosas. Le decían que el mal era gris y la muerte azul y que su alma, la de Nelson, estaba tiznada de negro, manchada desde el mismito día en el que nació y que eso no lo podía cambiar nadie, ni siquiera Dios por mucho que lo intentase, Dios solo podía observar lo que Nelson iba a hacer y después decidir su castigo, porque Nelson —seguían hablando los ojos del gato— iba a hacer algo, estaba obligado a hacerlo, no tenía otra opción, lo haría porque la tierra es marrón, el mal es gris, la muerte es azul y la vida ya no tiene color.

Todo eso le dijeron a Nelson los ojos del gato, y Nelson supo que decían la verdad, pues jamás había sentido un calor así en el pecho,

un calor que también sentía en la sangre, su sangre hervía, su sangre ardía, su sangre era cada vez más espesa. Y oscura. Su sangre era tan oscura como la noche y no olía a nada.

***

A veces ha salido de fiesta con Carlos, solos él y Nelson, sin nadie más. Tampoco han sido muchas, tres o cuatro noches en las que Daniel estaba ocupado vendiendo droga para esos africanos o entreteniéndose con alguna de esas chicas de enormes pendientes dorados de aro, voz chillona y calzado de plataforma que tan habitualmente ve revolotear cerca de su piso, en los bloques del polígono.

Asimismo, Nelson sabe que el chico de la cicatriz y su nuevo amigo (¿es eso, un simple amigo?) también quedan a solas en ocasiones, sobre todo después de que el Dos Frentes le haya encontrado un empleo a Carlos en ese gimnasio destartalado. Imagina que esos días tampoco va la novia de Carlos. Nelson solo los ha visto juntos en el instituto, sobre todo, y unas pocas veces por la calle. Cuando está con ella, su amigo ni siquiera se molesta en pararse a hablarle, tan solo lo saluda con un leve levantamiento de cejas y un sonido casi ininteligible. Pero luego, cuando se reúne con ellos en su piso, en el parque o donde sea, vuelve a tratarle con absoluta normalidad. Tiene la impresión de que Carlos quiere mantenerla alejada de ellos, en un compartimento estanco, como si, de alguna manera, no quisiera mezclarlos con su vida anterior.

En realidad, Carlos es el nexo de ese trío, el que ha hecho posible que germine una suerte de sentimiento de pertenencia, porque no es exactamente amistad el material del que está hecho el endeble vínculo que los mantiene en estrecho contacto desde aquella noche de febrero.

Todo ha sido bastante extraño, porque desde aquel hito fundacional ninguno de los tres ha ofrecido resistencia a verse cada vez más a menudo. Los tres han asumido la nueva situación con

normalidad. El Dos Frentes no soporta a Nelson y este le tiene un miedo cerval al de la cicatriz, Ninguno quedaría nunca a solas con el otro, sin embargo, se encuentran más o menos cómodos cuando Carlos se une a la ecuación y están los tres juntos. Es como si supieran que eso debe ser así y es inamovible, como cuando te toca en suerte un hermano con el que no te llevas bien, pero al que al final logras aguantar en las reuniones familiares.

Al menos eso es lo que piensa Nelson mientras camina por el puente gris y lleno de grafitis que se eleva sobre esa carretera de cuatro carriles que normalmente está infestada de coches que se mueven con una lentitud exasperante, pero que ahora, en esta sobremesa rara de un asfixiante sábado de julio, está casi desierta. Esta vez ha tomado un autobús diferente, que le deja enfrente del club en el que trabaja su madre. Hoy es el cumpleaños de Camila y ha querido celebrarlo con su hijo en la habitación en la que vive en el Red Flower.

Nelson no había regresado a ese repugnante lugar desde el día en que llegaron a España y, en circunstancias normales, tampoco lo habría hecho esta tarde. Lo último que quiere es volver a ver a ese hombre gordo y sudoroso con cara de puerco que se cogió a su madre en Colombia y que luego los trajo a España. Respirar ese olor de nuevo, sentir las miradas vacías de las otras chicas, palpar ese miedo —el peor de todos— que se ha volatilizado hasta convertirse en indiferencia, imaginar a Camila ahí tumbada, recibiendo decenas de pijas cada noche, pijas blancas, pijas negras, pijas fofas y arrugadas, pijas paradas y húmedas, pijas sin lavar, pijas que huelen a orín, pijas de toda clase, y después visualizar a Camila acariciándolas, lamiéndolas, acomodando sus orificios para que entren en ese cuerpo desgastado, la carne caída, los sonidos feos y asquerosos —como los que emite un cadáver reciente— que produce esa misma carne, Camila como una perra vieja, Camila como una persona que no puede ser persona, Camila como una madre que no puede ser madre, Camila como un ser que no merece existir.

No, en circunstancias normales, Nelson nunca habría aceptado volver a este lugar, pero desde que vio al gato de los ojos dorados nada ha sido normal. Desde aquel momento, ninguna noche ha sido capaz de dormir sereno, los sueños pesados e intermitentes sucediéndose, la angustia esperando el amanecer para tamborilear sobre su pecho sin descanso, las telarañas rojas cubriendo sus ojos cuando estos enfrentan la luz del día.

Nelson retoma uno de sus pensamientos anteriores. En parte, había aceptado convivir con el Dos Frentes como si fuera una imposición del destino, algo que a uno le viene dado y a lo que tiene que acostumbrarse, como la familia. Aguantar las majaderías de ese orangután le parecía hasta ahora un coste asumible a cambio de poder estar con Carlos. Pero la cosa es que al chico de la cicatriz se le avivó el ingenio, así, de repente, lanzó al aire ese plan perverso de mandar a la vieja al otro mundo y todo se fue bien al carajo.

Porque Carlos se lo tomó a chanza al principio, pero en los días que siguieron dejó de reírse y le puso a Nelson esa mirada suya de animal hambriento, como de depredador, y Nelson se dio cuenta de que algo realmente malo iba a suceder. Carlos puso primero esa mirada y después se lo dijo. La primera vez entre risas nerviosas, con la boca junto al oído de Nelson para que la voz temblorosa se impusiera a esa molesta música electrónica que hacía vibrar las paredes del antro en el que estaban. La segunda fue la otra noche, y Carlos eligió el momento justo en el que los dos salían de la discoteca:

—Tienes que convencer a tu madre, tío. Solo tiene que darle una pastilla y luego todo va a ser mejor.

La voz, rasgada tras una noche de esfuerzos, sonó como un quejido en mitad del inmenso silencio que les estaba taladrando los oídos. El tono era suave pero rotundo, mucho más convencido que el de la primera vez. Nelson únicamente lo miró, asintió y volvió a bajar la cabeza. Y comprendió lo que el gato le quiso decir. Lo entendió perfectamente.

***

Y ahora Nelson está aquí, a punto de entrar al Red Flower para pedirle a su madre que le dé veneno a la vieja a la que cuida. Camila, esa mujer a la que solo odia por dentro. Jamás le ha hecho ningún reproche, nunca le ha mostrado abiertamente su enfado ni su desprecio, tampoco en esta última etapa. Aun, al contrario: desde que llegaron a España, cualquier observador ajeno a ellos diría que esa madre mantiene una relación estrecha con su hijo; comen habitualmente juntos en el VIPS, conversan animadamente (es Camila la que suele hablar y Nelson el que escucha en silencio), a veces incluso se despiden con un beso. Desde fuera, parece bastante más de lo que muchas madres consiguen tener con sus hijos. Y, sin embargo, no es lo de afuera lo que hace enloquecer hombres y tambalear imperios, sino lo de dentro.

«Esto es una pérdida de tiempo», piensa Nelson antes de golpear con su mano trémula —Camila le indicó que no utilizara el timbre— la puerta del local. Lleva toda la vida representando ante su madre el papel de hijo abnegado y sumiso, de modo que ¿cómo va a ser capaz ahora de pedirle que mate a alguien? Es imposible que reúna el valor necesario para hacer algo así en tan solo unos minutos, los que le separan en este momento de ver a su madre.

La puerta se abre y aparece una cabeza robusta y sin pelo. A Nelson le es familiar ese semblante recio. Es Stefan, el conductor que les recogió en el aeropuerto y los trajo al club el día en que llegaron a España. Recuerda su nombre porque el señor Mondero lo mencionó en el discurso ridículo que les dio ese día. Concretamente, dijo que Stefan podía resolver cualquier duda que tuviesen las prostitutas, cualquiera que fuera su país de origen, pues él conocía varios idiomas. Nelson no pudo saber si eso era verdad o no, ya que ese día no escuchó ni una palabra proveniente de la boca de ese tipo rudo y de mirada gélida.

Nelson no logra precisar el qué, pero sabe que algo ha cambiado en la expresión de ese hombre. Es como si ahora hubiese algo más

de calor en sus ojos, una calidez distinta que se cuela en su pétreo rostro.

—Por fin llegas. ¡Rápido, sígueme! No tenemos mucho tiempo —dice Stefan sin mirar apenas al chico colombiano.

Todo está a oscuras, como ese primer día, aunque en esta ocasión la puerta tarda en cerrarse y Nelson aprovecha el chorro de luz que llega desde el exterior para ubicar los elementos de dentro. Por eso no le cuesta demasiado seguir los pasos de Stefan: camina unos metros en línea recta y después gira a la izquierda, hasta llegar a una especie de puerta en forma de arco, bastante alta, como de palacio, y con una elegante lámpara de araña en el techado; esa es la entrada a un extenso pasillo que lleva a un mostrador que ahora está vacío. Enfrente está el ascensor —imagina Nelson— destinado a los clientes, y al fondo, en la pared, hay una puerta cerrada de color azul desvaído. Stefan, que no ha dejado de moverse de forma ágil y decidida, posa una tarjeta en el pomo de la puerta y esta se abre, emitiendo un estridente pitido electrónico. Con una mirada entre severa y condescendiente, el conductor mantiene la puerta abierta con el brazo y se dirige a Nelson:

—Vamos, vamos, rápido.

Por un momento, Nelson se ha olvidado de lo que venía a hacer aquí. El estrés impuesto por Stefan ha logrado dirigir toda su atención a seguir las instrucciones del fornido hombre, que se está comportando como si ambos escapasen de algún tipo de peligro. Detrás de esa puerta hay una especie de rellano, con escaleras y otro ascensor, este de aspecto bastante más prosaico. Apiladas en la pared hay varias cajas de cartón, unas precintadas y otras abiertas y vacías.

Ya dentro del ascensor, Nelson se detiene a observar a ese hombre por primera vez desde que llegó. Echa un vistazo fugaz a su rostro, pues prefiere evitar, de momento, un cruce de miradas. Aun así, supone que debe de ser más joven que su madre, quizá ni siquiera supere los treinta. Aunque, por otro lado, esos pequeños surcos en la cara que le llegan hasta esa fina mandíbula que

contrasta con el robusto cuello son más los de un tipo experimentado que los de un joven con la vida por hacer. Su vestimenta exuda una elegancia pavorosa. Nelson no se había fijado hasta ahora en su calzado, dos zapatos bruñidos y negros acabados en punta. El hombre también viste un ceñido traje oscuro que su cuerpo sostiene de manera rígida, como si fuera un maniquí. Una camiseta negra y lisa completa su atuendo. Es un hombre bien vestido, con clase, pero también hay en él un aire siniestro, como un aura que anuncia un peligro inminente.

—Nunca dejará de serlo —la voz del hombre sobresalta a Nelson.

—¿Cómo?

—Tu madre —responde Stefan, clavando su mirada en los ojos del colombiano—. Nunca dejará de serlo. Camila siempre va a ser tu madre, ¿entiendes? Olvida este sitio. Solo es un trabajo, esto no es la vida real.

—No, no lo es. —Nelson agradece la llegada del ascensor a su destino porque no tiene nada más que decir.

Le ha pillado totalmente desprevenido esa extraña muestra de afecto hacia su madre por parte de Stefan. Lo último que esperaba hallar en el interior de ese mastodonte era algún resto de humanidad. Aunque también había en sus palabras un tono de advertencia, como si de alguna manera el conductor hubiese podido adivinar los sentimientos que Nelson alberga hacia Camila y quisiera indicarle que ese no es el camino correcto.

El nuevo pasillo tiene el suelo mullido, como si fuera una alfombra mágica, pues además se ilumina a medida que ellos caminan. Nelson estuvo una vez en un lugar parecido con el doctor Maximiano. Qué inoportunas están siendo últimamente sus apariciones.

Stefan se detiene ante la puerta 307, saca de nuevo esa tarjeta magnética, abre la puerta y, mientras hace una reverencia afectada con la cabeza, dice con tono pomposo:

—Señoritas, acaba de llegar su invitado.

Nelson cruza el umbral de la puerta de manera dubitativa y lo que encuentra lo deja perplejo. Camila está acompañada por otra mujer

que Nelson no conoce. Es alta, con el pelo teñido de color platino y lleva un conjunto deportivo de generoso escote que también deja ver una tripa firme y lisa. Su mirada traviesa no puede esconder unas inmensas ojeras. Posiblemente lleve despierta un saco de horas.

La estancia es amplia, aunque todo allí es desorden. Latas de cerveza y de refresco a medio consumir (una de ellas hace las veces de cenicero) atestan una mesa redonda que está cubierta por un mantel estampado de hule. En una de las dos mesitas de noche hay una botella abierta de un cava barato que dejó de estar frío hace horas. Y encima de una cama austera conformada únicamente por almohadas y mantas de color blanco, en uno de los extremos, sobrevive parte de una tarta (faltan varios pedazos) de chocolate recubierta por la estampa de la protagonista —una princesa de hielo que puede congelar lo que se le antoje— de una película infantil.

Al otro lado de la cama está Camila, ataviada también con ropa deportiva. Sostiene en la mano un cigarrillo —qué raro, Nelson no recuerda la última vez que la vio fumar— en el que se acumula una buena cantidad de ceniza. En la otra tiene un esmirriado vaso de plástico blanco, similar a los que Nelson utiliza cuando hace botellón en la calle con Carlos y el Dos Frentes y en el chino se han acabado los vasos de tubo. La mujer muestra una sonrisa boba en la cara, la típica sonrisa que nunca llega a borrarse del todo porque emerge a cada minuto. El verde de sus ojos ha perdido espacio en favor de dos cercos negros inmensos. Unos meses en Valdeyeros han sido suficientes para que Nelson sepa que unas pupilas de ese tamaño solo pueden significar una cosa: su madre está drogada, muy drogada.

El primer chillido es de la rubia:

—¡No me digas que este es tu hijo! ¡Pero qué lindo!

—¡Ay, Nelson, qué alegría! —Camila parece genuinamente sorprendida. Ahora se incorpora con cierta dificultad, se pone el cigarrillo en la boca, deja el vaso en la mesita de noche y se

aproxima a su hijo—. Permítame darle un beso, que hoy es mi cumpleaños.

Camila extiende los brazos y agarra la cara de Nelson con las dos manos, aunque se pone nerviosa cuando, al acercar su boca a la mejilla de su hijo, se da cuenta de que aún tiene el cigarrillo entre los labios. En ese momento vuelve a sujetar la colilla (ya únicamente es eso) con la mano, la observa con hastío durante un instante y después la tira a la moqueta de la habitación. Libre ya de obstáculos, por fin logra estampar sus labios en la cara de Nelson, que instintivamente se limpia esa zona de la cara con el dorso de la mano.

—Una escena preciosa, sin duda. Parece la película de la tarta. —Stefan se había mantenido en un segundo plano hasta ahora; su tono cambia de manera abrupta—: Pero esto no es Disney, ¡coño! No me toquéis los cojones. Antes de que vuelva el señor Mondero todo esto tiene que estar recogido y el chico, o en la puta calle o abajo, pagando por follar, como todos. Tenéis una hora.

Stefan se va dando un portazo. Un silencio espeso inunda el cuarto durante ¿cuánto?, ¿tres segundos? Después, Camila y la otra mujer prorrumpen al unísono en una sonora carcajada, como si fueran dos colegialas riendo a escondidas del profesor.

—No se lo tenga en cuenta —dice Camila mientras agarra la silla libre con las manos y se la acerca a Nelson—. Aunque no lo parezca, es un buen tipo. Pero como todos los hombres, ha de mostrar autoridad de cuando en cuando para impresionarnos a nosotras, al señor Mondero o acaso a sí mismo.

—Al pobre no se le da nada bien eso de enfadarse —añade la otra mujer—. Igual es porque ya lo conozco, pero a mí no consigue darme miedo el calvito este. Si es que además es como un niño. Aunque, espera… —De pronto la del pelo platino se yergue y con la mano derecha empieza a gesticular de manera vehemente hacia donde está Camila—. Me acabo de acordar de lo que me dijeron ayer: el calvo anda enredado con una chica de aquí.

—¿Cómo? ¿Una de las que trabaja en el club?

—Sí, claro, reina, una como vos y como yo. Bueno, me imagino que una de las jóvenes: es demasiado chiquito para estar con una mujer como nosotras. Al menos a mí, ese niño no me conquistaría.

—Ay…, pues a mí no lo sé… —Camila parece estar contemplando en serio esa posibilidad. Luego de una corta pausa, agrega—: No, en realidad conmigo tampoco podría. Sería una relación insana, ¿no? Tu enamorado abriendo la puerta a los señores que luego van a cogerte… Por muy bueno que sea, no creo que eso pueda salir bien.

—A vos no podría conquistarte, porque tú ya tienes otro enamorado —la amiga de Camila ríe ruidosamente, hace una pausa teatral y después anuncia—: el indomable Teodoro.

Nelson está siendo testigo silencioso de esa conversación. Esperaba encontrarse a Camila sola y con una actitud bien distinta. Pensó que esta podía ser una buena ocasión para pedirle a su madre ese favor tan importante. Aunque, después de todo, tal vez no haya sido una buena idea. La realidad es que su madre —además de acompañada por una mujer histriónica y trasnochada— está bebida, drogada y no cesa de reír. Y, además, al parecer ha entablado una relación amorosa con un tipo. ¿Será con uno de los que pagan por acostarse con ella? Si el matón que les trajo en coche desde el aeropuerto ha encontrado el amor en este tugurio lúgubre y sórdido, Camila también ha podido hacerlo. ¿Acaso se han vuelto todos locos allí?

—Eh… No pensé que estaría acompañada. Veo que están pasándola bien —Nelson se incorpora justo después de haberse sentado— y yo no quiero causarles problemas. Mejor será que me vaya.

—No, mijo, usted no se va a ninguna parte. Ella es mi amiga Regina, considérela como de la familia —a Camila le cuesta vocalizar y su mandíbula se estira hacia abajo, como si fuera un chicle—. No se preocupe, al calvo este le gustan mucho las películas. El señor Mondero todavía tardará en llegar. Tenemos tiempo de sobra para tomar un trago. Además, estaba esperando por usted para soplar las velas.

Regina no ha dejado de escrutar al chico con una curiosidad indisimulada que por momentos ha incomodado a Nelson.

—Usted se ve bien hermoso. ¿Ya ha encontrado novia, acá en España? Tenga cuidado con las lagartas de abajo. Mire que si no fuera el hijo de Camila, hasta yo misma podría enseñarle un par de cosas sobre las mujeres.

Camila primero se ríe y menea la cabeza de forma amistosa, aunque luego se detiene y su rictus cambia por completo. Es como si de pronto hubiera despertado de un sueño de manera brusca. Su rostro ahora está rojo y cubierto por el manto de preocupación que Nelson tantas veces ha visto. Agarra el paquete de tabaco vacío y se lo lanza con animosidad hacia Regina.

El paquete impacta en el brazo derecho de su compañera con un ruido sordo que lo detiene todo.

—Tranquilícese de una vez. Solo es un niño y no tiene nada que ver con esto. —Camila mira en derredor, alarga los brazos y abre la palma de las manos, como si quisiera abarcarlo todo.

—Cálmese, muchacha, solamente trataba de ser cariñosa. —Regina se ha levantado y ahora se mira con incredulidad el brazo. Después, en mitad del silencio más pastoso que Nelson haya sentido nunca, señala con el dedo a Camila y escupe—: No se confunda conmigo, Camilita, que yo no soy ninguna niña estúpida como las de abajo, que yo no ladro, yo directamente muerdo. No se me vuelva a poner así de nerviosa, porque entonces me va a conocer de verdad y eso no le va a gustar.

Y Regina alcanza con la mano la botella de cava semivacía y la tira al suelo con un gesto de una indiferencia tan absoluta que resulta cruel. Y su mirada está extraviada, perdida, flotando a la deriva en un lugar del espacio sideral, un lugar del espacio que el hombre no ha sido capaz siquiera de imaginar jamás. Y el silencio es mugriento y denso, y cada vez hay menos oxígeno, y a cada minuto que pasa cuesta más respirar. Y Regina ya no es Regina, ahora es una morocha furiosa, una prostituta capaz de sacarle los ojos a cualquiera, una mujer que ha sacado de su cuerpo a dos niños y una

niña, un agujero de carne que ha soportado las embestidas de más de mil despojos humanos, un agujero de carne que sigue vivo y es peligroso porque ya no siente nada, está vivo, pero no siente nada, ni dolor, ni placer, ni amor puede sentir ya, únicamente siente cómo el odio lo penetra, cómo el odio se adentra en él, cómo el odio va conquistando cada centímetro de esa carne flácida, de esa carne ennegrecida, de esa carne de puta, carajo, esa carne de puta morocha que ya no sabe a limón ni a vinagre, ahora sabe a veneno y a ponzoña y a mendigo y a calle y a venganza y al olor ese a pintura que tiene el *speed* que se acaba de meter Nelson, y a las ganas de mear y cagar que tiene el colombiano, a su miedo incontrolable y a todas las cosas malas que están a punto de pasar.

La mujer con el pelo platinado se ha marchado de la habitación y la otra, la madre del chico, que tal vez no se haya sentido madre hasta este preciso instante, está ahí quieta, de pie, todo su cuerpo rígido, en tensión, en alerta, dispuesta a atacar, dispuesta a hacer lo que haya que hacer, y Nelson advierte en sus ojos una determinación nueva, una determinación que no ha visto jamás y que puede que no vuelva a ver, y el chico sabe que es ahora o nunca, que este es el momento, que esa mujer ahora es verdaderamente su madre. Y habla:

—Mami, tiene que escucharme. Le tengo que pedir algo importante.

7

Elena juguetea con el móvil, parece abstraída. Está tumbada en la cama de Carlos; llevan en su cuarto toda la mañana. De pronto, sin levantar la vista del teléfono, pregunta:

—¿Estás con otra?

El chico está sentado frente al escritorio, viendo vídeos de YouTube en el portátil. Cuando escucha las palabras de su novia, se yergue y arruga la frente.

—¿Cómo dices?

Elena se incorpora y mira fijamente a Carlos.

—La pregunta es sencilla: que si estás liado con otra. Cada vez nos vemos menos y tú estás muy raro. No sé, Carlos, imagino que estas cosas pasan. No me voy a poner melodramática ni voy a montarte ningún pollo, simplemente quiero dejar de hacer el gilipollas.

—Pero ¿estás puto loca, o qué? —Carlos se pone de pie; está mirando hacia delante, hacia un punto indeterminado que está más allá del rostro de Elena, como si quisiera mirar a través de ella—. Pues claro que no, no estoy liado con nadie. Solo es que esto —señala con la mano a la pared que linda con la habitación de su abuela— me está volviendo loco.

Elena se recuesta de nuevo en la cama y constriñe los labios mientras vuelve a concentrarse en el móvil. Ambos permanecen en silencio unos minutos. En la habitación contigua se escucha un quejido.

—Es que da igual que haya una cuidadora, ya lo ves. Su puta voz se me clava aquí —dice Carlos mientras se coloca un dedo en la

sien—, te juro que la escucho quejarse hasta en sueños. Esto es una mierda.

Elena deja el móvil a un lado y se incorpora apoyando la espalda en el cabecero de la cama. Después se mueve para encontrar una nueva postura. Termina tumbada de lado, con la barbilla apoyada en una mano. Escruta con sus ojos de hielo a Carlos.

—¿Y la gente esa con la que vas ahora? El chico de la cicatriz y esa panda de quinquis.

—Su padre es el que me pasa porros últimamente. Y hemos coincidido algún día de fiesta. Lo conozco de eso, básicamente. No es mi colega.

—Hostia, pues para no ser tu colega te trata bastante bien, ¿no? Ya me han dicho que ha sido él quien te ha metido en el gimnasio.

—A ver, eso tampoco ha sido así exactamente. —Carlos habla de forma atropellada—. Sabes que necesitaba la pasta, él se enteró de que buscaban a alguien y me lo dijo, nada más. Coincidió así… Es que eso no es que te busquen un curro, ¿eh?

—¿Tú sabes lo que hacía ese hijo de puta cuando era monitor? —Elena recoge el resto de un canuto del cenicero y se lo enciende. Después da una calada, exhala y sigue hablando—: Metía mano a las alumnas, abusaba de ellas, coño. Qué puto asco, tío. Deja de andar con esa gente de mierda.

—Lo último que necesito ahora mismo es que mi piba me eche la bronca. —Carlos se acerca a Elena y le quita con delicadeza el porro. Luego agarra su cintura con una mano y con la otra le acaricia la mejilla—. Vamos a estar bien, como siempre. Tú y yo…

Se tumban en la cama, uno al lado del otro, se besan, las manos de Carlos se meten por debajo de la camiseta de Elena.

—No podemos, tu abuela está ahí… y la cuidadora puede venir en cualquier momento —musita Elena.

Los dedos de Carlos acarician el pezón de Elena por encima del sujetador. Ella agarra con fuerza su polla y empieza a masajearla. Se frotan.

Jadeos quedos.

Carlos le baja el pantalón y se coloca a la altura de la entrepierna. Aparta las bragas con la mano y le empieza a comer el coño.

Flujos y calor.

Y entonces se pone encima de ella, intenta metérsela y ella quiere, pero a la vez no quiere; la punzada de asco en el estómago, la piel hormigueándole de puro rechazo, el olor acre a juventud y deseo roto y fluidos que se secan y frustración y culpa, el pene flácido, el polvo otra vez incompleto.

Ella se queda en silencio y mira el techo. Él se masturba y suspira y se corre y se calla.

Al otro lado de la pared la vieja grita y la cuidadora intenta tranquilizarla.

8

Por extraño que parezca, el Dos Frentes en realidad no quiere bajarse del coche. Embutido en la parte de atrás entre Cara Cráter y un chico joven de mirada triste, Daniel se pregunta qué cojones pinta él ahí, pero no se mueve. Su estado de agitación inicial ha dado paso a una inédita tranquilidad, una calma rara que recorre cada poro de su piel. Por un momento, piensa que esa puede ser la sensación que un condenado a muerte experimenta antes de largarse de este mundo. Y no le importa. Es decir, si los negros han decidido que su vida termine aquí, a los dieciocho años y siete meses, pues que así sea. ¿Habrá algo en el más allá peor que este socavón inmenso que tiene en el pecho? No, eso es imposible. Dejar de existir no puede ser tan malo. Ahí sí que va a comer techo. Toda la eternidad con los ojos abiertos, mirando a la tapa de madera, arropado por la tierra y los gusanos.

El Dos Frentes ha debido de dibujar una leve sonrisa en su rostro después de su ocurrencia, porque el hombre de la cara agujereada ha asentido con la cabeza y se ha reído de esa forma suya tan desconcertante, una risa inconclusa, pero que cada vez se acerca más a la totalidad. Esta vez la risa ha llegado a sonar, no ha sido un ruido fuerte ni desagradable, simplemente ha sido el sonido de una risa breve, de una risa que solo dura un segundo, de una risa que casi es un aviso y que pretende dar miedo, aunque con Daniel no lo consigue, no justo en este momento en el que el chico de la cicatriz se siente por encima de todos los que están en este coche, de todos los que están en este barrio, de todos los que están en este mundo

que él está a punto de abandonar. Panda de maricones. No van a conseguir acojonarle.

El coche en el que van es viejo, pequeño y tiene ese olor inenarrable que le provocaba de forma automática una náusea interior cada vez que subía al autobús del colegio cuando iban de excursión. El salpicadero está lleno de cajetillas de tabaco vacías y al lado de la palanca de cambios hay una especie de cenicero repleto de colillas de todo tipo y condición (de cigarros normales, de cigarros de liar, de porros, de chinos). Por supuesto, el coche no cuenta con elevalunas eléctricos y, al igual que sucede en la chatarra móvil de su padre, en cada puerta hay una manivela que sirve para subir o bajar el cristal. Puede que ninguno de los integrantes del coche sepa de su existencia, pues todos los cristales están cerrados y el calor que se concentra dentro del habitáculo es insoportable.

Miguel va en el asiento del copiloto. Lleva una camiseta de tirantes negra que deja ver sus enormes bíceps. Es la primera vez que Daniel ve a su jefe sin camisa ni pantalones de vestir, y eso podría significar algo. Tal vez el negro prefiera dejar la elegancia a un lado cuando se trata de hacer algún trabajo especial.

Miguel fuma y mira en silencio por la ventanilla, aunque en dos ocasiones ha lanzado una mirada furtiva hacia la parte de atrás. El Dos Frentes ha tratado de hacer que los ojos de ambos se encuentren, pero el nigeriano ha esquivado su mirada con una estudiada expresión de superioridad. Después se ha puesto unas gafas de sol plateadas, muy horteras, como las que utiliza el Ciego cuando el calor aprieta, y ya no ha vuelto a retirar la mirada del cristal. Las rastas siguen poblando su cabeza, aunque en esta ocasión van recogidas en una coleta. El Dos Frentes no está muy seguro de si esa ha sido una buena decisión estética, en realidad ese negro daría más miedo si se cortase esas rastas de una puta vez y se dejase de hostias. No tenía pensado hacerlo, pero si de verdad va a palmar dentro de un rato, igual se lo dice directamente. En plan: «Eh, negro, con ese pelo de fumeta no hay quien te respete. A mí me vas a matar, perfecto, yo no voy a tratar de impedírtelo. Pero si

te digo la verdad, no estoy acojonado, joder. Me vas a quitar la vida y lo que veo delante de mí es un Bob Marley muy negro, muy fuerte y todo eso, pero que no me transmite crueldad. Piénsalo: si vas a ser el puto rey del barrio, de la ciudad o de lo que cojones sea, tienes que cortarte esas rastas». Y después haría algo guay: se sacaría el rabo o ladearía la cabeza mientras extiende lentamente sus brazos y muestra dos bonitas peinetas. Es posible que incluso le dé tiempo a guiñarle un ojo al negro antes de que este apriete el gatillo. Porque no tiene ninguna duda de que será Miguel el que lo haga.

Aunque todavía siguen en la carretera. La escena en el coche es ridícula: un gordo de abdomen inmenso y cabeza anormalmente pequeña conduciendo; el jefe de la banda al lado, con aspecto de ir a fumar porros y a tocar los timbales a cualquier parque de mala muerte; y detrás está él, flanqueado por el cabrón de Cara Cráter y por aquel chico joven callado y de ojos tristes. Conoce al chico porque alguna vez han peleado juntos.

En las últimas semanas, cuando tocaba darse de hostias con los indios del barrio, el Dos Frentes siempre contaba con la ayuda de un ejército de chavales —negros y árabes en su mayoría, al final se está acostumbrando al mestizaje— que le proporcionaba Miguel. Casi siempre era lo mismo. En primer lugar, era el Dos Frentes el que entraba al garito latino de turno. A Daniel le gustaba prender la mecha solo, con la única compañía de esa cicatriz palpitante que enseguida atraía la atención de todos. Entonces se arrimaba a la novia de alguno de los maromos más grandes, la agarraba de las caderas y la atraía hacia él, y después se apretaba contra ella, su miembro duro contra el culo de ella, su aliento excitado en la oreja de ella, la furia del novio moviéndose incontrolada por toda la sala. Lo más sorprendente de todo es que, durante un instante, parecía que esas chicas disfrutaban del frote que tenían con el Dos Frentes. Era como si estuvieran hipnotizadas, como si de pronto entraran en un estado de trance en el cual olvidaban dónde estaban y con quién, y se dejaran llevar por la innegable energía que desprendía el chico

de la cicatriz. Luego todo sucedía rápido: los indios más fuertes se tiraban sobre el Dos Frentes, este salía a la calle y de lo más oscuro surgían esos chicos negros y árabes, veinte o treinta, a veces más, y no decían nada, nunca hablaban, solo golpeaban con las manos, con los cuellos de botella, y blandían los pinchos cuando la cosa se ponía fea. La pelea no solía durar mucho: en media hora los chicos del Dos Frentes estaban en disposición de entrar al garito —que ya estaba vacío— para desmantelarlo por completo. Poco después, Miguel, el nigeriano, se hacía con el local a cambio de una miseria —la gente solía preferir seguir viva antes que negociar— e inmediatamente lo ponía a nombre de alguno de sus testaferros habituales.

Y en alguna de esas noches el Dos Frentes había coincidido con el chico que ahora está a su izquierda. Cuando subió al coche y lo vio, pensó que su mirada era triste, como apagada, igual que las otras veces. Pero ahora, cuando el coche ya lleva un buen rato en la autopista —¿acaso para matar a alguien tienen que salir de Madrid estos nigerianos?—, el Dos Frentes posa la vista en aquel chico y descubre la verdad: sus ojos no están tristes, sus ojos están vacíos. Sí, hay dos círculos negros, como su piel, y también está la parte blanca, como en todos los ojos. Eso es lo que se ve desde fuera, pero en realidad allí dentro no hay nada: ni alma, ni corazón, ni sangre, ni un nombre siquiera. Allí dentro solo está la nada, el abismo, no hay precipicio desde el que caer, lo que hay adentro de esos ojos es la caída misma.

De alguna manera, ver tan de cerca ese abismo ha puesto en alerta a Daniel. Hasta este momento estaba tranquilo, imbuido de una placentera resignación ante lo que se antojaba como una muerte segura. Pero esos ojos huecos le han estremecido, ahora siente ganas de vomitar y los nigerianos ya no le parecen tan patéticos. Ahora son unos tipos desagradables y peligrosos que viajan en un coche de mierda hacia un lugar que seguro es horrible para hacer algo realmente malo. Lo cierto es que a Daniel se le ha pasado ya el efecto de las cuatro benzodiazepinas que se tomó hace unas horas, justo después de meterse la última raya de cocaína.

Gracias a las pastillas, el Dos Frentes había conseguido dormitar algo más de una hora mientras su hermana veía una de esas películas americanas en las que unos padres se van de vacaciones con sus hijos y viven un sinfín de aventuras y situaciones desternillantes. Mientras su hermano descansaba hecho un ovillo en el sofá, Clara reía de manera estentórea, ajena por completo a ese mundo lejano e infranqueable que para ella ha sido siempre la realidad.

El Dos Frentes ha tenido un sueño corto pero muy intenso. Era de noche y él estaba en un parque infantil, sentado en lo alto de una especie de torre. A su lado había un tobogán de metal que ardía, como si en lugar de luna hubiese en el cielo un sol abrasador. De hecho, de la luna emanaba un calor húmedo y pegajoso parecido al que hace en Benidorm los meses de verano. Debajo no había arena, sino cemento, asfalto caliente. Daniel era un niño, pero a la vez no lo era, y tenía un vaso de plástico de tubo con ron, un cubito de hielo y Coca-Cola, pero no podía beber de él porque no tenía boca, solo un hilo cosido a la cara que aún estaba en carne viva y le escocía, y le preocupaba más ese escozor que el hecho de no tener boca. De repente aparecía su hermana a su lado, que no era una niña retrasada, sino una chica de la misma edad que Daniel, una chica alta y guapa que no dejaba de sonreír ni de mirar hacia él. Su hermana se reía porque al día siguiente tenía un examen en la universidad y casi no había estudiado por culpa de Daniel, por estar con él en ese parque. De algún modo, eso no la había enfadado, más bien le había parecido tierno. Ella sacaba muy buenas notas, un examen un poco más flojo de lo normal no debía preocuparle. Y de pronto esa chica, que llevaba unos pantalones blancos muy cortos y una camiseta rosa no muy ceñida, se tiraba por el tobogán y le tendía la mano a Daniel. Lo hacía al mismo tiempo, pero aquello no resultaba anormal. Y le preguntaba: «¿Qué pasa, no te atreves?», y se reía de una forma dulce y suave, y la risa se convertía en un pájaro azul y amarillo que volaba muy cerca de su cabeza, y Daniel no quería tocarlo, pero tampoco le tenía miedo, y la chica ya no era su hermana, sino su novia, y su imagen se iba desvaneciendo a

medida que descendía por el tobogán, y Daniel intentaba decir algo, pero no podía y el hilo que tenía por boca ahora tenía unos pinchos pequeñitos, como agujas diminutas, y el pájaro subía y subía y cada vez se acercaba más a la luna, y Daniel sabía que ese pájaro iba a morir, pero eso no lo entristecía en absoluto, al contrario, le hinchaba el pecho de felicidad porque tenía muy claro que eso justo era la belleza, el pájaro azul y amarillo muriendo abrasado por la luna.

—Tienes que bajar por este lado, esa puerta no funciona.

La voz de Cara Cráter suena grave y lejana. El Dos Frentes se queda mirándolo fijamente, como queriendo desentrañar el significado real de esas palabras. El hombre de los hoyuelos en el rostro levanta las cejas y frunce los labios resecos y violáceos, en un gesto que Daniel interpreta como una macabra bienvenida.

«Bueno, pues ya estamos aquí. Ahora vamos a pasarlo bien, muchacho». Eso no lo ha dicho Cara Cráter, aunque el Dos Frentes sí que lo ha escuchado. Ha pasado de flotar mecido por una brisa calma y suave a verse zarandeado por un violento torbellino de ansiedad. Las pastillas viajan con rapidez por su pecho, ascienden por su garganta y pugnan por salir de su boca, propulsadas por un chorro de bilis. Siente el sabor caliente y asqueroso y hace un gran esfuerzo por no vomitar. Al final, de su boca y su nariz salen dos pequeños chorros amarillentos.

—¿Eres como los niños pequeños o qué? ¿Vas en el coche y echas la papilla?

Eso es lo último que escucha con algo de nitidez, aunque no con la suficiente como para distinguir si ha sido Miguel o Cara Cráter el que lo ha dicho. Después, una pregunta absurda, porque su respuesta no puede cambiar nada: ¿dónde estamos? Luego un portal metálico, dedos negros y rosas en un telefonillo, las escaleras que bajan, el olor a madera húmeda, o tal vez solo a humedad, y más negros riéndose, negros con barba, negros con cartas en las manos. Y después la lata verde de cerveza que se bebe de dos tragos, los dos tiros de cocaína que no puede esnifar y termina

chupando, y la lengua correteando frenética por sus encías. ¿O son las encías de un negro?

Pero ahora todo baja de velocidad, todo va más lento, todo adquiere un tono más tenue, como de carretera oscura iluminada por farolas macilentas. Todo se detiene porque aparece él, al fondo, atado a una silla. Es un hombre calvo y gordo, tiene perilla y es mayor. Está sin camiseta, el pecho peludo, los labios entreabiertos. Ese tío es latino, aunque Daniel no recuerda haberle arreado en sus correrías nocturnas. No, a ese tío no le ha zurrado y a lo mejor le hubiera gustado porque es un tío gordo y parece cubano, y el Dos Frentes siempre ha tenido ojeriza a los gordos y también lleva tiempo soñando con abrirle la cabeza a un cubano; del mismo modo que algunos tienen fijación por tirarse a una china o a una brasileña, él está medio obsesionado con pegar a un cubano porque el comunismo, el Che y ese puto rollo siempre le han parecido de fracasados.

Las imágenes vuelven a sucederse rápido. Son fotografías que pasan a toda velocidad por delante de las narices del Dos Frentes y se paran únicamente durante una décima de segundo: la cara alargada y picuda de Miguel (como la de un demonio) acercándose desde el fondo, millones de ojos negros enfocando su mano, un rectángulo gris sobresaliendo entre sus dedos, los brazos largos de alguien (¿los de Cara Cráter?) apartando a los negros y haciendo un pasillo, el rectángulo que se convierte en una ele, el rey Miguel caminando por el pasillo, la ele que empieza a brillar, el negro que ya está aquí, la ele brillante que ya es una pistola, la pistola mirándole fijo. Ahora es cuando viene la parte en la que él muere.

—Aquí solo haber dos blancos, chico. Uno mata y el otro muere. Como tú me caes bien —Miguel tiende la pistola al Dos Frentes—, yo hago un regalo a ti. Tú jugar con ventaja.

Y se ríe. Los demás negros también ríen, aunque no han entendido nada de lo que ha dicho el jefe.

Daniel tarda en reaccionar. Nota cómo las gotas de sudor resbalan por su cuello. Son pocas allí arriba, pero abajo se ha desbordado un

pantano. Tiene la cara interna de los muslos empapada, también los testículos y el perineo. Espera que todo eso solo sea sudor.

Ahora, justo antes de coger la pistola, se muerde con fuerza el labio por dentro hasta hacerse sangre. Sí, el sabor cobrizo le indica que sigue vivo. Agarra el arma por la culata negra. Pesa más de lo que pensaba y está fría. Daniel acaricia el gatillo con cautela, como si tuviese miedo de romper algo. Mira la pistola. Mira a Miguel.

—No más juegos, chico. Tú tienes que disparar. Tú dispara, Dos Frentes. Demuestra que tú ser de la familia.

¿Y el tío que parece cubano? Su mirada está perdida y su boca sigue entreabierta, debe de estar sedado o algo así. Su cabeza está caída, la barbilla apoyada contra el pecho. Solo lleva puestos unos calzoncillos de cuadros que se han oscurecido debido a un líquido que, a juzgar por su olor, probablemente sea orín. Imposible saber si se ha meado de miedo al intuir el desenlace o si, sencillamente, su esfínter se ha aflojado cuando ha perdido la conciencia.

—Venga, chico, ¿tú ser marica o qué? Tú dispara ya —se impacienta Miguel.

El Dos Frentes está ardiendo y la pistola está helada. Se aproxima más a la silla en la que descansa, exangüe, el gordo que parece cubano. Las suelas de sus deportivas se pegan al suelo al andar, sus pisadas reverberan en su cabeza. Ya nadie se ríe, ni grita, ni habla. Ya nadie hace nada porque todos esperan que dispare. Y lo va a hacer. Lo va a hacer porque tiene que hacerlo, pero también porque quiere hacerlo. Daniel desea destruir algo, aniquilarlo, extinguirlo. Desea inventarse un final, harto como está ya de los comienzos. Va a disparar.

En el último momento, Miguel le arrebata el arma con un rápido movimiento. Manipula la pistola mientras dedica una mueca burlesca a Daniel.

—El seguro, chico, tú tienes que quitar seguro —el nigeriano menea la cabeza y exhibe una sonrisa tensa—. Tú vas rápido y no te fijas. Antes de hacer algo, tienes que saber que todo está bien. No se trata solo de hacerlo, ¿tú entiendes? Tienes que hacerlo bien.

Miguel devuelve la pistola al Dos Frentes. Este la examina durante un instante y después fija su mirada en el gordo de la silla. Sigue igual, inconsciente, completamente ido, ahora un hilillo de baba cae por la comisura de sus labios. Daniel piensa que sería mejor que estuviese despierto, que supiese lo que va a pasar, que tuviese claro que ese cabrón de la cicatriz en la frente iba a mandarlo al más allá.

Apunta. Una repentina ola de calma irrumpe en su mano. Los negros contienen el aliento. Una sonrisa acezante aparece en la cara de Miguel. El gordo de la silla mueve ligeramente la cabeza. El dedo de Daniel empieza a plegarse en torno al gatillo. Aprieta.

Un clic sordo. Aprieta otra vez. Otro clic. Silencio. No hay bala. Risas de Miguel. Risas de los demás. El gordo sigue vivo.

—Tú tener otro fallo, chico —exclama Miguel mientras se hace de nuevo con el arma—. Si no hay balas dentro, pistola no dispara —mira a los demás y sonríe con desdén.

El Dos Frentes nota cómo una bola de rabia emerge de su estómago. Sabe que está rodeado de negros, pero no le importa. Se imagina que todos esos tíos son ratas, ratas pequeñas y grises, ratas inofensivas que únicamente sirven para adorar a la gran rata reina. Podría no decir nada, masticar la rabia y después tragársela para seguir con vida, como ha hecho todas las veces anteriores. Podría hacer eso mismo, volver al barrio, meterse unas rayas y revolcarse con cualquier fulana. No suena mal. Podría hacerlo, claro, pero entonces no sería el puto Dos Frentes.

—Joder, Miguel, tus amigos han tenido una mala suerte de cojones en la vida. —¿De verdad le está diciendo eso a un negro enorme que tiene una pistola en la mano y que está rodeado por tropecientos gorilas igual de negros?—. Además de ser negros, son anormales. Se descojonan con todo lo que dices, y la verdad es que tú no tienes ni puta gracia.

Se esperaba que el primer golpe viniera por detrás. Ese puñetazo en la espalda le ha dejado sin respiración durante un par de segundos. Luego hay varias descargas de patadas por ambos lados. Hace calor, pero muchos de esos cerdos se han puesto botas.

Consigue contar hasta catorce. Catorce hostias, pero aún ningún pinchazo. Entre la niebla ve a Miguel con la pistola, luego la pistola muy cerca, luego el mango de la pistola en su jeta. Cierra los ojos y se abandona al dolor, que viaja por todo su cuerpo y estruja con violencia su cabeza. El pecho le arde y los pulmones se hacen cada vez más pequeños, otra vez sin poder respirar. En su interior hay líquidos que se mueven de un lado a otro, algo se debe de estar rompiendo. Y en sus oídos hay ráfagas abruptas de aire que paran y vuelven, paran y vuelven. Y luego el acogedor silencio, la oscuridad, la nada.

9. Teodoro, el Ciego

Hace algunos años, Teodoro estuvo ingresado durante tres semanas en la planta de psiquiatría del Hospital Universitario La Paz. Llevaba tres días consecutivos inyectándose heroína en su propia casa, con sus hijos, Daniel y Clara, como testigos involuntarios de aquel tremendo colocón que amenazaba con acabar en sobredosis. Daniel, de ocho años, decidió faltar al colegio para hacerse cargo de su hermana pequeña, una niña con un notable retraso mental que necesitaba ayuda para realizar cualquier tipo de tarea cotidiana como vestirse, comer o bañarse. Realmente cualquier niño de cuatro años necesitaría ayuda para hacer ese tipo de cosas, pero el caso de Clara era diferente: apenas podía caminar, todavía llevaba pañal (no era capaz de verbalizar si sentía ganas de hacer pis o caca) y le costaba horrores masticar alimentos sólidos, por lo que de momento seguía alimentándose por medio de un biberón.

Aunque, a decir verdad, no fue tanto esta circunstancia la que motivó que Daniel faltara al colegio como el miedo a que el Ciego pudiera hacerle daño a Clara. Los colocones de su padre (Daniel había convivido con esa palabra desde que era bien pequeño) solían ser tranquilos. Teodoro simplemente vegetaba en el sofá o en la cama, escuchando música y bebiendo cerveza. Pero alguna vez su mirada se volvía oscura, sus venas se marcaban aún más en sus enjutos brazos y de su boca salían insultos y reflexiones agresivas, unas veces contra su familia (sus padres solían ser el foco de su ira) y otras sin ningún tipo de coherencia. Contra los niños cargaba cuando se quedaba sin tabaco o cerveza. Les mandaba a comprar a la tienda de abajo, aunque ellos no lo hacían: Clara porque no podía

y Daniel simplemente porque no quería. A este último Teodoro le tenía, si no miedo, sí un extraño respeto. El niño no tenía ningún problema en hacer frente a su padre, incluso de manera física. A pesar de la diferencia de edad entre ambos, había algo invisible que dotaba al hijo de una fuerza especial. Tal vez era el fuego que había en sus ojos, unas llamas altas y delgadas, poderosas, que de alguna manera advertían al padre de las líneas que no debía cruzar. Así que Daniel sabía que en su presencia su padre no le haría nada a Clara, pero no podía estar seguro de que su hermana estuviese completamente a salvo si la dejaba a solas con Teodoro durante uno de sus colocones. Y este, sin duda, estaba siendo uno de los mayores que Daniel había presenciado.

Por eso el chico no dudó en contarle a su abuela lo que estaba sucediendo cuando esta llamó al teléfono fijo de la casa. Los abuelos de Daniel se presentaron allí al cabo de una hora, el tiempo que les llevaba llegar al piso donde vivía su hijo en transporte público. Daniel, que a su corta edad ya entendía muchas cosas de las que pasaban en el mundo, no comprendía por qué sus abuelos no cogían un taxi en este tipo de ocasiones, y alguna vez se lo preguntó directamente. Su abuelo respondía de una manera pausada: «El dinero no crece en los árboles, hijo. Además, lo mismo va a dar llegar media hora antes que media hora después. Si este tiene que morir —señalaba a Teodoro con una mirada que cada vez encerraba más desprecio—, se morirá, estemos nosotros o no».

Como había ocurrido en otras ocasiones, los viejos llamaron a una ambulancia en cuanto comprobaron el calamitoso estado en el que se hallaba el Ciego. Los sanitarios se llevaron entonces al hombre al hospital, donde primero fue tratado por intoxicación aguda por heroína en la UCI y, cuando estuvo fuera de peligro —cuatro días después—, fue trasladado a la planta de psiquiatría del centro.

Allí, en su segundo día de ingreso, fue recibido en consulta por el psiquiatra jefe del servicio desde hacía unos pocos meses, el doctor Esteban Armenteros.

—Siéntese, señor Morales. —El médico hizo un gesto desdeñoso con las cejas, pero el paciente siguió de pie, cerca del quicio de la puerta.

—¿No se llama así? —preguntó el psiquiatra con extrañeza mientras escudriñaba la primera hoja del informe que tenía en la mesa—. Teodoro Morales, eso es lo que pone aquí.

—Nadie me llama así desde hace años. Todo el mundo me conoce como el Ciego.

El doctor Armenteros frunció el ceño y llevó los labios hacia delante, en una mueca que Teodoro no supo interpretar. Tenía unos cincuenta y cinco años, llevaba unas gafas de montura fina que le otorgaban un aire académico y en el centro de la cabeza presentaba una calva descuidada rodeada por varios matojos de pelo gris.

—Como comprenderá, yo no voy a utilizar el apodo que le hayan asignado en su círculo de amigos yonquis. —Paró de hablar y miró en silencio durante unos segundos a su interlocutor, que ya estaba sentado enfrente de él—. Porque es eso lo que usted es: un yonqui, un drogadicto, un enfermo. —Otra pausa corta antes de preguntar—: Por cierto, ¿cómo se está llevando con el síndrome de abstinencia? —Su tono intentó ser algo más amistoso.

—¿Con el mono? Cada vez soporto menos a ese hijo de puta. ¿No se nota? —Teodoro se señaló con las manos el rostro anguloso y perlado de sudor. Tenía unas ojeras que le daban cierto aspecto de cadáver y movía la boca de manera frenética.

—No se preocupe, ya le estamos dando algo para rebajar esos síntomas. La cuestión es que nosotros no somos un centro de desintoxicación y podremos contenerle unas semanas nada más, después saldrá de aquí y volverá a su casa, con sus dos hijos. Supongo que pasados unos días (tal vez solo sean horas) usted comprará heroína de nuevo y se volverá a drogar. Si se le va de las manos, como esta vez, sus padres nos llamarán y, si tiene suerte y llegamos a tiempo, imagino que usted y yo volveremos a vernos. Si no tiene tanta suerte, entonces morirá. —El psiquiatra asintió con la cabeza varias veces, como recalcando que todo lo que estaba

diciendo era cierto—. Básicamente, esas son las dos opciones que se le presentan. En un momento dado, también puede ser derivado a una clínica para drogodependientes, pero, según he visto en su historial, no parece que eso pueda suponer un gran cambio. ¿Quiere usted añadir alguna otra posibilidad?

El Ciego enarcó las cejas en un gesto de escepticismo.

—No, ¿para qué? Usted tiene bien aprendido el discurso, igual que todos los psiquiatras y psicólogos de mierda. Me hace mucha gracia: ustedes los médicos no saben lo que es un chute, no conocen la sensación que te produce ni la necesidad que tienes de volver a meterte otro, ni mucho menos saben lo jodido que es luego pasar el mono, pero, aun así, nos dicen cómo nos sentimos, cómo nos vamos a sentir, lo mal que lo estamos haciendo todo y, tócate los cojones, lo mal que lo vamos a hacer el resto de nuestra vida.

—Muy bien. Un poco de rabia, señor Morales. Eso es bueno, el enfado es una buena noticia. Al menos hay una reacción. ¿Qué más cosas le producen rabia? ¿Qué es lo que le enfada?

—Estar aquí me pone de muy mala hostia. Que mis viejos hagan caso a unos críos antes que a mí y que llamen a la ambulancia a las primeras de cambio. Yo no tendría que estar aquí, ¿sabe?

—Tranquilícese, los ingresos no duran eternamente, se irá en unas semanas. Aunque dígame una cosa: cuando le demos de alta, ¿a dónde irá?

—A mi casa, ¿a dónde coño voy a ir?

—A su casa con sus dos hijos, entiendo.

—Bueno, eso no lo sé. Estoy hecho polvo por el mono y toda esta situación. Igual necesito unos días de descanso. Los niños se pueden quedar con mis padres.

—Ajá… —El médico intentó conformar una expresión de verdadera curiosidad—. Usted tiene… ¿cuántos? ¿Cuarenta y un años? ¿Cuarenta y dos?

—Cuarenta y dos.

—¿Y sus padres?

—No sé exactamente, setenta y pico los dos, cerca de los ochenta.

—Vale. Así que el panorama es el siguiente: dos ancianos tienen que hacerse cargo de sus dos nietos, la pequeña con discapacidad intelectual, porque su hijo de cuarenta y dos años prefiere estar drogado antes que hacer frente a la realidad. ¿Voy bien?

—La realidad para algunos es una puta mierda, ¿sabe? Sobre todo cuando no la has elegido. Joder, yo no decidí ser el padre de una niña retrasada ni mucho menos de un niño que es un cabrón, ese niño me odia desde que su madre murió. Y además eso: yo tampoco decidí que la Charo muriese y me dejase con este puto marrón encima. Claro que no me gusta esta realidad. Tengo que pincharme para poder sobrellevarla.

—Eso pasa constantemente: la gente huye de su vida, escapa hacia cualquier otro lugar. Todos corren muy rápido, ¿pero sabe lo que pasa cuando se paran? Que las cosas siguen ahí, a su lado. Y entonces vuelven a huir, pero esta vez intentan ir más rápido. Y las cosas de las que huyen siguen estando con ellos. Escapar de una vida es imposible. Usted se está dando cuenta, ¿no?

El Ciego empezó a mover las piernas de manera nerviosa. A cada momento que pasaba, se le veía más incómodo. Hizo el amago de decir algo, pero las palabras parecieron agolparse en su boca, de la que únicamente salió un murmullo ininteligible. El psiquiatra, cuando supo que su paciente no iba a hablar, prosiguió:

—Cuesta hablar de estas cosas, ¿verdad? No es fácil aceptar el hecho de que no nos guste nuestra vida. Y más difícil aún es asumir que, aunque no nos guste, debemos vivirla, no nos queda otra opción. En su caso, supongo que será duro asumir la situación en la que se encuentra su hija.

—Yo adoro a mi hija y por eso me muero de pena: va a ser una desgraciada, nunca va a ser una persona normal, siempre va a necesitar ayuda para hacerlo todo. A veces yo… —los ojos de Teodoro se humedecieron— a veces creo que hubiera sido preferible

que no hubiera venido al mundo, que su madre hubiera seguido viva y que ella no hubiese nacido.

—¿Y su hijo?

—Lo de Daniel es diferente. —El rictus del Ciego se tensó y su voz se volvió áspera—. Ese niño no es como los demás. Los críos son más o menos trastos, algunos se mueven más que la hostia y tienes que estar al loro de ellos, otros son más callados y a lo mejor te salen por el lado más inesperado…, no sé, hay críos más fáciles y más difíciles de llevar, pero ninguno es malo por dentro, ninguno tiene una intención perversa de verdad, no con ocho putos años. Pero Daniel sí, ese niño tiene maldad aquí dentro —el Ciego se señaló el pecho y dibujó en su cara una expresión de terror—, y a mí me odia, me odia desde que su madre murió. Debe de pensar que yo tuve algo que ver, o algo así. Y, además, siempre está con la misma mierda: tiene una cicatriz en la frente y no para de preguntarme si fui yo el que se la hizo.

—¿Y fue usted?

—No, joder, no fui yo. A ver, pasó cuando él era muy pequeño. Ese día su madre y yo estábamos muy colocados y él estaba dormido en la cuna. Se debía de estar moviendo y haciendo fuerza contra los barrotes de un lado. Uno de ellos estaba flojo, y el niño, además de caer al suelo, se raspó la frente con el extremo del barrote. Esa cuna nos la regalaron unos colegas ya montada, yo qué cojones iba a saber que estaba rota.

El doctor Armenteros se quedó mirando a Teodoro, serio y en silencio. Al fin dijo:

—Y a su hijo no le vale esa explicación…

—No le vale, no, yo creo que porque su amada madre también tuvo parte de culpa. Es como en la película esa de los yonquis, no sé si la ha visto. Creo que se llamaba *Trainspotting.* En la película los tíos están tan colocados que se olvidan por completo del bebé. No le dan de comer ni nada y el bebé muere. Pues a nosotros nos pasó algo parecido, pero solo durante una hora. Y en esa hora el niño se hizo esa cicatriz.

—Así que usted está convencido de que su hijo le odia…

—Totalmente.

—¿Y no hay posibilidad de revertir la situación?

—Es imposible. Es como si no fuera mi hijo. Mejor dicho: es como si no quisiera ser mi hijo.

El doctor Armenteros se quitó las gafas y se puso a manosear sus patillas. Permaneció en silencio, pensativo, hasta que volvió a hablar:

—Está bien, señor Morales. Daremos por concluida esta visita. De momento, vaya paso a paso: sus problemas no van a solucionarse en un día, pero creo que le irá mejor si deja de escapar de ellos.

Al cabo de tres semanas, Teodoro recibió el alta. El psiquiatra le propuso verle cada quince días hasta que pudiera recibirle un colega suyo especializado en el consumo de opiáceos. Si la situación seguía descontrolada, siempre quedaba la opción de ir a un centro de desintoxicación, pero Armenteros creía que no sería necesario: el caso de Teodoro tenía buen pronóstico.

Teodoro Morales no acudió a ver al doctor Armenteros ni una sola vez. Dos días después de salir del hospital, consiguió reunir algo dinero a través de la venta de dos valiosos relojes (uno se lo habían regalado sus padres y el otro se lo compró la Charo) y llamó a Ahmed, su camello de confianza. Le compró ocho gramos de heroína de una tacada.

***

Ahora, mucho tiempo después, al Ciego le había dado por recordar esa charla con el psiquiatra de La Paz. ¿Eso es lo que había hecho durante todos estos años? ¿Seguir huyendo de su vida? No, no ha escapado de nada, sencillamente ha hecho lo que ha podido. No ha sido fácil criar a dos niños sin la Charo, dejar la heroína, ganar algo de pasta para ir tirando, visitar a los viejos algún domingo de cada mes. No era su vida soñada, eso está claro, pero al final la ha vivido.

Eso es lo que decía ese doctor, que tienes que vivir la vida que te toca, aunque no te guste, y él lo ha hecho, ¿no?

Y la gente de su alrededor, la que tiene a su cargo, no está tan mal. El Ciego no está seguro del todo, pero juraría que Daniel ya ha cumplido los dieciocho. Y, mal que bien, se ha criado junto a él, ha crecido en su casa. No lo ha educado, primero, porque nunca lo ha intentado, y segundo, porque sería imposible educar a alguien así. Era un animal, un salvaje, un niño que tenía la crueldad adherida a la piel, incrustada en las entrañas, atravesada en los ojos. Ese ser abominable merecería haber sido expulsado de la familia, excluido de la sociedad. Y el Ciego le ha permitido seguir ahí, ha soportado con estoicismo el desprecio afilado que rebosaba en su pecho, el veneno pestilente que borboteaba en su boca. No lo ha educado, eso es cierto, pero el chico se ha alimentado de la comida que él compraba, ha dormido bajo el techo que él pagaba y ha aprendido el oficio que él ha desempeñado. Porque para vender droga en la calle hay que valer, y si esa mala bestia ha aprendido a ser camello, ha sido en gran parte gracias a él.

En cuanto a Clara, resultaba extraordinario que esa niña siguiera viva. Cuando nació, los médicos no se atrevían a mirar más allá de cada hora. «Vayamos paso a paso, nuestra experiencia nos dice que lo más probable es que no aguante más de un par de días», decían con una mezcla de consternación y frialdad, como si de alguna manera intentasen que Teodoro no se encariñase con la pequeña. Tenía los ojos diminutos y apenas podía abrirlos. Su pómulo derecho estaba salido hacia afuera, su nariz estaba aplastada y su pecho se hinchaba y se deshinchaba con violencia, como si cada respiración fuera una batalla; y realmente era así. Su hija era una criatura amorfa e idiota, no apta para la vida. Ninguno de los médicos le había dicho nada sobre el retraso mental de la niña, pero el Ciego lo supo desde el primer momento.

El Ciego supo que su hija era idiota porque el aire era raro y rugoso, lo supo porque sus brazos estaban manchados de la sangre de la niña, que en realidad era la sangre de la madre, y en ese

momento pensó en las piernas pálidas y abiertas y llenas de sangre de la Charo, pensó en sus piernas abiertas y muertas, y luego miró para abajo y vio a esa criatura esforzándose por vivir y sintió pena y repulsión, y su corazón —el del Ciego— latía tan fuerte que también supo de inmediato que esa niña iba a vivir y que era retrasada y que cada día para ella sería un comienzo, un inicio, algo nuevo, y entonces ya solo sintió pena.

Eso es lo que más le dolía al Ciego: que Clara tuviera ilusión por levantarse cada día, por vivir, que de algún modo no fuese consciente de su retraso. Eso le parecía a Teodoro algo cruel y perverso, algo injusto.

Sin embargo, a pesar de todo ello, Clara también seguía ahí, viva, sana dentro de su enfermedad, haciendo cada vez más cosas por sí sola, acudiendo cada día al colegio especial. Sí, eso también era heroico. Definitivamente, no lo había hecho tan mal con sus hijos. Y ahora tal vez no sería mala idea que se mirase a sí mismo, que se centrara un poco en él, que se inventase, por fin, una vida que sí le gustase vivir. ¿Era eso posible? Con Camila, desde luego que sí.

Por eso el Ciego llamó a Ahmed tanto tiempo después, porque necesitaba dinero para inventarse esa nueva vida con Camila. La mujer le había dicho que solo había una forma de que ella saliera del club: mucha plata. Y el Ciego solamente conocía una manera de ganar mucha plata en poco tiempo.

Ahmed estaba más delgado, si es que eso era posible. Conservaba el bigote espeso y oscuro, y vestía completamente de negro a pesar del calor. No fueron a ningún bar, Ahmed prefirió que ambos charlasen al lado de un banco. Los dos se quedaron de pie. El árabe dio por sentado que su antiguo cliente había vuelto a la heroína y se quedó sorprendido y callado cuando el Ciego le dijo que lo que realmente quería era trabajar para él vendiendo material.

—Así que, en lugar de jubilarte, lo que me estás pidiendo es entrar a jugar con los mayores. Pero esto es primera división, Ciego, hay que estar muy convencido —dijo Ahmed tras un largo silencio mientras se acariciaba los pelos de bigote.

—Me he cansado de los chanchullos pequeños. Quiero ganar pasta y después ya retirarme del todo.

—Vale —el traficante miró su reloj y pegó un respingo, como si hubiese olvidado una cita a la que ya llegaba tarde—, pásate por el Chelsea el viernes y te digo algo.

Cuando llegó a su casa, solo estaba Clara: tomaba un biberón de Cola Cao que le había preparado el propio Teodoro antes de salir al encuentro con Ahmed.

Llevaba tres días sin ver a Daniel. No lo echaba de menos en absoluto.

10

El Dos Frentes se había esfumado y Carlos no tenía quien le pagara. El chico de la cicatriz le había conseguido el trabajo en el gimnasio, aunque desde el principio todo estaba siendo un poco raro. Se suponía que el Dos Frentes había renunciado al empleo en favor de su nuevo amigo. «No te preocupes, yo ahora gano bien con el negro, tú necesitas el curro más que yo». Y después de decirle eso, estuvo varios días convenciendo a Bernardo de que Carlos era un experimentado monitor de deportes de contacto. «El curro es tuyo, pero hay un problema: Bernardo solo se fía de mí. Ya sabes cómo son estos putos enanos de desconfiados, se creen que todo el mundo va a engañarles. Quiere que me pase por el gimnasio de vez en cuando, como para controlarte, y dice que el dinero me lo dará a mí. O sea, es un puto lío, pero cada mes él me dará la pasta a mí y yo te la doy a ti. Te estoy haciendo un favor de la hostia, socio. Pero bueno, para que dejes de llorar de una puta vez por estar tieso». A Carlos tampoco le dio tiempo a valorar la oferta, su colega no le había dado alternativa. Así que aceptó el trabajo y sus singulares condiciones: el día cuatro de cada mes (¿por qué ese día y no otro?) el Dos Frentes le entregaría en mano trescientos cincuenta euros.

Pero ahora el chico de la cicatriz llevaba varios días sin dar señales de vida y Bernardo no había hecho siquiera el amago de pagarle. Carlos intentaba forzar la conversación, y cada tarde, al acabar las clases y antes de meterse en la ducha, corría durante quince minutos en la cinta ubicada al lado de la mesa donde trabajaba el dueño del Elástiko. Pero el diminuto hombre no reaccionaba: sacaba algún tema de conversación banal, como el

fútbol o el asfixiante calor que hacía ese verano en Madrid, o simplemente se mantenía en silencio, concentrado en sus papeles. Hasta que una tarde Carlos —quizá envalentonado por la propia ausencia del Dos Frentes— decidió preguntarle directamente a Bernardo:

—No sé nada de Daniel y era él quien me estaba pagando por las clases. ¿Me das tú el dinero entonces o cómo va la cosa?

Bernardo arrugó la frente y se quedó mirando a Carlos en silencio, extrañado, como si no supiera exactamente quién era el chico que acababa de hablar. Al cabo de unos segundos, el enano pareció salir de su ensimismamiento, miró a un lado y a otro, le dio una palmada a Carlos en la cintura (no era humanamente posible que se la hubiera dado en la espalda o el hombro) y le hizo señas para que le siguiera. Carlos trató de adecuar su paso al de Bernardo. El dueño del gimnasio intentaba caminar rápido, dando muchos y cortos pasos, pero la realidad era que Carlos tenía que frenarse para poder ir a la zaga. Entraron en un minúsculo trastero donde se guardaban pesas de diferentes tipos, colchonetas y algunos guantes de boxeo.

—¿Cuánto tiempo llevas sin hablar con el Dos Frentes? Es muy raro, tiene el móvil apagado —dijo Bernardo mientras comenzaba a hurgar en su cartera.

—No sé, tres o cuatro días, pensé que igual se había ido de vacaciones con algún colega.

—¿Daniel? Qué va. Él solo se va de vacaciones a Benidorm y nunca en agosto. Vamos, sería la primera vez en años. Y, además, este nunca tiene el móvil apagado. Igual se le ha roto, yo qué sé.

Carlos sintió que debía mostrarse preocupado por su amigo, el tipo que le había conseguido el trabajo. Y quizá realmente lo estaba. Lo cierto es que hasta ahora no se había parado a pensar que al Dos Frentes le podía haber ocurrido algo malo. Aunque cualquier mal presagio de Carlos se desvaneció cuando aparecieron en la mano de Bernardo los billetes.

—Toma, aquí está lo de este mes. Yo tampoco quise preguntar mucho más, pero fue el Dos Frentes el que me dijo que mejor le diera el dinero a él y vosotros ya arreglabais.

Carlos se había guardado el fajo de billetes en el bolsillo sin contar el dinero. Su cabeza trataba de unir las piezas con rapidez. Sin acabar de comprender lo que estaba pasando, disimuló su desconcierto y dijo:

—Sí, sí, tenemos nuestras historias y quedamos en hacerlo así. No hay problema, lo que pasa es que creí que igual se le había ido la pinza y se le había olvidado. —Una oleada de seguridad se introdujo en el cuerpo de Carlos de improviso. Miró hacia abajo (allí estaba Bernardo), compuso una sonrisa serena para la ocasión y agregó—: Pero Bernardo, que igual es más fácil que me lo des directamente a mí. Que ya sabes que este siempre está liado, de aquí para allá…

—A mí me da igual, vosotros poneos de acuerdo y me decís. Total, a mí me cuesta lo mismo.

Esa tarde, Carlos no se duchó en el gimnasio y se fue directamente a casa. Estaba demasiado exaltado para contar el dinero en la calle; de algún modo, prefería estar en un lugar tranquilo cuando lo hiciera. Sentía la adrenalina golpeando su pecho ante lo que prometía ser un descubrimiento prohibido, algo que él no debía encontrar.

Pero lo encontró: quinientos euros en billetes de cincuenta. El cabrón del Dos Frentes se estaba agenciando ciento cincuenta euros a su costa. Ese dinero era suyo, le pertenecía. Le pareció mezquino por parte de Daniel. ¿Acaso él no estaba ganando mucho más dinero con los nigerianos? ¿De verdad era necesario apropiarse de ciento cincuenta sucios euros? Joder, y además teniendo en cuenta que Carlos lo había incluido en el plan para cargarse a su abuela básicamente por amistad. En teoría, el Dos Frentes iba a conseguir una pastilla para que la vieja muriese, pero Carlos pensaba que realmente cualquiera podría acceder a algo así. La madre de Nelson, por ejemplo, que trabajaba con medicamentos a diario. La parte jodida del plan no era esa; lo más chungo de todo era matarla,

joder, acabar con ella y después mantener la sangre fría para vender la casa.

Pero esto lo cambiaba todo. Ahora había que pensar las cosas bien, con un poco de calma. Como en un partido de fútbol. Tuvo un entrenador que siempre se lo decía: «El momento más peligroso es justo después de que te marquen gol. Porque ahí lo que te pide el cuerpo es irte al ataque, intentar devolver el golpe cuanto antes. Y eso es jodido porque te pones nervioso y quieres hacerlo todo rápido. Y ahí es cuando eres más vulnerable. No, cuando te marcan gol hay que tener cabeza, mantener la calma durante al menos diez minutos. Que no pase nada, que no te marquen otro. Simplemente estate quieto: tu momento llegará».

Y Carlos estaba seguro: su momento llegaría. Tan solo debía esperar y mantener la tranquilidad, nada de precipitarse. Como en un partido de fútbol, eso es. Que no te marquen otro gol, que aún queda mucho tiempo.

11

Podría estar sentado en una silla de ruedas, con la cabeza caída hacia un lado, la boca abierta y quieta, como si fuera la de un mimo, el sonido monótono e hiriente de su voz de lerdo inundando el aire, los brazos delgados, solo piel y huesos, y uno de esos negros para los que trabajaba detrás de la silla, manejándola. O, a lo mejor, estaba colgado bocabajo de una viga de madera, los pies atados con cuerdas, su cuerpo amortajado por un saco de plástico mugriento, su cabeza descubierta y goteando sangre, el negro esta vez golpeando su cráneo con un martillo. O tal vez lo que había pasado era que se había juntado con su padre, el drogadicto, y con los amigos de su padre, los drogadictos, y se había pinchado las venas y había envejecido cuarenta años de golpe y ahora estaba hecho mierda en una de esas galerías subterráneas que están llenas de meados y de cacas de perros y de repugnantes seres como él. Todos los escenarios que Nelson dibujaba en su cabeza ante la ausencia del Dos Frentes eran perversos hasta el extremo. «Si de verdad Dios es justo —pensaba el chico colombiano—, ese reptil debe de estar rebozándose en sus propias heces ahora mismito».

Nelson no quería que el chico de la cicatriz volviese con ellos, pero tampoco le bastaba con que estuviese muerto. Ese sería tan parco castigo que hasta en un momento dado podría convertirse en bendición. Él mismo había fantaseado con morir en multitud de ocasiones: franquear la puerta oscura y comenzar a caminar entre iguales, seres sin rostro que pasarán la eternidad moviéndose de un lado a otro, errantes, pero sin chocar nunca los unos con los otros, como los peces en el acuario, felices porque no conocen la felicidad.

Pero al fondo de su mente encontró algo que no había imaginado hasta ahora y eso le complació. Estaba tumbado en la cama, recibiendo en su cuerpo desnudo esa mágica brisa de septiembre que ya no quema y que suena a final, pero huele a principio. Aún quedaban unas horas para ver a Carlos. Beberían y se fumarían unos porros, y luego Carlos le preguntaría si había convencido ya a Camila, aunque no la llamaría Camila, más bien le preguntaría algo así como «¿Ya has convencido a tu madre? Tío, tenemos que hacerlo ya, no puedo más», y él sentiría lástima por su amigo y tendría ganas de abrazarlo y decirle que al final todo iba a salir bien, pero no lo haría, simplemente le contestaría que su mamá está ya casi, que antes de Navidad seguro que se hacía la cosa.

Nelson tenía tiempo para recrearse un poco más en su nuevo hallazgo. No valía con que el Dos Frentes hubiese muerto sin más, claro que no. Lo justo sería que le hubiesen hecho lo mismo que hace no tanto le hicieron a él. Que llegase un hombre rudo, desagradable, velludo y oliendo a sudor agrio, y se apropiara de su cuerpo. Que le ensartase su pija sucia, se la clavase en lo profundo, que le atravesara esa carne dura moldeada en el gimnasio. Y que después llegase otro hombre, le agarrase del pelo con desprecio y le llevara la cara hasta su pija erguida y húmeda en la punta. Que le humillaran, que le tratasen como a una furcia, que le despojaran de todo su amor propio. Y que después le dejaran con vida, que no le mataran, porque la tortura más terrible era seguir en este mundo y tener la conciencia intacta para poder regresar a ese momento una y otra vez. Y ni siquiera así sería equitativo, pues a Nelson todo eso le empezó a pasar cuando no era más que un niño, y el Dos Frentes ahora era un joven bien curtido.

Era imposible saber qué edad tenía cuando Camila salió aquel día de la casa acompañada de ese tipo de mirada enfermiza, cuello delgado como un gusano y cabeza menuda y de cabello ralo. Normalmente, Nelson esperaba en la calle a que su madre hubiera terminado de refregarse con aquellos hombres inmundos. Leía *Pedro Páramo* o se quedaba mirando con atención las otras casas, sus

paredes a punto de quebrarse, sus ventanas cubiertas con mosquiteras rotas. También se fijaba en la otra gente. Aquel día estaba mirando a Mucha. La vieja parecía no haberse lavado en años, con ese pelo gris como de estropajo y esa piel arrugada y oscura. A Nelson siempre le había producido curiosidad aquella mujer que con tanto cariño trataba a su madre. ¿Cómo era posible que la vieja se hubiera hecho amiga de Camila? ¿Es que acaso no sabía a lo que se dedicaba? ¿Sería verdad —como decía alguna gente— que esa mujer era una especie de curandera lunática que había perdido el juicio hacía ya tiempo? Nelson había escuchado que Mucha se había ganado la vida hasta hacía algunos años curando enfermedades y alargando la vida de otros a base de hierbas y ungüentos raros. Nadie sabía qué edad tenía, pero todos convenían en que era muy muy mayor. Decían que Mucha había sido capaz de sacrificar a un niño de su propia familia para así poder seguir esquivando a la muerte. Definitivamente, esa mujer debía de estar desequilibrada para llevarse bien con su madre.

Ese día, cuando Camila salió de la casa con el hombre, Mucha estaba lavando a mano un trapo harapiento que en algún momento del pasado más remoto fue blanco. Se esmeraba en frotarlo con las dos manos, en revolverlo sobre el agua gris y sucia. Nelson recordaba que la vieja levantó la cabeza cuando su madre habló. «Mijo, ahorita yo me voy a hacer unas cosas y usted se va a quedar jugando con mi amigo, ¿de acuerdo?». Nelson recordaba también la expresión del hombre cuando su madre dijo eso y se marchó. Su boca dibujó una media sonrisa forzada y repugnante, y su barbilla temblaba de pura excitación. El chico colombiano había guardado en su memoria esos detalles, pero era incapaz de recordar cuántos años tenía.

Al principio ocurrió muchas veces y con varios hombres diferentes. Algunos se iban con su mamá primero, pero otros directamente pedían los servicios del chico. Nelson había aprendido a sobrellevar que su madre se acostara con extraños a cambio de dinero: se elevaba unos metros sobre el suelo y se mantenía

suspendido en el aire, de modo que esos otros hombres siempre estaban en un plano inferior a él. Así lograba ignorarlos, hacer como que no existían. Si de pronto algún sonido o imagen lo sacaban de su ensoñación, Nelson pensaba entonces que esos hombres eran muertos en vida, pecadores condenados a vagar entre los dos mundos por toda la eternidad.

Pero esos trucos le dejaron de funcionar cuando él mismo se convirtió en víctima de aquellos depravados. Fue en ese momento cuando se instaló de pleno en el sufrimiento. Vivía permanentemente lamentándose por su mala suerte, repasando a cada instante aquellas imágenes que tanto lo torturaban, examinando su piel mancillada por el deseo de esas bestias. Entonces maldecía a su madre, leía de manera febril algún pasaje de *Pedro Páramo* y se aliviaba pensando en lo que vendría después de la muerte: cada día que pasaba penando en la tierra hacía más méritos para asegurar su estancia en el cielo en el futuro. Pensar eso lo calmaba, había momentos en que incluso acariciaba el bienestar. En otras ocasiones, ni siquiera tenía que pensar en el más allá: le bastaba con recrearse en su miseria, gozaba revolcándose en ella. De alguna manera tóxica y oscura, llegó a la conclusión de que la única forma de hallar la felicidad era a través del sufrimiento.

Todo eso cambió cuando apareció el doctor Maximiano. El sexo con algunos de los clientes de su madre continuó, aunque no con tanta frecuencia. En cualquier caso, Nelson lograba evadirse en esos momentos, justo como hacía antes, cuando era su madre la única prostituta: su alma, su esencia, su ser, todo ello salía de su cuerpo convertido en una ligera polilla que revoloteaba sin prisa por la habitación hasta que todo hubiera terminado. El chico no lo sabía, pero su madre hacía algo muy parecido cuando era ella la que tenía que gestionar el deseo ajeno.

La presencia del doctor Maximiano en su vida había apartado de la cabeza de Nelson esa fijación por el sufrimiento. Con su nuevo amigo en escena, no era necesario pasarlo mal para poder ser feliz.

La felicidad entonces simplemente era estar con el doctor. Y eso nunca era doloroso.

En teoría, desde que llegó a España, la situación de Nelson había mejorado. Es verdad que ya no podía ver —ni hablar, ni tocar— al doctor Maximiano, pero, por otro lado, ningún otro hombre abusaba de él. Puede que Camila hubiera interferido por él ante el señor Mondero en este sentido, aunque quizá la única explicación era que el gordo no trabajaba con muchachos.

Pero la ausencia total de encuentros sexuales no deseados en su nueva vida no había surtido el efecto esperado en Nelson. Obviamente, prefería no volver a los ratos oscuros de la choza de Siloé, pero sin esa pesada carga en sus espaldas al chico colombiano le faltaba algo. Se había pasado media vida sufriendo hasta el tuétano y ahora se sentía extraño. Una tarde, después de clase, una comezón pertinaz y desconocida le empezó a dar pequeños mordiscos en la tripa, después se le trasladó al pecho y, por último, se introdujo en sus genitales. Necesitaba volver a sufrir.

Había oído a uno de sus compañeros del instituto decir que en los baños públicos de un centro comercial no muy lejano a donde él vivía, había viejos viciosos que pagaban por follarse a jovencitos. El chaval había relatado con espanto que uno de esos hombres se le insinuó mientras estaba orinando. El chico, aterrado, cortó el chorro bruscamente y se subió la cremallera tan rápido que terminó haciéndose daño en el pene. Cuando lo contó, todos se rieron, incluido Carlos. Nelson se vio obligado a esbozar una sonrisa forzada, aunque por dentro había tomado buena nota del nombre del centro comercial.

Esa tarde, movido por aquellos aguijonazos que no sabía si eran de ansiedad, de deseo o de ambas cosas, Nelson salió de casa dispuesto a comprobar si lo que decían era cierto o no. Al principio estuvo deambulando por algunas tiendas de ropa ubicadas en la primera planta. Al cabo de una hora, con un nerviosismo creciente que ya se había transformado en excitación, se metió en el servicio masculino. Eligió primero un urinario de pared, el del centro de una

hilera de tres. Estuvo un rato esperando con el miembro ya duro en la mano, aunque sin miccionar. Solo se atrevió a mirar de reojo a un tipo de mediana edad y apariencia formal que lo ignoró por completo. Después, a su izquierda, miró sin tanto disimulo a un hombre mayor, de barba encanecida y arrugas espaciadas en el rostro. Este le devolvió una mirada de desprecio y chasqueó la lengua, visiblemente molesto. Luego se fue sin siquiera lavarse las manos. Nelson salió del servicio decepcionado: allí no pasaba nada de nada. Mientras miraba absorto un escaparate, se le ocurrió que tal vez el problema había sido la elección del lugar: el urinario de pared no era discreto, podría ser mejor idea meterse en un cubículo con retrete. El chico colombiano lo hizo, dejando la puerta entreabierta, aunque esta vez tampoco ocurrió nada. Resignado y con la sensación de haber hecho el estúpido, Nelson volvió a la planta baja para regresar a casa. Allí se dio cuenta de que tenía ganas de orinar de verdad, algo que no había hecho en sus dos visitas anteriores al baño.

Esta vez, más tranquilo que antes, reparó en el aspecto del lugar: el suelo estaba manchado y húmedo y en el ambiente flotaba un intenso aroma a pis y sudor. Nelson se decantó por uno de los cubículos que no había utilizado en su anterior visita, el que parecía estar más limpio. Tampoco en esta ocasión cerró la puerta. No fue consciente de la presencia del otro hombre hasta que tuvo su cara aplastada contra la pared. Sus manos eran grandes y ásperas, con callos. Una le agarraba del cuello y otra le bajaba los pantalones. Olía a loción de afeitar y a madera antigua. Nelson cerró los ojos y le dejó hacer. Fueron pocas embestidas y después un gruñido. Ni una sola palabra. El tipo le dejó en el suelo un billete de cinco euros que Nelson recogió después de un rato. Se sentía humillado, había sido algo repugnante. Estaba en la gloria.

Ahora, tendido en la cama, se había excitado recordando ese momento. La culpa de todo la tenía Camila. Ella le había convertido en un monstruo. Decidió no masturbarse y darse una ducha de agua gélida como castigo. Era incómodo, pero no dolía. Así que cambió de

estrategia. Puso el agua hirviendo y se disparó con el grifo en los brazos, en los muslos, en los testículos. Eso sí que era sufrir. Se lo merecía.

12

Aquella noche Carlos llegó tarde a su cita con Nelson. Durante mucho tiempo después se diría a sí mismo que quizá hubiera sido mejor no haberse presentado en el parque de la Fuente del Loro. Era extraño: a pesar de que los dos chicos aparentemente disfrutaban de la ausencia del Dos Frentes, habían seguido quedando en ese lugar, acaso como homenaje inconsciente al joven de la cicatriz.

En realidad, Carlos estuvo a punto de quedarse en casa y pasar de Nelson. Fumaba compulsivamente mientras daba minúsculos paseos en su habitación. La ansiedad azotaba su cuerpo de tal manera que no podía quedarse quieto, aunque, por otro lado, sentía pánico a salir fuera de su cuarto. Hurgaba de modo frenético en su mente buscando una solución que no existía. Llevaba en ese estado unas cuatro horas y sentía que comenzaba a desfallecer. Pero no podía parar de fumar, ni de pensar, ni de temblar.

A su cabeza acudía una y otra vez la cara de la trabajadora social. Era la misma mujer que vino a su casa después de la muerte de su madre y la operación de su abuela. En aquella ocasión se dirigió a él de manera desdeñosa, sin mirarle a los ojos. Pero esta vez no tuvo problema en clavarle la mirada en varios momentos de la visita. Sus ojos negros y grandes escupían desprecio y le gritaban «¡Culpable!». Llevaba unas gafas de montura fina y su rostro era pálido y delicado. Su cuerpo, por el contrario, era ancho y basto. Vestía unos pantalones verdes de pana y una camisa de cuadros que podía evocar cualquier cosa menos sensualidad. Era una mujer bella de

cara, pero horrenda en su conjunto. Eso es lo que pensó Carlos cuando abrió la puerta de su casa y se la encontró de frente.

—¿Qué tal se encuentra su abuela? ¿Podría verla?

Nada más escuchar esas palabras, el corazón de Carlos había empezado a galopar con violencia. La trabajadora social no le trató de usted la otra vez. Era mala señal.

La anciana estaba en la cama, tumbada de lado sobre una añada colcha beis con estampado granate. Llevaba puesto un camisón rosa salpicado de varias manchas marrones. La prenda tenía una especie de volantes dorados en la parte inferior.

Más abajo, emergían sus pantorrillas: eran escuálidas y casi transparentes, con marcadas venas oscuras que parecían como ramas de árbol a punto de salirse de la piel. El camisón no tenía mangas, y los enjutos y flácidos brazos reposaban juntos en un extremo del colchón. La trabajadora social se acercó titubeante hacia la cama y, cuando aún le quedaban algunos pasos para llegar a ella, dijo en voz alta:

—Hola, doña Luisa, ¿cómo está?

No hubo respuesta. La anciana tenía la cara apoyada en las muñecas y era imposible distinguir si estaba dormida. Carlos se situó con rapidez entre la cama y la mujer.

—Al final de la semana llega ya muy cansada. Otros días aguanta más, pero los viernes se duerme pronto.

La trabajadora social miró su reloj —eran las siete de la tarde—, torció el gesto y le lanzó una mirada reprobatoria al chico antes de dirigirse con decisión hacia la cama. El corazón de Carlos trepó por su cuello y empezó a martillear su garganta. Ya no había nada que hacer. Estaba perdido.

Carlos no podría precisar cuánto duró la inspección de la mujer a su abuela, aunque a él le pareció una eternidad. La trabajadora social se había inclinado y escudriñaba con cautela las manos de la vieja, su cabeza cubierta de una maraña de pelo blanco. Al chico le pareció que la mujer incluso se había fijado en el abultado pecho de su abuela. Todo su torso era en sí una masa pesada que se movía

lentamente y con aparente dificultad, como si para hacer posible cada exhalación millones de herrumbrosas piezas tuvieran que emplearse a fondo.

La mujer agarró con repugnancia el hombro de la anciana y lo movió un par de veces.

—Ya le he dicho que está dormida, déjela descansar.

Carlos había decidido pasar al ataque. Sin duda, la trabajadora social estaba buscando alguna evidencia de las palizas que el chico infligía a su abuela, pero de momento no había encontrado nada. De lo contrario, habría dicho algo. ¿O realmente sí que había visto algunas marcas y lo que quería era encontrar más?

Entonces los ojos de la vieja comenzaron a abrirse y cerrarse de manera pausada y rítmica, como si ellos también estuvieran respirando. Tardó en despertarse un buen rato. Después respondió con monosílabos a todas las preguntas que le hizo la trabajadora social. Ninguna de ellas se refirió directamente a los malos tratos.

—¿Es habitual que se encuentre en este estado? Prácticamente no reacciona —le preguntó la trabajadora a Carlos con un tono neutro, sin inflexiones.

—Mi abuela tiene demencia. Lleva así desde que salió del hospital, ¿qué quiere que haga?

Carlos concentró todas sus fuerzas en tratar de esconder los nervios. Lo único que quería era que su voz sonara segura. La enigmática expresión de la trabajadora social no le dejó claro si lo había conseguido o no.

Hasta ahí la cosa no había ido tan mal, pero la frase que la mujer dijo antes de marcharse, desde el umbral de la puerta, lo jodió todo.

—La próxima vez vendré con un médico para que haga un informe de la evolución de su abuela.

Carlos pensó en preguntar a la mujer si le avisaría por teléfono de la fecha concreta de esa visita, pero finalmente le pareció que podría haber resultado sospechoso. No tenía ni idea de cómo funcionaban esas cosas.

Transcurridos unos diez minutos, Carlos consideró que era poco probable que la trabajadora social regresase y se fue directo a la habitación de su abuela. Lo primero que hizo fue comprobar sus muñecas: presentaban unas leves rojeces, nada que pudiera inculparle de forma definitiva. Por suerte, esa tarde no le había atado las manos al somier, como había hecho otras veces con los cinturones de varias batas viejas. La ataba para que no se quitase el pañal ni pudiese coger el bastón para dar golpes en la pared. Eso lo enfurecía. Carlos se había pasado toda la visita de la trabajadora social dudando sobre si su abuela estaba atada o no. Al principio estaba casi seguro de que sí. De hecho, no se había acercado a comprobarlo por miedo a toparse con una escena difícil de justificar.

El chico pasó después a las partes del cuerpo que el camisón no cubría: encontró una mancha amarillenta y violácea en la cara interna de la parte superior del brazo. ¿La habría visto esa mujer? A Carlos no le hacía falta mirar por debajo del camisón: sabía que había moratones, arañazos y quemaduras en la espalda, en los senos, en los muslos, en el culo. Lo sabía perfectamente, pero lo hizo de todas maneras. Metió las manos por debajo del camisón y se lo subió violentamente, después tiró con fuerza de la prenda hacia arriba, intentando sacársela por el cuello. El camisón se quedó enganchado en la cabeza de la anciana, su cara enrojecida por la presión, los botones del cierre saltando por los aires, el pañal a punto de reventar de pis.

—¡Ay! —gritó la anciana mientras su cabeza seguía aprisionada—. ¡Ay! ¡Ay! Me duele mucho.

Carlos finalmente le sacó el camisón por arriba. Había hecho tanta fuerza que provocó una pequeña hendidura en la frente de su abuela. Un hilillo de sangre resbaló por el contorno del ojo derecho. La mirada de la anciana mostraba estupor y miedo a partes iguales. No entendía lo que estaba pasando y jadeaba ruidosamente. Estaba desorientada y exhausta.

—¿A quién cojones le has dicho lo que te hago? ¿A quién, vieja asquerosa?

Carlos estaba fuera de sí: zarandeó la cabeza de su abuela con rabia y después le clavó las uñas en los brazos y en los muslos, haciéndole sangre de nuevo. Luego se fue a su habitación y comenzó a dar puñetazos a la pared hasta dejar sus nudillos en carne viva. Se había metido en un buen lío. La trabajadora social le denunciaría y le meterían en un centro de menores. No, más bien iría a la cárcel. Pronto cumpliría los dieciocho años y sería considerado un delincuente adulto, con todas sus consecuencias. Seguro que en la cárcel no estaba bien visto que un chaval pegase a su abuela. Violarle es lo mínimo que le harían. En el laberinto que había emergido en su mente, los muros eran altos y gruesos y alguien había olvidado construir la salida.

Carlos pensó en matarse. Podría tomar algunas pastillas de las de su abuela o clavarse un cuchillo de la cocina o tirarse por la ventana. Buscó algún objeto con el que hacerse daño en su habitación, pero no encontrar más que bolígrafos y rotuladores acrecentó su nerviosismo. Fue al cuarto de baño y se encerró. Agarró una cuchilla desechable de afeitar con la mano derecha y la acercó tembloroso a la parte posterior de la muñeca izquierda. Había una vena gris que ascendía por la palma de la mano y se bifurcaba como en dos caminos. Parecía uno de esos ríos que estudiaba cuando era pequeño. Se concentró durante unos instantes en la vena. Debía hincar la cuchilla con decisión, hasta el fondo, la vena se rompería, él empezaría a sangrar y tiempo después se moriría. ¿Realmente funcionaba así? Carlos pensó que lo mejor sería dejar de hacer eso, de pensar, y pasar directamente a la acción. Entonces trató de dirigir la cuchilla a la vena, cerró los ojos, apretó los dientes y se cortó. Fue un corte rápido y superficial. La muñeca le escocía y la sangre se derramaba por su antebrazo. No había funcionado. Así que probó de nuevo. Un corte un poco más profundo, pero no lo suficiente. Más sangre, más dolor, pero seguía igual de vivo. A la mierda. Dominado por un huracán de rabia y frustración, Carlos empezó a frotar la muñeca con la cuchilla de manera frenética. No se iba a matar, pero

al menos se iba a hacer mucho daño. Ese razonamiento le produjo un extraño alivio.

De pronto, una revelación irrumpió en su pensamiento. «A veces, las peores cosas empiezan de la manera más tonta». Acababa de recordar quién le dijo esa frase: fue su abuela. La pronunció poco después de que su madre les contase a ambos que le habían diagnosticado cáncer de mama. Cristina había ido al médico por un tapón de cera en el oído derecho. Ese día llevaba puesta una camiseta holgada. Cuando la enfermera se inclinó para hacerle el lavado, observó por una de las aberturas de la camiseta un pequeño bulto cerca de la axila de la mujer. La enfermera se lo comunicó a la doctora y esta ordenó a Cristina hacerse las pruebas que desembocaron en el fatal diagnóstico. Cuando su madre se fue a descansar a su habitación después de darles la noticia, su abuela lanzó la frase al aire, aunque el único destinatario posible era Carlos. Al chico le sorprendió entonces que su abuela hubiera compartido esa reflexión con él. Al fin y al cabo, había sido una vida entera de indiferencia y desprecio. Tal vez, pensó, haya llegado el momento de dejar atrás el pasado y continuar caminando.

Tras haber revivido este episodio, una marejada de culpa arrolló a Carlos. El chico volvió a la habitación de su abuela y se arrodilló junto a la cara de la anciana. Seguía casi desnuda y había recostado la cabeza en sus manos. Su mirada divagaba en la nada.

—Por favor, perdóname —gimoteó Carlos—. No le cuentes a nadie lo que te he hecho. No volverá a pasar, te lo juro. No quiero ir a la cárcel. —El cada vez más intenso llanto del chico dificultaba la comprensión de lo que decía.

La anciana entornó los ojos, acarició muy levemente la mejilla de Carlos con la yema de los arrugados dedos y se volvió a dormir profundamente. ¿Significaba eso que lo había entendido? No había posibilidad de saberlo.

Fue por todo eso por lo que Carlos llegó tarde a su cita con Nelson. Estaba tan nervioso que temió en varios momentos que el corazón finalmente le saliera por la boca y él se desvaneciera en

plena calle, convulsionando como un epiléptico. No le contó al colombiano nada de su abuela ni sacó el tema del plan para acabar con ella. Lo único que quería era escapar de esa gigante y pesada bola de piedra que eran sus pensamientos. Se bebió varias latas de cerveza sin prácticamente hablar, después se fumó dos porros seguidos y le dijo a Nelson que tenían que comprar MDMA.

Pillaron varias bolsitas de droga en una discoteca del centro en la que pinchaban música electrónica. Carlos estaba desatado, había vuelto a poner la mirada de criatura hambrienta, a veces sus ojos se desconectaban del mundo real y enfocaban a un punto etéreo que Nelson no alcanzaba a distinguir, pero que sabía que existía. En otros momentos, el depredador se colocaba detrás de alguna chica y, sin bailar ni moverse, simplemente se la quedaba mirando no ya con deseo, sino con verdadera necesidad. Carlos se estaba muriendo por dentro y necesitaba comerse a alguien, engullir cada pedazo de piel y después rebañar los huesos, absorber sus fluidos, arrancar las uñas de los pies con sus dientes y luego escupir las cutículas e inmediatamente después abalanzarse sobre otra presa. Aquella noche le podía valer cualquiera.

13

Incluso Nelson. El chico colombiano lo notó cuando metió su dedo impregnado de droga en la boca de Carlos. El rostro desencajado de este, la forma en la que arrugó la nariz y dejó entrever sus dientes amarillos y afilados, le indicó que esa noche no haría excepciones.

Aunque para que llegase su oportunidad, Nelson debía esperar. Carlos lo iba a intentar primero con sus víctimas predilectas. A eso de las cuatro de la mañana, se puso a bailar con una chica que llevaba incrustado un aro en el tabique nasal. Al principio, ella se restregó de espaldas a él, moviendo la cadera muy lentamente, su culo sintiendo la dureza del otro, las gotas de sudor resbalando por su columna, la nariz de él aspirando con ansia el aroma del cabello moreno de ella. De súbito, los insistentes bajos que salían por los altavoces cesaron de golpear el aire y una armonía deliciosa envolvió los dos cuerpos, el de él y el de ella, y ella se giró y miró fijamente a Carlos, y él hundió su cara en el cuello de ella y quiso quedarse allí para siempre, y luego ella acarició con sus dedos eternos y azules el lóbulo de la oreja de él, y después sus bocas se abrieron y sus lenguas se quedaron suspendidas en el aire, apenas rozándose, y Carlos se puso a llorar y le dijo a ella que la quería y eso era verdad, él la amaba con todas sus fuerzas en ese preciso momento, y eso Nelson lo sabía, Nelson de pie y drogado y quieto y con una melancolía inmensa invadiendo su pecho.

El chico colombiano se separó de ellos y fue a sentarse en uno de los sofás que había al otro lado de la sala. Tenía la boca pastosa y la sangre le ardía, como la primera vez que vio al gato atigrado. Intentó concentrarse en la música, sentirla, disfrutarla, pero le era

difícil. Aunque le dolía reconocerlo, el Dos Frentes tenía razón: esa mierda de música latina o trap o como se llamase le gustaba mucho más que la electrónica. ¿Estaría muerto de verdad el chico de la cicatriz? A veces, cuando Carlos se refregaba con alguna mujer, Nelson se mantenía cerca de Daniel y eso le reconfortaba de alguna manera. Eran los momentos de mayor intimidad entre los dos chicos y, aunque el Dos Frentes casi no le hablaba y cuando se dirigía a él lo hacía de ese modo tan despectivo suyo, a Nelson le parecía que en el fondo eran amigos. No, no, no. Nunca han sido amigos, los dos se han odiado desde el principio. Lo mejor era que ese animal estuviera muerto. La droga le estaba haciendo pensar cosas que no eran.

Pasaron un par de horas o veinte minutos, en ese estado, el tiempo es algo relativo. Nelson salió de la discoteca. El aire frío de la madrugada le sentó bien. Tenía la camiseta completamente empapada de sudor y sentía los huesos destrozados, como si hubiera soportado algún tipo de derroche físico. Se quedó unos instantes parado en la acera, intentando orientarse. La luz de las farolas le hacía entrecerrar los ojos, como si fueran potentes rayos de luz. Entonces sintió una presencia a su lado y una palmada en la espalda. Era Carlos. Tal vez su amigo pudo hacer algún tipo de comentario jocoso sobre el sudor de la camiseta, pero Nelson no logró entender exactamente lo que decía. El colombiano le preguntó por la chica del pendiente de cerdo en la nariz. ¿O no lo hizo? En los días posteriores, Nelson revisitó con frecuencia esta madrugada y, aunque no estaba completamente seguro, consideró que la opción más probable era que sí hubiera formulado la pregunta y que la respuesta de Carlos hubiera sido algo similar a esto: «Nah, era una comebolsas, lo único que quería era más droga».

Después de eso, los dos caminaron durante bastante rato hasta que llegaron a una parada del autobús que los podía llevar al barrio. El amanecer trajo consigo un silencio mágico que se introdujo sin dificultad en los oídos de Nelson, provocándole una agradable sensación al principio que se fue transformando progresivamente en

algo molesto. Primero sintió como que flotaba y después creyó situarse en una dimensión diferente a la de Carlos, de tal modo que podía verlo, pero no interactuar con él.

Esa sensación duró hasta que estuvo metido en la cama, desnudo, salvo por el *slip* blanco, girado hacia la izquierda para evitar cualquier tipo de contacto con Carlos, que dormía en posición simétrica a la suya, tumbado hacia la derecha.

Y después pasaron cosas, cosas esponjosas y abstractas, cosas afiladas y extrañas, cosas tan reales que parecían fragmentos de sueños, cosas que mojaban, aunque solo un poco, cosas que no dolían, pero que podían hacerle a uno llorar, cosas irrepetibles, cosas que merodeaban y no entraban, o que entraban y salían, o que de pronto desaparecían como por ensalmo, cosas que en realidad no eran buenas ni malas, solo eran las cosas que a veces pasan en la cama entre dos chicos.

El gato no estuvo en esa cama y Nelson lo añoró. Esta vez la aparición del doctor Maximiano en su mente fue fugaz e inconsistente, como el vuelo de una cometa rota. Por la mañana el cielo estaba gris y eso suele estropear el ánimo de los que han estrujado la noche, aunque con Nelson no sucedió: la tristeza le tardó en venir unas cuantas horas.

14

Suena *Immigrant Song* en la radio del coche y el Ciego se cree un puto gánster, un narcotraficante de los de verdad, un tipo con el que hay que tener cuidado. Tiene la ventanilla bajada y el aire sacude su pelo con tanta fuerza que parece que se lo va a arrancar. Sujeta entre los labios un cigarrillo de liar apagado por el viento que en realidad no contribuye para nada a reforzar esa imagen de tío duro que lleva intentando proyectar desde que se levantó de la cama. Había sopesado muy seriamente la posibilidad de ponerse la chupa de cuero, pero finalmente desechó esa opción por el calor que todavía hace en la ciudad, ese calor de finales de verano que pone a todo el mundo triste porque ya no hay manera de disfrutarlo. Al final se ha puesto una camiseta ceñida de Manolo Kabezabolo. No es, muy a su pesar, la fotografía de un poderoso narco. Es solo un exyonqui reconvertido a camello que trata de chutarse valor (en lugar de heroína), antes de reunirse con tres árabes que le van a hacer un encargo de los gordos.

Dos pensamientos en su cabeza. Uno: a Camila se la va a llevar a Perú. Es algo que ha decidido hace unas horas de manera unilateral. De momento no se lo ha dicho a ella porque sabe que volverá a salir con el rollo de la plata que le debe al jodido señor Mondero, del pobre desamparado de su hijo, al que no puede dejar solo en un barrio así aunque ya esté crecidito y tenga pelos en los huevos, de la desdichada vieja a la que cuida, que le recuerda a una especie de madre que tuvo allá en Colombia y a la que debe proteger del cabrón de su nieto; hasta en alguna ocasión ha llegado a decir que le daría lástima no volver a ver a una amiga paraguaya que tiene en

el club, otra prostituta con la que lleva unas semanas sin hablar por un par de gilipolleces que se dijeron estando borrachas. Cualquier excusa es buena para rechazarle. Debe de ser la única puta en la faz de la tierra que no sueña con largarse del antro en el que trabaja, cortarle el rabo a todos los cerdos que se han acostado con ella y mandar a tomar por culo al puerco que tiene por chulo. Debe de ser la única, y le ha tocado a él.

Aunque se han producido progresos. El otro día, por ejemplo, se tomaron algo juntos en una terraza. Fue, eso sí, a una hora intempestiva —las cuatro de la tarde, bajo un sol impío— y en un bar ubicado en las afueras de la ciudad. Esas fueron las condiciones que puso Camila y, aunque a Teodoro le parecía que carecían de cualquier tipo de sentido —si se encontraba con algún cliente, el avergonzado siempre debería ser él—, las aceptó sin rechistar. Porque el control de la situación era de Camila. Absolutamente. El Ciego había escuchado en una canción que en las relaciones siempre hay uno que ama con más fuerza, con más pasión, con más ganas, mientras que el otro simplemente se agarra a ese amor y deja que la inercia le lleve. Lo que no especificaba la canción es que las tornas pueden cambiar con el tiempo y quizá el que ahora está más entregado se canse de remar, se siente despreocupado en la barca y se eche una cabezadita, tal vez soñando con comprarse un velero mejor algún día. Esa era la única esperanza de Teodoro, y a ella se aferraba con desesperación cuando la pesada sombra del calzonazos se cernía sobre su figura enclenque. Y ahora, mientras conduce con esa ridícula colilla en la boca, la sombra desciende amenazadora y cada vez se acerca más a él.

Vale, puede que sea un calzonazos, pero es que estas cosas llevan su tiempo. Más aún tratándose de una mujer latina. Eso es lo que le dijo hace poco Ahmed, que las mujeres como Camila son de la vieja escuela, que hay que conquistarlas poco a poco y que hay que aflojar la guita, que en esos países los hombres lo pagan todo, les agarran las sillas a sus mujeres para que se sienten y además les compran ropa de marca y joyas caras. Según sabía Teodoro, Ahmed

estaba casado con una mujer árabe y tenía cuatro hijos, aunque el Ciego nunca había visto a ninguno de ellos. El tío estaba entregado a su trabajo: siempre estaba colgado del móvil —tenía tres teléfonos que iba cambiando cada cierto tiempo—, organizando entregas aquí y allá, apalabrando gramos a clientes de confianza, apuntando cifras en una pequeña libreta que le hacía parecer un circunspecto periodista en lugar de un camello desconfiado. Era imposible que ese hombre tuviese tiempo para dedicarle a su familia, ni mucho menos a otras mujeres. Entonces, ¿cómo coño conocía la forma de comportarse de las colombianas? Ese era un misterio que el Ciego no iba a tratar de descifrar. En realidad, se la sudaba lo que hiciera ese moro en sus ratos libres: lo que pasó el otro día es que se metió cuatro rayas de coca, se le soltó la lengua de mala manera y era Ahmed el que andaba por ahí cerca.

El Ciego le contó que había tenido un flechazo «como los del colegio», y el árabe soltó una carcajada. «¿Estás seguro? Mira que cada noche hay diez que salen del Red Flower diciendo lo mismo. La tontería se les pasa cuando miran su cuenta corriente al día siguiente. No me digas que te has metido en este fregado por una puta». Y entonces el Ciego levantó la cabeza y esnifó los restos de droga que se habían quedado impregnados en el turulo, y después dijo con el ceño fruncido y la mirada fija en el horizonte: «Oye, a mi chica me la respetas, ¿estamos?». Ahmed se lo quedó mirando de forma perturbadora y, al cabo de unos segundos, respondió: «Tranqui, Ciego, que aquí cada uno se gasta la pasta en lo que le sale de los huevos». Y fin de la conversación.

El caso es que el Ciego lo tiene claro: se irá con Camila del país cuando haya reunido el dinero suficiente, y eso puede ser muy pronto. Las primeras semanas a las órdenes de Ahmed han sido bastante fructíferas y, si el trabajito que está a punto de ofrecerle está a la altura de las expectativas que ha creado el propio traficante árabe, la cosa se va a poner a punto de caramelo. Tal vez pueda estar tostándose en una playa paradisiaca antes de que termine el año. ¿Hay playas de ese tipo en Perú? Seguro que sí. Además, allí

hace calor cuando aquí nos pelamos de frío, ¿no? En realidad, el Ciego ha elegido Perú un poco por azar y otro poco porque le suena que allí se encuentra la cocaína más pura del planeta. La cosa es largarse a cualquier lugar de América que no sea Colombia. A Camila se le oscurece el rostro cuando el Ciego le pregunta por su pasado. En uno de sus primeros encuentros, estando ambos tendidos en la cama y en silencio, con los cuerpos ya en reposo tras la desordenada —y rápida— batalla carnal, a él se le ocurrió preguntarle si echaba de menos su país. Ella lo miró primero con ascuas en los ojos, después se incorporó con un par de movimientos y comenzó a vestirse con aire desdeñoso. Solo al cabo de unos segundos respondió: «¿Usted se cree que yo estaría aquí, aguantando la saliva maloliente de otros, sus lengüetazos desesperados ahí abajo, sus sacudidas llenas de rabia cuando están adentro de mí, si de verdad extrañase lo de antes? Qué pregunta más estúpida, Teodoro. Fíjese si era malo lo de antes que lo de ahora me parece el paraíso. Incluso lo de hace un rato me parece mejor que lo que pasaba allá». Teodoro decidió restarle importancia a esta última parte de las palabras de Camila: sin duda, la que hablaba era la ira y no ella. Lo de antes estuvo de puta madre, a él no podía engañarlo. Sabía que la colombiana había alcanzado el orgasmo por la forma en la que se le retorcían los dedos de los pies. Él tenía esa misma reacción cuando alcanzaba el clímax: eso no se puede fingir.

De modo que se irá con Camila, ella y él solos, sin cargas que puedan minar la relación. ¿Qué va a hacer, entonces, con su hija Clara? En algún momento se ha planteado llevársela a ella también, pero sabe que eso es imposible. A Camila apenas le ha hablado de sus hijos y mucho menos le ha mencionado la discapacidad de la niña. Lo más sencillo es que Clara se quede en Madrid, interna en un centro para personas como ella, cuidada y rodeada de niños en su misma situación. Él hará un ingreso mensual para costear todos los gastos de la niña. Y si al principio no tuviese el *cash* suficiente para

ello, pues los viejos tendrán que hacerse cargo de ella, como ha pasado durante estas semanas.

Esta idea desemboca directamente en el pensamiento número dos: ¿dónde coño está Daniel? No es exactamente preocupación lo que siente el Ciego ante la desaparición misteriosa de su hijo. Es más bien un desasosiego intermitente, un hormigueo intenso y molesto que aparece por sorpresa en su estómago. Teodoro está convencido de que todo eso viene por la incertidumbre de no saber dónde está el chico. O sea, no es que sienta tristeza o pesar porque Daniel no está. Han pasado estos últimos años sin apenas dirigirse la palabra; en realidad, son dos extraños que comparten piso y también el peso del cuidado de Clara. Precisamente por eso le jode que su hijo se haya dado el piro: ahora tiene que ingeniárselas él solo para sacar adelante a la niña, y eso no es justo. ¿Acaso no ha tenido él ganas de largarse y dejarle el marrón a Daniel? Millones de veces, pero no lo ha hecho por responsabilidad, joder, porque no te puedes ir así de buenas a primeras si tienes a una niña retrasada en casa.

Al principio, el Ciego pensó en acudir a la policía. Pero luego se acordó de Ahmed y de los paquetes que reparte en la actualidad por todo Madrid y no le pareció una idea muy inteligente. Después recordó que últimamente al muchacho lo habían visto alternar con la banda de nigerianos de la peluquería. Le parecía que a su hijo se le había ido la olla: juntarse con una pandilla de negros, él, que es más racista que el jodido viejo con boina que vende mecheros con el aguilucho los domingos por la mañana en la plazoleta del barrio. Seguro que había alguna explicación: o estaba ganando pasta a mansalva, o habían puesto a su disposición un surtido de carnosos y húmedos coños negros. Mujeres, dinero y repartir candela a todo cristo: esas eran las únicas aficiones de su hijo.

Así que hace unos días se engominó el pelo, se puso las gafas de sol plateadas, imitación de Oakley que adquirió hace un porrón de años en el Rastro, se afeitó la barba dibujando una perilla patética y fina y se presentó en la peluquería de los nigerianos. Era martes por

la mañana y había tan solo un cliente: un chaval negro de expresión sombría que daba un mal rollo que te cagas. El Ciego sintió, nada más entrar, esos afilados ojos negros clavándose en lo profundo de su esternón, y casi da media vuelta y sale por patas de allí. Pero lo que hizo finalmente fue apartar la mirada del chico siniestro y centrarse en las otras dos personas que estaban en el local: una mujer de muslos inmensos y culo desproporcionado y un hombre con un extraño —era cuadrado y tenía forma de cubo— sombrero en la cabeza y cierto aire afeminado. El Ciego empezó a gritar y gesticular de manera desmañada, creyendo que la capacidad de entendimiento de los extranjeros dependía fundamentalmente del volumen de su voz.

—¡Yo buscar a mi hijo, Daniel! ¡Todos le llaman Dos Frentes! —Con el dedo índice trazó una línea sinuosa en la frente—. Él no aparecer por casa en muchos días.

La mujer arrugó el entrecejo y miró hacia el suelo con una especie de temor nervioso, como si al hacerlo pretendiera fingir que no había escuchado nada. El tipo del sombrero enarcó las cejas y sí que miró al Ciego con genuino desconcierto. Se disponía a decir algo, cuando un hombre con la cara llena de pequeñas picaduras de mosquito apareció de la nada.

—¿Qué buscas aquí, amigo? —su tono de voz resultaba más amenazante que amable.

—Busco a mi hijo, el Dos Frentes —el Ciego trató de dominar el ligero tembleque que se había instalado en su pierna izquierda—. Últimamente paraba mucho por aquí, por eso vengo a preguntar si le habéis visto o algo.

El tipo de la cara roída se mostró pensativo y permaneció en silencio durante unos segundos. Después, como si de repente hubiera caído en la cuenta de algo importante, dijo:

—¡Ah, sí, el chico de la cicatriz en la frente! Es muy divertido, a veces ha estado con nosotros de fiesta. Le gusta mucho… ¿Cómo lo decís vosotros, los españoles? —Se colocó la mano en la quijada y volvió a bajar la mirada—. El desfase. Eso es: a ese chico le gusta

mucho el desfase. Pero hace semanas que no lo vemos. Parece como si se hubiera… esfumado. —abrió las dos manos al mismo tiempo, como esparciendo algo en el aire.

El Ciego se quedó ahí de pie, pasmado, sin decir nada. Tal vez estaba absorbido por la hipnótica media sonrisa del hombre de las picaduras. Por su parte, el hombre del sombrero y la mujer del culo gigante lo miraban fijamente, esperando algún tipo de respuesta que diese por zanjado el encuentro. Pero no la hubo. El Ciego simplemente se dio media vuelta y salió de la peluquería con lentitud y expresión ausente, como si estuviera tratando de recordar una canción, un nombre, un rostro, cualquiera de esos detalles que se esconden en lo más remoto de la memoria y desde allí te torturan sin piedad hasta que por fin los encuentras.

Después de su visita a la peluquería, Teodoro se preguntó por primera vez si su hijo habría muerto. Fue como si al abrir una ventana hubiera recibido una violenta ráfaga de viento en la cara. Le pareció una sensación tan molesta que cerró la ventana y se prometió no volver a abrirla más. Si Daniel hubiese muerto —se decía—, ya le habrían avisado de algún modo. Las malas noticias vuelan.

Ahora, a punto de llegar al local en el que ha quedado con Ahmed y los otros dos árabes, el Ciego trata de apartar de un manotazo esos incómodos pensamientos sobre Camila y Daniel. No es momento para ese tipo de mierdas. Recuerda el mantra que se ha estado repitiendo en las últimas horas: semblante rudo, cabeza fría y cojones de acero. Y no dar nunca una respuesta inmediata a la oferta que reciba. Hacerse el remolón: si lo han elegido a él, es porque es bueno.

El sitio en cuestión es un restaurante marroquí situado entre naves industriales. La hora de la comida ya ha pasado y el local está completamente vacío. Ahmed, que le ha esperado en la puerta, le guía entre la penumbra hasta una especie de reservado en el que es posible distinguir un sofá y varias butacas. El olor a té, a hachís y a especias exóticas tejen una atmósfera mística, acrecentada si cabe

por tenues luces rojizas, como trocitos de lava impregnados en el cielo.

El sofá está pegado a la pared. Allí se sientan Ahmed y el Ciego. A los lados del sofá y como enfrentadas, hay unas butacas, ocupadas por dos árabes que Teodoro no conoce. Son más jóvenes que Ahmed, rondarán los cuarenta. Uno tiene el pelo negro y ensortijado y luce una barba poblada; el otro tiene una frente ancha que se introduce por los lados de su cuero cabelludo, como dos lenguas de tierra entrando en un pantano. Ambos visten de manera elegante, con zapatos caros y americanas, aunque sin corbata. En el centro hay una pequeña mesa de madera en la que una delicada mujer con velo, pero con el rostro descubierto está sirviendo té humeante en unos vasitos de distintos colores. El Ciego, turbado por la involuntaria sensualidad que desprenden los ojos de la mujer, baja la mirada al suelo y advierte unos pies desnudos y hermosos, morenos, con las uñas largas y sin pintar y un par de ajorcas finas y doradas, con puntitos brillantes azules, que se adhieren con sutileza a sus tobillos delgados.

Todo en la vida, piensa Teodoro, es impredecible e ilógico, todo es azar. En otras circunstancias, se podría perfectamente haber enamorado de la mujer árabe que se retira con discreción tras haber servido la bebida. Podría haber recurrido igualmente a Ahmed para ganar algo más de dinero; podría haber hecho un par de trabajitos como Dios —o Alá— manda y estar sentado aquí, esperando a escuchar el encargo que le quieren hacer esos dos traficantes árabes; podría haber ido a mear con Ahmed y preguntarle por el nombre de la camarera, como meses atrás hizo en el Red Flower cuando vio a la mujer colombiana; y podría, quién sabe, haberse metido en un lío de mil demonios cuando, después de haber follado como perros famélicos, la mujer de los pies desnudos le confesase ser la prometida del tipo de pelo rizado y barba. El Ciego esboza una sonrisita hacia dentro: en realidad, esta vida es la hostia.

Después, intenta concentrarse cuando Ahmed comienza a hablar. Su amigo es quien ofrece la explicación más prolija. El hombre de las

grandes entradas añade algunos datos y ofrece varios detalles interesantes de la operación. Por último, el de la barba, que se ha mantenido en silencio todo el rato, lanza una cifra al aire. El Ciego da un sorbo a su vaso para intentar aplacar los nervios. El líquido está hirviendo, se quema los labios y la lengua. Con ese dinero podría irse con Camila a Perú, pagar el mejor internado para Clara y vivir como un marajá los próximos veinte años. El trabajo no es como los demás, eso es cierto: aunque Ahmed ha tratado de minimizar los riesgos, el Ciego sabe que si le pillan podría tirarse esos veinte años entre rejas. Pero eso no tiene por qué pasar. No, esta vez las cosas no saldrán mal. Su vida va a dar un vuelco increíble. Jamás ha estado tan cerca de la felicidad como lo está ahora.

Por supuesto, no ha seguido el plan inicial. En lugar de hacerse de rogar, les ha dicho que sí al instante. A tomar por culo el papel de gánster duro. Solo quiere hacer el trabajo, cobrar la pasta y no volver a ver el careto de esos tres moros avariciosos nunca más. Echa un último vistazo a la barra. Ahí está la mujer de los pies desnudos, con el pelo negro sobresaliendo del velo. El Ciego la mira fijamente, haciendo fuerza con los ojos, como si tratase de decirle algo. Ella mira distraída el móvil, el chorro de luz iluminando su rostro, como si fuera una virgen o algo parecido. En otra vida, quizá —parece musitarle el Ciego desde la distancia—, pero en esta es imposible.

15. Camila

Los dedos de la mujer escarbaban con brusquedad en su interior. Camila dio un respingo cuando sintió las uñas chocar con algo que no podía identificar. Podría ser un músculo, una especie de pared, algo que ella imaginaba rosado y terso. ¿Acaso sería el bebé? No, eso no era posible. Habían pasado solo unas semanas. Los dedos de Mucha no podían haber llegado a tocar a la criatura habiéndose introducido tan poco. De pronto, Camila recordó el aspecto de las uñas de Mucha, uñas largas y con roña verde, como conchas marinas que se hubieran podrido. Una náusea se agarró a su garganta.

—¿Te duele, mi niña? —preguntó la mujer.

—Me molesta un poco, nomás. Solo quiero saber si todo está bien con el niño.

—Deberías ir al médico, yo solo soy una vieja bruja. A mí me hablan los muertos, no los que aún están por nacer.

Los dedos de la mujer se retorcían en el interior de la vaina de Camila. Eran como sanguijuelas invadiendo sus entrañas. Eso era lo que Camila veía si cerraba los ojos: sanguijuelas negras recorriendo cada fragmento de su carne, moviéndose libremente por sus tripas, sanguijuelas negras manchadas de sangre que ahora rodeaban la cabecita del bebé, sus minúsculas manos, su piel arrugada, su respiración.

—Usted sabe muy bien que yo no puedo visitar a ningún médico. —Camila levantó la cabeza y movió los muslos hacia dentro, como avisando de que podía cerrarlos en cualquier momento—. Ya dígame si la cosa funciona o no, es todo lo que necesito saber.

—Está bien, mi niña, está todo bien. —Mucha sacó los dedos del cuerpo de Camila. Estaban pringosos y olían a mar. Se los frotó en su delantal y añadió—: Pero tú estás preocupada, ¿no es así? ¿Te duele ahí adentro? ¿Has sangrado?

—No es dolor, ni sangre, es más bien un presagio, una sensación que se me pone acá en el pecho y me dice que algo va mal en mi cuerpo.

Mucha se levantó de la silla y se colocó junto a la repisa de los santos y las vírgenes. Ellas sonreían de una manera serena, transmitían quietud y paz; ellos mostraban semblantes llenos de preocupación o esfuerzo, a veces ambas cosas.

—¿Sabes, mi niña? Algunas gentes dicen que me invento las cosas, que no tengo ni idea de lo que sucederá en el futuro. Eso es verdad solo a medias: siempre sé lo que va a pasar, son ellos los que me lo dicen —señaló con la cabeza a las figuritas—, pero a veces es tan malo que me lo callo. Las personas quieren escuchar cosas buenas: nadie te va a pagar para que le digas que se va a morir la semana próxima. Así que yo le digo a la gente lo que quiere oír porque una tiene que seguir comiendo.

—¿Qué me quiere decir con toda esa palabrería? A mí háblemе claro. Me acaba de decir que todo está bien, ¿me ha mentido?

Mucha se acercó a cerrar la ventana. El sol se ocultaba por la esquina izquierda, temeroso ante el color violeta que había adquirido el cielo. Nubes gruesas y plomizas se movían con lentitud y un eco como de tambores trepaba por el horizonte.

—No te he mentido: está todo bien. El niño se está formando con normalidad y no habrá ningún problema en su nacimiento.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué pone esos ojos de terror?

El rostro de la mujer se tornó adusto y sus ojos se clavaron en los de Camila.

—No puedes tener a ese bebé, mi niña. Tienes que sacarlo de ahí adentro, aún que estás a tiempo. Yo puedo ayudarte.

—Pero ¿qué está diciendo, bruja loca? —Camila se puso de pie y protegió instintivamente la tripa con las manos—. Del malnacido de

mi papá podría esperarme algo así, incluso de la cobarde de mi mamá…, pero de usted no, Mucha, eso es lo último que yo hubiera imaginado. ¿Cree que una ramera como yo no puede darle una vida digna a su hijo? ¿Es eso?

—Deja de decir pendejadas, Camila, deberías conocerme ya. A mí lo que me gusta es rodearme de seres como yo…, diferentes. Putas, borrachos, dementes… Esos son mis iguales, y entre ellos, entre vosotros, me siento libre. Aún recuerdo el día en el que tu papá vendió tu pureza para pagar lo que debía a esos tipos. Vi cómo aquel hombre de botas puntiagudas y sonrisa perversa te agarraba de la mano. Vi también algo en tus ojos verdes que se desvanecía. Era tu inocencia, mija, tu inocencia que se hundía en ese lago verde para no salir jamás a la superficie, y ahí yo supe que te quería, yo lo supe al instante y tú lo supiste también, ¿no es cierto? Y justo porque te quiero como algo mío, te pido que no tengas a ese niño. Me lo han dicho ellos, los muertos, y a ellos se lo dijo el de más arriba. Ese niño va a traer cosas horribles, cosas que van contra la naturaleza, son cosas que son del mundo de abajo. Por eso tú tienes esa sensación en el pecho, porque en el fondo tú sabes que lo que te digo es verdad.

La furia de Camila se convirtió en perplejidad y sus ojos recobraron la calma. La bruja estaba hablando en serio, ella se creía todas las locuras que salían por su boca, había perdido la razón.

—Escúcheme, Mucha, todo eso son alucinaciones suyas. Sus santos se equivocan esta vez. Hágame caso, acuéstese, descanse y olvide todo lo que acabamos de hablar. Tendré al niño y su padre lo querrá, y me querrá a mí también, nos querrá a los dos y nos dará plata. Y con suerte, brujita, nos iremos de este lugar y todo lo que he pasado se borrará, será como si nunca hubiese sucedido. Y yo le daré plata a usted y dejará de decirle el futuro a la gente, porque lo único que le importará será el presente.

Una gran ola de tristeza arrolló a la bruja y la dejó de rodillas en el suelo, con un llanto sordo y cruel, un llanto extraño, que no era suyo, sino de otra gente que dejó de existir hace mucho tiempo. La

lluvia repiqueteaba en la quebrada ventana y Camila se tocó de nuevo la tripa. Ninguna de las dos mujeres volvió a hablar jamás sobre el niño.

***

Tiene cuarenta y tres años y es la primera vez en su vida que pisa una iglesia. Salió hace un par de horas de la casa de la viejita y estuvo vagando sin rumbo por esas amplias avenidas residenciales hasta que llegó a una zona de callejuelas estrechas, comercios antiguos y tabernas cochambrosas en las que había hombres muy similares a los que la visitaban en Colombia. Le estaba haciendo bien el ruido de la calle, ese zumbido persistente que emite la ciudad justo en el momento en el que se clausura la tarde. Era una suma de sonidos molestos que a ella le habían permitido dejar de pensar.

Caminaba con el frenesí nervioso del que desea escapar de algo cuando de pronto una fuerza desconocida y salvaje hizo que se detuviera en seco en medio de la calle. Hacía tiempo que andaba con la cabeza agachada, ajena a cualquier estímulo visual. Lo único que quería era huir de sus pensamientos, y era el puro ruido el que la ayudaba en esa tarea. Al levantar la mirada, se topó con un mendigo que estaba sentado en unas escaleras. Era un hombre mayor, con una interminable barba blanca apelmazada por la mugre. En una mano sostenía un cartón de vino al que a veces miraba con avidez enfermiza. Ningún trago saciaría el ansia de ese tipo, pensó Camila. Y luego miró al lugar hacia donde se dirigían las escaleras. Era un edificio no excesivamente alto, gris y de apariencia pesada, sin ningún tipo de ornamento. Camila miró con detenimiento esa impersonal estructura de cemento y se imbuyó inmediatamente de su tristeza, de un vacío abisal que le provocó varios escalofríos. En el gris de la fachada, sin querer sobresalir, se podía leer en letras pequeñas y anodinas «Parroquia de Nuestra Señora de la Consolación». A Camila ese nombre no le decía nada, no recordaba que esa fuera una de las vírgenes a las que adoraba Mucha. La

puerta de la iglesia era marrón y vieja. Realmente no había nada que invitara a entrar, pero Camila lo hizo.

Mientras abría la puerta, escuchó farfullar algo al indigente, pero no se dio la vuelta. Se sentó en el último banco, abrumada por el silencio, el olor y el gran Cristo crucificado que todo lo controlaba desde arriba. En los bancos delanteros había algunas mujeres mayores, no muchas. Una de ellas estaba acompañada por una mujer latina, su cuidadora posiblemente, que miró con curiosidad a Camila. Esta bajó la cabeza, ruborizada, como si hubiera interrumpido algo privado. Al fondo de todo, un sacerdote viejo rompió el silencio con palabras que Camila no lograba entender. De pronto, las mujeres se arrodillaron y la madera emitió un quejido profundo.

Camila se arrodilló también, cerró los ojos y comenzó a hablar con Dios. Así es como ella rezaba, así se lo enseñó Mucha. «Háblale al de arriba, nomás, él te escucha y te responde a su manera». La extraña mujer siempre le dijo que no hacía falta ir a ninguna iglesia para poder conversar con Dios. ¿Seguiría viva esa pobre loquita? Hacía algún tiempo, tal vez un par de años antes de que Camila y su hijo viajasen a España, unos hombres con uniforme blanco se la llevaron a uno de esos lugares a los que los ancianos van antes de morir. Nunca más supo de ella. Camila sonrió para sus adentros: si Mucha había abandonado este mundo, por fin estaría con sus amigos, los muertos; ahora sí podría hablar con ellos de verdad y, quién sabe, hasta podría tener la posibilidad de aparecérsele a alguna mujer con tanta imaginación como tenía ella. Desde luego, Camila nunca la terminó de creer, aunque había algunas veces en las que ella decía las cosas tan convencida que hasta la había hecho dudar.

La verdad es que Camila añora a Mucha. Añora la forma en que la miraba y esa manera tan primitiva que tenía de quererla. Era como si la bruja le apretase el corazón con las dos manos cada vez que estaban juntas. Era un amor bruto, demasiado fuerte, un amor puro e indestructible, un amor que parecía venir de lo más profundo de la

naturaleza. Camila nunca había sabido querer así, ni siquiera a la propia Mucha.

Todo ese amasijo de pensamientos le ha hecho perder el hilo de su conversación con Dios. ¿Acaso había empezado a contarle aquello que la está abrasando por dentro? No, claro que no. Lo lleva intentando varios días, pero no puede contárselo. Dios ya lo sabe, por supuesto, pero ella no tiene la valentía de decírselo.

La gente se pone de pie, el hombre sigue hablando. Cada vez que dice algo, las mujeres de los bancos le responden. Camila presta atención. La parroquia está en penumbras, no hay ninguna luz especial; la voz del sacerdote es monótona y baja, casi no se le escucha; y las mujeres hablan de manera mecánica, sin emoción. Sin embargo, hay algo dentro de Camila que ha cambiado. Es como si su pecho se hubiera hecho más grande, como si el Cristo de la cruz se hubiera acercado a ella, como si de repente respirar no costase.

Y entonces le habla.

«Señor, bien sabe que he hecho muchas cosas malas en la vida, pero también debe entender que nunca he tenido otra opción. He hecho lo que tenía que hacer para seguir viviendo, para sobrevivir en este mundo injusto que usted ha creado. Yo eso también lo comprendí, aunque me costó un buen rato. Que el mundo no es igual para todos, que unos tienen mucha suerte y otros nadita, que el camino es llano y bonito para algunos, y lleno de pedruscos y hierbajos para otros. Al principio creí que usted no era tan bueno como decían o que acaso ni siquiera existía. ¿Qué clase de Dios permite que un padre venda el cuerpo de su hija a unos hombres que más bien parecen bestias inmundas? ¿Y que esas bestias se introduzcan en su carne de niña una y otra vez, que ya adentro de ella comiencen a roer sus entrañas, sus vísceras, su alma, que dejen impregnado en su piel ese asqueroso olor a puta? Pero luego lo fui comprendiendo, Señor. Somos iguales, usted y yo: yo hago lo que tengo que hacer para sobrevivir, y usted hace lo que tiene que hacer para que este mundo siga girando. Entendí que para que la balanza

se mantenga equilibrada en un lado tenemos que estar las putas y en el otro los hombres que nos convierten en putas, y usted eso no podía cambiarlo porque entonces rompería las normas del universo y ahora mismo yo no podría estar acá platicándole en este banquito de madera. Y yo tenía que seguir haciendo mi parte: abrirme de piernas, ser una buena puta, aceptar la herencia que me dejaba mi papá y después compartirla con mi hijo. Le hice a mi hijo lo mismo que a mí me hizo mi papá. Y lo peor es que una parte de mí disfrutaba con todo aquello. Una parte escondida, que ni yo misma sabía que existía, una cajita negra que estaba ahí, en lo hondo de mi alma, muy al fondo, esperando a que alguien la abriera. Después de tanto tiempo siendo víctima, disfruté siendo el verdugo por una vez. Eso estuvo feo, lo sé, pero también siento que usted ya me lo ha perdonado, lo estoy sintiendo ahora justo acá, en el pecho. Usted me lo ha perdonado, pero Nelson no. Desde la primera vez me pregunté cómo hacía el chico para resistir, cómo lograba levantarse de la cama cada día, cómo se atrevía a seguir viviendo. Y creo que ya lo sé: fue por el odio que me tenía que sobrevivió. El odio ese parecía carbón, o madera ardiendo, o fango, y estaba en todos lados: en sus ojos, en su ropa, en sus manos y en sus piernas. Yo perdí a un hijo en vida y supongo que lo merecía. Pero ahora tengo la oportunidad de recuperarlo. Él mismo me lo dijo. Si le da la pastilla a la vieja, usted vuelve a ser mi madre y yo vuelvo a ser su hijo. Y lo que pasó lo borro de mi mente y empezamos de nuevo, usted y yo. Y con plata, créame. Con la platica suficiente como para que usted se marche de este sitio y no tenga que acostarse más con ninguno de esos hombres malos que huelen a podrido. Y me llamó mami y luego me miró así muy serio, como si fuera un amo cruel y me quisiera castigar, y en sus ojos vi un amor muy raro, un amor que golpea y hace daño, un amor que lo estaba trastornando y supe que eso era todo por el nieto de la viejita, por ese malnacido que me mira de la misma manera en que me miran los demás hombres, los que pagan por acostarse con la puta. Las primeras veces le dije que no por miedo a ir al infierno, miedo a que usted, Señor, nunca me

perdonara el quitarle la vida a una anciana. Pero yo solo soy una mujer que quiere volver a ser madre, y si el día de mañana me marcho para el infierno, pues al menos habré disfrutado un tiempito de mi hijo. No le voy a pedir que me perdone, solo quiero que me entienda, Señor. Y que acoja el alma de la viejita y la trate con cariño. Si le doy esa pastilla es solo porque tengo que hacerlo, nada más que por eso».

Cuando sale de la iglesia, el mendigo ya no está en la escalera. La calle está en silencio, y la noche envuelve con delicadeza la ciudad. Después de comulgar, Camila se siente bien. Camina segura mientras el cuerpo de Cristo se asienta en su estómago.

Cuarta parte. Otra vuelta de tuerca

1

¿Quién ha sacudido la mesa de billar de esa forma tan violenta? La partida parecía encaminarse a su final —pocas bolas se mantenían ya en el tapete—, pero alguien ha agarrado la mesa de sus extremos y la ha zarandeado con movimientos rápidos e impulsivos, como lo haría un niño al derribar de un manotazo esa ciudad de juguete que tanto tiempo le había costado construir.

¿Ha sido Dios el que ha decidido poner todo patas arriba después de escuchar la confesión de Camila? ¿O en realidad hasta allá en lo alto no llegan las voces de los desgraciados y la mesa se ha movido únicamente por un capricho de la naturaleza? Resulta imposible saberlo, pero es verdad que el temblor ha llegado hasta este banco del parque de la Fuente del Loro. Carlos y Nelson han notado cómo el suelo se movía bajo sus pies, pero no han dicho nada. Estaban demasiado ocupados en tratar de distinguir la figura que desde el horizonte se aproximaba lentamente a ellos. Parecía un hombre que caminaba con dificultad, como cojeando.

Aún no era noche cerrada, pero la débil luz de la única farola que funcionaba en esa parte del parque no ayudaba a esclarecer la identidad del paseante. Aun al contrario, la luz de la farola imprimía un tono anaranjado al cielo que hacía la estampa más inquietante si cabe.

El hombre se acercaba cada vez más y los dos chicos seguían callados, intentando aguzar la vista. Ninguno de los dos sabía muy bien por qué, pero Carlos y Nelson tenían el corazón encogido en el momento en que las facciones del hombre comenzaron a tomar forma. El pelo largo y ondulado, los ojos azules, la barbilla triangular.

Ambos mantuvieron el aliento cuando advirtieron el rayo en su frente. En realidad, conocían muy bien a ese hombre misterioso: era su amigo, Daniel, el Dos Frentes.

Vestía una camiseta morada —de imitación— del Real Madrid con el nombre de Modric en la espalda y unos pantalones de chándal negros con rayas blancas a los lados. Tanto la camiseta como el pantalón le quedaban demasiado anchos, el chico había adelgazado y sus brazos habían perdido volumen. También su rostro se había vuelto más fino, y el brillo de sus ojos era diferente al de hacía unas semanas.

Ahora —o puede que hace un momento, ninguno de los dos sabe ya qué es pasado y qué presente—, el chico de la cicatriz está frente a ellos y los dos lo contemplan absortos, como si fuera un fantasma. Su voz suena como si de verdad acabase de regresar de entre los muertos.

—¿Me habéis echado de menos, perras?

2

Unas semanas atrás. La muerte es esto. No sentir los cojones ni las piernas, no poder abrir los ojos, pero tampoco cerrarlos, no respirar y, aun así, darse cuenta de las cosas. Ver una cara, escuchar una voz, volver a la oscuridad. Una cosa que jode mucho es intentar hablar y tan solo ser capaz de expulsar aire. Las palabras están en el cerebro y bajan hasta la garganta. Luego los labios se mueven y la boca intenta soltar esas palabras, decir lo que hace un segundo estaba en el cerebro, pero es imposible: de ahí solo sale aire sucio.

Hay un sueño que se repite. Un hombre negro está sentado en unas pequeñas escaleras de madera. Son apenas un par de escalones que conducen hasta la puerta de una casa. Es la casa del hombre negro y está en medio del campo. No es un campo verde, sino uno amarillo repleto de espigas. También hay plantas secas, medio muertas. Algunas de esas plantas arañan las piernas, aunque parezcan inofensivas. El campo es inmenso y amarillo. Hace calor y algunos perros flacos están tumbados en el suelo, mirando hacia el horizonte vacío. No hay nada en ese campo, salvo el hombre negro, las espigas, la casa, los perros y algunos trozos de chatarra. El hombre lleva puesto una especie de mono vaquero. Podría ser granjero, aunque en ese campo no hay vacas, ni ovejas, ni cerdos a los que cuidar. Después de un rato de silencio, siempre ocurre lo mismo: el hombre negro se queda sin ojos. En el lugar de los ojos, hay ahora carne muerta y negra. Y todo sigue igual: el hombre quieto, los perros aburridos, las plantas que arañan y el campo amarillo. Entonces, ¿la muerte es esto? ¿Soñar eternamente con hombres negros y sin ojos?

Unos días después. A lo mejor no está muerto. No es una certeza, tan solo es una sensación. Ha escuchado un silbido lejano y de repente ha comprendido que ese silbido viene de su cuerpo. Está intentando respirar y no parece fácil. Si ha olvidado cómo se hace, entonces está jodido. Ahora hay una cara negra a centímetros de la suya. Es una cara llena de pequeñas ronchas. La cara habla: «Vas bien, amigo». Y luego una risita de mierda. Su puta madre: ese tío es el cabrón de Cara Cráter.

Unas horas más tarde. Acojonante. No está en el cielo ni en el infierno, está en el piso del hechicero que los nigerianos utilizan como tapadera para mover droga. Lo sabe porque huele a incienso y a sudor de hombre negro, y a ráfagas escucha sus voces, las voces inconfundibles de los hombres negros que hace unos días (o unas horas, o unos minutos, quién puede saberlo) lo han reventado a hostias. Pero a veces también escucha voces raras que hablan muy bajo, como susurrando, y luego la voz potente y grave de un hombre que no es Miguel, y después el llanto sereno y triste de una persona que no es joven ni tampoco vieja, y solo a veces y para terminar, una música rara, como de tambores, que sale de algún lugar cercano. Todo esto en un idioma que no conoce, pero que a la vez comprende.

No está solo. A su lado, primero hay alguien que huele a hachís y a humedad; luego, otro alguien más mayor que reza en voz baja, y más tarde, una tercera —seguro que es una mujer— que huele a botellón en una noche de verano y a ropa limpia. Todos ellos (¿o acaso son la misma persona?) están tratando de que siga con vida, no hay otra explicación. Los nigerianos le han dado primero una paliza de cojones y ahora le están cuidando con la ayuda de un tipo que se cree un jodido hechicero. Porque ese piso —ahora lo sabe— no es solo una tapadera para ellos, allí hay un hombre que de verdad recibe a personas desesperadas y trata de ayudarlas con oraciones, hechizos y ungüentos extraños. Putos tarados.

Abre los ojos, pero no consigue hablar. Conoce al chico que huele a porros y a suelo mojado. Es el chico de la mirada vacía, el mismo

que ha peleado junto a él en aquellas broncas con los latinos, el mismo que estaba en el asiento de atrás del coche que los llevó al sótano donde le dieron la paliza. Los ojos del chico siguen sin tener nada dentro, pero ahora le transmiten una calma extraña. El Dos Frentes quiere preguntarle muchas cosas, pero no consigue articular palabra. Quiere preguntarle qué le pasó al tío del sótano que estaba atado a una silla y que parecía cubano. Quiere preguntarle si fue él quien apretó finalmente el gatillo. Quiere preguntarle si realmente hay un hechicero en ese piso de mierda. También quiere preguntarle por qué Miguel le ha dejado con vida después de lo que dijo. Pero no puede hablar y el chico de los ojos huecos tampoco puede responder porque ya no está a su lado, ha desaparecido.

Una sorpresa. Tiene la polla dura. Hay una mano que la está masajeando y no es la suya. La palma de esa mano se mueve en círculos por encima del calzoncillo mientras su polla no para de crecer. Ahora esa mano se coloca debajo de su ombligo y comienza a descender lentamente por debajo de la ropa. La mano llega hasta su pene y lo rodea con firmeza desde la base. Los dedos están calientes y la palma está llena de surcos. La mano aferrada a su polla se mueve hacia arriba y para. Ahora hacia abajo y para. El Dos Frentes abre los ojos y ve solo una melena larga y ondulada. El cabello negro tapa por completo la cara de la dueña de la mano. La mujer sin rostro no ha parado de masturbar al chico de la cicatriz. Su mano ha ganado velocidad y ahora lo hace con violencia. Daniel lanza de manera desmañada su mano hacia donde cree que están los pechos de la mujer, pero ella evita la caricia estrujando los dedos del chico con la mano libre. Daniel decide entonces volver a cerrar los ojos y abandonarse al placer. La mano de ella sigue moviéndose con rapidez unos segundos. Luego se detiene de pronto y es únicamente el dedo índice el que se posa sobre el glande. La mujer retira el dedo justo antes de que el pene comience a convulsionar. La eyaculación es abundante, pero el orgasmo no es completo. Daniel escucha la risa de la mujer mientras nota su torso húmedo y pegajoso. La mujer se desvanece en el instante mismo en que el

sueño vence a Daniel. Y el aire huele a botellón en una noche de verano y a ropa limpia.

Un pensamiento. El mundo es basura, pero me gusta estar vivo.

3. Carlos y Elena

«Mira la cara de ese hombre: tendrá setenta años, ochenta o incluso más, pero tiene cara de niño. Es una suerte, ¿no? Hacerte mayor y no envejecer nunca. ¿Pasará también a la inversa? Sí, que haya chavales con cara de viejo, arrugas en la frente, la mirada cansada, todo eso…».

Carlos recordaba perfectamente lo que había dicho Elena ese día. Era una de las rayadas típicas que soltaba cuando fumaban. Pero había algo diferente en ella. Normalmente, decía esas cosas y simplemente se quedaba mirando hacia la nada, callada, y al cabo de un rato daba otra calada al porro, emitía una risa sorda y cambiaba radicalmente de conversación. Pero ese día Carlos observó algo en los ojos de la chica, algo indeterminado que no sabría explicar, una sombra, un peso, una duda. Porque Elena lo miró durante un instante después de decir eso y Carlos tuvo la sensación de que le iba a dejar.

En total, llevaban juntos casi cuatro años, una eternidad. Aunque hubo un momento de crisis en el que Elena, atenazada por las dudas, le pidió a Carlos un tiempo para poner en orden sus ideas. Ella era una chica vitalista y a menudo involucrada en la relación, pero para ello debía tener la certeza de que todo su esfuerzo estaba mereciendo la pena, de que lo que tenía con Carlos era auténtico. Y hace un año y medio le asaltó un molesto y sonoro clic en su cerebro: de un día para otro dejó de estar segura de querer a Carlos. Bueno, eso no era exactamente así. Elena creía seguir queriendo a Carlos, de hecho, no había conocido otra forma de querer en su vida, él había sido su única pareja, no tenía con qué

compararlo. Pero de pronto sintió que ese amor era incompleto, que estaba vacío, que era una cosa común como todas las demás. Y no estaba dispuesta a querer de una forma tan prosaica.

La primera reacción de Carlos fue de rabia e incomprensión. Primero empezó a mandarle mensajes atacándola, insultándola. Se sentía herido y humillado y quiso pasar a la acción desde el principio: intentó en varias ocasiones enrollarse con otras tías cercanas al entorno de Elena, aunque ninguno de esos acercamientos le dio resultado. Era evidente que se movía por despecho. Después de ese arranque de ira lo que se abrió paso en su interior fue una tormenta de verdadera desesperación, y ahí Carlos salía, se emborrachaba y le enviaba mensajes pidiéndole perdón por los insultos, suplicándole que volviera con él, hasta hubo noches en las que iba a su portal y tocaba el telefonillo muchas veces y muy seguido, sin parar, con el rostro desencajado y la voz rota. Si contestaba Elena, ella le susurraba que se fuera a casa y le prometía hablar por teléfono al día siguiente; si contestaban sus padres, entonces la situación se descontrolaba y le gritaban y le amenazaban con llamar a la policía.

Eso duró unas semanas. Y después vino la calma. Carlos entró en una fase de resignación melancólica: la llamó por teléfono y se disculpó por su comportamiento lamentable de los últimos días y le dijo que aceptaba su decisión, aunque fuera la de cortar la relación de manera definitiva. Y ella guardó silencio durante unos días y luego le propuso quedar para fumar maría o costo, cualquiera de las dos posibilidades le valía. En esa cita Elena volvió con Carlos, y eso fue un poco extraño porque en ese momento lo peor ya había pasado y él parecía haber asumido la ruptura.

A partir de ahí las cosas volvieron a ser como antes, aunque Carlos desarrolló un incómodo y —a veces— paralizante temor a que Elena lo abandonase. Lo cierto es que ese miedo no era del todo nuevo para él. Desde el inició de la relación había germinado una suerte de sentimiento de inferioridad en el interior del chico. Elena era alta, con melena oscura y ondulada, atractiva y segura de sí

misma. Esa seguridad, o determinación, o fuerza, Carlos la percibió en el mismo instante de conocerla. Estaban bebiendo unas litronas en un banco de la calle por el cumpleaños de alguno de sus colegas del instituto. Era de noche y hacía frío. Y de repente se unió a ellos un grupo de chicas que iban a otra clase. En la ronda de presentaciones, la del abrigo de plumas azul eléctrico se hizo notar porque no dio ni un solo beso a nadie. Carlos había conocido a algunas amigas de su abuela, las típicas señoronas de otra época, que tampoco besaban a la hora del saludo, aunque trataban de que nadie se diera cuenta: fruncían los labios como si de verdad fueran a dar el beso y después apenas rozaban la mejilla de la otra persona. Pero lo de esta chica era diferente: ella no hacía ningún esfuerzo por simular el beso, su único gesto era el de ofrecer su mejilla al otro. Era algo parecido a un símbolo de autoridad: esa chica no regalaba besos a nadie.

No tardaron mucho en empezar a salir. Eran una pareja rara. Ella era ingeniosa, activa y alegre y, sobre él, en cambio, flotaba un halo de apatía, una especie de desidia por la vida, como si nada le interesase realmente. Pero como ocurre con todas las parejas que se forman a una edad tan temprana, la gente se acostumbró a verlos juntos y no se imaginaba el futuro de otro modo.

Y luego estaba, por supuesto, el asunto del sexo. Carlos y Elena habían hecho muchas cosas, pero nunca follar. Se puede decir que los preliminares funcionaban, pero el tinglado se venía abajo cuando se trataba de dar un paso más. Carlos creía que todo se debía a algún tipo de problema de Elena, un trauma o algo parecido, y la culpaba en secreto de los continuos fracasos; para ella, en cambio, había empezado por ser un detalle sin importancia, aunque en los últimos tiempos eso había cambiado. Elena notaba que Carlos estaba cada vez más ansioso, con una urgencia mayor por llegar hasta el final; pero ella era incapaz, simplemente no podía, había un momento en que su cuerpo le ordenaba parar y ella debía hacerlo. ¿Era por eso una estrecha, una frígida, una asexual? Eso es lo que parecía decirle Carlos con su actitud de mierda, pajeándose a su

lado con desprecio, tratándola con desdén cada vez que esto sucedía. Era bastante asqueroso cuando se ponía así.

***

Carlos nunca llegó a saberlo, pero él estaba en lo cierto: aquella tarde de noviembre, Elena estaba decidida a dejarlo. Desde que había muerto su madre, todo había ido a peor: casi no se veían, él había empezado a juntarse con unos traficantes del barrio y además la hacía sentirse cada vez más presionada con relación al sexo. Estaba desarrollando por su novio una especie de repulsión física, como un mecanismo automático de defensa que se activaba cuando Carlos la tocaba, era algo carnal, un asunto de piel, algo puro y brutal, era su propio cuerpo el que decía que no.

Elena iba a cortar con él allí mismo, en plena calle. Pero hubo algo que lo impidió. Tal vez fuera ese escalofrío de tristeza que a veces sentimos las tardes de domingo, el miedo a estar sola, o ese color tan raro, como violeta oscuro, que vio derramarse sobre sus cabezas desde lo alto del cielo. Algo de eso tuvo que ser, porque de pronto los dos se cogieron de la mano y empezaron a andar movidos por una inercia suave, sabiendo de antemano a dónde se dirigían sin necesidad de decirlo.

Llegaron al portal de Carlos y subieron hasta el último piso, al espacio del rellano que había justo antes de llegar a la azotea. Allí se dieron sus primeros besos, cuando la madre de Carlos aún vivía y su abuela no estaba enferma. No hablaron demasiado. El chico se acordó del Dos Frentes y de Nelson y de su abuela demenciada y de la primera vez que Elena le hizo una paja en ese mismo hueco del rellano, y proyectó una mueca sombría hacia dentro, como si metiera su rostro en el pecho, un gesto imperceptible para ella, aunque a la vez tan obvio, tan sumamente claro que era imposible no verlo.

Seguían callados. Lo chungo del silencio es cuando asfixia. Aunque esta vez era un silencio diferente, un silencio inocuo porque

no estaba hecho de ganas de romperlo. La mano de Elena ascendió por el brazo izquierdo de Carlos, que se estremeció ante esa caricia inesperada. Los dedos de la chica se detuvieron en aquellos surcos. Eran muchos y estaban alineados de una forma concreta, con un orden determinado. Elena los tocaba con miedo. Posaba las yemas de los dedos en la piel y luego las volvía a levantar.

—Esas son las marcas de cuando me pongo nervioso.

Elena no respondió.

4

Lo único que tenía que hacer era no cagarla. Solo eso. Parecía el trabajo más fácil que le habían encomendado los nigerianos, pero salió como el culo. Todavía no se explica cómo pudo ser tan gilipollas. Hay que serlo para que te levanten una mochila con veinte mil pavos, por mucho que fuese de noche y no hubiera un alma en la calle. Pero eso fue lo que pasó.

Desde que había vuelto al barrio, Miguel no le dirigía la palabra. Las cosas habían cambiado tanto que el Dos Frentes ya no se encargaba de colocar la mercancía en territorio latino. Ahora su único contacto con los jefes era Cara Cráter. Y lo único que hacía ese cabrón era encargarle recados, las típicas mierdas que hacían los yonquis a cambio de una papela. Daniel aceptó la nueva situación sin quejarse: sabía que no le quedaba otra que aguantar el chaparrón hasta que consiguiese la pasta suficiente para largarse de allí. Escaparse ahora no era una opción. Sin dinero y con la pierna jodida, no tardarían mucho en encontrarlo y darle boleto. ¿Por qué no lo hicieron la otra vez? Ni puta idea, pero lo mejor era no perder el tiempo en preguntas absurdas y actuar con inteligencia. Joder, es lo que había hecho desde que empezó a currar con los nigerianos hasta que se le fue la pinza en aquel sótano. Fue un error la hostia de grande que desde luego no puede volver a cometer.

Esta vez tenía que llevarles veinte mil euros a los turcos. Los negros le habían dicho que últimamente las operaciones se hacían así: un día se realizaba el trasvase de la droga y otro diferente, el del dinero. De esta forma, si los maderos te pillaban o alguien te daba el palo, solo se llevarían una de las dos cosas: la droga o el dinero,

pero no el jodido *pack* completo. Que te cogiera la policía era difícil —Miguel había comprado a muchos de los maderos importantes de la zona—, pero si terminaba ocurriendo, los jefes podían llegar a ser comprensivos. Al fin y al cabo, era un riesgo inherente al oficio y el marrón te lo comerías tú solito. Lo importante era eso: no cantar y asumir el castigo. Otra cosa diferente es que te pegasen el palo. Ahí el asunto se complicaba, porque en el mundo de los trapicheos cuesta imaginar una humillación mayor para una banda que sufrir un robo mientras intenta hacer una operación. Y para el jefe de turno, esta humillación podría ser muy peligrosa, porque las hienas —siempre agazapadas, siempre alerta— posiblemente la interpretarían como un síntoma de debilidad: si un jefe ya no era capaz de lograr que respetasen a su banda, quizá había llegado el momento de sustituirlo. A todo esto hay que añadirle, claro, la deuda que ha generado tu cagada. En este caso, los turcos dejaron de recibir veinte mil euros, lo que, unido a los intereses de demora estipulados en la reunión anterior a la venta, incrementaba la deuda de los nigerianos hasta los treinta mil.

En resumen, Miguel no debía de estar muy contento. El chico blanco que primero lo había dejado en ridículo ante sus lacayos negros había derramado ahora un nuevo río de vergüenza sobre el jefe y lo había expandido por toda la ciudad, lo había hecho llegar a cada pequeño garito, a cada esquina, a cada insignificante conversación entre traficantes y drogatas. Todo el mundo debía de estar hablando de Miguel, ese negro torpe que ahora debía treinta mil euros a esos contenedores de crueldad infinita que son los turcos.

Pero ¿quién podía haberlo previsto? Desde luego no el Dos Frentes, que, más allá de los enfrentamientos directos con los latinos que él mismo provocaba, no había tenido apenas percances desde que trabajaba para los nigerianos. Ese día, tenía que recoger la mochila en un pequeño taller mecánico situado en la zona este de la ciudad. Se trataba de uno de los nuevos establecimientos que Miguel había puesto en marcha en los últimos meses para diversificar

ganancias y riesgos. Su destino —un discreto piso de alquiler donde solían hacer negocios los turcos— no estaba muy lejos, podía incluso ir caminando si disponía del tiempo y el humor necesarios. Precisamente se estaba planteando esta posibilidad cuando sucedió todo.

A pesar de que las molestias de la pierna izquierda cada día iban a menos, Daniel tardaría fácilmente cuarenta minutos en recorrer a pie el trayecto que iba del taller al piso de los turcos, un camino que en condiciones normales hubiera completado en la mitad. Justo en ese momento, cuando trataba de decidir si le compensaba o no darse la caminata, vio una parada de metro. Eso lo recuerda bien. Vio la boca de metro, sintió la pierna cargada y resolvió que lo mejor era darle un descanso.

La boca de metro ya estaba cerca, a unos cien metros como mucho, cuando recibió una patada seca y precisa en la corva izquierda. El dolor fue tan intenso que el Dos Frentes sufrió una especie de mareo y lo vio todo negro durante unos segundos.

Es posible que el ladrón —era un hombre solo, esa es la única certeza que tuvo Daniel esa noche, aunque de ello no tenía más prueba que su intuición y la silueta lejana y solitaria que creyó intuir en el horizonte cuando abrió de nuevo los ojos— le hubiera golpeado en la nuca y hasta en la columna, pero toda la atención del chico se concentraba en el dolor que emanaba de su rodilla. El movimiento para quitarle la mochila no fue tan certero como la patada, pues el ladrón estuvo forcejeando un rato hasta que logró liberar el brazo derecho del chico, el único que estaba asido a la mochila. Daniel recuerda el ruido del roce de la mochila con su cazadora vaquera, dos manos heladas —una de ellas tocó su cuello— manipulando con prisa las asas y el cemento sucio y duro sobre el que reposaba su mejilla. Cuando por fin abrió los ojos, divisó a lo lejos la figura de un hombre corriendo. Intentó levantarse para ir tras él, pero su rodilla no se lo permitió. Se quedó entonces ahí, tirado en el suelo, preguntándose cómo cojones iba a salir de ese inmenso pozo de mierda en el que se había metido.

Desechó pronto la idea de largarse. Después de una cagada así, la huida tendría que ser definitiva y rápida. Los turcos tardarían a lo sumo unas horas en reclamar lo que era suyo, y para ese momento, Daniel tendría que estar fuera del país. No tenía tiempo ni siquiera para pasar por casa para recoger a su hermana. Y aunque lo tuviera, ¿cómo coño iba a emprender un viaje así con una niña retrasada? Por no hablar de su estado físico: llevaba unos treinta minutos en el suelo y su rodilla no emitía señal alguna de recuperación.

No, definitivamente, no podía irse. Su única alternativa era encarar el problema y avisar él mismo a los nigerianos. Miguel se pillaría un cabreo descomunal, pero, al fin y al cabo, nada podía ser peor que llamar subnormales a una pandilla de negros enormes y armados que estaban a punto de cargarse a un latino que parecía cubano en un sótano mugriento ubicado en el culo del mundo. Y de esa salió con vida. Así que Daniel cogió su móvil de trabajo —el que estaba a nombre de un pakistaní— y llamó a Cara Cráter para decirle sin demasiados rodeos que las cosas se habían torcido. Le contó también que no podía moverse y le pidió con un poco más de miedo que de vergüenza —pero sin grandes dosis de ninguna de las dos— que alguien fuera a recogerle.

Al cabo de una hora, llegó el mismo coche pequeño y viejo que hacía algunos meses lo había llevado al sótano donde casi lo matan. La expedición era prácticamente idéntica a la de aquel día, salvo por la ausencia de Miguel en este segundo viaje: conducía el mismo gordo de cabeza diminuta, en el asiento del copiloto estaba en esta ocasión Cara Cráter —con una expresión más severa de lo habitual— y detrás, como la otra vez, el chico de la mirada vacía, con aire sereno e imperturbable.

No hablaron en todo el trayecto, lo que a Daniel no le pareció del todo extraño. Lo que había ocurrido era lo suficientemente grave como para que lo trataran exclusivamente los jefes —a estas alturas parecía claro que Cara Cráter era el segundo de a bordo— con él, sin la presencia del gordo y del chico de los ojos tristes. El Dos Frentes no podía evitar fijarse en este último. Parecía tan sumamente

tranquilo que daba la sensación de saber exactamente lo que había pasado y —lo más inquietante de todo— lo que iba a pasar. No había nada que pudiera hacer sobresaltar a ese chico, cuya función en la banda resultaba todo un misterio.

El coche aparcó en la puerta de la peluquería —allí parecía instalado de nuevo el cuartel general de los nigerianos— y el conductor obeso y Cara Cráter se apresuraron a bajarse del vehículo sin tener en cuenta la eventual invalidez del chico de la cicatriz, que se quedó medio paralizado en el asiento de atrás. A su izquierda, estaba el chico de la mirada vacía, que no parecía tener prisa por salir del coche. De cualquier modo, la única opción que tenía de hacerlo era ayudando a Daniel a que saliera por el lado derecho, pues la puerta trasera izquierda estaba estropeada. Cara Cráter no entendía lo que estaba pasando y, enfurecido, comenzó a golpear la ventanilla derecha, la que estaba más cerca de Daniel.

—¡Sal de una puta vez, gilipollas! —gritó.

El Dos Frentes suspiró, miró al chico de los ojos tristes y dibujó un mohín de desprecio en su rostro.

—Tu amigo, el de los agujeros en la cara, es retrasado de verdad, ¿no? —Volvió a mirar hacia la calle mientras intentaba arrastrarse en el asiento ayudándose con las manos—. ¿No se da puta cuenta de que tengo la pierna hecha mierda? —Y luego levantó la voz, clavando la mirada en Cara Cráter—: ¡Que no puedo moverme, coño! ¿Te crees que me pone cachondo estar en esta chatarra asquerosa o qué?

Daniel terminó bajando del coche con la ayuda del chico joven y el conductor gordo. Cara Cráter parecía realmente cabreado y ni siquiera le hizo un ademán para que lo siguiera, cosa que el Dos Frentes hizo sin vacilar, pero con la aparatosidad propia de los lisiados. Aunque no pudiese seguir el ritmo que imponía el hombre de la cara picada, Daniel conocía perfectamente el camino: bajarían a la primera planta del sótano y allí le contarían lo sucedido a Miguel, si es que el cabrón con rastas no se había enterado ya.

Todo era como hacía diez meses: Cara Cráter hablando con Miguel en su despacho, el Dos Frentes esperando fuera con el corazón acelerado, los negros de las mesas mirándolo en silencio y con semblantes de gravedad un tanto forzada, como empleados de una oficina que se sienten obligados a mantener la compostura ante la mirada de un extraño.

Todo era como hacía diez meses y a la vez no: ahora ese lugar parecía más sucio, más gris; y el Dos Frentes había cambiado, y Miguel había cambiado, y hasta Cara Cráter había cambiado. Todos eran los mismos hombres, pero a la vez eran diferentes, y en la habitación había un olor inaudito, un olor como a humo y frío, un olor similar al alcohol que se utiliza para desinfectar heridas, un olor intenso que a Daniel le producía ganas de vomitar.

Daniel escuchó los gritos de Miguel y los golpes en la pared. Esta vez, el jefe no lo invitó a pasar a su despacho cuando terminó la reunión con Cara Cráter. Miguel ni siquiera se dignó a salir y saludarlo. Iba a dejar el asunto en manos de su segundo y continuar así con la rutina establecida tras el incidente del sótano: como castigo, muestra de desprecio o tal vez ambas cosas, Miguel ya no interactuaba con el Dos Frentes.

Cara Cráter bajó el último tramo de escaleras y Daniel —con evidente dificultad— lo siguió. Allí había una especie de trastero con cajas de cartón apiladas en las paredes, grandes bolsas de plástico repletas de ropa, unas cuantas sillas desperdigadas por el suelo y hasta una bicicleta estática herrumbrosa. Parecían los bártulos de alguien inmerso en una mudanza. El hombre señaló con desgana una silla para que Daniel se sentara, aunque él permaneció de pie. Después comenzó a hablar:

—Voy a decirte la verdad, amigo. No sé por qué, pero al jefe le caes bien, te cogió cariño desde el primer día. —Cara Cráter se expresaba en castellano con mayor fluidez que su jefe—. Por eso sigues aquí, hablando conmigo, porque el jefe no quiere matarte. Pero como sigas jodiéndonos, va a tener que hacerlo, va a tener que matarte, ¿entiendes?

El Dos Frentes sostuvo la mirada a su interlocutor y asintió levemente. Cara Cráter continuó:

—Tú no paras de jodernos, amigo. Al jefe le caes bien, pero a los demás no. Los demás somos negros y no entendemos qué hace aquí un chico blanco. Los demás queremos joderte igual que tú nos jodes a nosotros. Ahora nos has puesto en ridículo ahí fuera. —señaló con un giro de cabeza hacia la pared—. Todos pensarán que somos unos… ¿Cómo decís vosotros? Aficionados. Eso es, todos pensarán que somos unos aficionados porque tú te has dejado robar. ¿Te parece justo? No lo es en absoluto, amigo. Y por eso tienes que pagar. Saca un cuaderno y apunta, no quiero que se te olvide nada.

El Dos Frentes movió los labios con cinismo, dibujando una sonrisa retadora. Ni en una situación como esta pensaba claudicar.

—La cosa es más o menos así: nosotros tenemos la droga y los turcos no tienen el dinero. Pero nosotros ya hemos empezado a usar esa droga, así que no podemos devolvérsela. Lo que tenemos que hacer es pagarles treinta mil: veinte mil de la droga y diez de los intereses. Para Miguel, esto es una jodienda, así que por todas las molestias que estás ocasionándonos, tendrás que pagar cinco mil más.

—¿Y cómo se supone que voy a conseguir yo ese dinero? A no ser que se lo robe a los latinos o a los gitanos. ¿Eso es lo que queréis que haga? Porque a mí todo me la suda ya. ¿No veis cómo me dejasteis? —Daniel se tocó la rodilla lastimada—. Una hostia más, una hostia menos…, ¿qué más da?

Cara Cráter también demostró su pericia en la composición de sonrisas irónicas.

—No, tranquilo, amigo. Nada de eso. No queremos más problemas con nadie, ¿entendido? Miguel sabe que no tienes dinero. Eres un mal ahorrador: lo que ganas con nosotros te lo gastas en putas y fiesta. Tú solo derrochas y no piensas. Pero ahora eso va a cambiar. Pagarás la deuda con tu sueldo. Vas a trabajar gratis para nosotros hasta que llegues a los treinta y cinco mil euros.

—No me jodas, socio. Eso no se lo haríais a uno de los vuestros. Deja que me quede la mitad de lo que gane, al menos. Tengo que seguir viviendo.

—Setenta-treinta para nosotros. Es un favor que te hago yo personalmente. Al jefe no le va a hacer gracia, pero yo me ocupo de eso. Y ten cuidado: no nos jodas más, ¿ok? Porque nuestra paciencia se acaba y la próxima vez no nos conformaremos con hacerte daño a ti. Esa niña rara que se monta todas las mañanas en la furgoneta es tu hermana, ¿no? —Cara Cráter disfrutó contemplando cómo se descomponía el rostro del chico—. A mí me dan asco esas cosas, pero aquí —su mirada señaló hacia arriba— hay un par de negros que con tal de echar un polvo son capaces de todo.

El Dos Frentes se levantó como un resorte y después estuvo en silencio unos segundos, el tiempo suficiente para controlar el acceso de furia que recorría su cuerpo. Se acercó entonces a Cara Cráter, sin hablar, solo mirando fijo y profundo, solo respirando a centímetros de su rostro.

—Escúchame bien, negro. No sé de dónde habéis salido, ni lo que habéis hecho antes de venir aquí. A lo mejor en África erais soldados y matabais a otros hombres iguales a vosotros. O tal vez traficabais con droga, oro, armas o con lo que con cojones sea que trafiquéis los negros allí, y torturabais y violabais a las mujeres de los que no os pagaban. O, joder, igual estabais tan enfermos que hacíais eso mismo con los niños. No tengo ni puta idea de lo que hacíais y tampoco me importa una mierda. Pero que te quede claro algo: el boquete que tengo dentro del pecho me hace ser capaz de cualquier cosa. Es un agujero enorme, pero hay tanta mierda dentro que está a punto de rebosar. No sé si me estás entendiendo, negro. Que solo necesito un motivo, una pequeña excusa, un poquito más de mierda, para mandarlo todo a tomar por culo. Dame ese motivo, ten los cojones de hacerlo, negro, y entonces quemaré esta jodida peluquería, os arrancaré el corazón a bocados y luego me lo follaré. Meteré la polla en vuestros corazones muertos y después me correré encima de vuestros cuerpos fríos y sucios y negros. Y solo tienes

que mirarme a los ojos para saber que lo haré de verdad. Mírame, socio. Mírame y escucha: como os acerquéis a ella, esto va a ser una carnicería y lo último que os va a importar es el dinero que les debéis a los turcos.

Cara Cráter le dejó terminar de hablar porque sencillamente era incapaz de interrumpirlo. Había algo en su mirada que le impedía hacerlo, un fuego violento pero a la vez sereno, eso es lo que más le acojonó: la calma siniestra que irradiaban esos ojos azules.

—Tienes muchos huevos, amigo, eso hay que reconocerlo. —Sin dejar de sonreír, aunque con la mirada ya lejos de los ojos del chico, Cara Cráter pateó con el empeine la rodilla lastimada del Dos Frentes—. Demasiados huevos para ser un cojo de mierda.

Daniel se dobló hacia delante por el dolor.

Cara Cráter se alisó la camisa con las manos, enderezó el cuello sudado ante un espejo imaginario, ajustó sus pantalones agarrándolos por la cintura, ató los cordones del zapato con el que había golpeado al chico.

—Ha sido un buen discurso, mucho más currado que el de la otra vez. Creo que el jefe se habría emocionado. Es una pena que no esté aquí. —Cara Cráter alternaba ahora el escrutinio de su atuendo con miradas de soslayo hacia el chico—. Por cierto, dice que ha sido el Ciego.

El Dos Frentes levantó la vista con el ceño fruncido.

—Sí, no me mires así. El jefe está seguro de que el cabrón que te ha robado el dinero ha sido el Ciego. Es tu padre, ¿no? Lleva un tiempo jugando a ser narco —Cara Cráter pronunció esta última palabra con tono burlesco— y a lo mejor se cree que ya lo es. Vigílalo de cerca, amigo. Y no nos jodas más.

5

Teodoro, el Ciego, no sabe si hace sol, o si el cielo está nublado o si es de noche, porque, después de un chute, al yonqui no le interesan esas cosas. Después de inyectarse heroína, el yonqui atraviesa una fase de aletargamiento extático, una suerte de lento y placentero paseo por la nada en el que no existe ni el más mínimo rastro de malestar. Este primer tramo del colocón puede llegar a durar unas horas y su nebuloso recuerdo será, en gran parte, el que empuje al yonqui a comprar una nueva dosis cuando la actual se haya terminado.

La palabra homenaje, en el caso del yonqui, suele significar recaída, sobredosis o, en el mejor escenario, una ingesta excesiva que seguro traerá consecuencias. El Ciego quiso darse un homenaje —el último, según la conversación que mantuvo consigo mismo minutos antes de hacer la llamada al hombre que le terminaría proporcionando la droga— cuando terminó el trabajo que le habían encargado Ahmed y los árabes. No era una empresa sencilla, pero las cosas habían salido razonablemente bien. Es cierto que, al contrario de lo que le explicó Ahmed en un primer momento, las ganancias del golpe no cubrían el coste de sus ambiciosos planes de futuro. Para poder irse con Camila fuera del país necesitaría hacer, al menos, tres o cuatro trabajos como este. Pero la balanza se inclinaba inexorablemente hacia el optimismo: Teodoro ya vislumbraba la meta, sabía que era posible llegar hasta ella, estaba convencido, de hecho, de que lo lograría en un corto espacio de tiempo. Quizá no antes de las Navidades, pero en cualquier caso era

improbable que el asunto se dilatara más allá de la primavera del próximo año.

Así que el Ciego pensó que tenía motivos de sobra para organizar un reencuentro con su pasado. Aunque llevaba varios años (no sabe si son cuatro, cinco o seis, porque ha seguido consumiendo otras sustancias que le impiden realizar cualquier acción mental retrospectiva mínimamente compleja) sin tomar heroína, Teodoro no percibió ninguna señal de alerta cuando buscó en la agenda de su teléfono móvil el contacto del gitano al que le pillaba el jaco antes de conocer a Ahmed. Desde fuera, todo este proceso puede parecer tan imprudente y temerario que hasta raya en lo absurdo, pero la lógica del yonqui (que, como vemos, difícilmente deja alguna vez de ser yonqui), cuando se produce ese temido clic en su cerebro, siempre va a ir encaminada a justificar lo injustificable. Lo sorprendente, no obstante, de este —por otra parte, previsible— retorno a los infiernos es que el clic del Ciego vino por una oleada de euforia y no como consecuencia de una concatenación de fracasos, como sí les sucede a otros muchos yonquis. Las perspectivas nunca habían sido tan deslumbrantes para Teodoro como en este momento: estaba enamorado y tenía un objetivo claro que perseguir. Muchos hombres —algunos, yonquis, pero otros, tipos sin ningún tipo de adicción— se mueren cada día sin haber tenido nunca ninguna de esas dos cosas.

De este modo, cuando mejor parecían irle las cosas, el Ciego decidió volver a fumar heroína. Ese era el plan ideal: fumarse un par de chinos, a lo sumo tres o cuatro, en el poblado, y luego marcharse a casa a descansar. Pero después de fumarse el primero, el mundo se ralentizó. Luego vino todo lo demás, aunque es difícil establecer en qué orden: las ganas de vomitar, los dientes amarillos y torcidos del gitano, la aguja plateada, el sol inundando su cara pálida, las risas apagadas, la vida que se para.

Ese día no fue a ver a Camila, ni al siguiente, ni tampoco al siguiente. Los colocones le alejaban de la mujer colombiana y le sumían en una felicidad nueva —aunque a la vez ya conocida—, más

superficial y ligera, más constante quizá. Sin embargo, en el fondo, Teodoro sabía que la verdadera dicha, la emoción profunda e intensa, estaba adherida al cuerpo de Camila. Pero también tenía la certeza de que aquella era una felicidad incierta, que podía acabarse en cualquier momento, que podía convertirse incluso en dolor, y el júbilo que le proporcionaba la heroína, en cambio, era extrañamente más duradero y estable, menos condicionado por factores externos a él.

Por supuesto, este tipo de razonamientos no se producían en mitad de ningún chute. Ni siquiera en los momentos en los que la abstinencia empezaba a oprimir su pecho. Realmente no había un momento determinado en el que el Ciego se pusiera a discurrir sobre esto o sobre aquello. No, eran cosas que simplemente sabía, que estaban ahí y que, de alguna manera, jugaban un papel dentro de sus decisiones.

Rara vez las cosas están claras en la cabeza del yonqui. Hace unas horas, por ejemplo, el Ciego estaba completamente seguro de que no volvería a inyectarse heroína y de que trataría de conseguir el dinero suficiente para largarse con Camila al rincón más alejado del mundo lo antes posible, y ahora está en el poblado, tirado en el suelo de una caseta con techo de uralita y olor a meado. Y todo está bien. No duele Daniel, ni Clara, ni Camila, ni Ahmed, ni los árabes, ni sus padres, ni ser un yonqui, ni la polla flácida cuando trata de metérsela a Camila, ni la policía, ni la cerveza caliente, ni el viento del amanecer azotando las paredes, ni el frío violento del bajón calándole los huesos, ni la vaga idea de que ese bajón llegará, de que está cerca, de que le va a zarandear hasta dejarle hecho un guiñapo en cualquier esquina, porque ahora ese bajón no está, no existe, no hay ni habrá ningún tipo de bajón, ni de obstáculo, ni de piedra, ni de nada, será un camino llano, liso, cómodo, cálido, qué cojonudo es todo ahora, como después de darse una ducha, como meterse en la cama después de un día de mierda, como sentir el pene introduciéndose en una cavidad caliente, piel con piel, como

cualquier cosa del mundo porque ahora todo está bien, ahora no hay peligro alguno, ahora la vida es esto, y esto está bastante bien.

¿Qué hará, a partir de ahora, Teodoro, el Ciego? ¿Cuál de los dos caminos elegirá? ¿Tomará la previsible senda de la recaída y, por tanto, como yonqui obediente, asumirá el destino que le ha sido impuesto o, por el contrario, se rebelará contra ese futuro ya escrito e intentará empezar una nueva vida al lado de Camila? ¿Se comportará como esos obstinados héroes de las aburridas historias de superación que, en el punto más pronunciado de su caída, resurgen inesperadamente y pelean como jabatos hasta ascender a donde jamás habían imaginado que podrían hacerlo? ¿Es entonces Teodoro el verdadero héroe de esta historia (un personaje secundario, que de repente se hace más importante que los protagonistas)?

En otras circunstancias, quizá esta decisión carecería de relevancia. Pero llegados a este punto, en el cual su hijo se ha confabulado con otros dos chicos del barrio y una prostituta colombiana para matar a una anciana, y esa prostituta colombiana es la mujer de la que se ha enamorado y a la vez el motivo principal por el que está realizando encargos ilegales para Ahmed y los árabes, y su hijo, además de tener la intención de participar en ese crimen, debe dinero a los nigerianos para los que trabaja, e incluso, tiene la sospecha —más bien fundada— de que el cabrón que le robó la mochila ha sido su propio padre, podríamos decir que esta decisión posiblemente tenga un peso significativo en el desenlace de esta historia.

6

Hace tiempo que no lee *Pedro Páramo.* Es incapaz de concentrarse durante más de tres minutos en una sola tarea. Quizá sea por el *speed* por lo que se pasa todo el día alterado. Le gusta drogarse porque, mientras lo hace, no piensa. No quiere estarse quieto, quedarse parado y expuesto a las rumiaciones, y por eso se droga o tiene sexo con desconocidos. En su mayoría son hombres mucho mayores que él, nada de jovencitos que le puedan recordar a Carlos. Unas veces le pagan y otras no.

Se acostó con un fotógrafo que conoció en un bar gay. Tenía barba, llevaba gafas y era más bien tímido. A pesar de haber superado con creces la mediana edad, se le notaba que casi no había andado con otros hombres. No se había quitado el anillo del dedo, quién sabe si por descuido o por un remordimiento real. A Nelson le divirtió en un principio jugar a ser ese chico descarado y seductor que hace perder la razón al hombre maduro y con la vida ya construida. Lejos del barrio y del juicio constante al que se creía sometido por Carlos, el Dos Frentes y los demás chicos, podía ser lo que quisiera, incluso alguien diferente al muchacho lánguido y frágil que en realidad era.

Casi no dijo palabra en toda la noche, creyendo que de esa manera la tensión se acumularía y el sexo sería más violento, más duro. Pero el fotógrafo, además de no tener experiencia con hombres, también presentaba verdaderas dificultades para mantener una erección durante más de treinta segundos. El polvo fue desastroso, aunque al final Nelson se ganó doscientos euros que el

fotógrafo le dio con un movimiento rápido y con el rostro desencajado por la vergüenza.

En los baños públicos del centro comercial tuvo algo más de suerte. Allí protagonizó sendas experiencias con un africano que vendía hachís y con un mendigo que rozaba la senectud. Fueron relaciones sórdidas y sucias en las que Nelson se sentía como un animal vulnerable y humillado, lo que en realidad significa que alcanzaba grandes cotas de placer. El negro le dio un billete de veinte euros; el mendigo no le dio nada y simplemente se apoyó contra la pared y cerró los ojos, tratando de dormitar.

Otra de las prácticas habituales de Nelson en estas últimas semanas consiste en pasar toda la noche bebiendo cerveza y metiéndose rayas de *speed,* y lanzarse al amanecer hacia el metro o el autobús. Aprovecha las aglomeraciones para refregarse contra señores viejos y con olor a cerrado, los que peor pinta tengan del vagón. Aunque un par de veces creyó sentir la dureza de un pene enhiesto contra sus nalgas, por el momento esta técnica no le ha dado resultados concretos.

Todo eso lo distrae un poco, pero no le vale para sacar a Carlos de su cabeza. A veces incluso ha intentado recordar al doctor Maximiano, induciéndose a pensar que lo que sentía por él sí era amor de verdad y que, por tanto, la distancia que ahora los separa es lo que debería torturarle —la pena por no poder conversar, ni fumar, ni coger, aunque fuera de mentira—, y no esta historia rara y vacía con un muchacho que recién ha conocido.

Ha regresado tantas veces a esa noche, que en ocasiones duda de que realmente hubiera pasado algo entre Carlos y él. Algo físico, carnal, algo a lo que aferrarse, algo a lo que referirse en las charlas futuras, algo que pasara y que no se pudiera borrar. «¿Usted se acuerda de lo que ocurrió esa noche, acá, en mi cama? Esa noche chingamos, concretamente usted me chingó a mí. O yo lo chingué a usted. O nos masturbamos juntos. O nos chupamos y luego nos dormimos medio abrazados». Pero no tiene ese recuerdo concreto, no dispone de la fotografía nítida. Nelson sabe que algo tuvo que

pasar, que ellos se tocaron y se rozaron, y que él se vino en un momento dado, y juraría que el otro también, aunque no tiene la certeza. No se besaron, eso también lo sabe, pero es que a veces las personas no se besan en la cama, aunque se quieran. Y, aunque estaban muy drogados, no fue una cosa que pasó en sueños. Al noventa por ciento, no pudo serlo.

¿Y entonces por qué Carlos se comporta como si no hubiese pasado nada? Esa mañana, cuando llevaban ya algunas horas dormidos, Carlos se levantó y fue a orinar al baño. Nelson estaba sumido en un estado de duermevela un tanto angustioso, como peleando todo el tiempo por no dormirse del todo, por mantener en su mente esos fragmentos diminutos y borrosos de lo que había pasado en esa cama hacía un rato. Cuando Carlos regresó del baño, Nelson fingió dormir, cerrando fuerte los ojos e intentando que su respiración sonase acompasada. El otro daba vueltas en la cama, buscando quizá una postura que lo ayudase a volver a conciliar el sueño. Pasó un rato y Carlos se incorporó de un salto, como si llevase tiempo enjaulado y necesitara liberarse. Después dijo algo así como «Tengo que irme», o «Son las putas dos de la tarde», o «Qué pereza todo». A Nelson lo desespera no ser capaz de recordar ni esa frase, la última frase que le dijo Carlos ese día, en su habitación, en su cama, esas últimas palabras que no fue capaz de atrapar y que ahora solo son indicios de lo que nunca sabrá si pasó.

Al principio lo aliviaba pensar que la no reacción de Carlos podía ser normal. Tal vez el chico estuviera inmerso en un estado de confusión total, planteándose si en realidad le gustaban los hombres, o solo le gustaba Nelson, o le gustaban los hombres y las mujeres, o las personas en general sin importar el género, como dicen que les ocurre a muchos.

Pero a medida que pasaban los días, esa indiferencia empezó a lastimarlo. Era una indiferencia altiva, como si lo ocurrido fuera de tan poca importancia para Carlos, que no merecía siquiera no ya una conversación completa y profunda, sino una mera alusión en algún momento de una charla cualquiera. Lo mejor sería, pensó, que no

hubiese pasado nada, que esa noche cada uno en su casa, que no hubieran salido de fiesta, o que sí hubieran salido y ese muchacho inmaduro se hubiera ido a chingar con la chica del pendiente en la nariz o con cualquier otra.

Poco después de esa noche, Camila le dijo que aceptaba sumarse al plan de matar a la abuela de Carlos. Nelson había sido persuasivo y le prometió a su madre una recompensa emocional extraordinaria si finalmente le hacía tomar a la vieja el veneno. Volvería a quererla, volvería a considerarse su hijo, volverían a ser una familia (¿acaso alguna vez lo fueron?). Por supuesto, Nelson también le habló del rédito económico. Ganarían la plata suficiente como para que Camila pudiera largarse del club, y después podrían abrir algún negocio, trabajar en algo respetable, quién sabe si marcharse a otro lugar a empezar de cero de una vez por todas.

En ese momento, a Nelson le invadió la euforia. Estaba seguro de que la noticia iba a propiciar una gran celebración en forma de apasionado (y ojalá que sobrio) encuentro entre los dos. Aquella era la excusa perfecta para que Carlos se despojara de sus dudas y prejuicios y pudiera dar rienda suelta a sus pulsiones.

Porque Nelson creía en ese momento que Carlos también lo deseaba a él, que el fuego que sentía adentro era recíproco, lo quería creer y lo creía de veras, las dos cosas.

Pero ese encuentro tantas veces proyectado en la cabeza de Nelson no se dio. Los planes del muchacho colombiano se vieron truncados por la inesperada aparición del Dos Frentes. Ese día había quedado con Carlos en el parque de la Fuente del Loro. Era la primera vez que se veían a solas desde el difuso episodio de la cama de Nelson. Habían coincidido en un par de quedadas con chavales del instituto, noches que empezaban con un botellón al aire libre y terminaban en algún antro de mala muerte del barrio. Carlos y Nelson podían mantener alguna conversación por WhatsApp —nunca sobre la noche de marras—, pero en persona su interacción en esas noches era mínima.

Ese día, sin embargo, Carlos no rechazó el ofrecimiento de Nelson de tomarse unas litronas en el parque, al aire libre. De algún modo, el chico colombiano quería rememorar aquella primera cita —para Nelson, sin duda lo fue— en la plaza del Mercadona, muy cerca de la casa de Carlos. Fue el día en el que empezaron a juntarse con el chico de la cicatriz. Bebieron cerveza y hablaron superficialmente de sus vidas, aunque Nelson tuvo la sensación de que en realidad con esas pocas palabras y esos intensos intervalos de silencio se estaban diciendo muchas cosas, cosas importantes que hasta el momento no habían contado a nadie más. No fue así, por supuesto, pero Nelson había romantizado esa tarde, la había convertido en algo así como el inicio de una relación que, por otra parte, tenía muchos visos de no existir.

Así que compró dos litros de cerveza y esperó a Carlos sentado en el banco durante unos diez minutos, cargado con la ilusión de quien prepara una sorpresa a su enamorado, aunque no era una ilusión corriente, sino una reforzada, compacta, ese tipo de ilusión hinchada por el optimismo, por la certeza infundada de que esa sorpresa terminará siendo un éxito total. Esas terminarían siendo las horas más felices en la vida de Nelson, el tiempo que transcurrió desde que Carlos aceptó la cita hasta que se presentó en el parque de la Fuente del Loro.

Porque lo que vino después supuso una decepción total. Carlos no estaba mucho más tranquilo que la noche en la que durmieron juntos. Sentado en el respaldo del banco, movía incesantemente la pierna izquierda y evitaba mirar directamente al muchacho colombiano. Pero no daba la impresión de que fuera por pudor o vergüenza a enfrentarse de cara a lo que podía sentir por Nelson, más bien se trataba de una actitud ausente, de una inquietud interior provocada por algo que estaba a bastante distancia de ese banco.

Había silencio y palabras huecas, casi todas pronunciadas por Nelson, que poco a poco estaba empezando a claudicar ante la salvaje indiferencia del otro. De pronto, sin previo aviso, el

colombiano escupió la noticia. Lo hizo mascullando las palabras y con una entonación lánguida. Sin atender al contenido, cualquiera podría haber deducido que Nelson había comentado cualquier banalidad. Pero no. Lo que le dijo Nelson a Carlos es que su mamá (lo dijo así, esta vez no utilizó la palabra *madre*) le daría las pastillas que matarían a la anciana. No podría decir la razón concreta, pero Nelson se refirió de esa manera a la abuela de Carlos. Dijo «la anciana», como queriendo despersonalizarla, por un lado, pero al mismo tiempo tratando de nombrarla con respeto. Aunque fueran a matarla, esa señora era la abuela de Carlos, y Nelson no se sentía con potestad para calumniarla.

La reacción de Carlos fue extraña. Primero se quedó con la mirada clavada en el suelo, como si realmente no hubiera escuchado lo que Nelson dijo. Después emitió un suspiro casi imperceptible al oído, pero cargado de ansiedad contenida. Levantó la vista hacia el colombiano y dibujó una sonrisa sombría, muy oscura, como la que podría proyectar en el tanatorio alguien al que acaban de hacerle una broma para anestesiar el dolor por la muerte de un ser querido.

Y no llegó a decir nada porque segundos después apareció el Dos Frentes, acercándose lentamente y cojeando, como si fuera un monstruo herido que volvía del averno. Después de unos instantes de perplejidad, Carlos se levantó y le dio un abrazo a Daniel. Nelson también se puso de pie y se acercó vacilante al chico de la cicatriz, pero este ni siquiera hizo amago de saludarlo.

Daniel no dio mucha información acerca de lo que había pasado en las últimas semanas.

—Tuve que hacer un trabajito para los nigerianos y la cosa se puso más chunga de lo previsto. En verdad tampoco fue para tanto, lo que pasa es que luego acabé metido en una casa que era una locura. Todo el puto día metiéndome, bebiendo y follando, era como un *after* eterno. Y esto —Daniel notó la mirada curiosa de los otros dos sobre su pierna— no es nada, se me pasará en unos días. Eso sí, no me hagáis correr, porque cuando os pille, os coso a hostias.

Y luego Carlos informó al recién llegado de la buena nueva. Lo hizo con mucho más entusiasmo del que había mostrado unos minutos antes como receptor de la noticia. El Dos Frentes se puso como un loco. Primero empezó a aplaudir y a gritar arengas, como si intentara motivar a un equipo de fútbol en el descanso:

—¡Vamos, chavales, vamos! Tenemos que hacerlo con decisión y valentía, ¿eh? ¡Me cago en la puta, que una oportunidad así no se tiene todos los días!

Después se encendió un cigarro y se sentó en el banco. Arrugó la frente y concentró su mirada en un punto lejano del horizonte.

—No podemos esperar mucho tiempo. Estas cosas hay que hacerlas sin pensarlas demasiado. Tenemos que aprovechar la fuerza del primer impulso. Me voy a poner ya con el tema de las pastillas. Algo habrá que pueda matar a una vieja sin que cante demasiado.

Los tres permanecieron en silencio unos segundos y fue Daniel el que volvió a tomar la palabra:

—Tiene que ser antes de Nochevieja. No quiero empezar el puto año rayándome con esto —zanjó.

El Dos Frentes los citó en su casa unas dos semanas después. Nelson no había visto a ninguno de los otros durante esos días. Tenía la impresión de que Carlos lo estaba evitando con mayor intensidad desde que regresó el chico de la cicatriz: tardaba horas o incluso días en contestar a los mensajes de WhatsApp, y cuando lo hacía, se expresaba de manera lacónica, casi como si su interlocutor fuese un extraño.

Nelson llegó pretendidamente tarde a la reunión. Al muchacho colombiano le espantaba la posibilidad de llegar antes que Carlos y verse obligado a pasar unos minutos a solas con Daniel. Fue el propio Dos Frentes el que le abrió la puerta.

—Venga, coño, que no tengo todo el puto día —bramó, a modo de bienvenida.

Nelson no había vuelto a esa casa desde la noche en la que se conocieron. La recordó fugazmente y sintió una añoranza agradable. Ahí todo estaba aún por pasar, todo eran posibilidades; ahora, en

cambio, las cosas se habían encaminado hacia un lugar tétrico donde él tenía cada vez menos que ganar.

El Dos Frentes estaba de pie, inquieto, dando caladas cortas y muy seguidas a un porro; Carlos estaba sentado en la mesa redonda que había en ese salón-comedordormitorio, y Nelson, aunque no había recibido ningún tipo de indicación, se apresuró a imitarle.

—Ya tengo el medicamento para matar a la vieja. Al final no son pastillas, sino unas gotas. Yo creo que es incluso más fácil así: la madre del indio le prepara un vaso con agua, echa unas cuantas gotas de más y asunto terminado.

Nelson carraspeó, Carlos asintió, el Dos Frentes continuó hablando:

—Es imprescindible que tú —miró a Carlos— tengas una buena coartada, así que esa noche la pasarás fuera de casa. Pero nada de irte de fiesta, tienes que estar con una tía. Que sea simple demostrar que tú no has tenido nada que ver con lo que pueda pasarle a tu abuela. Así que ya sabes, te llevas a la tía esa con la que estabas, pagas a una puta o haces lo que te salga de los cojones, ¿estamos?

—Imagino que puedo intentarlo con Elena, no creo que haya problema —respondió Carlos.

—Y tú, indio, sobre todo no la líes. Hasta que no sepamos qué día exactamente lo vamos a hacer, no le saques el tema a tu madre. Porque si se pone a darle vueltas, se terminará rajando y entonces todo se va a tomar por culo.

A Nelson le irritó especialmente la manera en la que el chico de la cicatriz se refirió a él. Casi siempre había sido así, con ese tono despectivo y autoritario tan repugnante. Pero en este caso había algo más: Daniel le hablaba como si su única función en todo este plan fuera no entorpecerlo. Y era justo al contrario: sin su mediación, sencillamente no habría plan. Nelson había logrado convencer a su madre para hacer algo horrible, algo que ni siquiera el desquiciado del Dos Frentes se atrevería a hacer. Su madre iba a arrancarle la vida a alguien, así como suena. Y entonces Carlos

podría por fin vivir aliviado y el otro quizá tendría dinero para convertirse en un traficante de los que dan órdenes. Pero todo eso es gracias a mí, pensó. Todo eso lo he conseguido yo y ni siquiera me hablan con respeto.

Pero todas esas frases sonaron solo en el interior de Nelson. En casa del Dos Frentes lo único que se escuchó fue un patético «vale» que no tardó en diluirse. Después, otra vez adentro del chico colombiano, lo que se oyó fue el estridente ruido de la frustración del que no se atreve a decir lo que quiere.

El contacto entre Nelson y Carlos se extinguió casi por completo a partir de ese momento. El colombiano se planteó en alguna ocasión hablar con su madre para truncar el plan. Sabía que no le costaría demasiado persuadirla de que diera marcha atrás, de que finalmente siguiera con su vida normal y no le diera nada raro a la vieja. Pero, por otra parte, albergaba una esperanza remota y casi furtiva que le decía que cuando la abuela del chico hubiera muerto, ya sin la ansiedad y la incertidumbre atenazándole, Carlos se acercaría a él y por fin las cosas fluirían entre ellos de otra manera.

Y ahora se pasa los días imaginando esa escena, el estallido de dos cuerpos lejanos que se van acercando paulatinamente, sin apenas moverse y que terminan chocando entre sí de forma estrepitosa. Primero imagina la escena y luego, cuando vuelve a la realidad y se da cuenta de que esos dos cuerpos únicamente se tocarán en su mente, se enoja consigo mismo, primero, y después con Carlos, el chico que lo rechaza sin ni siquiera decírselo. En esos momentos lo mataría, a Carlos. Seguro que sería capaz de hacerlo. Soportaría la violenta certeza de no volver a verlo jamás, de no hablar con él, de no mirar sus pupilas, de no oler su presencia.

Cuando llega a este punto, Nelson anda desesperado y loco, y agarra el teléfono para mandarle un mensaje, o hablarle, o simplemente escuchar su voz. Pero en lugar de eso, esnifa algo de *speed* y sale a la calle para que alguien le rompa el culo y le haga daño y lo deje solo y vacío.

7

Si existe alguien tan gilipollas como para robarte la mochila sabiendo a quiénes está jodiendo en realidad, ha tenido que ser él. Alguien tan imbécil como para hacerte algo así y pensar que no te enterarías. Alguien tan sumamente estúpido como para creerse más listo que tú y que los nigerianos. Es eso lo que más te hincha los cojones: que ese mierda se crea con la capacidad de poder reírse de ti, de pisarte, de tratarte como a alguien inferior. Se cree más que tú y por eso ha decidido joderte de esa manera.

Al principio ni se te había pasado por la cabeza, pero la advertencia de Cara Cráter te hizo pensar. A Miguel nunca le había gustado, desconfió de él casi desde el principio. Esos negros tienen algo diferente, una forma de mirar el mundo y de manejarlo también, es como si ellos conocieran secretos inaccesibles para el resto, secretos que les convierten en seres extraños y poderosos. Porque, ¿cómo si no se explica que tú sigas vivo? ¿Qué es lo que te hicieron en ese piso cuando estabas a punto de morir? Sí, los nigerianos saben cosas que los demás desconocen y por eso la idea toma, poco a poco, forma en tu cabeza: ha sido él.

La secuencia de los hechos cobra ahora sentido: el ladrón te atacó por la izquierda, estás casi seguro de que te dio la patada con su pierna izquierda y, luego, cuando estabas en el suelo, forcejeó con torpeza hasta conseguir desprender la mochila de tu hombro derecho porque, sin duda, no maneja con destreza su mano diestra. Era un pensamiento absurdo al que preferiste no dar importancia en su momento, pero ahora lo ves claro: el ladrón era zurdo, tanto de mano como de pierna.

Hoy ese cabrón ha cogido el coche, así que no has podido escuchar música para insuflarte una dosis extra de rabia. En realidad, tampoco la necesitas. Tu mente ha manoseado lo suficiente la masa viscosa y pestilente de la humillación, de esa humillación rotunda y casi definitiva que él te ha infligido. Porque ahora estás completamente seguro de que ha sido él y se lo vas a hacer pagar. No tienes otra opción. Has intentado postergar muchas veces este momento, pero sabías que terminaría llegando. En el fondo, es lo que siempre has deseado.

Cuidado, ahí viene. Lleva unos pantalones vaqueros gastados que se ciñen a sus piernas raquíticas de una manera asfixiante, la tela roída adherida a sus venas de yonqui. Recuerdas vagamente aquellos días en los que venían los abuelos para cuidar de Clara y de ti. Cuando ese hombre aparecía por la puerta de casa, como acaba de hacer ahora, también llevaba unos pantalones así. Instintivamente, te fijabas en los tobillos porque una vez viste pincharse a un drogadicto ahí. Los pantalones se apretaban más y más a medida que iban bajando, hasta parecer insectos que extraían la poca sangre que quedara en esas piernas. No llegaban hasta abajo del todo, los pantalones, y dejaban entrever unos calcetines blancos con una raya azul y otra roja, y a ti esos calcetines te producían una tristeza infinita.

—Ciego, ¿dónde coño está mi dinero?

El hombre te mira aturdido y luego tuerce la boca como a cámara lenta antes de hablar:

—Pero… ¿qué dices?

Y se queda suspendido en el aire, detenido, en pausa, con la boca abierta y la mirada extraviada. Después contrae los labios y los mete hacia dentro, en una mueca que a ti te parece siniestra.

—¿Te estás pinchando otra vez o qué? A ver, te lo repito, puto yonqui: ¿dónde está el dinero que había en la mochila que me robaste?

—Tú estás tarado. No sé de qué coño me hablas.

Te aproximas a él y lo miras con desprecio a los ojos. Son de un color azul apagado, como agua muerta. Lo empujas una vez. Se tambalea hacia atrás, pero logra mantenerse de pie. Lo empujas de nuevo, con más fuerza. Cae al suelo.

—Dame mi dinero, cabrón.

Está bocarriba, con las piernas ligeramente flexionadas. Le das varias patadas. Primero en el tobillo y luego en el muslo. Lo miras por un segundo a la cara. Tiene los ojos cerrados y la tez lívida. Levantas el pie izquierdo y le pisas la rodilla. Notas un crujido y sabes que la rodilla ya está aplastada contra el suelo. Mueves el pie hacia un lado y hacia otro para prolongar su dolor.

—¿Te creíste muy duro por quitarme la mochila? Hijo de puta, te voy a matar.

Ahora te concentras en el costado de su torso. Le das un par de patadas con la puntera y luego utilizas el empeine. El sonido es hueco e hipnótico. Sabes que le estás golpeando las costillas. Su respiración es entrecortada.

No dices nada. Te pones de rodillas al lado de su cara. Golpeas su pómulo con el puño derecho mientras te muerdes el labio inferior. Te frenas en seco y buscas algo en tu bolsillo.

—Ahora te voy a arreglar la cara, como hiciste tú conmigo.

Acercas la navaja a su rostro. Te fijas en unas pequeñas pecas marrones. Vas a clavársela. De pronto, te da un manotazo torpe que, a pesar de todo, hace que la navaja caiga al suelo.

—Yo no te he hecho nada.

—Claro que sí, tú me partiste la frente en dos. —Silencio, solo se escucha el resuello de ambos—. Tú me has jodido la vida.

—No, Daniel, no. —Su voz es tan solo un susurro áspero—. Deja eso de una vez, por favor. Yo no te hice nada. Fue un accidente, un error de los dos. Tu madre y yo no te prestábamos atención y te caíste de la cuna, ¿entiendes? Eso fue lo que pasó.

Observas los cabellos marrones y grises que se desparraman por el suelo. Piensas en tu madre. Te preguntas si en su cráneo muerto habrá pelo, si en su cadáver descompuesto habrá todavía algo suyo,

algún símbolo en la piel, una marca que solo tuviera ella, como el hoyuelo de su hombro o la mancha en la punta de su nariz.

Ahora te acercas a la cara del hombre. Le agarras de la parte inferior de sus mejillas, muy cerca de la boca. Aprietas. Sus labios tienen grietas y son grisáceos. Parecen piedras.

—Ni se te ocurra volver a mencionarla. No digas su nombre, ni hables de ella, ni siquiera te atrevas a recordarla. Lo peor que hizo en su vida fue conocerte. Por eso ahora está muerta. Por tu puta culpa, cerdo.

El hombre te mira con desprecio. Intenta decir algo, pero sus palabras son ininteligibles por la presión que siguen ejerciendo tus dedos en sus mejillas. Tienes curiosidad por saber qué quiere decirte. Aflojas la mano.

—La Charo era una yonqui como yo, Daniel. No dejó de pincharse en ningún momento, ni siquiera cuando estaba embarazada de vosotros. El parto de Clara salió mal y ella tuvo la suerte de morirse y librarse así de este infierno. Tu madre era una puta yonqui, métetelo en la cabeza.

Silencio y asco.

—Y aquí nos hemos quedado los dos, igual de puteados. ¿Te crees que me hace ilusión que seas mi hijo? Ni de coña. Para mí eres una carga, a ver si te enteras de una puta vez. Yo no quise que vinieras al mundo. No imaginas la cantidad de días que he deseado con todas mis fuerzas que no hubieras nacido, o que hubieras muerto al nacer, o que yo mismo hubiera tenido el valor suficiente como para tirarte a la basura. Cada vez que veía por la televisión que un pobre bebé de unos cuantos meses aparecía muerto en cualquier contenedor, sentía unas ganas tremendas de hacerlo, pero nunca me atreví. Desde siempre he tenido claro que tú no perteneces a este mundo; tu verdadero hogar debería ser la basura porque tú eres escoria. Eres escoria humana.

No te ha gustado lo que acabas de escuchar, pero intentas no perder los nervios. Te incorporas y estiras un poco las piernas. Mueves el cuello de forma circular mientras planeas minuciosamente

lo que vas a hacer. Caminas hacia la navaja, aunque te detienes en el camino para propinar dos fuertes puntapiés en el cuerpo del hombre y un tercero en su nuca. Te agachas para coger su mano derecha y comprobar que aún tiene pulso. Vuelves a dejar la mano en el suelo y extiendes los dedos con delicadeza. Pisas su mano con tu pie derecho, hincando con fuerza el talón y, ahora sí, te haces con la navaja y la metes en tu bolsillo.

Vas a la nevera y abres una lata de cerveza. Le das un buen trago hasta beberte aproximadamente la mitad. Dejas la lata en la mesa circular y te sientas en una silla. Enciendes un cigarro y observas al hombre, que sigue tendido en el suelo. Te preparas dos largas rayas de cocaína mientras silbas una canción que sueles escuchar en la radio del coche del hombre. Das un par de caladas al cigarro, te haces un turulo con un billete de cinco euros y esnifas las dos rayas.

—Te invitaría a una, Ciego, pero veo que hoy estás doblado.

Te levantas y coges con las dos manos la silla en la que acabas de sentarte. Es una vieja silla de madera que ya estaba en ese cuchitril cuando entrasteis a vivir. La sostienes justo encima de la cara del hombre. Tiene los ojos entreabiertos y un poco de sangre se pasea por encima del labio superior. Su rostro está sucio. Lo piensas mejor y dejas la silla en el suelo. Sonríes levemente al notar el tacto de la navaja en tu mano. Eso es justo lo que harás después, rajarle la cara. Pero ahora tienes una idea mejor y quieres que el hombre esté consciente mientras la ejecutas.

Primero te inclinas hasta que tu cara queda a unos centímetros de la suya. Acumulas saliva en la boca y escupes en su rostro. Te incorporas de nuevo y abres tus piernas, de forma que el cuerpo del hombre quede entre ellas. Desabrochas los botones de tu bragueta. Afuera se ven luces amarillas e intensas que no consiguen rasgar la noche.

8

Camila está ligeramente inclinada, con las manos apoyadas en la ajada cómoda del dormitorio de doña Luisa. La mano del chico se ha metido por debajo del uniforme de la cuidadora y asciende de manera violenta por la cara interna de sus muslos. Al principio lo hace de forma desordenada, pero poco a poco va adquiriendo un ritmo uniforme. Los dedos están tiesos y unidos, como queriendo untar algo en el culo y en el coño de Camila. No se han introducido de momento bajo las bragas negras y empapadas de Camila. El corazón del chico palpita con fuerza y su polla también. Resopla y frena su mano por un instante para tratar de calmar su excitación. Pero ahora vuelve a la carga. Su mano se sitúa en la cadera de Camila y desciende hasta su culo. En ese momento extiende los dedos índice y corazón y los frota contra la raja de su culo, todo esto aún por encima de las bragas. Después, desde atrás, los dedos suben por el coño, sienten el vello no muy largo pero presente, intentan palpar algo ahí adentro que, en la mente del chico, podría ser el clítoris. No lo es, pero da igual: la piel de Camila está ardiendo, su flujo es tan abundante que por un momento teme ensuciar el suelo y mira hacia abajo. Alcanza a atisbar una parte del parqué. Es marrón claro, casi brillante. Ella misma lo ha encerado hace unos minutos. Ahora Camila se ve obligada a volver a cerrar los ojos. Si intenta mantener la vista fija en algún sitio, una especie de vértigo inunda su cabeza y siente que en cualquier momento perderá el equilibrio. Se supone que es una mujer, pero en este preciso instante Camila bien podría ser una perra. Así es como se siente, como un animal gobernado por un deseo sobrenatural.

La vieja está a unos metros de ellos, dormida en la cama. Sus manos reposan sobre su pecho y el rictus de su rostro pálido es solemne. Hay un halo de calma que orbita sobre su cuerpo. Es una calma extraña y frágil, como si se pudiera romper en cualquier momento, y eso la hace más pura si cabe.

El chico pega su cuerpo al de Camila y acerca su boca al cuello de la mujer. No dice nada, tan solo exhala su aliento incandescente sobre la piel de ella, que acaba de emitir un gemido sordo y profundo, como si estuviera expulsando con esfuerzo un cuerpo extraño de su interior, y tal vez eso es justo lo que está haciendo la mujer, dejar escapar por sus cavidades abiertas y húmedas a esa rata que tanto tiempo lleva royéndole las entradas.

La vieja está quieta y el chico la mira. Piensa que así se verá cuando la mujer contra la que ahora restriega su miembro acezante la haga tomar esas gotas y la mate. También piensa, el chico, que la mujer tiene esa misma imagen en la cabeza ahora, que ella también se está diciendo a sí misma que el nieto de la anciana a la que va a matar está a punto de clavarle su verga, y esa idea la hace detenerse en seco para frenar un orgasmo que rompería de forma irremediable la atmósfera oscura y hermosa que flota en esa habitación.

—Sé que fuiste tú la que hablaste con la trabajadora social. Pero también sé que no lo vas a hacer más, y que si te vuelven a preguntar, les dirás que hubo una confusión, que tú te referías a otra mujer de las que cuidas.

—Rómpame el culo, nomás.

Y entonces Camila se baja las bragas y nota el miembro húmedo del chico buscar acomodo con torpeza. La mujer sabe que el chico no tiene idea de lo que está haciendo, pero eso la excita aún más. Deja a esa verga recorrer sus agujeros de forma superficial y caótica y coloca la mano del chico en uno de sus pechos. El dedo del chico juguetea con el pezón duro de ella. La mujer agarra el miembro del chico y lo introduce de una vez en su interior.

—Usted no se mueva, lo hago yo —dice.

Camila mueve sus caderas y engulle y vomita una y otra vez la polla del chico. Hay un mar y un volcán y una tormenta y, por último, una descarga eléctrica que hace convulsionar los dos cuerpos.

La vieja no se ha despertado.

Quinta parte. El tiempo no se detiene

Viernes, 19:30 horas
Stefan

Lo que más le gusta de las fotografías es aquello que no se puede ver. Como ocurre en la imagen que ahora observa en la pantalla de su móvil. Es solo un tobillo. Los huesos parecen deformes y están a punto de traspasar la piel extremadamente blanca. No hay arrugas, pero no es un tobillo hermoso. Muy al fondo se puede distinguir una sensación de cansancio o resignación, quizá ambas cosas. Podría ser el tobillo de una mujer enferma. ¿Qué le estará pasando a la dueña de ese maltrecho tobillo? ¿Cómo será el resto de su cuerpo? ¿Será capaz de amar o de sentir placer? ¿Cómo de lejos le queda la muerte a la portadora de ese tobillo triste y afilado?

Stefan recuerda el momento en el que hizo la fotografía. Fue un Viernes Santo. Eran las cuatro de la tarde y ellos no habían dormido ni comido nada durante las últimas quince horas. En la habitación de ella se habían pasado las horas en la cama, sin hablar apenas. Stefan entendía y hablaba el idioma materno de ella, pero la suya había sido, desde el principio, una relación sin palabras. Ese día habían estado agarrados de la mano mucho tiempo, mirándose unas veces, dándose la espalda otras. De pronto, a Stefan lo asaltaba un rapto de pasión y comenzaba a acariciar el cuerpo de ella, a recorrerlo con su lengua, a introducirse dentro de él con una rabia que solo podía estar provocada por un sentimiento profundo y atávico. Después volvían a sus posiciones iniciales y se dejaban arrullar por el silencio agradable de los días en los que no pasa nada.

¿La amaba? No lo sabía porque nunca se lo había preguntado. Stefan era capaz de vivir así, sin hacerse preguntas, tan solo regido

por una mente diáfana que jamás ordenaba nada que no fuera eminentemente práctico. Las únicas preguntas que se atrevía a formularse eran aquellas que lanzaban las fotografías que él mismo tomaba porque tenía la certidumbre de conocer todas las respuestas.

Escucha las risas estridentes de las chicas inundando los pasillos, su manera estentórea de saludarse, sus voces fortalecidas por ese inquebrantable espíritu de camaradería que únicamente la necesidad de hacer frente a una adversidad común puede generar. Son un equipo y están preparadas para enfrentarse a los que van a utilizar sus cuerpos.

Irina no está entre ellas. El señor Mondero la exilió a las esquinas, los polígonos, los descampados. Cualquier sitio que no fuera el Red Flower. Ese gordo solía hacer eso con las chicas que hacían menos caja, como escarmiento para que volvieran al club con las pilas puestas y las piernas bien abiertas. Aunque Stefan sospecha que en este caso hay algo más. Es posible que Mondero los haya visto juntos, rompiendo así una de las reglas básicas de este negocio: un matón y una puta no pueden enamorarse.

Stefan ha sopesado durante estas últimas semanas enfrentarse al señor Mondero, pero siempre ha llegado a la conclusión de que en estos momentos saldría perdiendo. Todavía hay demasiados compañeros leales a su causa y a su dinero.

Organizar un golpe de Estado requiere paciencia. Aún es pronto para eso.

Cuando baja a la pista, en lo primero en lo que se fija Stefan es en la obesa figura del señor Mondero. Está detrás de la barra, tomando una copa y acariciando el culo de una de las chicas. Stefan levanta las cejas cuando cree que las miradas de ambos se cruzan, pero el jefe sigue a lo suyo. Ha imaginado muchas veces darle una paliza a Mondero y disfrutar observando el miedo en sus ojos. Porque Stefan ha dado muchas palizas y sabe que hay dos tipos de hombres según la mirada que tengan en esos momentos: los que hasta el final mantienen un tenue brillo de orgullo en el fondo de sus

ojos y los que simplemente derraman terror a través de ellos. El señor Mondero, sin duda, pertenece al segundo grupo.

Las chicas comienzan a poblar la pista con una alegría artificial pero efectiva, como el gran árbol de Navidad que se erige a unos metros de la entrada del local. Stefan mira el reloj. Faltan muchas horas para que vuelva a ver a Irina. Le alivia pensar que el tiempo no se detiene. Nunca.

Viernes, 21:00 horas

Carlos no termina de entender por qué coño tiene que aparecer con Elena en público antes de marcharse al hostal. El plan establecido había quedado muy claro: Carlos pasaría la noche junto a su novia en un lugar lo más alejado posible de su casa; de esta forma, nadie podría relacionarlo con la muerte aparentemente natural de su abuela. Pero el Dos Frentes se había empeñado en que, antes de largarse a fornicar —todos suponían que el sexo con penetración era algo habitual en la pareja—, tenían que pasarse por la plazoleta que está al lado del Gómez de la Serna. Allí, como cada viernes desde que empezaron a beber hace ya algunos años, han quedado para tomar unos litros de cerveza y unos minis de kalimotxo los chavales del instituto: Arturo, Tomás, Ángel… Están los de siempre, aunque hay un par de tías que Carlos no conoce.

En realidad, todo esto es una gilipollez como un piano, porque el jodido Dos Frentes no está aquí. El chico de la cicatriz debe de andar en el Absenta poniéndose fino de farlopa y *speed,* y, además, siempre ha despreciado a sus amigos del instituto. Su colega Arturo, después de la somanta de hostias que recibió aquel día en la casa del Ciego, puede dar fe de ello. Pero, aunque él no fuera a estar presente, el Dos Frentes insistió en que la pareja se dejara ver un rato por aquellos chicos que, llegado el caso, podrían fortalecer la coartada de Carlos. Y antes de irse, debían decirles a los demás que se iban a un hostal del centro a celebrar su reconciliación retozando entre sábanas roídas y amarillentas. Así al menos las imaginaba Carlos: por lo que iban a pagar por esa habitación, debería dar saltos de alegría si el suelo estaba libre de roedores.

—¿Entonces qué plan tenéis hoy? —pregunta Carlos al grupo mientras se lía un canuto.

—No sé, ir a algún sitio rápido, hace un frío de cojones. —Tomás habla con tono distraído hasta que un impulso súbito le hace clavar su mirada en Carlos—. Pero tú vienes, ¿no? —Ahora duda durante unos segundos—. O sea…, venís los dos, ¿no?

Iba a hablar él, pero Elena se le adelanta:

—Con nosotros no contéis: nos vamos a pasar la noche a un hostalito, en plan romántico —dice con un tono que no está claro si es de burla o de orgullo.

Antes de que lleguen las risitas imbéciles de sus amigos, Carlos se ve obligado a intervenir.

—Así que… no sé…, igual nos vamos pronto porque mañana tenemos que dejar la habitación temprano —qué ridículo está siendo decir todo esto—. Para una noche que tenemos… En su casa es imposible, y en la mía, con mi abuela, pues también está jodido.

Ahora viene la reacción del rebaño, que al final tampoco es nada del otro mundo. Hay más envidia que mofa en los comentarios de Tomás y Arturo. Las dos chicas desconocidas ríen de manera controlada, casi por obligación. Una de ellas tiene un aire fantasmal que a Carlos le produce una breve pero intensa sensación de vacío.

Elena ha soltado la mano de Carlos justo cuando este comenzaba a hablar. Luego lo ha mirado fugazmente en un par de ocasiones y ha emitido una sonrisa tensa. Carlos se ha esforzado en dibujar una noche idílica que serviría para compensar esta última etapa. Le dijo que no tenía por qué pasar nada que no les apeteciera realmente, que él solo quería que durmieran juntos. No mencionó los preservativos, pero Elena se ha guardado unos cuantos en el bolso antes de salir de casa. Se supone que esta noche nada puede fallar.

Eso es justo lo que está pensando ahora mismo Carlos mientras da un trago al mini de kalimotxo. Nada puede fallar.

Viernes, 23:15 horas

El gato volvió hace unas horas. Nelson caminaba por un sendero de tierra. Era temprano, el sol estaba alto. En el suelo había pequeñas piedras grises, algunas más grandes y marrones, fragmentos de arena fina y también de arena gruesa que casi parecían cemento. A los lados había plantas pequeñas, ramas desnudas con un poco de verde alrededor. Todo estaba quieto, aunque a lo lejos se escuchaban los pasos de alguien sobre la tierra, un crepitar monótono y triste.

De pronto, del fondo de unos hierbajos no muy espesos situados a la izquierda, emergió el gato atigrado, el mismo que las otras veces. Caminaba lentamente y con sus dientes sostenía un conejo muerto. El lomo ensangrentado y roto del conejo pendía en la boca del gato. Algunos jirones de la carne muerta del conejo caían al suelo. Los ojos del animal inerte eran como dos botones inservibles. El gato miraba únicamente al frente y Nelson se sintió un tanto desprotegido, casi huérfano, al no volver a encontrarse con su mirada dorada.

Quizá fue la aparición del gato lo que llevó a Nelson a aceptar la proposición del fotógrafo. Tras la catástrofe del otro día, el hombre quería volver a verse con el muchacho, aunque esta vez —explicó en el mensaje de WhatsApp— a una hora en la que ambos estuvieran conscientes, sin alcohol ni droga de por medio. Nelson no albergaba ninguna expectativa sobre el nuevo encuentro sexual, pero terminó invitando al hombre a su casa porque necesitaba mantenerse entretenido.

Su labor en el plan era la más aburrida. «Tú no me toques los cojones, indio, y quédate en casita con tu madre. Primero te

aseguras de que no se eche atrás, pero ni se te ocurra ir con ella a la casa de la vieja. Y después, cuando lo haya hecho, pues os echáis a dormir hasta el día siguiente». Era obvio que el Dos Frentes no tenía ni idea de que Camila no dormía en ese piso. Tampoco Carlos lo sabía. El día en el que durmieron juntos, el colombiano ya había pensado en dos explicaciones verosímiles: o su madre había dormido en casa de alguna de las mujeres que cuidaba, o simplemente se despertó muy temprano para irse a trabajar. Pero aquella vez Carlos iba tan drogado que no fue necesario hacer ningún tipo de aclaración.

Y ahora el fotógrafo, con el pene flácido y el preservativo aún puesto, lo mira con una sonrisa nerviosa. El polvo ha sido un poco mejor que la otra vez, pero igualmente nefasto: el acto no ha debido de durar más de dos minutos. «Es que tenía muchas ganas», ha acertado a decir el hombre hace unos segundos. Nelson ha sentido pena primero («tranquilo, no pasa nada») y un rechazo profundo después, cuando su acompañante ha intentado acariciarle la cara. Le ha apartado la mano con un ademán automático, involuntario, como si fuese una suerte de mecanismo de defensa de su cuerpo.

Ahora se levanta de la cama y empieza a vestirse con premura. Agarra el móvil y finge estar leyendo algo. «Mejor se marcha, mi madre está por venir». El hombre se queda inmóvil unos segundos y después emite un sonido raro que tal vez pretenda ser una afirmación, pero que también podría ser un reproche. Con el rostro pálido y desdibujado, se prepara para irse. Esta vez no deja dinero y Nelson tampoco se lo pide.

Nelson celebra la marcha del fotógrafo con una raya de *speed.* No va a quedarse toda la noche en su casa sin hacer nada, no tiene sentido, y no va a volver a invitar a ninguno de los patéticos amantes que ha conocido en estas últimas semanas.

Su cuerpo huele a sexo, pero no se ducha. Sale a la calle y enfila el camino hacia los bares de Valdeyeros. Camina con la decisión del hombre que por fin tiene un rumbo marcado. No va a ser un personaje secundario, esta noche no.

Sábado, 01:30 horas

Puto indio de los cojones. ¿A quién se le ocurre venir al Absenta en una noche como esta? ¿Y si su madre se raja y no le da las gotas a la vieja? ¿Y si finalmente lo hace, pero luego, al llegar a su casa, se arrepiente y le da por llamar a la policía o algo así? ¿Y si se va todo a tomar por culo por el gilipollas este?

El Dos Frentes observa a Nelson al fondo del garito, un poco más allá de la pista. El colombiano está apoyado en una pared normal y corriente para los ojos de cualquier advenedizo borracho que dé tumbos en la oscuridad, pero cochambrosa e invadida por el moho para un veterano del lugar como Daniel. Nelson tiene una copa en la mano, lo que al Dos Frentes le parece extraño por la habitual carestía del indio. Casi nunca tiene un pavo y no se le conocen más ingresos a su favor que las aportaciones de su madre. Ojalá esa furcia tenga huevos para darle la bebida mágica a la vieja y él no tenga que volver a ver el careto a toda esta gentuza. Ya no soporta a nadie, ni siquiera a Carlos. Otro igual que el indio. Hace un rato ha estado aquí con su piba, ahí parado al lado de la barra, estirado y con esa mirada sombría y ansiosa que a veces muestra, como la de un caballo salvaje justo antes de morir.

Su novia tenía un buen polvo. Era una de esas fumetas que van con ropa ancha para que nadie les mire el culo o las tetas. Tiene que reconocer que ese tipo de tías le ponen bastante. No le hubiera importado tirársela, aunque eso hubiera implicado un pequeño cambio de planes esa noche. Pero sí que le tiró unas fichas. «Si este no te da lo que te mereces, me avisas, ¿vale?», le dijo el Dos Frentes, señalando a Carlos con la mirada, aunque asegurándose de que este no podía escuchar lo que decía. «Que te den por culo, me

das asco», respondió ella. La tía tenía cojones, eso había que reconocerlo. En otro momento caerá.

El Dos Frentes da un largo sorbo a su vaso de *whisky* con Red Bull hasta casi terminarlo. Al final nadie le ha hecho ni puto caso, pero no sería inteligente montar ningún pollo ahora. Carlos ya se fue a hincarle el bicho a la fumeta insolente y el indio ha prometido no dar problemas. «Mi madre me dijo que me fuera, quería estar sola. Me dijo que lo iba a hacer, pero que yo tenía que irme». Daniel tuvo la poderosa tentación de pegarle una hostia cuando Nelson terminó su explicación, pero finalmente se mordió el labio inferior por dentro de la boca y logró contenerse. Tenía que confiar en que esa cuidadora de mierda cumpliese su cometido, él ahora no podía hacer mucho más. Si las cosas no salían, ya habría tiempo de ajustar cuentas con el indio.

Carlos se ha largado, pero sus colegas del Gómez de la Serna siguen en el local. El Dos Frentes está cada vez más pedo, pero juraría que conoce de algo a uno de ellos. Se acerca al grupo con pasos vacilantes. La rodilla cada vez va mejor, pero aún siente de cuando en cuando esos latigazos profundos tan desagradables. Daniel extiende el brazo hacia el chico y hace un gesto con la mano, como si estuviera llamando a un camarero. También dice algo, pero el ruido y la música hacen imposible que alguien le escuche. De todas formas, el chico ya no está ahí. En cuanto ha visto al Dos Frentes acercarse, se ha escabullido en dirección al meadero.

—¿Y a ese qué cojones le pasa?

De repente, el chico de la cicatriz se percata de que está en el centro de una especie de círculo formado por la chusma del Gómez de la Serna. Hay un par de tías apetecibles mirándole con una mezcla de temor y perplejidad. El que toma la palabra es un tío larguirucho cuyo rostro aguileño también le es familiar.

—Aquí estamos de buen rollo, tío. No queremos problemas —dice con tono tembloroso.

—¿Pero qué pollas dices? Solo quería saludar a tu colega porque creo que lo conozco de algo.

—¿No te acuerdas de nosotros? —ahora el chico parece recobrar un poco de valor—. Un día fuimos a tu casa a pillarle unos porros al Ciego.

El Dos Frentes frunce el ceño y mira hacia el suelo durante un instante. Luego da un respingo y exclama:

—¡Hostia, es verdad! Entonces ese tío era al que zurré. Pero ese día llevaba una gorra, creo. Y luego os fuisteis cagando hostias.

—Nos ha jodido… No queríamos recibir más. —El chico alto cree advertir en el Dos Frentes un aire de camaradería, y se relaja—. Después estuvimos por ahí un rato, fumando y bebiendo cerveza.

—¿Pero tú estabas o no? —El Dos Frentes mira extrañado al otro—. Ese día había tres tíos: Carlos, el de la gorra y uno con el pelo a tazón.

—Sí, ese era yo. Lo que pasa es que me he cortado el pelo. Estaba hasta los cojones de llevarlo largo, da mucho curro. —El chico duda si presentarse o no, aunque finalmente lo hace—: Me llamo Tomás.

El Dos Frentes obvia por completo las palabras del chico y fija su atención en su cara. Es fina y alargada. Lleva un pendiente en cada oreja, igual que Carlos.

—Coño, es verdad. —El Dos Frentes se queda mirando al otro con una media sonrisa desconcertante y luego dice—: Pues dile a tu colega que puede venirse, que hoy no muerdo.

Tomás compone una mueca rara, con la cara apretada, como queriendo parecer relajado, pero obteniendo el resultado contrario. Hace un ademán de darle la mano al Dos Frentes, pero desiste justo antes de que el chico de la cicatriz se dé cuenta.

Daniel está atento a otra cosa. La chica de rostro pálido y aspecto lánguido está ahí sin estar, como si flotase por encima del mugriento suelo del Absenta. Tiene el pelo lacio y negro y es extremadamente delgada. Resulta extraño: debería de ser la imagen propia de la desprotección, pero emana un aroma de indiferencia hacia todo

cuanto la rodea que denota seguridad. Al Dos Frentes le gusta esa tía por todo eso, aunque lo que más le ha impresionado ha sido la extraña certidumbre de que su piel, la de ella, esa piel blanquecina y llena de huesos que casi se transparentan, debe ser interpretada, analizada, estudiada por sus ojos y sus manos. No es algo sexual, es algo más complejo. Inevitablemente, las micras de LSD que lleva alternando toda la noche con el *speed* empiezan a hacer efecto.

El Dos Frentes acerca su boca al oído del chico.

—Tengo algo de mierda para pasar una noche guay —hace una pausa obligada porque su boca se ha quedado sin saliva—. Pregunta a tus amigas si quieren una raya.

Y después trata de que su mirada se clave como una espada en los ojos de la chica pálida. Pero yerra en el intento. Ella también le ha mirado, aunque solo ha sido un instante.

Sábado, 02:48 horas

En el espacio indeterminado de cielo en el que ahora mismo se encuentra, ¿qué hora se supone que es? Su vuelo ha salido a las doce y media de la noche con destino a Lima. Es decir, el Ciego ha salido de Madrid hace un poco más de dos horas y llegará a Perú a eso de las cinco y media de la madrugada, hora local. Entonces, ¿dónde se encuentra ahora exactamente y qué hora es? ¿Habrá alguien en el avión haciéndose justo en este preciso instante la misma pregunta?

Teodoro está inmerso en esas elucubraciones estúpidas porque volar le da miedo. Allí arriba se siente totalmente vulnerable y, si se deja llevar por las pulsiones de su mente, estaría imaginando sin cesar cómo serían esos momentos previos al accidente, el avión descendiendo sin control, los rostros deformados de su alrededor, la inminente amenaza del impacto, la muerte segura a tan solo unos segundos. Pero haciendo ese tipo de cábalas, el tiempo le pasa más rápido. O al menos eso cree él.

La mente es poderosa. Al igual que ha ideado este sistema para no sucumbir al pánico durante todo el vuelo, el cerebro del Ciego ha levantado una suerte de muralla del todo infranqueable entre lo que pasó hace algunas semanas con su hijo y su consciencia. Es verdad que ese día iba muy colocado, pero hay ráfagas de imágenes centelleantes y abruptas que al principio quisieron entrar en su cabeza. Pero el muro que había construido era de piedra, o de granito, o de mármol, o de todo junto, o de lo que cojones sea ese material gris e indestructible.

Y no era sencillo que ese muro resistiese. El Ciego estuvo ingresado un par de semanas en el hospital después de la paliza. Su

vida no llegó a correr peligro, pero presentaba numerosas lesiones en diferentes partes del cuerpo: tuvieron que operarle la muñeca derecha —que tiene vendada— y la rodilla izquierda. Ahora se desplaza con ayuda de muletas y tiene la cara hecha un cromo: un ojo tumefacto, los labios inflamados, la nariz como movida de sitio. Y el tajo en el rostro. Es una cicatriz que atraviesa una de las mitades de su cara. La herida nace justo debajo del ojo izquierdo y se extiende hasta la mandíbula. A veces le escuece y entonces Teodoro la palpa con la yema de los dedos. Es una costra dura y amarillenta, una línea larga y fina imposible de ignorar.

A Ahmed le contó que unos yonquis intentaron robarle unos cuantos gramos de coca que llevaba encima y él se resistió, demostrando así que era un tipo capaz de jugarse la piel por la mercancía del árabe. Al escuchar la historia, este esbozó una sonrisa de condescendencia y le dio una palmada en la espalda. No fue una gran recompensa, pero el Ciego se conformaba con que el árabe y sus amigos continuaran confiando en él para hacer el siguiente trabajo.

Debía transportar dos kilos de cocaína desde Lima hasta Madrid. Estaría en Perú nueve días con un visado de turista. En ese tiempo, los socios de los árabes le enseñarían cómo debía hacer para tragarse la droga y llevarla consigo en el vuelo de vuelta sin levantar sospechas. El Ciego aún no lo sabe, pero la droga irá envuelta en condones y, dentro de su cuerpo, le producirá un dolor agudo, por momentos insoportable. La contraprestación económica que recibirá cuando llegue a Madrid y logre expulsar la droga de su cuerpo es bastante superior a la de otros trabajos. El riesgo, también. Sabe que si le pillan irá a la cárcel. Sin embargo, Ahmed le ha asegurado que hay muchos vigilantes en ambos aeropuertos metidos en el ajo. Las posibilidades de que te examine un trabajador que no es de los nuestros, le dijo el árabe, son mínimas. Hazme caso, al final te darás cuenta de que es dinero fácil.

¿Y entonces por qué no vas tú, hijo de puta? Eso es lo que Teodoro quiso responderle, pero no lo hizo. En su lugar, aceptó el

encargo e hizo todos los preparativos necesarios para el viaje. Se iría un viernes por la noche, así que habló con sus padres para que recogieran a Clara durante la mañana del sábado. Les dijo que tenía que estar unos días fuera de Madrid porque le había salido un trabajo muy bien pagado en Suiza. El Ciego había escuchado alguna vez historias acerca de todo el dinero que ganan los españoles cuando se van a este tipo de países a currar como albañiles. Su padre refunfuñó, pero al final accedió. A Daniel, en cambio, no le ha dicho nada. Ahora apenas se ven y, cuando coinciden en la casa, no se dirigen la palabra.

Por otra parte, Camila sabe que Teodoro va a hacer un viaje de negocios «que puede cambiarles la vida», pero desconoce cuáles son esos negocios tan importantes y misteriosos. En realidad, la mujer colombiana no tiene demasiado interés en descifrar la respuesta, pero eso el Ciego no lo sabe.

Teodoro solo sabe que a su derecha hay una mujer obesa, de papada prominente y con varios pelillos rubios colgando, y a su izquierda un hombre de mediana edad, flaco y con gafas, leyendo concentrado un libro de un tal Kafka. Fuera, más allá de la ventanilla, todo es negro.

Sábado, 03:58 horas

Camila introduce la llave en la cerradura tratando de hacer el menor ruido posible. Cuando está dentro, no enciende ninguna luz, no lo necesita. Se sabe cada recoveco de ese piso de memoria. Se detiene en el pasillo que da a los dormitorios. El de doña Luisa está al fondo. Camila ha traído todo el material en los bolsillos del abrigo para evitar apoyarlo en ningún lugar de la casa. Tiene un vaso de plástico y una pequeña pipeta para administrar las gotas. El botecito con el veneno o medicamento legal —su hijo no fue capaz de explicárselo bien— está escondido en uno de los pequeños armarios del baño. Para extremar las precauciones, se ha puesto los guantes antes de entrar. Como calzado, lleva una especie de bailarinas. Lo demás es ropa de deporte negra.

Entra en el dormitorio de doña Luisa y accede al cuarto de baño. Allí, se da cuenta de que va a ser logísticamente imposible prepararlo todo sin apoyar ninguno de los elementos en algún sitio. Además, aunque su vista ya se ha acostumbrado a la oscuridad, no podrá realizar todos los pasos sin la ayuda de algún tipo de luz.

La mujer colombiana empieza a hiperventilar y nota cómo un sudor frío y ajeno empieza a mojar su camiseta interior. Trata de respirar de forma lenta y acompasada. Asume que tendrá que correr algún riesgo, por pequeño que sea. Pero el beneficio que va a obtener lo compensa con creces. Ese último pensamiento se instala en su cabeza: ¿de verdad le va a compensar matar a la viejita tan solo para obtener algo de plata y lograr el perdón de su hijo? No puede responder ahora porque sabe que ese diálogo interno lo podría complicar todo. En cualquier caso —se tranquiliza a sí

misma—, si todo va según lo previsto, la policía ni siquiera acudirá al domicilio de doña Luisa.

Antes de preparar el veneno, se acerca a la cama donde yace doña Luisa, que está girada hacia un lado. Viejita, musita Camila en ese extraño silencio nocturno que hay en las casas, únicamente roto por los quejidos lejanos de los muebles. Aunque sabe que tal vez no debería hacerlo, la cuidadora posa su mano sobre la de doña Luisa. No la acaricia ni hace nada, tan solo deja sus dedos quietos, sintiendo a través del plástico de los guantes las venas grises y frágiles de la anciana, la sangre recorriendo esas mismas venas, como borboteando, haciendo burbujas pequeñas, y desde ahí Camila también llega a percibir la tripa flácida de la vieja, y su esternón marchito y sus costillas afiladas y las costras de sus piernas y el pelo cano en la cara interna de sus muslos, y sus ojos no los ve ahora, pero sabe perfectamente cómo son, dos agujeros grises que tan solo hablan de finales y que irradian una sensación de miseria absoluta capaz de aplastar cualquier vestigio de vida.

Camila intenta contener el llanto, pero lo único que consigue es verse desbordada por un torrente interior de suciedad que arde, que quema, que destruye sus órganos, un chorro de mierda con grumos de alimentos regurgitados, un líquido marrón y pestilente que la mujer ya siente en la entrada de su boca.

Va al retrete y vomita. Es más espeso de lo que esperaba: comida engullida que ha salido de manera violenta de su cuerpo. Ahora tiene que limpiar todo ese desastre antes de darle las gotas a doña Luisa.

Sábado, 04:40 horas
Irina

Hace un frío cortante, ese tipo de frío que se incrusta en los poros de la piel, que deja paralizados los dedos y los músculos de la cara, el frío que, cuando ha pasado un espacio de tiempo, bloquea el pensamiento y alumbra una sola idea en la cabeza: entrar en calor.

Una de las otras chicas ha traído una estufa portátil medio descacharrada que más bien funciona como placebo. Pero ellas parecen satisfechas con la función del aparato. Son cuatro y están colocadas alrededor de la estufa. Ahora se están pasando una botella de vodka barato. Beben y ríen, aunque no hablan entre ellas, en primer lugar, porque no tienen cómo entenderse, cada una habla un idioma diferente, y en segundo lugar porque en realidad no tienen mucho que decirse. A lo sumo, alguna de ellas lanza al aire una palabra en español: *borracha, follar, polla, coca.* En esta última palabra insisten las tres acompañantes de la africana, y entonces ella saca una bolsita de su bolso, mete una llave diminuta en la bolsita, la impregna de polvo blanco, la acerca a la nariz de las otras y, por último, esnifa ella; acto seguido emite una carcajada grave y hace un gesto raro, como si constriñera el rostro.

A Irina solo le han ofrecido alcohol o droga en un par de ocasiones, propuestas que ella ha rechazado con sendos movimientos secos y rápidos de una mano, lo que probablemente las otras habrán interpretado como un signo altivo y desdeñoso. La última vez que intentaron pasarle la botella, hace una media hora, la chica gordita de pelo corto y rojizo la miró con desprecio primero y después dijo algo ininteligible a las otras que provocó una hilera de risas huecas y apagadas.

Irina no es una mujer especialmente sociable y, además, no conoce a ninguna de las chicas que están a unos metros de ella. Pero esa no es la razón por la que ha rechazado la botella. El test que se hizo esta mañana en la habitación del club dio positivo y, aunque el embarazo solo puede ser de unas pocas semanas, después de lo que pasó la última vez no quiere correr ningún tipo de riesgo. Recuerda la sangre oscura, el dolor punzante, las manos frías de la médica, sus movimientos mecánicos manipulándola por dentro, la forma aséptica de hablar con su compañera, palabras que recitaba como si se las supiera de memoria, la otra mujer tecleando sin levantar la vista del ordenador y ella ahí, con las piernas abiertas y el alma encogida. ¿El bebé, bien?, preguntó con un hilo de voz. Ya no hay bebé, respondió la médica. Ni siquiera tuvo que decirle a Stefan lo que había pasado: simplemente entró en el local, se echó en sus brazos y rompió a llorar. Después de todo aquello, Irina ha decidido mantener en secreto el nuevo embarazo, al menos hasta que haya pasado algo más de tiempo. De momento, prefiere dejar a Stefan al margen.

Es la tercera semana consecutiva que Irina sale a hacer la calle. Sabía que ese era uno de los castigos habituales del señor Mondero. De ese modo daba un toque de atención a las chicas que menos clientes conseguían en el *club*. Aunque Irina sabe perfectamente que ese no es su caso. El dueño del Red Flower quiere cortar de raíz la relación que tiene con Stefan, sea cual sea su naturaleza. La primera noche que la destinó a la Casa de Campo quiso que el propio Stefan la acompañara y fuese testigo de todas las relaciones sexuales que tuvo en aquellos coches mugrientos o al aire libre, entre los matorrales descuidados. Esa noche también fueron con ellos dos matones más del club, Irina pensó que como medida disuasoria, por si a Stefan se le ocurría hacer algo. Pero el hombre de la cabeza rapada no hizo ningún amago de emprenderla a golpes con ninguno de los eventuales clientes de Irina. Se limitó a estar de pie junto al coche, impasible, su rostro compacto, sólido, inamovible. Después,

cuando los servicios se hubieron terminado, se montó en el coche y condujo de vuelta hacia el local.

El sonido del motor de un coche que se acerca ha disuelto el círculo que estaba formado en torno a la estufa. Las otras chicas, con la africana a la cabeza, se colocan expectantes en el sendero por el que va a aparecer el vehículo. Irina se queda quieta, no va a pelear por ningún cliente. La noche no está siendo productiva, pero prefiere esperar a quedarse sola, sin competencia, antes que montar el numerito para convencer a uno de aquellos tipos, con los que no se acostaría por voluntad propia, ni aunque fueran los últimos supervivientes de un desastre natural en la faz de la tierra.

Buenas noticias. En el coche se han montado dos de las chicas: la africana y una alta y delgada que podría ser rumana. Aquí muchas lo son. O rusas. O ucranianas. O polacas. O latinas. Ninguna como ella. En estos años no ha conocido a ninguna mujer que venga de su país. Irina nació en Plovdiv, Bulgaria, aunque eso pasó en otra vida. Irina no hace esfuerzos por recordar a su madre, ni a su hermana, ni las calles en donde pasó la infancia. En su cabeza ya no hay sitio para eso. Ahora solo importan el bebé que alberga en su interior, los brazos protectores de Stefan y poder encontrar la manera de escapar pronto de ese repugnante lugar.

Sábado 05:20 horas

En el mismo momento en el que el Dos Frentes posa sus manos con cuidado en el fino cuello de la chica de la piel pálida del Absenta y acerca su rostro al de ella para intentar besarla, su padre acaba de sumergirse —a once mil quinientos metros del suelo— en un sueño vaporoso y frágil en el que no deja de escuchar todo lo que sucede alrededor; es el mismo instante en que Carlos intenta introducirse por primera vez en el cuerpo de Elena con cierta dificultad, muy despacio y muy mal, chocando contra una barrera extraña y viva, y Elena emite un gemido sordo pero auténtico que puede ser de dolor, de miedo, de placer, o de todas esas cosas a la vez; Nelson no siente nada de eso, lo que le recorre el cuerpo es más bien un lengüetazo de angustia que le ha obligado a unirse al grupo de los amigos del Gómez de la Serna de Carlos, que en este momento se están pintando unas rayas de *speed* en la superficie sucia y descascarillada de la cisterna del retrete; Stefan acaba de estampar la cabeza de un borracho que no estaba satisfecho con el servicio prestado en el Red Flower contra un retrete parecido, mientras que su novia, Irina, baja del coche de un señor mayor que huele a cerrado; y es justo ahora cuando Camila comienza a mover el cuerpo de doña Luisa con un suave balanceo de mano, acaricia su mejilla inerte al tacto del guante, y le empieza a susurrar con una voz que le suena completamente desconocida: «Vamos, abuelita, despierte, hay que tomar la medicina», y ella, la vieja, intenta abrir los ojos, pero solo acierta a entornarlos, y en su boca se dibuja una sonrisa de ingenuidad, y cuando los abre del todo e identifica a su cuidadora, una luz candorosa ilumina a la que será su verdugo.

Y todas esas cosas están pasando a la vez, en este preciso momento, pero en realidad todavía no ha pasado nada que vaya a producir un verdadero cataclismo. Todos ellos —el Dos Frentes, Nelson, Carlos, Elena, el Ciego, Stefan, Irina, Camila, doña Luisa— bien podrían quedarse suspendidos en este instante, flotando en un limbo inocuo, tan solo existiendo, sin actuar, o tan solo actuando de un modo distinto a cómo lo van a hacer.

Aunque, a decir verdad, para que la partida siguiera su curso natural, todas esas bolas que continúan en el tapete deberían dejar de moverse lentamente, quedarse quietas hasta el próximo golpe del taco. Con que una sola de ellas adopte un rumbo inesperado, con que únicamente una haga un giro imprevisible, con que sea una la que pretenda deformar el destino, todo saltará por los aires, y el terremoto alcanzará a todas y cada una de esas bolas, que tal vez no han elegido estar ahí.

Ahora, a las cinco y veinte de la madrugada, aún están a tiempo, pero ninguno de ellos lo sabe.

Sábado, 06:15 horas

—¿Pero seguro que tú estás para conducir? —pregunta Tomás al Dos Frentes desde el asiento trasero del Opel Vectra.

¿Eso que está sonando es el Sweet Dreams, *de Eurythmics*?

—¡Que sí, coño, no seas pesado! —Daniel baja la ventanilla e intenta lanzar un escupitajo, pero lo hace sin la suficiente potencia como para sacarlo fuera, y una fuerte racha de viento provoca que el salivazo termine aterrizando en la parte trasera del coche, al lado de Tomás—. Y si no te mola, pues te piras. Yo me voy de putas.

Tomás mira con repulsión el escupitajo oscuro y verde y trata de buscar en el coche algo con que limpiarlo. Encuentra un paquete de papel de fumar vacío, lo examina con detenimiento durante unos segundos, se encoge de hombros y lo restriega con el esputo. El resultado no es el esperado.

En el asiento del copiloto está Nelson, callado y muy tieso, con el semblante lívido.

—¿Y a ti qué te pasa, indio, tampoco te gusta el plan? —pregunta el Dos Frentes con voz pastosa.

Nelson tan solo acierta a afirmar con la cabeza y a mostrarle al conductor la palma de la mano izquierda, como queriendo pedir calma. Está haciendo verdaderos esfuerzos por no vomitar. El Dos Frentes no lo nota y sigue conduciendo con brusquedad. Cada cambio de marcha es como una estocada para el coche, que se revoluciona y se mueve a violentos impulsos.

—Para, por favor —suplica el chico colombiano.

—No me jodas, indio. Como potes dentro del coche, te mato.

El vehículo se detiene y Nelson abre con dificultad la puerta, consigue dar dos pasos oscilantes, como si fuera un péndulo, y

expulsa de su boca un interminable chorro amarillento. No entraba en sus planes acabar la noche con el descerebrado del Dos Frentes y con aquel amigo feo y simplón de Carlos, pero en el cónclave que se formó hace un rato en la puerta del Absenta ellos fueron los únicos que no quisieron irse a dormir. Tomás prefería irse a un *after,* pero el Dos Frentes se mostró inflexible: «Si vamos en mi coche, elijo yo. Y lo que quiero es follar».

Tomás y Nelson se habían fijado en el extraño cortejo que Daniel había dedicado a la muchacha lánguida y delgada. Al principio, con los brazos apoyados en la columna sobre la que ella descansaba, el Dos Frentes parecía susurrarle cosas al oído. Ella no se reía, apenas movía levemente la comisura de los labios, tampoco contestaba. Sin embargo, seguía ahí, no hacía ademán de marcharse ni de rechazar la conversación del Dos Frentes, que, por otra parte, desprendía una delicadeza que Nelson no había visto jamás cuando interactuaba con una mujer.

Pasado un rato sin obtener más respuesta que el olor afrutado de su pelo, el chico de la cicatriz se dirigía a la barra para pedir una copa, o iba al baño a drogarse, o a mear, o a drogarse y mear, o se entretenía saludando a alguno de sus conocidos, en su mayoría tipos del gimnasio que por la noche cambiaban los batidos de proteína por bolsitas de polvo blanco que el mismo Dos Frentes les proporcionaba.

Y ella continuaba impertérrita allí, en la columna, observando con un aire de suficiencia todo lo que ocurría a su alrededor. Entonces el Dos Frentes volvía a su lado y el ritual comenzaba de nuevo. En uno de esos acercamientos, Daniel se quedó unos instantes mirando con intensidad los ojos oscuros de la chica y se atrevió a besarla. En ese momento —tan fugaz y eterno como la pequeña llama de una vela—, Tomás y Nelson estaban esnifando *speed* en el baño. La chica no respondió al beso de ninguna manera, solo dejó sus labios cerrados y quietos, unos labios agrietados, secos, ásperos como el esparto que estremecieron al Dos Frentes nada más entrar en contacto con ellos.

Después, el chico de la cicatriz apartó con la mano el pelo de la chica para dejar libre su oreja y le contó el sueño que había tenido hacía ya mucho tiempo, ese sueño en el que estaba en un parque infantil con su hermana, que en el sueño no era una niña retrasada, sino una aplicada universitaria, y que finalmente no era su hermana sino su novia. La chica que en el sueño se transformó en su novia tenía el mismo aspecto que la que ahora mismo estaba a centímetros de su cara. Obviamente, el Dos Frentes no le contó todo el sueño. Primero, por pura vergüenza, y segundo, porque la masiva ingesta de sustancias estupefacientes a la que había sometido esa noche a su cuerpo le impedía encadenar más de dos frases inteligibles y con cierto sentido. De modo que solo le dijo que una noche soñó que estaban juntos, que ella era su novia. Empleó ese término, aunque le parecía una palabra jodidamente moña.

Entonces, por primera vez en toda la noche desde que el Dos Frentes se había acercado a ella, la chica se giró hacia su interlocutor.

—Nunca sería tu novia; eso es imposible, no puede ser.

No era una especie de broma para continuar con el coqueteo, no existía indicio alguno en su rostro de cualquier otra cosa que no fuese un contundente y profundo rechazo. Ni siquiera era eso, un simple rechazo. No, esa respuesta era una ley, un mandato establecido en el universo. Sencillamente, eso no podía ocurrir. Por eso la expresión de la chica se tornó en genuina sorpresa al escuchar las palabras de Daniel, incrédula ante la pueril ingenuidad del chico de la cicatriz, que en ese momento deseó evaporarse, desaparecer de aquel lugar.

No lo hizo, tampoco respondió con enfado o rabia ante las palabras de la chica. Simplemente se apartó unos metros y se quedó en silencio, mirando hacia el suelo, taciturno, y moviendo las piernas con desgana al ritmo de la música.

Cuando Tomás y Nelson regresaron del baño, algo había cambiado en el ambiente. El Dos Frentes estaba nervioso, acelerado, y lo único que hacía era instar a los demás a que se largasen de allí

y continuaran la fiesta en otro sitio. Se movía de un lado para otro, le hablaba a Tomás, también a un par de tíos colocados y fornidos que bailaban en la pista, hasta incluyó a Nelson en su nómina de potenciales acompañantes. «Vámonos de esta mierda de sitio, aquí no hay tías que follen», le dijo, llenándole la oreja de saliva en un esfuerzo titánico por vocalizar.

Cuando salieron a la calle, Nelson aceptó la propuesta del Dos Frentes básicamente porque tenía frío y porque lo último que quería esa madrugada era estar solo. Tomás, en cambio, dijo que sí porque sentía aquella oferta como una oportunidad: admiraba al Dos Frentes, le creía uno de los pesos pesados del barrio y, sin duda, exprimir junto a él la madrugada le ayudaría a subir varios peldaños en el estatus social de Valdeyeros. No tenía ni idea de que al chico de la cicatriz todo eso se la sudaba en aquel momento: lo único que anhelaba era hacer algo que le calmara esa presión que sentía en el pecho.

—¿Y a dónde se supone que vamos? —pregunta Tomás, acercando su cabeza hacia la parte delantera.

No hay respuesta. Solo se escucha la música y el viento aporreando los cristales.

Sábado, 06:50 horas

Irina está sopesando seriamente la posibilidad de volver al club. La noche no ha sido un desastre absoluto, pero desde luego sus ganancias tampoco van a colmar las expectativas del señor Mondero. A unos metros de ella está la chica africana abrazándose a sí misma y moviendo lentamente las piernas para entrar en calor. La estufa —o lo que sea eso— ya no funciona. «Mucho frío», dice mientras muestra una mueca de dolor.

Las demás ya se han ido y parece que la negra ya no tiene ganas de guerra. Mejor, a estas horas las batallas siempre se pierden. Irina recuerda con una tenue sonrisa interior esa frase. Se la dijo Stefan uno de los primeros días en los que hablaron. Se encontraron en la puerta del ascensor. Él salía y ella entraba. Irina notó la tensión en el rostro rubicundo del portero del local. Aunque el hombre intentaba contenerlas, esas diminutas partículas transparentes se movían como abejas alrededor de su cara. Supuso que venía de arreglar un problema. Algún cabrón se habría puesto pesado con una de sus compañeras. Stefan le preguntó si subía a dormir o a hacer algún servicio, aunque en ese momento no había ningún hombre acompañándola. Irina le confirmó que su jornada de trabajo había concluido y Stefan le dijo esa misma frase: «Mejor, a estas horas las batallas siempre se pierden».

Irina duda de si hacer un último esfuerzo para conseguir algo más de dinero. Así, Mondero quizá le levante el castigo y ella no tenga que volver a este lugar inhóspito. Saca un espejito de su bolso y, al mirarse en él, se topa con unos pómulos cadavéricos y unos labios incoloros. También está el pequeño lunar de su barbilla. Una mañana de esas en las que pasaban horas y horas tirados en la cama, Stefan

se quedó mirándolo mucho tiempo y le dijo que era como un enorme signo de interrogación. Una pregunta sin respuesta, eso es lo que dijo exactamente. La tentadora perspectiva de reencontrarse con Stefan hace que Irina agarre el móvil con decisión y pida un taxi por medio de una aplicación. A estas horas hay poca oferta y mucha demanda. En la pantalla aparece un mensaje —«Estás en la cola»— y un rudimentario juego parecido al Tetris con el que matar el tiempo de espera. Mira a la africana: ella tampoco se da por vencida, sigue ahí, esperando un último cliente.

De repente, dos chorros de luz surgen de entre la espesa negrura. Irina cancela la petición de taxi que ha hecho hace unos minutos. De todos modos, seguía estando en la cola. Guarda el móvil en el bolso justo en el momento en el que una idea remota e inoportuna, venida desde muy lejos, irrumpe en su cabeza: ha olvidado el espray de autodefensa que Stefan da a todas las chicas del club que tienen que trabajar en la calle. En cualquier caso, ella nunca se ha llevado ningún susto y esta noche está siendo tranquila: todos sus clientes han sido hombres de más de cincuenta, con cierta tendencia a la obesidad y con verdadera prisa por terminar y volver a sus casas. De hecho, Irina ha creído notar el arrepentimiento en un par de tipos mientras se estaba produciendo el acto: en una noche así, gélida y ventosa, únicamente la pasión real puede hacer que tener sexo en la parte trasera de un coche sea algo placentero.

Irina echa a un vistazo a su izquierda: la africana no ha hecho siquiera ademán de ponerse en guardia ni de acercarse. El coche pasará primero al lado de Irina y su compañera ha decidido respetar el orden y desistir de entrar en una ridícula competición por persuadir al cliente. Bien: Irina tampoco lo hubiera hecho.

Es un coche viejo y como alargado, y la bruma que se produce cuando la luz de los faros intenta traspasar la neblina de la madrugada le confiere un aire siniestro, como si viniese de otro mundo. Irina se pone las manos en la cintura y posa con desgana: a esta hora no está dispuesta a mucho más.

Tan solo cuando la ventanilla del conductor baja, intuye que en el coche hay más de un hombre, aunque no lo sabe con seguridad. Todo sucede rápido y como por inercia. Irina no piensa, únicamente actúa como se supone que debe actuar. ¿Cuánto?, pregunta una voz ronca y profunda. Treinta euros, contesta ella, y acto seguido sube al coche por la puerta trasera que uno de los hombres acaba de abrir.

En realidad, son tres chicos jóvenes. La corriente de preocupación que empieza a recorrer las piernas de Irina se desvanece cuando observa al que está a su lado. El muchacho esboza una sonrisa tímida y nerviosa y aparta la mirada de inmediato. Es posible que sea la primera vez para todos ellos. Solo son tres chicos algo borrachos y con ganas de experimentar. Normalmente Irina no acepta servicios múltiples fuera del club, pero esta vez tiene la impresión de haber acertado. Si juega un poco con ellos y es simpática, tal vez incluso se ofrezcan a llevarla en coche hasta el Red Flower. Una vez le pasó algo parecido con un hombre con el que ni siquiera tuvo sexo. Bastó con que escuchase sus problemas y le agarrase de la mano. La soledad es a veces más poderosa que el deseo.

Por eso ahora mismo Irina no tiene miedo. Porque solo va a ser un rato, el último rato de esa noche, y después se irá con Stefan. Porque ella es la mayor en ese coche y, como tal, impondrá sus reglas y sus tiempos. Quizá incluso sea divertido contemplar cómo tres niñatos son sometidos por una sola mujer. No, Irina no tiene miedo. Todavía no.

Sábado, 07:12 horas

Carlos y Elena abandonaron el hostal aproximadamente cuatro horas después de entrar en la habitación. Ella parecía haberse sumergido en un sueño ligero, su cabeza apoyada en el hombro de él, su pierna incrustada entre las del chico. Él ni siquiera había cerrado los ojos en ningún momento. Estaba tumbado bocarriba, con el brazo izquierdo situado por debajo de su cabeza, haciendo de segunda almohada.

Carlos había puesto el móvil en modo vibración, pero no recibió ningún mensaje ni ninguna llamada durante esa madrugada. En teoría, eso no tenía por qué ser una mala señal. Habían llegado al acuerdo de no guasapearse, ni mucho menos llamarse en esa noche. En sus móviles no debía haber indicio alguno que pudiera relacionarlos mínimamente con la muerte de su abuela.

¿Estaría ya muerta? Esa es la pregunta que retumbaba en su mente una y otra vez, rompiendo el silencio metálico que imperaba en la vieja habitación. De lejos venía el rumor de una máquina de bebidas que había en el recibidor del hostal. Y a su lado, el casi imperceptible sonido de la respiración de Elena. Pero esos sonidos se habían integrado en el silencio, formaban parte de él. Lo que se escuchaba de verdad, lo que partía ese silencio en dos era la insistente pregunta: ¿estaría ya muerta?

No había modo de saberlo desde allí. Carlos sabía que tenía que levantarse, vestirse y marcharse a su casa para afrontar el acontecimiento que debía cambiar su vida para siempre. Pero a la vez temía hacerlo, sentía pavor tan solo de imaginar la situación. El cadáver de su abuela en la cama, a saber de qué color y oliendo a qué, la llamada al 112, las explicaciones cuando vinieran los médicos, todos los ritos fúnebres a los que debería hacer frente,

informar a los pocos miembros de la familia que aún quedaban desperdigados por ahí. Lo realmente difícil empezaba cuando la vieja expirara. Por eso, Carlos trató de dilatar el momento al máximo. Primero se propuso contar hasta cien unas cuantas veces. Luego contó solo hasta cincuenta. Finalmente —¿cuánto tiempo había pasado ya, quince minutos, una hora, dos horas?—, decidió que la última tanda sería de diez. Cuando llegó al nueve, tenía la boca seca y varias partes del cuerpo entumecidas.

—Creo que me tengo que ir ya, mi abuela está sola.

Elena comenzó a mover los labios lentamente, cerró muy fuerte los ojos, como si se rebelara ante el inminente despertar, y después los abrió de golpe.

—Pero si quieres, tú puedes quedarte a dormir y pirarte después; la habitación está pagada hasta las doce.

Esa última frase de Carlos no generó ningún efecto en el rostro de Elena, que permaneció neutro e indescifrable mientras ella se vestía y recogía sus cosas.

Bajo el cielo oscuro y una luna redonda y brillante, ni siquiera se dieron un beso para despedirse.

—Menuda puta mierda de noche —dijo Elena justo antes de darse la vuelta y ponerse a caminar con hastío en dirección al metro.

Carlos no tenía tiempo para ese tipo de mierdas. Le había dicho a Elena que prefería coger un autobús que le dejaba más cerca de su casa, pero en cuanto la perdió de vista, alzó la mano para llamar al primer taxi que vio. Abrió la puerta de su casa con ansiedad y luego se quedó parado en el recibidor. Trataba de escrutar el silencio de la vivienda, lo comparaba con el que había en la sala refrigerada del tanatorio en la que estuvo el ataúd donde descansaba el cadáver de su madre.

¿Era este silencio igual que aquel, el silencio de la muerte?

Con el corazón en la garganta y a pasos desgarbados, como quien entra por primera vez en territorio desconocido, Carlos se encamina ahora hacia el dormitorio de su abuela. Ha decidido de repente, presa de una fuerte oleada de ansiedad, que no va a tocar

ningún mueble de la casa, ni siquiera los interruptores. Su mente distorsionada y brumosa ha llegado a la conclusión de que sus huellas no pueden estar en ningún sitio, aunque esta también sea su casa.

De modo que únicamente se guía por la linterna de su teléfono móvil. Y con esa luz potente y menuda, como de hospital, Carlos enfoca a doña Luisa. Su rostro está contraído, soportando una tensión invisible, los dientes apretados asomando por la diminuta grieta que se ha abierto en sus labios. Carlos se acerca a la cama. La vieja está respirando. Su pecho se mueve con tanto esfuerzo que Carlos cree que el esternón va a atravesar la piel. Su respiración es fatigosa y desigual, a ratos incluso desaparece.

Su abuela está agonizando y Carlos no sabe qué cojones tiene que hacer. El Dos Frentes le aseguró que esas gotas eran letales, pero no precisó cuánto tiempo tardarían en hacer efecto. ¿Y si la vieja tarda en morirse? ¿Se supone, entonces, que su nieto debería llamar a una ambulancia? Si es un nieto que no desea que su abuela muera, sin duda tendría que hacerlo. Lo contrario sería sospechoso. Aunque quizá lo único que deba hacer es esperar un poco más de tiempo, irse a su habitación, tumbarse en la cama un rato y volver allí cuando la vieja se haya largado de una vez de este mundo.

Tiene que haber un momento en que la vida de su abuela se extinga definitivamente. Sí: un momento en que su pecho ya no se mueva, una última respiración, la rigidez y el frío apoderándose de su cara y de sus dedos. Los dedos de una vieja muerta. Esos dedos delgados y huesudos que se llenarán de tierra seca.

Pero, joder, ese momento no llega y su abuela sigue viva y hay pájaros que cantan ahí afuera, y a lo mejor son solo imaginaciones suyas porque los pájaros no deberían cantar cuando hace frío, y lo único que se le ocurre es llamar a Nelson, llamarlo una y otra vez hasta que coja el puto teléfono y le diga lo que coño ha pasado, pero los tonos se agotan y la línea se corta, eso es lo que está pasando ahora, que Carlos llama y Nelson no responde, que Carlos

se caga en la puta y Nelson no responde, que Carlos está a punto de resquebrajarse por dentro y el cabrón del colombiano no contesta.

Y entonces se para un momento y mira a la vieja respirar y se acuerda de su madre muerta, y ya no hay pájaros fuera, sino máquinas construyendo o destruyendo algo, qué más da, y coge el teléfono y vuelve a llamar, aunque sabe perfectamente que no habrá respuesta, y eso en el fondo, muy en el fondo, le produce una satisfacción pequeña y sucia, es como una especie de vacío placentero, un pellizco fuerte en el pecho, un pellizco tan fuerte que le hace sangre, tan fuerte que le hace sentirse vivo.

Sábado, 07:14 horas
Se nos fue (II)

[…] *Y el zumbido, siempre el zumbido. Como una señal de alerta, como un anuncio del inminente peligro que ahora los acucia. Como para tomar conciencia de que todo aquello ha sido real.*

La marcha que no entra. El cristal de la ventanilla trasera temblando tras el portazo. El motor revolucionado. El pinchazo en la rodilla del Dos Frentes. El olor a neumático quemado. El gato mirando a Nelson, retándolo. El cuerpo de la mujer en el suelo, boca abajo, sus piernas, flacas y onduladas, parecen chicles. La mandíbula frenética de Tomás. La claridad arruinándolo todo.

Tienes que atropellarla, da marcha atrás y pasa por encima de ella. Eso es lo que dijo Nelson hace un momento, y el Dos Frentes frenó, miró por el retrovisor y a punto estuvo de hacerle caso. Pero luego volvió en sí. Qué coño dices, indio. Y reanudó la marcha y se alejó de la mujer.

Tomás y Nelson van detrás y no han abierto la boca en todo el camino. El Dos Frentes carraspea, tose. Mira a un lado y a otro, nervioso. Hay un semáforo en rojo y ningún coche en la carretera. Bajaos aquí, dice. Y no hagáis gilipolleces ni le contéis nada a nadie, dice. Y los chicos obedecen y se apean del coche.

Tiene que ver a Clara antes de largarse. El Dos Frentes conduce con una destreza inexplicable hasta su casa. Tiene que asegurarse de que está bien y después pararse a pensar. Lo va a hacer en la cama, mientras la mira dormir. Su abuelo le informó de que el sábado por la mañana irían a recoger a Clara, al parecer el Ciego había tenido que salir de la ciudad por un asunto de trabajo. A saber en qué anda metido ese yonqui. De modo que llamará a su abuelo y

le dirá que tienen que venir antes de lo previsto, que a él le ha surgido algo y se tiene que marchar. Más tarde, cuando le haya dado un beso en el pelo y haya acariciado levemente su mejilla, se irá a buscar al único hombre que lo puede ayudar en una situación así: Miguel, el nigeriano.

Sábado, 08:15 horas

Han sido los primeros en entrar en el VIPS. Aunque normalmente iban al establecimiento mucho más tarde, a la hora de la comida o la merienda, han coincidido con una camarera que los conocía. La chica, achaparrada y de piel atezada, les ha dedicado una sonrisa al verlos llegar que pronto ha demudado en una mueca de preocupación al reparar en el aspecto de la mujer y del chico. Hace mucho frío, pero Camila tan solo lleva unos *leggings* negros y una camiseta de tirantes cubierta por un abrigo de plumas largo, también negro, que no se va a quitar en todo este rato. No lleva maquillaje, y sus profundas ojeras parecen hundirle los pómulos. Por su parte, Nelson porta una sudadera marrón con capucha que se abre por la mitad, dejando ver una camiseta vieja y sucia que muestra la imagen de una cara amarilla y sonriente. También lleva unos pantalones de pana beis con los bajos completamente roídos. Su rostro demacrado exhibe el cansancio de toda una noche, aunque en el fondo de su expresión, de su mirada, hay un desconcertante brillo de algo que se asemeja a la exaltación. La camarera ha bajado la mirada cuando ha percibido las motas blancas en los alrededores de los orificios nasales del chico. Mientras pedían tortitas, cafés y jugos de naranja, no ha levantado la vista de la pequeña libreta.

Los dos sienten la necesidad de hablar cuando la chica se retira. Empieza Camila:

—No he podido hacerlo, mijo. El frasco con el veneno no estaba, alguien tuvo que llevárselo. Yo le juro que había dejado el botecito en uno de los armaritos del baño, le juro que lo hice todo como me mandó usted. Es verdad que fui a despertar antes a la viejita y eso no era lo acordado. Pero tenía ya el vaso en la mano. La vieja se

despertó y yo no más fui a por el veneno, pero el frasco no estaba. ¿Y sabe lo que le digo? Que si el frasco no estaba, sería por algo. Que Dios no ha querido que matemos a la vieja. Que eso es lo que íbamos a hacer, mijo, usted y yo lo íbamos a hacer. Sé que he cometido muchos pecados y también sé que a usted le he partido la vida en dos, pero esto era demasiado. Dejemos que la vieja viva, ¿sí? Ya encontraremos el modo de conseguir plata.

Nelson ha permanecido en silencio un buen rato, primero mirando fijamente a su madre, luego con la vista posada en un punto indeterminado de la pared. Su cabeza descansa ahora sobre su brazo derecho, que a su vez está extendido en la mesa. Los ojos del chico se cierran durante unos instantes, solo han sido segundos, pero Nelson cree haberse quedado dormido. Y puede que lo haya hecho. De pronto, se incorpora con un movimiento brusco y agarra con fuerza el brazo de su madre.

—Usted no entiende nada. Olvídese de eso, la vieja ya no importa. El plan, el veneno, la casa, el dinero. Todo eso se puede ir al carajo. —El chico afloja la presión sobre el brazo de la mujer y baja la voz antes de seguir—: Esta noche ha pasado algo terrible y yo tenía que contárselo, ustedes tienen que saberlo.

Camila frunce el ceño y entorna los ojos, como si tratara de descubrir algo oculto en la cara de su hijo.

—¿Pero qué está diciendo?

—Yo estaba allí y lo he visto todo, ellos la han matado. Está muerta, su compañera está muerta.

—¿De quién habla? —Camila sujeta la barbilla de su hijo y acerca su rostro al de él, como examinándolo—. ¿Usted se encuentra bien? —Ahora la mano de la mujer asciende hasta los alrededores de la nariz del chico—. Ha tomado algo, ¿verdad? ¿Qué es lo que le han dado?

—Ese no es el asunto que importa ahora. Escúcheme bien.

Nelson aparta la mano de Camila de su cara e intenta concentrarse en lo que va a decir. Sabe que ha llegado el momento. Desde que se fijó en el lunar de la chica, supo lo que haría. Quiere

salvarse, pero también quiere condenarlos a ellos. Al Dos Frentes, por supuesto, pero también al chico que lo había rechazado. El gato le avisó de que este momento llegaría y ahora lo comprende todo. Va a traicionar a Carlos por no amarlo, va a decir su nombre en lugar del de Tomás para mandarlo al infierno.

—Yo estaba con Carlos, el nieto de la vieja a la que usted ha decidido dejar con vida. En ese antro también estaba un amigo suyo, un chico que usted no conoce y que tiene una marca en la frente. Yo quería irme a casa, pero ellos insistieron en continuar la fiesta. Nos montamos en un coche viejo, conducía el de la cicatriz. Yo le juro que no sabía a dónde íbamos, pero de pronto el coche se paró en una especie de parque o descampado, yo no podía verlo bien. Y allí fuera había mujeres que hacen lo mismo que usted, ¿me entiende? Allí fuera había putas.

Camila no parece reaccionar al oír esa palabra nunca antes pronunciada por su hijo.

—Y una de ellas subió al coche. Era una de sus compañeras, trabajaba en el local. Yo la vi el día que celebramos su cumpleaños, el día que usted discutió con su amiga, ¿recuerda? Pues cuando salí de su habitación, me encontré con ella y bajamos juntos en el ascensor. Era muy delgada, rubia con raíces negras, seguramente venía de uno de esos países de Europa del Este, y además tenía un lunar en la barbilla. Ese es el tipo de cosa que a uno se le queda grabado en la mente y ni siquiera lo sabe hasta que vuelve a ver a esa persona. Bien, pues al salir del ascensor, esa chica fue a reunirse con el matón del club, ese que bromeaba con ustedes en la habitación. Les debió de dar igual que yo estuviera ahí o se debieron de olvidar de mí, yo no sé, pero ellos se besaron ahí en medio, delante de mí. La chica y el matón.

—Entonces era cierto lo que dijo Regina: Stefan está emparejado con una de las chicas. —Camila se detiene y eleva la mirada hacia el techo, con rictus pensativo—. Pero no sé quién puede ser, por el club pasan tantas… Aunque si la viese, igual la reconocía, eso puede ser.

Nelson se inclina hacia delante y, con un gesto de la mano, le indica a su madre que se calle y le permita seguir hablando. En el tono de su voz, que todavía intenta ser un susurro, se percibe impaciencia.

—Yo creo que usted no está comprendiendo bien. La cosa es que esa chica de la que le hablo subió al coche y ahí empezó la pesadilla. Primero fue su amigo, el de la cicatriz en la frente, el que abusó de ella; después Carlos hizo lo mismo y de pronto los dos empezaron a golpearla. Le daban puñetazos en la cara y en el cuerpo, en la tripa y en las piernas, con las manos la agarraban del cuello, así como estrangulándola, andaban fuera de sí. Yo intenté pararlos, les decía que la dejáramos en un hospital y luego nos fuéramos a casa, o que por lo menos no le hicieran ya más daño y nos largásemos de allí, pero estaban furiosos, como poseídos, no se podía razonar con ellos. Ese muchacho de la marca en la frente es un animal, ¿sabe? Como sacado del mismo infierno: ha violado a varias chicas y desde luego no es la primera vez que le da una paliza a alguien. Trabaja con la mafia de los nigerianos vendiendo droga. Y Carlos estaba anoche a su misma altura. Todo fue a peor un momento después, cuando el otro sacó una navaja del calcetín. Yo no creí que fuera capaz de clavársela, pensaba que iba a asustarla solamente. Pero me equivoqué. El chico de la cicatriz le clavó la navaja en la zona del abdomen y la sangre empezó a manar del cuerpo de la chica con rapidez. Era como espesa y de un color rojo oscuro, eso lo recuerdo bien. Y mientras todo eso pasaba, Carlos apretaba el cuello de la chica con las manos. La estaba estrangulando y parecía dispuesto a llegar hasta el final. La chica respiraba con dificultad, como jadeando. Eso era lo que se escuchaba en el coche. Pero de pronto el sonido de su respiración dejó de sonar. Entonces abrieron la puerta y la dejaron caer al suelo. Estoy casi seguro de que la mataron, esa chica debe de estar muerta ahora y todo esto que le acabo de contar lo vi con mis propios ojos.

—Santo Dios… —dice Camila, horrorizada—. ¿Y a usted no le hicieron nada, mijo?

—El chico de la marca en la frente me colocó la navaja aquí —miente Nelson, señalando con el índice un punto de su cuello—, pude sentir el filo frío y húmedo, así como viscoso, supongo que sería por la sangre de la chica. Me hicieron prometer que no diría nada a nadie y después me dejaron tirado en un semáforo. Eso ha pasado hace poco rato, no sé, una hora o algo más.

La camarera trae los desayunos y ambos permanecen en silencio durante varios segundos, tal vez sean minutos.

—¿Pero usted está seguro de que esa chica era la misma que vio aquel día en el local? Mire que lo que importa es que usted está bien, y con estas cosas a veces lo mejor es dejarlas pasar. —Camila hace una pausa, asiente levemente con la cabeza, como convenciéndose a sí misma, y continúa con más decisión—: Esto es lo que haremos, mijo: esperamos un tiempito a que las cosas se calmen y después yo hablo con el señor Mondero, le doy la plata que me pida, que algo estoy ahorrando, y nos vamos de aquí. Todo esto ha ido demasiado lejos.

—Esa chica era una de sus compañeras y ahora está muerta. La han matado esos dos descerebrados y el próximo puedo ser yo o usted misma, ¿quién sabe? Puede que dentro de no mucho usted se vea obligada a prostituirse en la calle y tenga la mala suerte de cruzarse con dos tipos así en una noche como esta. No podemos seguir adelante como si no hubiera pasado nada. Tiene que hablar con ese hombre, tenemos que contarle lo que le ha pasado a la chica, él tiene derecho a saber.

—¿Y si mejor se lo contamos a la policía? Y que los detengan nomás.

—Eso lo complicaría todo mucho más. Tendríamos que dar muchas explicaciones, y ellos podrían irles con el cuento de que planeábamos matar a la vieja y que era usted la que le iba a dar el veneno. Si hasta ha entrado en su casa y a punto ha estado de hacerlo. Y si se enteran de que yo los he delatado, me encontrarán y me matarán, estoy seguro. No, esto tenemos que solucionarlo de

otra manera. Solo hablemos con ese hombre y que él decida lo que hacer, no le pido nada más.

Camila da un largo sorbo al café y siente cómo el líquido caliente le abrasa la garganta.

—Está bien, hablaré con Stefan —los ojos verdes de Camila están clavados en el rostro de su hijo—, pero después de eso nos iremos de aquí y nos regresaremos a Colombia. Prefiero nuestra vida de antes, fíjese lo que le digo.

Sábado, 09:02 horas

¿En serio no se le podía ocurrir otra alternativa que pedir ayuda a los nigerianos? ¿No iba a tener otra idea mejor que acudir a los tipos que a punto estuvieron de matarlo y a los que ahora debía un montón de pasta? ¿Eso es todo lo que podía dar de sí su cerebro en una situación límite? ¿De verdad no había nada más que pudiese hacer para salir del atolladero que él mismo había creado?

Desde casi cualquier punto de vista, la llamada que el Dos Frentes hizo a Miguel cuando salió de su casa tras despedirse de su hermana Clara no era, ni de lejos, el movimiento más inteligente que podía elegir en ese sórdido tablero en el que se había convertido su vida. Pero el chico de la cicatriz andaba colocado, mucho, y en la profunda catatonia en la que se había sumergido no creyó que fuera capaz de acabar la partida él solo, sin ayuda de nadie. También estaba un poco desesperado y llevaba más de veinticuatro horas sin dormir. Todo eso cuenta. En su mente, en definitiva, lo que había pensado estaba bien, era lo más adecuado. Tal vez su relación no pasase por el mejor momento, pero Miguel siempre había mostrado cierta predilección por él. Por eso se decidió por llamarlo directamente, puenteando al cabrón de Cara Cráter.

El jefe le contestó extrañado, aunque después de un momento de silencio —es posible que la llamada lo hubiera despertado— le citó en el piso de Oporto, el del hechicero, el olor a incienso y toda esa mierda, el mismo lugar donde milagrosamente se recuperó del ataque de los nigerianos.

Cuando llegó allí, lo primero que vio fue a una mujer negra y rolliza gritando y gesticulando como una histérica. Cara Cráter le explicaría más adelante que ella había estado esa misma noche allí,

en la Casa de Campo, cuando ocurrió todo. Acababa de terminar un servicio cuando vio a la prostituta rubia caer del coche malherida y sangrando de forma abundante, y llamó a una ambulancia. Después, alentada por una ansiedad salvaje, avisó a los suyos para que la recogieran, y desde ese momento no había dejado de hablar sobre el incidente. Aunque la africana oronda no conociera a la víctima, había sentido la agresión como propia. Cuando sucede algo así —le diría más tarde Miguel con aire paternal, casi como si fuera un profesor—, las chicas se asustan, se ponen nerviosas, no quieren trabajar más en la calle y el negocio termina jodiéndose.

Eso había sido ya casi al final, cuando al jefe se le pasó el ataque de ira inicial y Daniel aún ni siquiera había hablado.

—Tú siempre jodes, chico. Todo va peor desde que tú llegar. Tendría que matarte ahora mismo, delante de todos —gritaba mientras empuñaba la pistola y movía la cabeza como un trastornado—. Tú eres mierda y nos manchas de mierda a todos.

A esas alturas, el Dos Frentes estaba tan pasado de rosca que no podía sentir el miedo. O, si lo sentía, lo disimulaba bien. Lo cierto es que estaba más preocupado por las posibles represalias de la banda para la que trabajaba aquella mujer —¿los turcos, los rusos, tal vez los búlgaros?— que por los maderos. El chico de la cicatriz contaba con estar en la cárcel en algún momento de su vida, pero no quería que fuese tan pronto. En sus fantasías, se veía en el futuro como un gran señor de la droga, un capo que de cuando en cuando tendría que estar algún tiempo en chirona, pero que incluso desde allí seguiría organizando golpes importantes. Eso ahora quedaba bastante lejos.

Daniel le dijo al hombre de las rastas que esa mujer se la había intentado jugar y que él únicamente se había defendido. Para empezar, había sido ella la que insistió en subir al coche. Después de meterse varias rayas de la droga del Dos Frentes y de sus amigos —mencionó que no estaba solo, pero no ofreció más explicaciones al respecto—, comenzó a exigir más dinero del acordado sin ni siquiera haber hecho ningún tipo de trabajo. La muy zorra quería timarlos y

además sacó una navaja del bolso para amenazarlos. Sus amigos se acojonaron, pero él le hizo frente y entonces las cosas se pusieron feas. La historia era creíble.

—La tía quería joderme y yo no podía permitirlo, y al final el asunto se nos fue un poco de las manos —dijo Daniel en esa minúscula sala en la que solo estaban Miguel, Cara Cráter y él.

Tras las explicaciones del Dos Frentes, el jefe caminaba de un lado a otro con la cabeza gacha, pensativo, hasta que le dio algunas instrucciones a Cara Cráter en su idioma y se marchó dando un portazo sin mediar palabra. Después el hombre de la cara con hoyuelos le explicó la nueva situación:

—Te vas a ir lejos de aquí hasta que la situación se calme. Te acompañará uno de los chicos. Ahora nosotros tenemos que arreglar tu cagada otra vez. Solo conservas la vida porque el jefe te quiere dar otra oportunidad, pero esta será la última. Considéralo un regalo de Navidad.

Y ahora el Dos Frentes está en un coche pequeño y ruinoso —posiblemente sea el mismo que lo transportó el día de la paliza en el sótano—, camino de alguna parte. Está realmente incómodo en el asiento del copiloto, con las piernas encogidas y, aun así, chocando con la guantera. Mira al frente absorto en ese mar gris que se acerca cada vez más a su cara, pero que nunca acaba de llegar, la interminable sucesión de líneas blancas, el cristal lleno de pequeñas grietas, casi invisibles, los insectos negros aplastados en él. Hay un murmullo metálico que lo inunda todo, como si hubiese cien conversaciones simultáneas en sus oídos; no es un ruido desagradable, a pesar de todo.

Y de pronto una voz grave y profunda que lo hace mirar a su izquierda. Y ahí está, rígido y quieto como una estatua, las manos firmes sobre el volante.

—¿Qué? —pregunta el Dos Frentes, sobresaltándose por su propia voz.

El chico de los ojos tristes no aparta la mirada de la carretera. Aunque el Dos Frentes no puede verlos, sabe que están ahí. Esos

ojos vacíos, huecos, dos agujeros sin vida.

—No he dicho nada.

Sábado, 09:30 horas
Elena

Ha intentado dormir al llegar a casa, pero el vértigo que le subía violentamente por el pecho se lo ha impedido. Es la tensión acumulada durante toda la noche. La adrenalina que ha tenido que contener. Nadie podía saberlo, ella tenía que hacer su papel durante toda la noche. Y cree que le ha salido bastante bien.

En el botellón con la gente del instituto, al final no ha resultado tan complicado, solo tenía que mostrarse ilusionada con la idea de pasar una noche de pasión con su novio. Carlos estaba inquieto, con esa expresión suya de niño enfermo, famélico, un niño enjuto y sucio y poseído por el demonio, un niño que quería huir pero a la vez atacar, un niño grande acorralado y con la imperiosa necesidad de hacer algo, comer algo, llegar a algún sitio. Así es como estaba desde que pasó lo de su madre, esa era la cara que ponía cuando hablaba de su abuela.

Hacía tiempo que sospechaba que Carlos pegaba a la anciana cuando estaban solos. Elena al principio no interactuaba con la mujer, solo la veía desde lejos, postrada en la cama. No vio marcas ni signos físicos en ella, pero en Carlos sí que pudo ver la sombra de la desesperación en sus ojos, esa sombra densa y oscura, como humo de fábrica, que ya advirtió en el muchacho cuando intentó cortar con él unos años atrás. Veía esa sombra cuando la vieja se quejaba o daba golpes en la pared, la veía cada vez que Carlos se refería a ella.

Y entonces una tarde cogió el móvil de Carlos por error y vio esa conversación horrible con el chico de la cicatriz. Carlos y ella tenían el mismo teléfono desde hacía tiempo y a veces se confundían,

aunque se daban cuenta al segundo y no llegaban a manipularlo ni a ver nada personal. Ambos tenían la misma clave de acceso: dibujar una Z con el dedo. Elena quiso cambiarla hace tiempo, pero Carlos se opuso: si de verdad tenían confianza el uno en el otro, no tenía sentido ocultar nada.

A partir de ese momento, cuando Carlos iba al baño o se distraía por algún motivo, ella cogía su teléfono y obtenía algo más de información acerca del plan. Así fue como se enteró de que la idea era suministrarle a la anciana unas gotas letales.

Después de eso vino la parte más difícil. Tenía que meterse en el baño de la abuela de alguna manera. De modo que le dijo a Carlos que, mientras ella estuviera en casa, podía echarle una mano con el cuidado de la anciana si era necesario. Así, Carlos podría liberarse un poco de esa presión tan grande que parecía estar asfixiándole. A su novio debió de parecerle perfecto que fuera ella la que cambiara el pañal a su abuela cada vez que iban a su casa, porque nunca puso ninguna pega.

Elena se fijó en todos los medicamentos que había en el baño y, tras una búsqueda en Google, descubrió cuál era el frasco que contenía el veneno. No era exactamente un veneno, sino un medicamento que, suministrado en altas dosis, podía causar la muerte. Y cuando Carlos le propuso pasar la noche fuera, ella terminó de atar cabos: lo habían planeado todo para este viernes.

Para salvar a la vieja ha tenido que pasar toda la noche fingiendo, siguiéndole el rollo a un tío que cada vez le producía más rechazo. Ha vuelto a soportar sus torpes intentos de penetrarla, ha notado cómo su cuerpo se volvía a rebelar ante esa masa de carne pringosa y mugrienta, ese olor acre, como a sudor y a látex y a quemado. No ha disfrutado, claro que no, pero sabía que esa sería la última vez. Nunca más.

Al no poder dormir, ha decidido darse una ducha. Ahora siente el agua caliente resbalar por su piel, lo único que quiere es quitarse toda esa suciedad, esa mugre que tiene impregnada en cada uno de los huesos. Se enjabona el cuerpo concienzudamente, se frota con

violencia con una esponja áspera. Luego se lava el pelo, masajea el cuero cabelludo con minuciosidad, se detiene en cada mechón, en cada pequeño surco de la cabeza, en cada recuerdo. Después se seca con cuidado, muy lentamente. Se abre paso entre una espesa nube de vapor, quita el vaho del espejo con la mano y observa su reflejo: ve la cara de una mujer valiente que jamás volverá a someterse a los deseos de ningún hombre.

Se cambia de ropa y vuelve a su habitación. Abre la mochila negra que le dio Carlos y vuelve a contar los billetes: antes de llamar a la policía, tiene que decidir en qué se gastará toda esa pasta.

Sábado, 09:50 horas

Stefan solo tuvo que hacer un par de llamadas para descubrir que Irina estaba en la UCI de La Paz. Se mantenía estable dentro de la gravedad, pero aún era pronto para emitir un pronóstico más concreto. De momento seguía con vida, pero la situación era crítica. Esa era toda la información que le había dado su contacto dentro de la policía.

«¿Era una de vuestras chicas?», le había preguntado el hombre. Y a Stefan —que ni siquiera pronunció una respuesta al respecto— le habían molestado dos palabras de esa frase. Por un lado, el *era* no otorgaba a la víctima posibilidades reales de sobrevivir o, cuando menos, de hacerlo con las mismas capacidades que antes de la agresión. Ese *era* hablaba de un antes y un después, ese *era* sentenciaba a la Irina de antes de la agresión, una mujer que definitivamente ya no volvería. Luego estaba la habitual cosificación de las prostitutas reflejada en el uso de *vuestras.* Su contacto en la policía, como todos los demás hombres de ese submundo en el que habitaba, pensaba que el atributo más destacado de todas aquellas chicas radicaba en el lugar donde trabajaban y, sobre todo, en la identidad de sus jefes. En este caso, Irina era una de las chicas de Mondero y, por extensión, de todos sus subalternos masculinos. El propio Stefan también estaba acostumbrado a referirse a las chicas de esa manera, pero esta vez ese *vuestras* le irritó profundamente. No, Irina no era una de las chicas de Mondero, pero tampoco era suya: Irina no era de nadie.

—Dime, ¿era una de las vuestras? ¿Se trata de un ajuste de cuentas o algo así? No me apetece que montéis ahora un circo, Stefan —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—No, esa chica no trabaja con nosotros, pero yo la conozco personalmente, ¿vale? Es alguien cercano a mi familia. Infórmame de cualquier novedad sobre su estado. De todas formas, te volveré a llamar dentro de un par de horas.

—Stefan, escúchame: no hagas ninguna tontería de la que luego puedas arrepentirte. Me caes bien y sabes que te ayudaré en lo que pueda, pero sigo siendo un policía. No lo olvides.

—Tranquilo, jefe. Solo quiero saber si esa mujer sigue con vida o no. Tú mantenme informado y no te preocupes. No pasará nada.

Stefan finalizó la llamada de forma abrupta, sin dar lugar a la réplica de su interlocutor. Dejó el teléfono móvil en el pequeño escritorio de su habitación y después se dispuso a afeitarse el rostro y el cráneo ante el espejo, como hacía cada día. Les había pedido a la mujer colombiana y a su hijo que le dejaran solo un rato. Necesitaba comprobar si lo que le habían contado era cierto y, de ser así, tenía que decidir exactamente lo que iba a hacer. Los emplazó una hora después en un bar ubicado a unos veinte minutos andando desde el Red Flower. No era un tema para tratar en el local. Si alguien más se enteraba y le iba con el cuento al señor Mondero, todo se complicaría aún más.

Mientras la cuchilla surcaba su piel áspera y seca, sintió una punzada de humillación en la entrada del estómago. Recordaba el ligero e involuntario temblor que se instaló en sus piernas cuando la mujer colombiana hablaba, también la mirada huidiza del chico. Había en su expresión algo desconcertante, algo sombrío que iba más allá del miedo. La que hablaba era ella, pero el poder lo tenía el chico. Él había estado allí, él había visto cómo dos de sus amigos atacaban a Irina, él era el único testigo del acontecimiento más relevante en la vida de Stefan. Y suya era la información, y suyo el relato. Por eso, Stefan se sentía más pequeño a medida que la mujer hablaba, porque comprendía que todo lo que fuese a pasar a partir de ese momento dependía en gran parte de ese muchacho. Y le jodía haberse enterado de algo así por medio de un mocoso que apenas conocía. Eso le hacía parecer débil. Y a Stefan no le gustaba

aparentar debilidad. Desde bien pequeño, ese fue un lujo que no se podía permitir. «Si no quieres que nadie te pise, lo primero que debes conseguir es que nadie crea que puede hacerlo. Que te miren a los ojos y piensen: "Mierda, no me gustaría vérmelas con ese cabrón"». Eso fue lo que le dijo su primer entrenador de boxeo en aquel gimnasio cochambroso de Helsinki. Para esos entonces, Stefan ya se había dado cuenta de que la única manera que iba a tener de avanzar en la vida era a base de golpes.

Bien, ahora ha llegado el momento de actuar. Stefan abre el armario empotrado de su habitación. No es excesivamente amplio, pero el orden y la meticulosidad que el hombre ha impuesto allí han logrado que quepa una buena cantidad de ropa. Comienza por la derecha: allí están las camisas. Stefan pasa una a una las perchas. Lo hace con cuidado y lentitud, parece estudiar en profundidad cada detalle de las prendas de vestir. Casi todas las camisas son de colores oscuros y no existe, por supuesto, nada semejante a un estampado. Elige una camisa negra con unos pequeños ribetes burdeos en los puños y la deja encima de la cama. En la mitad inferior izquierda hay cuatro cajones, dos de ellos dedicados a los pantalones. Stefan duda entre unos de pinza gris marengo y unos vaqueros negros. Observa los dos modelos y los sopesa sosteniendo cada uno en una mano. Por una cuestión de comodidad, se decanta por los vaqueros. Abajo hay una hilera de varios pares de zapatos bien alineados. En esta ocasión, opta por unos botines negros de piel, con los laterales elásticos y un poco de tacón. Están acabados en punta, aunque esta no es especialmente pronunciada. A pesar de que fuera hace mucho frío, Stefan decide que llevará únicamente el chaquetón largo de cuero negro a modo de abrigo. Vuelve a pasar al baño para cepillarse los dientes y perfumarse. Antes ya había impregnado su rostro de loción para después del afeitado.

Por último, abre el cajón de una de las mesitas de noche y coge su pistola. Es una pistola semiautomática muy pequeña, similar a las de tipo Liliput (no ha debido de ser fácil conseguir una de esas en esta época), y que cabe perfectamente en uno de los bolsillos

interiores del chaquetón. Ahora vuelve al armario y saca una suerte de maletín metálico. De su interior extrae una navaja de bolsillo y un cortapuros. Ambos van a parar a sus botines. Stefan esboza hacia dentro algo parecido a una sonrisa amarga que no se muestra apenas en sus labios. Sabe que guardar las armas en el calzado no es nada original, pero hoy no se encuentra inspirado.

Sale del local y se encamina hacia la furgoneta. Aunque allí arriba, en el cielo, el sol es más bien pálido esta mañana, la claridad ciega por un momento a Stefan y confiere a su rostro —ya blanco de por sí— un resplandor singular, como si la luz tenue de un pequeño flexo le estuviera iluminando la cara.

Sábado, 10:45 horas

El bar, salvo por la pequeña mesa en la que están enfrentados Nelson y su madre, está desierto. Es un establecimiento pequeño que consta de una barra y una fila de seis mesas. En medio hay un estrecho pasillo con el espacio justo para que las personas —de una en una— puedan moverse. Nelson está de cara a la puerta, así que es el primero de los dos en ver entrar al matón.

El muchacho colombiano se imagina entonces que están en una película americana, como las que ha visto a veces en la pequeña televisión de su piso. Camila y él están aguardando la llegada del protagonista en un bar de carretera, posiblemente con un desvencijado cartel de neón en su fachada. El camarero podría ser un hombre mayor de talante severo y aspecto desagradable, tal vez con una parte del rostro desfigurada. En las manos sostendría una de esas jarras de cristal de tapa negra con la que ofrecería café humeante a los clientes. Aunque la camarera también podría ser una mujer madura, que ya ha superado holgadamente la mediana edad, con una especie de delantal de pequeños cuadros rosas y blancos, el rostro avejentado, la sonrisa funesta, la misma jarra en las manos. La escena se completa con la entrada del héroe. Sería alguien relacionado con la autoridad, un *sheriff* o así, aunque también cabe la posibilidad de que fuera un hombre anónimo que buscase restaurar la justicia en esas tierras. Sí, mejor así: un hombre rudo, fornido, muy capaz, con el valor necesario para enfrentarse al grupo de malhechores que ha sembrado el terror en ese pueblo, condado o dondequiera que se desarrollen esas películas americanas. A lo mejor, esos vándalos, además de cometer otras muchas fechorías, han asesinado a su familia, y el héroe actúa movido por un ansia de

venganza extrema que no está reñida con el sentido del deber y de la justicia que siempre ha imperado en él. ¿Era el hombre del cráneo desnudo eso? ¿Un héroe, un justiciero, un tipo íntegro al que unos malnacidos le han destrozado la vida? ¿Y qué pasaba con él? ¿Era Nelson uno de esos malnacidos, con mayor pecado aún porque, además de haber participado en el asesinato de una mujer, trata ahora de exculparse traicionando a sus amigos?

Todo eso da igual ahora porque el hombre sin pelo acaba de entrar al bar, y no se ha escuchado ningún tintineo al abrirse la puerta, como ocurre en esas películas americanas. Lo único que se escucha en medio del silencio pringoso que llega a impregnarse hasta en cada azulejo descascarillado del cuarto de baño son las pisadas secas y firmes del matón.

Antes incluso de dirigirles ningún gesto, Stefan ha tenido con el camarero —no es un hombre con la cara desfigurada ni una mujer con delantal de cuadros, sino un chico joven y extranjero— una conversación en otro idioma. El camarero ha asentido con la cabeza mientras lavaba un vaso y ellos tres se han dirigido a un recodo del fondo invisible hasta entonces, con un tramo pequeño de escaleras. El sótano es una suerte de zulo con dos mesas redondas y algunos taburetes pequeños de madera. En las paredes no hay ventanas, sino cajas de bebida apiladas.

—El chico se viene conmigo, Camila —dice el matón cuando los tres ya están sentados alrededor de la mesa.

—¿Usted cree que es necesario? —Camila se acaricia la mejilla con el dedo de modo nervioso y únicamente es capaz de lanzar espaciadas miradas hacia el hombre calvo—. Mire, yo no sé lo que usted piensa hacer, ni me importa, de verdad. Pero mi hijo ya le ha dicho todo lo que sabe, este asunto ya no es nuestro.

Stefan sonríe sin llegar a mostrar los dientes, luego apoya las manos en la mesa y se yergue, jovial, como si fueran un grupo de excursionistas que en ese momento ha decidido cuál será su próximo destino.

—No te preocupes, no le pasará nada, conmigo no corre peligro. Pero yo necesito saber cómo son esos dos chicos y dónde se encuentran. Sería muy injusto que me equivocara.

Nelson se ha mantenido hasta ahora en silencio y abstraído de la conversación. Su atención iba dirigida al gato, que al principio caminaba por la mesa con ese aire señorial de las primeras veces y que luego se ha recostado, cerrando los ojos. ¿Cómo es posible que el matón y su madre no lo hayan visto?

—Sí, iré, no hay problema. No se preocupe por mí —dice Nelson, mirando a Camila—, solo le doy la información que necesita y luego me regreso junto a usted.

Sábado, 11:35 horas

Cuando llegan a la puerta de la casa del chico de la cicatriz, Stefan mira a Nelson al tiempo que enarca una ceja, y el chico colombiano mueve la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

—Sí, es aquí —dice.

El hombre sin pelo ni siquiera había dado la oportunidad a Nelson de sentarse a su lado en el trayecto. Cuando salieron del bar y se dirigieron a la furgoneta, Stefan abrió la puerta trasera y Nelson subió al vehículo trabajosamente y se sentó en la última fila. Esa distancia entre conductor y pasajero hacía complicado mantener cualquier tipo de conversación. Aun así, Stefan tenía algo que preguntar al muchacho.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Cómo?

—Sí, que por qué me has contado lo que ha pasado esta noche. Se supone que ellos son tus amigos, ¿qué ganas tú contándome lo que han hecho?

Un segundo en silencio, dos, tres, tal vez cuatro.

—Porque sentía que debía contarlo. Lo que han hecho es horrible y creo que lo correcto era no guardármelo.

—Sí, has hecho lo correcto, eres un buen chico —dijo Stefan al cabo de unos instantes.

Y ya no hablaron más.

Ahora están frente a la puerta del piso del Dos Frentes. Stefan pulsa el timbre, pero no sucede nada, no llega ningún ruido del interior. Lo pulsa de nuevo y sigue sin pasar nada. Acerca la cabeza a la puerta. Escucha unos pasos al fondo. Cierra el puño y llama a la puerta con tres golpes secos. La puerta se abre.

En el vano de la puerta aparece una niña despeinada y descalza. Lleva un pijama azul de algodón de dos piezas. En el pantalón hay un cerco más oscuro. Huele a orín. La niña balancea el torso y la cabeza hacia delante y hacia atrás de manera enfermiza, como si fuera una gallina.

—Es su hermana —informa Nelson.

Stefan se agacha para colocarse a la altura de la niña.

—Hola —dice con tono animado—. Estamos buscando a tu hermano, ¿está en casa?

Y entonces ella responde algo ininteligible y empieza a moverse más rápido, el rostro contraído, los ojos azules moviéndose desordenadamente.

—¿Estás sola en casa? ¿Es eso lo que me quieres decir? —pregunta Stefan, aún en la misma postura.

La niña mueve enérgicamente la cabeza y habla con voz sincopada.

—Dedededesayunoooo.

—¿No has desayunado? Pues eso lo vamos a solucionar ahora mismo —dice Stefan mientras se incorpora. Luego agarra su mano con ternura y la guía hasta la cocina, que está a solo unos pasos.

El matón se da cuenta de que la cocina, en realidad, es tan solo un recodo. No hay ni una silla siquiera.

—Llévala al salón, habrá algún sitio donde pueda sentarse —ordena Stefan a Nelson; luego sube el volumen de su voz y se dirige a la niña—: Te voy a preparar el desayuno. Leche con cereales, ¿quieres? Seguro que tienes hambre.

De pronto, están los tres sentados alrededor de la mesa circular. Stefan ha colocado un trapo blanco que ha encontrado en la cocina a modo de mantel. Después, ha arrancado un trozo de papel higiénico y se lo ha puesto en el cuello a la chica, como si fuera un babero.

La niña come con la boca abierta y haciendo mucho ruido. En la televisión hay dibujos animados que la hacen reír de forma

estruendosa. Stefan la observa de hito en hito, con el rostro desprovisto de cualquier indicio de rabia o ira.

—Ahora vamos a jugar a algo divertido tú y yo. Pero antes tienes que ponerte guapa. Vamos a ir a la ducha y luego vamos a elegir la ropa más bonita que tengas, ¿vale? —Hay una ternura extraña en la voz de Stefan que hace estremecer a Nelson.

La niña sonríe y mueve la cuchara con fuerza hacia arriba y hacia abajo, manchándolo todo de leche.

—Mejor espérame fuera, en la furgoneta. No creo que tarde mucho.

Nelson se levanta y echa un último vistazo a la niña. Ella se despide con la mano sin borrar esa sonrisa torcida de sus labios.

Sábado, 12:20 horas

En su cabeza, dentro de una bruma densa y oscura, se abre paso un ruido lejano que poco a poco va ganando consistencia. Es un golpe breve y profundo que deja un eco espeso y molesto en sus tímpanos. El golpe se repite, cada vez más cerca, cada vez más fuerte. Ahora lo siente detrás de él y viene acompañado de un temblor.

Se ha debido de quedar dormido unas horas. Aunque le cuesta reaccionar, termina comprendiendo que los golpes provienen de la habitación de su abuela. Carlos está tumbado en la cama encima del edredón. No se ha desvestido y tiene el móvil a su lado, a la altura de la cadera. Está apagado, se ha quedado sin batería.

Tiene el cuerpo entumecido y la boca muy seca, le cuesta volver en sí. Conecta el teléfono al cargador y lo enciende. Otro golpe en la pared le sobresalta.

—¡Ya voy, ya voy! Tranquila.

Agarra el teléfono y se queda mirando la hora durante un buen rato. Son casi las doce y media del mediodía y es sábado. De súbito, una violenta explosión sacude su pecho. Carlos se levanta de la cama y corre hacia el dormitorio de su abuela. La vieja sostiene el bastón con la ayuda de las dos manos. Tiene los ojos entornados, como si no pudiera abrirlos del todo, y está agitada. Mueve las piernas como si fuera un bebé y ha logrado desprenderse del pañal.

Carlos se acerca a la cama. Su abuela hace una mueca de dolor y emite una especie de quejido. Respira de forma acelerada, con exhalaciones breves y ruidosas. El quejido —monótono, molesto, estridente— queda suspendido en el aire, de manera que cuando

cesa durante apenas unos segundos antes de continuar, se escucha igualmente.

—Cállate ya, por favor. Me estás poniendo nervioso. Ahora te lo preparo todo —dice Carlos.

La vieja gira la cabeza hacia su nieto y hace un esfuerzo por enfocarlo con su mirada. Ahora sí, el quejido se apaga. Y ella se queda mirándolo en silencio, con los labios apretados, como queriendo contener las palabras.

—¿Qué te pasa?

No hay respuesta, solo la mirada penetrante y la boca cerrada.

—¿Te duele algo?

La vieja hace regresar su cabeza a la posición inicial y mira al techo con los ojos muy abiertos.

—Me estoy muriendo —murmura con esfuerzo.

—Deja de decir tonterías. Ahora te traigo las pastillas y te cambio —responde Carlos, con una voz extraña que no parece la suya.

—Me voy a morir hoy, como tú quieres. —Las palabras salen de su boca con dificultad y lentitud, como si fueran diligentes escarabajos caminando por la tierra.

—¿Pero qué coño dices? Se te va la cabeza. Yo no te he hecho nada. —Carlos alza la mano, amenazante, ante el rostro de su abuela.

—No me pegues más, ya no hace falta. Quiero tumbarme al lado de Cristina. —A Carlos le sorprende que la vieja pueda hacer este tipo de reflexiones y se queda anonadado, sin moverse del sitio—. Despídete de mí, aunque no me quieras. Hazlo ahora, después no vengas a verme. Llévame con Cristina y déjanos a las dos solas, como era antes.

La tierra lo engulle todo, piensa de pronto Carlos, y esa idea lo reconforta. No hay nada que la tierra no pueda tragar.

Un zumbido le devuelve a la vida. Su móvil está vibrando. Con apenas unos trancos, Carlos se planta en su habitación para leer el nombre en la pantalla: Nelson.

Sábado, 12:30 horas

Lo primero que sorprende al hombre cuando entra en la casa es el olor. Huele a perfume y a champú, huele a limpio. Pero ese olor se mezcla con otro muy diferente, un olor muy fuerte, como a piel quemada o a especias. No hay nadie ni en el salón ni en la cocina y todo está ordenado, lo que también extraña sobremanera al hombre.

—¿Clara? ¿Dónde estás? Soy yo, el abuelo. Perdona por venir tan tarde, la abuela está pachucha del estómago.

Por alguna razón que al principio no identifica, pero que luego asociará a un miedo cerval clavado en lo más hondo de su inconsciente, el hombre se dirige al cuarto de baño antes que a la habitación. Queda algo de vaho en el espejo y colgadas en la mampara de la ducha hay un par de toallas usadas.

—Esta se ha vuelto a quedar dormida —dice el hombre en voz alta, aunque para sí mismo, con la furtiva intención de tranquilizarse.

Y entonces la ve. Está tumbada en la cama. ¿En qué se fija primero, el hombre? ¿En la boca deforme, como estirada hacia los lados, con dos tajos gruesos, dos cortes profundos que dejan ver el interior de las mejillas, sangre oscura, carne rosada, colgajos de piel azulada, el labio inferior extirpado, la parte inferior de la cara vuelta del revés? ¿O en los ojos vidriosos y detenidos, una mirada que no es de espanto ni de tristeza, son solo esos ojos azules mirando a ninguna parte, dos ojos quietos y muertos? ¿Acaso lo primero que ve el hombre es el vestido azul con florecitas rosas que lleva puesto la niña, un vestido que hacía mucho que no usaba y que le queda corto y ceñido, un vestido manchado de sangre, húmedo aún, teñido de burdeos por la muerte, pero al mismo tiempo pulcro y cuidado, bonito a pesar de todo? ¿O tal vez lo que le llame la atención al

principio sean las rodillas desolladas, con esas pieles negras colgando por todos lados?

¿Cuál es la primera impresión que sacude al hombre por dentro? ¿La certidumbre de que su nieta está muerta o la confirmación macabra de que ha sido torturada? ¿Cuánto tarda el hombre en gruñir como un animal enfurecido o como una bestia herida?

Y una pregunta más, la que permanecerá en la mente del hombre durante mucho tiempo: ¿era consciente Clara de lo que iba a pasar antes de que sucediera? Es decir: ¿llegó a experimentar el terror que antecede al dolor físico? ¿O pensó que se trataba simplemente de un juego nuevo?

El hombre no se atreve a cruzar el umbral de la puerta, ni mucho menos a levantar el vestido de la niña. Nadie le dirá nunca lo que hay debajo del vestido. Ni los sanitarios, ni los policías, ni el forense. Nadie.

Y el hombre seguirá viviendo, ese hombre continuará formando parte del mundo, seguirá despertándose cada mañana, alimentándose a diario, comportándose como un hombre más, viendo la televisión cada noche, tomando sus pastillas, acudiendo puntualmente a cada una de sus citas médicas.

Eso es lo más extraordinario de todo: ese hombre seguirá viviendo después de haber visto el horror con sus propios ojos.

Sábado, 13:00 horas

—¿Por qué nos estamos alejando tanto? Tengo que volver a casa, mi abuela se puede morir en cualquier momento.

Carlos está sentado en la última fila de asientos de la furgoneta. Se ha colocado allí a instancias de Nelson, que va en la del medio. Conduce el vehículo Stefan, que ha permanecido en un silencio absoluto desde el comienzo del trayecto.

—Pero es mejor que no estés allí si eso llega a suceder. Ese era el plan. Aunque ni siquiera es seguro que vaya a pasar, anoche mi mamá tuvo un problema, de eso te quiero hablar ahorita, y ha de ser en un lugar apartado.

Carlos hace un gesto de extrañeza con los ojos y señala con la cabeza hacia el conductor.

—No te preocupes, es un amigo de mi mamá. Ya lo sabe todo. Nos va a ayudar —dice Nelson.

Stefan sigue conduciendo en silencio y tan solo echa una ojeada fugaz al pasajero de atrás por el espejo retrovisor. Nelson se gira de nuevo para ponerse derecho y poder mirar al frente. Antes, al ladear la cabeza y parte del torso para poder hablar con Carlos, ha sentido náuseas.

El viaje ya dura unos cuarenta minutos, en los que la inquietud de Carlos no ha dejado de crecer. No debería haber quedado con Nelson, ni mucho menos meterse en aquella furgoneta. Pero la curiosidad por saber lo que había pasado la noche anterior pesó más que cualquier resto de prudencia que aún pudiera albergar en su interior. Necesitaba tener esa información para poder tomar decisiones. ¿Debía llamar a una ambulancia? ¿O era mejor dejarlo estar hasta que su abuela muriese? ¿Cabía la posibilidad, acaso, de

que eso no sucediera por algún tipo de error de cálculo en la dosis? Al principio llegó a pensar que el misterioso conductor podría ser un médico o algo parecido, algún compañero del trabajo de la madre del colombiano que tuviese la capacidad de evaluar realmente la situación.

Pero hace rato que esa idea quedó arrumbada en un rincón de su mente. Ahora lo que ha ganado terreno es la sensación cada vez más palpable de que algo anda mal. Ese tipo de cráneo rapado y robustas espaldas, tan pulcramente vestido, no puede ser ningún médico. Tampoco un cuidador, como la madre de Nelson. No, ese hombre es peligroso, seguro. Hasta puede tener algo que ver con el Dos Frentes. Sabía que robarle ese dinero le pasaría factura tarde o temprano. Y el momento ha llegado.

Y entonces Carlos —que ya ha comenzado a sudar abundantemente por el cuello y las axilas— se fija en las posibles salidas del vehículo. La puerta lateral tiene pinta de ser muy pesada, no podría accionar el mecanismo de una manera rápida y sencilla. Además, Nelson está cerca de ella y podría intentar impedírselo. La puerta de atrás, la del maletero, le queda más cerca de su posición, aunque tendría que deslizarse de alguna manera hasta la parte trasera, y los dos ocupantes del vehículo se percatarían pronto de sus intenciones. Además, lo más probable es que todas las puertas de la furgoneta estén bloqueadas para no poder abrirlas en marcha. Va a tener que esperar a que la furgoneta se detenga y ahí decidir qué hacer.

En total, el trayecto ha debido de durar una hora y media, tal vez algo más. La furgoneta recorre ahora con lentitud un sendero de tierra en el que no se aprecia civilización. Carlos, desde la ventana, ha visto algunos matorrales aquí y allá, varios montones de hojarasca a los lados del camino, un par de chabolas construidas con material gris que se atisban a lo lejos.

El primero en apearse del vehículo es el conductor, que antes de nada se dirige al maletero para manipular unos objetos que Carlos no alcanza a ver. Acto seguido, el hombre sin pelo abre la puerta

lateral a los dos ocupantes. El último en bajar de la furgoneta es Carlos.

Están en medio de la nada, ni siquiera se llega a escuchar el rumor lejano de la carretera. El conductor se ha alejado unos metros de la furgoneta y, de espaldas a ella, contempla el paisaje desértico. Nelson también se ha retirado unos pasos del vehículo. El muchacho colombiano alterna miradas entre el conductor y Carlos. Cuando sus ojos se posan sobre este, percibe un aire de extrañeza, como si en realidad Carlos fuera un desconocido para él y no supiera cómo actuar ni qué decir.

Carlos apenas se ha movido del sitio. Si tuviera que elegir un flanco para escapar, sin duda sería el derecho, porque es en esa dirección donde se puede adivinar algo de vida. Al fondo están esas chabolas, que también podrían ser alguna especie de granja, pues Carlos cree distinguir las siluetas de unos animales —asnos o caballos— en la lejanía. Sin embargo, si corre hacia ese lado del camino, se topará con Nelson y el conductor, y su ventaja sobre ellos sería insuficiente para que la huida pueda prosperar.

En la otra dirección no hay nada, solo tierra y árboles raquíticos. Hacia allí empieza a correr Carlos. No piensa, solo mueve las piernas y los brazos de manera frenética. Casi desde el principio tiene la sensación de quedarse sin aire y el corazón le da violentos golpes en el pecho. Escucha el sibilante sonido de su respiración y también el ruido que hacen sus pisadas en la tierra. Es como un crujido. Crunch, crunch, crunch.

Corre. Sigue corriendo. Mira hacia atrás fugazmente. No hay perseguidor, solo los dos contornos a lo lejos. Corre más y más rápido, ¿cuánto tiempo podrá soportar este ritmo? Vuelve a mirar hacia atrás. Una figura se acerca. Carlos intenta sacar fuerzas de lo más hondo de su cuerpo, vaciar su alma en cada zancada, morir antes que pararse.

El desconocido conductor está cada vez más cerca y Carlos no puede evitar mirar hacia atrás para ver lo inevitable. Trata de decir algo, pero no puede. No se sorprende cuando nota los brazos del

hombre rodeando su pierna derecha, tampoco cuando cae al suelo y las palmas de sus manos chocan con la tierra.

No tiene miedo. Aún no. El esfuerzo ha sido tan extremo que no le permite sentir. Su resuello fácilmente podría confundirse con un estertor. En cambio, el hombre del cráneo desnudo parece mucho más entero.

—¿A dónde ibas tan rápido? Pero si ni siquiera nos hemos presentado.

Lo primero que se le pasa por la cabeza a Carlos es incorporarse e intentar escapar de nuevo. Pero mira al hombre que tiene enfrente —ahora está de pie, sacudiéndose la arena de los pantalones con las manos— y comprende que sería inútil. Así que, en lugar de eso, habla:

—Si es por lo del dinero del Dos Frentes, no fue idea mía. Fueron los nigerianos los que me dijeron dónde y cuándo podría hacerlo. A cambio de robarlo, me dieron una parte que ni siquiera me he gastado. Lo tiene mi novia. Te juro que podemos ir a su casa ahora mismo. O te doy más. Nelson ya te ha contado lo de mi abuela. Se va a morir, voy a vender la casa y…

Una patada en las costillas interrumpe su acelerado discurso. Después viene otro puntapié en la boca, que ahora queda más cerca de las piernas del hombre, pues el cuerpo de Carlos se ha doblado a causa del dolor. Dos puñetazos en la cara que se desvían un poco y acaban impactando en la oreja. Qué sonido tan raro el de los nudillos golpeando el cartílago. Vaya sonrisa tenebrosa asoma por la cara del calvo.

—No sé de qué cojones me estás hablando, pero me la suda. Sabes perfectamente por qué estoy aquí. Anoche hiciste algo sucio, algo… —Stefan medita sobre el término adecuado en castellano— ruin. Escúchame bien: hiciste algo ruin, algo que un hombre de verdad nunca habría hecho. Y ahora vas a pagar por ello.

Carlos está hecho un ovillo en el suelo. Ha metido la cabeza entre los brazos y se ha encogido todo lo posible. Su voz es débil, casi no se escucha.

—Yo ayer no hice nada, te juro que estuve con mi novia, la podemos llamar si quieres.

—No eres un hombre, me das asco. —Stefan le lanza un escupitajo desde arriba—. Al menos reconoce lo que hiciste, ten los cojones para decirme a la cara lo que hiciste y a lo mejor no te mato.

Carlos levanta la cabeza desde el suelo. Está llorando y el labio inferior le tiembla compulsivamente.

—Por favor, no me hagas daño, te daré lo que sea —suplica.

El hombre sin pelo saca la pistola del abrigo y apunta a la cara del chico.

—¡Levántate! ¡Rápido!

Y entonces Carlos se pone de rodillas en el suelo y, con el impulso de sus manos agrietadas, intenta levantarse, pero no puede. Se tambalea y vuelve a caer. Stefan lo agarra del cuello y logra ponerlo en pie. El cuerpo del chico se mueve para un lado y para el otro, como un junco oscilante.

—Ahora bájate los pantalones —ordena Stefan sin dejar de apuntar al muchacho con la pistola.

El llanto de Carlos es continuo y tenue.

—No, eso no, por favor.

—Maldito maricón, bájate los putos pantalones. —Stefan coloca ahora la pistola en la sien del chico con una mano y con la otra agarra la cintura de los vaqueros e intenta tirar hacia abajo—. Vamos, los pantalones y los calzoncillos, abajo.

Carlos obedece y deja su pene al descubierto. Está flácido y arrugado. Los testículos cuelgan como dos sucias bolsas de canicas.

—Ahora sí que vas a disfrutar —dice Stefan.

Y le dispara a la entrepierna dos veces. Es ahí cuando la mirada de Carlos se vuelve borrosa y el dolor es tan insoportable que ahoga el grito que subía por su garganta. Carlos ha abierto la boca, pero no se ha escuchado nada.

Un estúpido pensamiento se pasea por su cabeza: Carlos cree que se ha cagado. Está en lo cierto. Pero no ha sido nada aparatoso,

solo es que su culo está manchado de mierda. El chico llega a oler sus propios excrementos líquidos —no ha llegado a defecar nada sólido— antes de advertir el destello de algo brillante tras la tela oscura y raída que hay ahora en sus ojos.

—Te gusta pinchar a las putas, ¿eh? —Stefan hunde la navaja en el abdomen del chico varias veces mientras no deja de preguntarle—: ¿Y esto? ¿Esto también te gusta? ¿Estás disfrutando?

Para cuando se producen los últimos pinchazos, Carlos ya ha perdido la consciencia, aunque aún sigue respirando. Los siguientes golpes de Stefan ya no los siente, tampoco el disparo en la cabeza que termina por arrancarle la vida. Cuando Stefan le ha intentado cortar dos dedos con el cortapuros —no ha logrado separar la carne de cuajo, solo ha desgarrado la piel—, Carlos ya estaba muerto.

Han empezado a caer unas gotas desde el cielo y huele a tierra mojada. Nelson se ha incorporado a la escena hace unos minutos y ahora está a unos metros del cadáver del chico del que todavía sigue enamorado. Está ahí de pie, en silencio, con los brazos cruzados, mirando el cuerpo mutilado de Carlos.

Sábado, 16:00 horas

No saber lo que quiere. Ese siempre ha sido el puto problema. Buscar algo, perseguir algo, intentar atrapar algo. Siempre ha sido así. Correr detrás de algo, correr con todas sus fuerzas hacia algo y no llegar nunca. Porque el camino hacia un destino desconocido no tiene fin. El Dos Frentes no ha cesado un instante de su vida de buscar algo, pero nunca ha sabido el qué. De ahí el socavón en el pecho, el alma podrida, los trozos de cristal en la garganta.

Quizá por eso ahora está aquí, tumbado en una cama pequeña y de sábanas amarillentas, mirando al techo repleto de manchas de humedad, casi sin parpadear. A su lado, en otra cama idéntica separada apenas por un metro de la suya, está el chico de la mirada vacía. Ahora no lo está viendo, pero puede sentir su presencia, su olor, su respirar lento y profundo. Y no sabría explicar por qué, pero la certeza de que ese chico está ahí, tumbado y en silencio como él, le proporciona una extraña sensación de calma. Podría decirse que incluso se siente protegido.

Han llegado al hostal hace un par de horas. El hombre que había tras el mostrador ha emitido un sonido raro con la garganta cuando los ha visto llegar, como una sonrisa contenida. Tenía una de esas melenas que comienzan en calvicie, el pelo ralo en la parte frontal de la cabeza, largo y grasiento por detrás. Su barba descuidada y su olor a vino y sudor indicaban que no se había aseado en semanas. Era un hombre blanco, aunque posiblemente extranjero, porque intercambió unas palabras en otro idioma con el chico de los ojos tristes antes de darle la llave de la habitación. Una simple llave suelta, sin número ni elemento alguno que la identificase.

Al llegar a la habitación, el Dos Frentes se ha descalzado con urgencia y ha pintado unas rayas en un lavabo macilento que servía de nicho a varios insectos diminutos, negros y repugnantes. Las baldosas del suelo estaban frías, y su nervadura estaba formada por líneas negras e irregulares, que de algún modo a Daniel le han recordado la cicatriz que preside su frente.

El negro ha esnifado las rayas que le correspondían de una sola inhalación y sin ayuda de turulo. Después, cada uno se ha tumbado en una cama, envueltos ambos en un silencio denso, pesado, hipnótico. Y luego el Dos Frentes se ha sumergido en un sueño ligero y frágil, cerraba los ojos durante unos segundos y volvía a despertar, un duermevela placentero y fatigoso a la vez contra el que no valía la pena pelear.

—¿Tú también lo sientes? —ha preguntado de pronto el muchacho de la cicatriz en uno de sus despertares.

—¿El qué? —El chico de los ojos tristes ha permanecido tumbado en la cama, aunque ha girado la cabeza hacia el Dos Frentes, que se ha señalado con la mano el centro del torso; después ha venido la primera pausa—. ¿El agujero en el pecho? —luego ha seguido otra pausa, más larga que la primera—: Claro que lo siento. El agujero siempre está ahí, desde que me levanto hasta que me acuesto. Cuando era niño lo llevaba peor. Sentía que ese vacío no era algo bueno, que tenerlo ahí me convertía en un ser diferente, una especie de monstruo. Me dolía mucho al principio, ¿sabes? Entonces me esforzaba en llenarlo de cosas; todo lo que hacía durante el día estaba destinado a tapar el agujero. Primero lo intenté con las cosas buenas: lo que aprendía en la escuela, el amor que sentía por los míos, todas esas veces en que otros me golpeaban y yo no respondía, el sol, el cielo límpido, el olor a nuevo. Creía que, siendo un buen chico, ese vacío se marcharía. Pero no fue así. Llegué a creer que Dios me estaba castigando por alguna razón y que nunca me perdonaría. Me enfadé mucho con Dios, lo odié por hacerme sentir así. Y entonces conocí a los chicos y empecé a robar, a drogarme, a golpear a otros hombres hasta la extenuación.

¿Adivinas lo que pasó? El puto agujero seguía ahí, aunque cada vez dolía un poquito menos. Lo que estaba haciendo servía, pero no era suficiente, tenía que dar un paso más. Y lo di, me atreví a darlo. Porque hay que ser valiente para hacerlo. La primera vez fue como una revelación. En los ojos del hombre al que arrebaté la vida pude ver a Dios. Y también lo escuché: me dijo que no tenía que avergonzarme de lo que era, que no podía ir contra la naturaleza, que debía asumir que ese agujero siempre iba a estar ahí. Y seguí haciéndolo, seguí matando. Como el día del sótano en el que te pasaste de listo. Ese día fui yo el que apretó el gatillo y ahora sé que tú también lo hubieras hecho. Somos los portadores de la muerte. Tú también eres un monstruo como yo.

¿Habrá dicho de verdad eso el chico de los ojos vacuos? Es imposible saberlo. El Dos Frentes solo acierta a escuchar un pitido agudo y lejano que se ha incrustado en sus tímpanos; escucha ese ruido que está flotando en el vacío, siente ese vacío en sus oídos, como cuando están taponados, esa es la sensación. Y no puede ver nada porque es incapaz de abrir los ojos. Sus párpados están cosidos a sus pómulos, y aunque intenta separarlos de algún modo, no lo consigue. Entonces, sin ver nada que no sea la más absoluta negrura, el Dos Frentes siente cómo se aproxima una nube inmensa y gris, una nube que se acerca tanto a él que termina por engullirlo, y una mano gigante que lo aplasta hacia el colchón, lo hunde más y más abajo, y el letargo es tan profundo y mágico que nadie se atrevería a afirmar tajantemente que no se trata del túnel que conduce hacia la muerte.

Y entonces afuera, en el mundo real, el otro chico se levanta de la cama y se dispone a salir de la habitación.

—Bajo un momento a por algo de comer —dice.

Y cuando ha recorrido el pasillo y está frente al ascensor, avisa a Miguel. El nigeriano le ordenó llevar al chico de la cicatriz al hostal y entregarlo a los maderos. Manda el mensaje. Todo ha salido según lo previsto. La policía ya tiene luz verde para entrar.

Sábado, 18:15 horas

«Espero que usted me haya hecho caso y escuche este audio cuando esté solo. Yo le juro que si no me sintiera así como estoy, desesperada y ansiosa, no lo contactaría, porque yo le prometí hace tiempo que no le exigiría nada más, aunque tenga razones de sobra para ello. Usted nos abandonó a Nelson y a mí, usted nos rechazó, usted nos repudió como si fuéramos alimañas y eso a mí me dolió, me dolió mucho sobre todo al principio, pero luego el fuego que tenía dentro se fue calmando, se fue apagando de a poquito. Porque yo no tenía que perdonarle nada, Maximiano, eso lo comprendí tiempo atrás. Es Dios el que debe hacerlo, él tiene ese poder, es al único al que hay que rendirle cuentas cuando la tierra nos haga llamar. Entonces estese tranquilo, ya cuando le toque, Dios decidirá, y si su alma tiene que irse para algún otro sitio que no sea allá arriba, pues allá irá, pero aún falta tiempo para eso, ¿no?

»Todos hemos hecho cosas feas, todos tenemos una parte de nuestro cuerpo envuelta en sombras, yo eso también lo sé. Y de verdad que yo no vengo a reprocharle nada, nomás vengo a reclamar lo que es mío y de mi hijo. Que también es su hijo, doctor, por mucho que usted lo niegue. Nunca le mostré ninguna prueba médica, pero a mí eso no me hacía falta. Una sabe muy bien quién es el hombre que se introduce en ella y le deja restos de vida, trocitos del cuerpo que irá creciendo de a poco. Usted es el padre, y si tuviese algo de nobleza, me lo habría reconocido hace ya mucho. Que yo no le pedía mucho más, solo que nos reconociera, solo que Nelson supiera que en algún lado había un señor que era su padre, un señor respetable además, alguien alejado de nuestra miseria.

Pero él nació bastardo, creyéndose hijo de cualquier ratero de los que venían a casa a chingarme, y eso ya no tiene vuelta atrás.

»Pero fíjese que yo no vengo a pedirle eso, ya de verdad que no hace falta. Yo lo que le pido ahora es algo de plata que nos pueda ayudar. No sé siquiera si usted sabe, pero hace algún tiempo nos vinimos a España. Y es muy largo de contar, pero las cosas no nos han ido bien. Su hijo se obsesionó con otro chico y ese amor loco casi nos destroza. Lo que yo quiero decirle es que tenemos que regresarnos a Colombia y necesitamos dinero. Yo tengo plata para pagar los billetes, pero necesito algo más para poder tener allá una vida digna. Usted me comprende, ¿verdad? Una vida limpia, una vida pura, un comienzo nuevo para los dos. Y después no le pediré ya más nada, ni siquiera que nos venga a ver, ni que seamos una familia ni nada de eso. Solo un poco de dinero para Nelson, que es su hijo, y para mí, que soy la madre de su hijo. Pactemos una cantidad y no volverá a saber de nosotros jamás».

Sábado, 20:29 horas

Está tumbada en la cama y siente su cara arder, pero tiene frío. Su cara está caliente, pero sus huesos no, sus huesos tienen hielo dentro, sus huesos se sienten tan gélidos. Y la boca, la boca está azul y los labios fríos, pero hay ascuas sobre su lengua. Y dentro de los dedos corretean cientos de hormigas, hormigas que van en fila india, de una en una, hormigas que ahora están en la yema de sus dedos, pero que después estarán en la tierra, igual que ella. La tierra callada, tierra dura y eterna. Abre los ojos y al fondo está la repisa, el camisón marrón, la faja. Ahora hay niebla. Abre la boca e intenta gritar, pero no puede, no tiene voz. Abre la boca con fuerza, sus fauces inmensas y húmedas, pero el alarido es ahogado, un murmullo apenas. Al fondo ahora solo hay negrura, una oscuridad absoluta e implacable. De allí llegan voces, cuchicheos inaudibles que se acercan y se alejan. Cristina está allí. No la puede ver, pero sabe que está allí, y sus piernas se mueven espasmódicamente, y sus brazos flácidos y colgantes ahora solo son jirones de carne blanda, y su rostro se comprime como una masa sólida y compacta, es de hierro, y luego se desfigura, se diluye, se desvanece en el aire espeso. Huele a orín y a vejez. A memoria quebrada y a fruta podrida. A morirse sola y a madera quemada. A todo eso huele.

La vieja se ha muerto y ninguno de ellos puede saberlo.

Sábado, 21:00 horas

Lleva toda la tarde vagando por la ciudad sin otra pretensión que despegarse del todo de la realidad. Ha comenzado comprando una litrona y dos botellitas de vodka en un chino cercano a su casa. Por un momento, ha pensado que lo mejor sería subir al piso, encerrarse en su habitación y echarse a dormir durante tres días seguidos. Pero el torbellino interior que lo acompaña desde que se ha bajado de la furgoneta le ha impedido siquiera intentarlo. De modo que ha volcado todo el *speed* que sobró de la noche anterior en un espejo pequeño y se ha bebido la cerveza y el vodka mientras esnifaba rayas, sin detenerse apenas para respirar. Luego ha cogido los billetes que quedaban en el cajón de la mesita de noche y ha tomado un metro hacia el centro.

Todo parecía tan irreal. Ese tipo había matado a Carlos y después se había ido a buscar la furgoneta, dejando durante unos minutos a Nelson a solas con el cadáver. Carlos tenía los genitales destrozados y un par de dedos de la mano medio arrancados. Sin embargo, Nelson no podía dejar de mirarle a los ojos. Esos ojos negros estaban abiertos y como serenos y firmes, de algún modo, el muerto estaba sosteniéndole la mirada, desafiándole. El muchacho colombiano no lloró, solo miraba los ojos del muerto y sentía el palpitar violento de su corazón en cada parte del cuerpo, los latidos golpeando sus brazos, sus piernas, su boca. Entonces se acercó a cerrarle los ojos y la piel no estaba fría aún; al contrario, estaba tan caliente que a Nelson le ardieron las yemas de los dedos al entrar en contacto con los párpados del muerto.

Luego regresó el matón con la furgoneta y sacó del maletero un pedazo de lona negra que colocó en el suelo, como si fuera una

toalla o una manta. Sin necesidad de hablar, le ordenó que lo ayudase a depositar el cuerpo encima de la lona. Nelson agarró al muerto por los pies y el hombre sin pelo lo sostuvo por las axilas, y fue raro porque ambos lo hicieron con sumo cuidado, con una solemnidad genuina e improvisada, como si lo que estuvieran manipulando fuera algo sagrado. Después, cuando el cuerpo estuvo sobre la lona, lo izaron sosteniéndolo a través de los extremos de la tela, de modo que sus manos ya no estaban en contacto directo con el cadáver, y lo introdujeron en el maletero del vehículo. Antes de eso, el matón tuvo que haber acondicionado la parte trasera de la furgoneta para tener suficiente espacio para el nuevo bulto. La última fila de asientos estaba reclinada, lo que agrandaba el maletero de forma notable. Tumbaron al muerto en vertical, con la cabeza en el mismo lugar donde antes estaban los asientos. Y después cubrieron el cadáver con varias mantas viejas de color marrón. Nelson, ubicado en la fila central, estaba realmente cerca del cuerpo sin vida de su amigo y se pasó gran parte del viaje mirándose los pies, pues albergaba en su interior un miedo cerval a que el muerto agarrase sus tobillos con las manos ensangrentadas.

Tras un tiempo incalculable de trayecto, el gorila dejó a Nelson cerca de una parada de tren ubicada en la periferia de Madrid. El muchacho colombiano no tuvo la opción de despedirse de Carlos y pensó que en realidad nadie la iba a tener ya jamás, porque ese matón se desharía del cuerpo de alguna manera, lo enterraría en un páramo remoto, lo tiraría a un río o lo cortaría en trocitos que después se perderían en la pestilente inmensidad de cualquier contenedor.

Y fue entonces, mientras Nelson buscaba en un mapa la mejor combinación de trenes y autobuses para llegar a su casa, cuando le asaltó esta sensación de irrealidad que no se ha separado de él en toda la tarde. Todo esto no puede haber pasado, tiene que formar parte de un sueño o de un mundo paralelo. ¿Qué sentido tiene si no seguir viviendo? ¿Qué va a hacer él mañana, y pasado mañana, y dentro de dos meses? ¿Seguirá yendo a clase como si nada hubiese

pasado? ¿Continuará viviendo en ese piso, en ese barrio, en esta ciudad? ¿Hablará con alguien —tal vez con su madre— alguna vez de Carlos?

Hacer frente a todas esas preguntas resulta tan doloroso que Nelson ha optado por escapar de su cuerpo y de su mente. La despersonalización total. Nelson viendo desde fuera cómo le penetran varios desconocidos. Nelson viendo su cuerpo enjuto manoseado y lleno de saliva ajena. Nelson viendo sus orificios nasales aspirar polvos y vapores. Nelson viendo a Nelson drogarse, emborracharse, dejarse chingar por cualquiera.

Así ha pasado la tarde, lo más lejos posible de la realidad. Ha recorrido cuartos oscuros, clubes liberales, aparcamientos públicos donde acechan hombres sedientos de sexo, parques al aire libre donde se practica *cruising.* Y ahora, como guiado por una inercia poderosa y extraña, ha terminado en los baños públicos del centro comercial. Ha entrado en ellos tambaleándose y con la necesidad real de orinar. Así que se ha metido en un cubículo, ha miccionado y se ha quedado con los pantalones bajados, dormitando de pie, esperando la llegada de un viejo o un indigente, cualquier verga le vale.

El sonido de una respiración acezante y el olor acre a sudor le despiertan. Un hombre está intentando entrar en su cuerpo, pero su pene no está completamente erguido y de momento lo único que se produce es un roce desordenado entre los dos cuerpos. Nelson no se da la vuelta para mirar al extraño, está demasiado cansado, los músculos entumecidos, el cuerpo entero agarrotado. Supone que el hombre es mucho mayor que él, de menor estatura, lo imagina con el pelo de la barba sin recortar completamente blanco.

De pronto, todo se detiene. Hay unos instantes de un silencio grumoso. Al verse incapaz de culminar el acto, el hombre ha debido de marcharse. Más silencio, todo es blanco y vacío. Pasa algo de tiempo y siente una nueva presencia. El hombre está detrás de él, muy cerca, pero sus cuerpos todavía no se tocan. Me está mirando,

piensa Nelson. Tan solo me está mirando sin hacer más nada. ¿A qué espera?

Luego viene el olor, un olor que le es familiar y que no es desagradable, pero que a él le estremece. Siente cómo su propia piel se eriza y el calor ascendiendo por el pecho. Después, la punzada en el cuello, es un corte profundo, la sangre se desborda. Cierra los ojos y se deja ir, simplemente se deja ir. No llega a escuchar al hombre.

—Eres una rata y por eso te mando al infierno. No creas que me engañaste, a mí no. Tú también quisiste matarla, lo vi en tus ojos sucios. Que tu cuerpo lo devoren los gusanos, hijo de puta.

Tampoco llega a ver la navaja teñida de rojo oscuro ni al tipo que la sostiene en la mano.

El hombre del cráneo desnudo guarda la navaja en su bota, se recompone durante unos segundos y sale del baño caminando con parsimonia. En el mismo centro del pecho, el alivio sanador del que ha solucionado algo pendiente. Y el aire frío de la noche contra sus mejillas. Y la oscuridad cubriéndolo todo. Y el sabor cobrizo de la sangre en la boca del muerto. Así es que terminan las cosas a veces, tan deprisa y en silencio, tan inacabado todo.

Agradecimientos

Esta novela no existiría sin el tesón y la audacia de Olga Jiménez Álvarez. Gracias, Olga, por creer en *Aprieta* desde el principio. Algún día nos sentaremos a leer tranquilamente nuestra querida *versión cero* y nos reiremos —satisfechos y exhaustos—, al recordar todas las batallas libradas.

Gracias a L. por saber mantener el barco a flote en tiempos de marejada. Tranquila, es todo ficción.

No me olvido de vosotros, A. y X., mi verdadera fuente de motivación. Es pronto para que leáis este libro, pero tened claro que sigo reservando mis mejores historias para vuestras noches.

Y gracias, por último, a P. Como habrás podido comprobar, tus aventuras fuenlabreñas dejaron huella en mí. ¡Alcemos los vasos y brindemos con alegría y decisión por nuestro amigo Irvine!

Edición en formato digital: octubre de 2025

Diseño de cubierta: Compañía

© Felipe de Luis Manero, 2025
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-14-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

Primera parte. Los chavales
Segunda parte. La (mala) suerte
Tercera parte. La partida
Cuarta parte. Otra vuelta de tuerca
Quinta parte. El tiempo no se detiene
Créditos